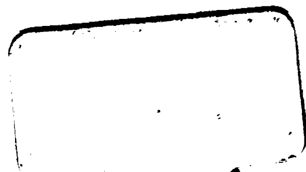

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08158504 8





BARCELONA

Y

MÉXICO

EN

1888 Y 1889

BARCELONA

Y

MÉXICO

EN

1888 Y 1889

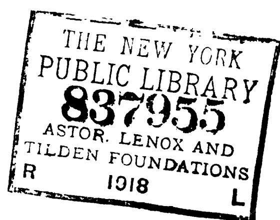
POR

Don Manuel Payno

CÓNSUL GENERAL DE MÉXICO EN ESPAÑA



BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE ESPASA Y COMPAÑÍA
221, CALLE DE LAS CORTES, 223
1889



A mi antiguo y distinguido Am.o D.n A. Nuñez Ortega Ministro Plenip.o de Mexico en Belgica

No dedico á usted mi libro porque usted merece más que estos cuatro borrones, pero se lo envío como un testimonio de la mucha consideración que me merece. Si no le agrada, póngalo en lo más escondido de su biblioteca, y no se tome el trabajo de criticarlo porque no vale la pena. Si algo le interesa y lo pudo acabar de leer, será debido á su mucha indulgencia y bondad, y de una ó de otra manera le quedará muy reconocido Su Am.o y

S. A. S.

EL AUTOR

M. Payno

Paris 15 Oct.e 1889.

PRÓLOGO

Hablar un poco de México y un poco de Cataluña y Barcelona, hé aquí el objeto de este libro. Si divierte. tanto mejor, si cansa ó fastidia el remedio es muy fácil; los libros son de esa clase de amigos tan buenos y tan sufridos que no se enojan porque se les arroja de la casa.

SRES. ESPASA Y C.ª

IMPOSIBLE de entregar al *noy* (1) el material que ustedes me piden. Durante un cuarto de hora he estado llenando de puntillos y figuritas una cuartilla de papel sin poder completar un renglón. La dificultad es empezar, que después continúa uno ensartando disparates á Dios dar. En vez de escribir algo de Barcelona y de México, pensaba yo dar unas conferencias en mi casa, á las que asistirían mi criada catalana y una familia que vive en el piso 2.º también catalana, ó para salir de la dificultad y no detener otra vez al *noy*, hacer lo que uno de mis buenos amigos que publicó sus viajes por toda Europa.

«Cansado de doce horas de ferrocarril llegué á las tres de la mañana, (escribía mi amigo), me alojé en el hotel mejor. Dormí unas pocas horas, pero inquieto y deseoso de continuar mis apuntes de viajes, me levanté temprano, vestí mi más elegante traje y salí á examinar las maravillas y curiosidades de la ciudad. Comenzaré por su historia, (y en efecto comenzaba á copiar íntegramente un párrafo y otro del Badeker, ese célebre autor de *Guías*, que es el evangelio de los viajeros ingleses), y cuando acababa su copia, sin omitir ni aún el precio de la asistencia en los hoteles, concluía invariablemente con esta fórmula:

»En los pocos días que he estado en esta hermosa ciudad (Viena, Berlín, Madrid ó Barcelona), he recibido de sus habitantes las más señaladas muestras de aprecio y de consideración, y no tengo sino palabras de agradecimiento para los distinguidos personajes que tuvieron la bondad de visitarme. No pudiendo despedirme de todos, reciban el recuerdo más expresivo que les consagra el viajero errante que tiene la esperanza de que á su regreso á tan delicioso país, les estrechará cordialmente la mano, y seguía la firma. Era un seudónimo; por lo común ponía *Stanley*.»

Ya se deja entender que como no era ni rey de Portugal, ni príncipe de Gales, ninguno se tomaba la molestia de visitarlo.

(1) Muchacho.

A nada me decido; sin embargo, veremos si puedo escribir siquiera dos páginas que no sean copiadas de alguno de los muchos y buenos Guías de Barcelona.

Un amigo me acaba de enviar un libro de una impresión bellísima, como de la casa de ustedes. Lo abro al acaso para ver más bien los cromos que el texto, y me encuentro con las siguientes líneas que me dan pie para comenzar á hablar de México y de Cataluña:

«En los primeros días de Enero de 1862 hallábanse ya las fuerzas de la intervención en Veracruz. Los comisionados explicaron á México el objeto de su venida, trataron el asunto de las reclamaciones, y el 14 de aquel mes enviaron al gobierno de México su *ultimátum*.»

«El gobierno, por su parte, dió una terrible ley el 25 de Enero contra los mexicanos que apoyaran la intervención, y manifestó á los comisionados que escucharía sus reclamaciones, si fuesen justas, invitándolos á pasar á Orizaba para formular los tratados.

»Doblado celebró con ellos el convenio de la Soledad, las fuerzas aliadas ocuparon mientras se abrían las negociaciones las ciudades de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, de donde se retirarían si no se llegaba á un arreglo.

»Los comisionados entraron en desacuerdo y se rompieron los tratados de la Soledad.»

«El partido conservador había solicitado que la intervención le reconociera como partido político y exigido se contase con él y no sólo con el liberal, al tratarse de constituir la nación.»

«Esto no fué aceptado por España é Inglaterra, que se separaron de la empresa, embarcando sus tropas, y quedó sola Francia apoyada por las fuerzas conservadoras.»

Ni una palabra del general Prim. Como si no hubiese existido.

De pronto ya tienen ustedes material para la segunda hoja.

Quizá un paseo en el parque... ¡qué, lo mismo; volveremos á los puntillos y á las eternas figuritas!

Sin embargo, mándenme ustedes mañana al *noy*, quizá saldremos del atolladero; escribiré lo que me vaya ocurriendo, sin orden ni concierto, y no interrumpirán por mí sus grandes trabajos para la conclusión de la obra monumental de MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS.

LA ESTATUA DEL GENERAL PRIM

COSAS DE OTRO TIEMPO.—RECUERDOS PERSONALES

I

A la hora del crepúsculo una niebla ligera y vaporosa que venía de la mar, descendía sobre los árboles del Parque, como si fuese un inmenso velo de gasa con que guardianes invisibles quisiesen cubrir todas las noches los jardines de la Exposición Universal, para que en la mañana siguiente amaneciesen las flores bellas, intactas y dispuestas á recibir los besos del rocío y las amorosas caricias del sol.

Los globos eléctricos, como pedazos desprendidos de una luna llena, comenzaban temblorosos é indecisos á arrojar aquí y allá deslumbrantes claridades que hacían más completa la obscuridad de los bosquecillos y calzadas que abandonaban los últimos rayos de la moribunda tarde. La indecisa luz, había dado á esas horas á la numerosa y lúcida concurrencia el aspecto de sombras

errantes que se agitaban y movían en todas direcciones buscando una salida, como si alguien las quisiese arrojar de aquel improvisado Edén.

Allá á lo lejos se divisaba una masa colosal, sombría, que tan pronto parecía perderse en las tinieblas como levantarse iluminada por un rayo de luz eléctrica, que instantáneamente dirigida á otro punto la dejaba en la más negra obscuridad.

Era la estatua ecuestre del general Prim. Pocos minutos después estaba yo junto al pedestal. ¿Qué artista la modeló? ¿Qué ingeniero la fundió? ¿Cuánto había costado? ¿Qué juicio formara la historia del hombre pequeño en su forma material y gigante en sus hazañas? De pronto todo esto me era indiferente y en ese momento no pensaba más que en el primer soldado de Cataluña y en el amigo de México.

Un mundo de recuerdos vino en tropel á mi mente. Pequeñas historias que después tuvieron importancia, fisonomías amables que pasaron como sombras y que no volví á ver, amigos y personajes que hicieron, como el general Prim, el viaje de donde no se vuelve jamás, hilos perdidos y olvidados aquí y acullá que, por una extraña coincidencia, vienen hoy á juntarse y á ligarse en Barcelona.

II

Las aventuras y el deseo de recoger el oro que se decía que estaba regado en los caminos y tirado en las ciudades de América, no tentaron á los catalanes en los años que siguieron á la conquista de México y del Perú.

Ocupados solos, ó con los aragoneses, en conquistas y en la lucha antigua con los árabes, sus expediciones tomaron el rumbo del Levante y las Repúblicas italianas, las costas de Africa, y el poderoso imperio de Constantinopla los vieron muy de cerca disputando la victoria.

En el curso del tiempo, los andaluces, los asturianos, los montañeses y los vizcaínos emigraron en bandadas para las Américas, y antes de un siglo habían ya formado el núcleo predominante de la población española de los virreinatos y fundado ciudades y villas, á las que bautizaron con el mismo nombre de las de su patria. Los catalanes figuran en número escasísimo en los registros de la emigración; mas por una extraña casualidad, los muy pocos que han pisado las tierras de México, han tenido participio y determinado ciertos acontecimientos cuya importancia reconocerá el mismo lector cuando acabe de recorrer, si tiene paciencia, estos párrafos que parece no tienen conexión los unos con los otros. Diremos algo de un puerto mexicano que por fortuna de México visitó años después un ilustre catalán.

III

Si vais á Veracruz en la estación de invierno, y, cuando lleguéis al Golfo, sopla uno de esos vientos impetuosos que originan las corrientes del *Gulf-Stream,* encontraréis una mar dura y encrespada, un cielo donde con violencia corren unas tras otras las nubes pardas y espesas que van á estrellarse y deshacerse en las altas montañas de la costa. La ciudad desierta como si nadie la habitase, las puertas y ventanas cerradas, la marea

rompiendo contra el muelle é inundando la pequeña plaza que le sigue y toda la población con sus cúpulas, casas, campanarios y torres cerniéndose entre las olas irritadas, y como naufragando y queriéndose estrellar contra el *Alfonso XII* ó el *Lafayette;* pero si estáis á bordo de esos, ó de cualquiera otro de los trasatlánticos de las líneas francesa, española ó inglesa, no haya cuidado, sus capitanes conocen esos mares y más de una vez los han atravesado en medio de los ciclones que son más temibles que los vientos del Norte; ellos ó llevan su práctico á bordo ó son recibidos por los valientes pilotos del puerto, y pronto os hallaréis fondeados junto á las murallas del viejo castillo de San Juan de Ulúa.

Pero si llegáis á esas regiones en los meses de Abril ó Mayo, atravesaréis por en medio de las Antillas y desde la popa del barco podréis admirar no sólo las altas montañas cubiertas de cedros y de caobas, sino los cocoteros y los naranjos, y antes que diviséis á Veracruz, como brotando de entre las olas de esmeralda y plata, deslumbrará vuestra vista la blanca cumbre del volcán de Orizaba y la áspera y elevada sierra de San Martín.

Veracruz no tiene campiña, está fundado en la orilla de la mar y rodeado de médanos ó montecillos de arena que los vientos mudan y precipitan á otros lugares. El país es triste y desolado y se necesita ir á Alvarado, á Tlacotalpan, á los Tuxtlas para encontrar la belleza y la exuberancia de la vegetación tropical. Fué Hernán Cortés el culpable; allí desembarcó un Viernes Santo, allí fundó la ciudad, allí instaló el primer ayuntamiento, y en vano quiso después mudarla á otro lugar; pero desembarcad en la ciudad moderna y encontraréis un bellísimo jardín en la plaza, calles rectas, portalerías, edificios

magníficos con grandes patios con pavimento de mármol, corredores y arquerías como en Sevilla; en fin, una ciudad pequeña pero aristócrática, con sus muelles atestados de mercancías, regulares fondas y cafés, una bahía peligrosa, en verdad, pero á la que concurren cada mes los grandes navíos trasatlánticos de las líneas francesa, hamburguesa, española, inglesa y norteamericana. Vapores más pequeños de la marina mexicana os llevarán á cualquier otro puerto de la costa. Si queréis permanecer en Veracruz, con tal que tengáis un amigo ó una buena carta de recomendación, á las pocas semanas habréis ya conocido y tratado una sociedad escogida é inteligente de hombres que, no obstante su exclusiva dedicación al comercio y á los negocios, os hablarán de literatura, de política, de ciencias prácticas, porque ó han viajado ó su educación les ha proporcionado la instrucción enciclopédica de los hombres de mundo. Trato franco, fácil, afable, lo mismo el bello sexo que tiene un poco del acento y mucho de las gracias y del garbo de las sevillanas. Veracruz fué poblado por andaluces, y la gente del pueblo y de los campos tiene los refranes, el modo, la sal de los hijos de Triana. Veracruz, con todo y el calor y la mala estación del verano, como en todas las Antillas, es lo que podría decirse un país *pegadizo*. Los extranjeros, pero especialmente los alemanes y los españoles, que van por negocios de comercio y con las peores prevenciones contra el país, concluyen por quedarse en él, por casarse con veracruzanas ó jalapeñas, y por ser más veracruzanos que los mismos hijos de Veracruz. Podría citar muchos nombres.

Si os da la gana de conocer algo del interior del país, no tenéis más que tomar, pocas horas después de haber

desembarcado del paquete español, el ferrocarril mexicano. A las cuatro ó cinco horas habréis ya encumbrado la cordillera, respiraréis un aire fresco impregnado del olor de los árboles, se desarrollará ante vuesra vista un panorama infinito de montañas azules unas, cubiertas otras de enmarañados bosques é interminables serranías, revueltas, colocadas unas sobre otras, como si la mano poderosa de extraordinarios gigantes las hubiese dejado caer desde los cielos. El vómito y la malaria, rechazadas por los vientos cargados de oxígeno y de aromas, no han podido penetrar en las regiones salubres donde casi todo el año brilla en medio de los cielos azules un sol espléndido y radiante. Por ese camino, trazado por donde sólo los pájaros pasaban antes y que no tiene igual en atrevimiento á ninguno de Europa, dais en pocas horas en Orizaba, ciudad que conserva el aire campestre y la sencillez antigua, industriosa, cultivando su buen tabaco y su mejor café; quieta, tranquila y contenta con su situación política y financiera. Por el otro camino de hierro en ocho ó diez horas llegáis á Jalapa, el semillero de las excelentes muchachas de la raza andaluza y cuya fama, por lo bellas y graciosas, ha volado, como se dice, por el orbe entero.

Edificada la ciudad entre las montañas y en el declive de un alto cerro, tiene un aspecto de lo más pintoresco. Se sube á una calle, se baja á otra, se vuelve á subir y á bajar, y aunque el paseo sea fatigoso, cada momento el telón de ese escenario natural cambia y encanta la vista, y así andando y echando miradas curiosas á las rejas de las ventanas, cuando no se ve una fresca muchacha con ligero vestido de muselina y la cabeza adornada con olorosas flores naturales, cosiendo ó tocando

el arpa, se observa el salón con sus muebles y adornos adecuados para el campo, pero todo extremadamente limpio y propio y en su lugar, y en el fondo el patio morisco con sus redondos naranjos cubiertos de frutos de oro, el café con sus botones de nácar y los altos plátanos meciendo sus verdes y anchas hojas á impulso de un viento tibio que trae el perfume resinoso de los bosques de liquidámbar, y los ecos del canto de las calandrias y del clarín de las selvas.

En Orizaba todo es paz, quietud, orden, silencio y trabajo; se diría un gran convento donde viven en una completa beatitud los habitantes, esperando el momento de montar en un carruaje místico para tomar el camino del cielo.

En Veracruz y Jalapa, por el contrario, todo es vida y movimiento. Bibliotecas, casinos, paseos aquí y allá. Bastan dos familias y media docena de jóvenes para improvisar una tertulia, pero de esas tertulias de confianza á la española, donde se baila, se toca el piano ó el arpa, se platica, se juega tresillo, y en final resultado se retira uno contento de la amabilidad de las gentes, satisfecho de haber pasado algunas horas sin sentir el peso de la vida, reconciliado con la humanidad.

De estos países era la familia mexicana del general Prim, y á ellos hacía yo en otros tiempos una peregrinación anual, no obstante las molestias y dificultades del camino, que han desaparecido hoy con la construcción del ferrocarril. A las siete de la mañana se dirige uno á la magnífica estación de San Cosme y deja todavía despertando á la capital, y á las seis de la tarde, sin pena ni fatiga, y antes bien sorprendido del atrevimiento de los ingenieros y encantado con el panorama un poco aterra-

dor del Infiernillo y de la Barranca de Metlac, se desciende en Veracruz en algún hotel, donde no falta ni una suculenta comida ni una buena cama, mosquitos y mucho, mucho calor en el verano, eso sí.

El lector tiene que permitirme lo que puede llamarse una indiscreción. En uno de mis viajes á esas regiones tropicales conocí á una dama que llamó mi atención, y no porque faltasen muchachas muy guapas en el puerto, sino porque además de ser ella grande, desarrollada, lo que se puede llamar una mujer hermosa, era catalana, y aunque parezca increible, era la primera catalana que veía yo en mi vida. La emigración del bello sexo á las Américas fué desde los primeros tiempos de la Conquista escasísima y lo ha sido más, al menos en México, después de la independencia. Mientras han ido constantemente varones, más ó menos fuertes, en busca de aventuras ó de trabajo, contadas son las familias que se han ido á establecer allí. Las mujeres de todos los países son, por lo común, apegadas no sólo al país á que pertenecen, sino á su pueblo ó aldea, á la casa en que viven y á la recámara en que habitan. Este sentimiento de localidad es más determinado en las españolas. Había conocido, sin embargo, en México y en San Luis á madrileñas, andaluzas, gallegas y asturianas, pocas en verdad; pero catalanas, parece cosa rara, pero seguramente era la primera y la única que se había establecido en tierra mexicana. Su buen trato, su amabilidad y su conversación amena y siempre variada y divertida la hicieron muy popular en Veracruz, donde vivió años estimada y considerada de todos. Su residencia en ese lugar tuvo más tarde alguna influencia en acontecimientos trascendentales como veremos después. Esta amable

persona, á la que no dejé de visitar las diversas ocasiones que bajé á Veracruz, se llamaba Rosa Miláns del Bosch, apellido muy conocido é ilustre en la historia de Cataluña.

IV

Ya hablaré de Barcelona, pero en este momento me ocuparé todavía de México para dar á conocer á la familia de la señora duquesa de Prim, al mismo tiempo que otra localidad distinta de la de Veracruz.

Es una tierra sana, más bien fría que cálida, de una aridez desoladora, como la mayor parte de lo que llamaron los antiguos españoles *reales de minas.* Es un pueblo con una larga calle que, como en la mayor parte de pueblos y ciudades de segundo orden, se llama *calle Real,* formada de casas bajas viejas, deslavadas con las lluvias, vacías y cerradas unas, ocupadas otras por familias que podía asegurarse, con sólo echar una mirada por las toscas rejas de madera de las ventanas, que no gozaban de las mejores comodidades. Desaseo y pobreza de muebles, más que pobreza, en algunas casas muebles quebrados, en otras ninguno. Para hablar la verdad, algunas buenas fincas de los ricachos del pueblo, sus tiendas, su plaza con una fuente sin agua, su pequeña iglesia pintada de cal, algunas más casas dispersas en todas direcciones, y el suelo peñascoso, desigual, de color bronceado, tirando á rojo, un cerro enfrente, *pelado,* y el todo sin un árbol, sin un rincón verde que interrumpiese esta general desolación. Este pueblo se llama el Fresnillo, situado á unas veinte leguas de Zacatecas en

la mesa central de la Sierra Madre, á muchos pies de elevación sobre el nivel del mar. En tiempos de la dominación española fué un célebre y rico *Real de minas* que produjo una verdadera corriente de plata; pero esta corriente llegó á agotarse y la pobre gente salía de las profundidades de las minas agobiada con el peso de cargas de piedras y de tierras que contenían tan pequeñas partículas de plata que en ocasiones valía más el azogue y la sal con que tenía que hacerse el beneficio.

Un día repentinamente se presentó en ese triste pueblo, que ya tocaba á su ruina, un caballero de México con un gran tren, y venía con plenos poderes, como Director de la Compañía Restauradora de Proaño, así se llama el cerrito eriazo que en mejores tiempos había estado relleno de plata. Era el nuevo Director, en la extensión de la palabra, un hombre elegante y de la edad en que se desarrolla toda la actividad y fuerza que tiene la organización humana. Colorado, de barba y pelo más que rubio, tirando á oro rojo, parecía un irlandés. Jamás había estudiado ciencias ni entendía de minas, ni las había visto en su vida. Todos reían, pero él se puso á trabajar sin hacer caso de nadie, teniendo sólo cuidado de seguir las buenas indicaciones de los mineros viejos del lugar. ¿Para qué deternos en pormenores? bastará indicar el resultado.

A los dos años había edificado frente del cerro de Proaño una hacienda de beneficio de metales que no parecía, sino que positivamente era, un palacio. Donde no se encontraban sino escorias y peñascos había brotado como por encanto un jardín lleno de arbustos y de aromáticas flores; las minas que se creían agotadas producían veinticinco y treinta barras de plata cada mes;

los mineros ganaban desde cuatro hasta veinte pesos por semana, y la población, próxima á desaparecer, porque familias enteras la habían abandonado, recobró la actividad y el bienestar de otros tiempos. Este Director, que después fué gobernador del Estado de Zacatecas y más adelante ministro de Hacienda, se llamaba Don José González Echeverría.

En un pueblo reducido fácilmente se conocen las gentes y se hacen amistades, y con González Echeverría la hice tan buena y tan franca que seis meses después de su llegada abandoné el desamueblado y oscuro cuarto que habitaba y fuí á instalarme en una recámara en la hacienda de Proaño, desde donde podía mirar en las bellas mañanas el fresco y verde jardín, único punto que interrumpía la aridez y monotonía de tan triste mineral. De vuelta á la capital visité la casa de González Echeverría, conservé buenas relaciones, y esto me permite escribir algunas líneas sobre esta distinguida familia.

Originaria del Estado de Veracruz, se componía de tres hermanos; don José, director de Proaño; don Angel, rico banquero, y doña Antonia, que casó con don Francisco Aguero. De esta unión nació una hija única. La casa, con la razón social de Aguero, González y Compañía, siguió muchos años en prosperidad hasta representar uno de los más fuertes capitales de la República.

Si la familia no era precisamente de las que ostentaban títulos de Castilla, sí pertenecía por sus parientes en la Península, por su educación y por sus cuantiosos bienes, á lo que se llama la aristocracia. La señora doña Antonia en su juventud tuvo fama de ser una de las más hermosas y cumplidas damas de Veracruz. La hija única era como una especie de esas artísticas figuras de por-

celana de Sajonia. Pequeña de cuerpo, de formas suaves y bien torneadas, grandes ojos negros, blanca pálida, elegante á la vez que modesta, religiosa sin gazmoñería, correcta é irreprochable en su conducta, se podía decir que era la representación y el tipo de las señoritas de la buena y escogida sociedad mexicana. Don Francisco Agüero falleció, y la señora, algunos años después, por razón de salud, vino á fijarse en París, en un lujoso hotel de la calle de Richelieu. Era allí la reunión de la sociedad hispano-mexicana. Los hermanos Uribarren, Iturrigaray, Valdivieso, O'Brien, lo mejor, formaba la tertulia; allí trató á esta distinguida familia el general Don Juan Prim, que no sé si entonces estaba en Francia desterrado, por paseo, ó asuntos, y concluyó por casarse y dar su nombre y título á la que es hoy duquesa de Reus.

V

Para atar esos hilos insignificantes de que he hablado al principio y reunir esas Memorias dispersas en el transcurso de tantos años, es necesario hacer algunas referencias en lo que tengan relación con el ilustre catalán, que es objeto de este capítulo, y con su distinguida familia.

No sé si es una ley de la historia, pero así como la atmósfera que da vida á los seres animados se compone invariablemente de oxígeno, hidrógeno y algún vapor de agua, la atmósfera política en que viven los gobiernos se compone invariablemente de liberales, de conservadores y algún grupo de moderados. Quizá es una condición necesaria para el equilibrio social.

Tampoco sé si es una ley social, pero donde quiera que el clero católico ha acumulado á los bienes materiales la influencia política, ha venido más tarde ó más temprano una verdadera revolución que se ha llamado de Reforma, para disminuir ese poder político y para reducir á los miembros de la comunidad cristiana á la sencillez y modestia de los tiempos primitivos de la Iglesia.

De la misma manera ignoro si es otra ley necesaria el que, para la marcha regular del grande grupo humano que se llama civilizado, aparezca de tiempo en tiempo un hombre superior que, sea por una razón, sea por otra, ejerza un influjo general en las cosas y en los hombres y se ponga al frente de los acontecimientos.

Sea lo que fuere de esos fenómenos sociales, tenemos que creerlos, porque los vemos y los palpamos, reservándonos cada uno, según nuestra opinión, á indagar las causas probables ó las consecuencias posibles.

En el año de 1840, Don José María Gutiérrez Estrada, persona de una distinguida familia de Yucatán, y muy apreciada por su instrucción y su exquisita educación, publicó un folleto en que pretendía probar que la felicidad de México consistía en un buen gobierno, y que habiéndose ensayado la República y cambiádose los gobernantes sin producir resultado satisfactorio, no había otro remedio sino establecer el sistema monárquico, con un monarca católico extranjero. Lanzada esta bomba en plena República, causó el estrago que ocasionan hoy los petardos de dinamita. Los ejemplares del folleto fueron recogidos y su autor tuvo más que de prisa que abandonar el suelo natal.

Cuando el partido liberal subía en México al poder el

sistema de gobierno era la República Federal, cuando triunfaba el partido conservador, el sistema era República Central. El partido moderado servía para la transición de uno á otro sistema, y formando el eslabón de los extremos, no pocas veces logró temporalmente la conciliación y la paz; pero desde que Gutiérrez Estrada desplegó su bandera monárquica el partido conservador se volvió monarquista y el liberal tuvo que echar al viento su intransigente bandera roja y siguió más fuerte que nunca la guerra civil. Rara persona de los contemporáneos dejará de tener una idea de lo que es en cualquiera parte del mundo la guerra civil, para detenernos en explicarla. Una nación, en esos casos, es como el organismo humano cuando no está en su estado normal, sufre trastornos y dolores infinitos.

Tras la guerra civil vino la Reforma. Era una *evolución* y tenía que resolverse definitivamente. O los liberales aniquilaban completamente á sus adversarios y conquistaban la libertad civil y religiosa, ó los conservadores reducían á la impotencia á sus enemigos y concluían por traer un monarca católico extranjero y sentarlo en el trono de Moctezuma.

Para justificar la necesidad de un cambio tan radical, era necesario probar ante el mundo que la República no podía subsistir por más tiempo, y que los desórdenes y hasta los crímenes del fuero común, eran tantos y tan repetidos que los gobiernos extranjeros tenían de por fuerza que tomar una providencia cualquiera para asegurar la vida y los intereses de sus respectivos súbditos.

Acreditar á un individuo ó á un país es obra de años; desacreditarlo es cosa de pocos días. Se trabajó sin descanso y se logró el objeto. Se decía en toda Europa

y escribian los periódicos en todos los idiomas que México era un país donde la civilización había perecido, donde los extranjeros eran robados y asesinados, especialmente los españoles, sin que el gobierno nì los tribunales de justicia, pudiesen ni quisiesen castigar á los criminales; en una palabra, que era un país que iba á desaparecer del catálogo de las naciones, si la Europa no se decidia á intervenir y á prestarle una generosa ayuda para que se constituyese un gobierno honrado, firme y estable, que diese garantías á los nacionales y á los extranjeros. En resumen, se predicó una especie de cruzada contra México en pleno siglo XIX, como en otros tiempos se había predicado contra los musulmanes y contra los albigenses.

La cuestión se volvió de moda y se consideraba bajo los aspectos más lisonjeros. No se trataba de atacar la independencia de una nación, sino de protegerla, de regenerarla, cuestión, en una palabra, de la raza latina en peligro con la temible vecindad de la raza sajona. Era precisamente la oportunidad de plantear en América una monarquía protegida por tres ó cuatro naciones de Europa. Los Estados Unidos del Norte, con motivo de la cuestión de la esclavitud, estaban ocupados en batallas de millones contra millones de hombres, y cuando volvieran en sí, tendrían que pasar por los hechos consumados y prescindir de la doctrina Monroy. La emperatriz Eugenia y la reina Isabel, cuyo excelente carácter personal y buen corazón no han puesto en duda ni sus mismos enemigos, participaban de estas opiniones y parecían entusiasmadas, no precisamente con la idea de la guerra y de la sangre, sino con la gloria de una influencia ó de una corona para un príncipe de la casa de

Borbón, si el pueblo mexicano lo pedía y consentía en recibirlo. Además, era un paseo militar. Cuatro ó cinco mil hombres bastarian para llegar á la capital, y ayudados y sostenidos por el comercio, por los hombres honrados é influentes de todos los partidos, encontrarían, en vez de pólvora y balas, victorias y coronas de flores. La ilusión era tentadora, el engaño completo; no se necesitaba más sino que participase de esas ilusiones y cayese en ese engaño el grande hombre de la época.

No sé tampoco si es otra ley, como ya he dicho, el que de tiempo en tiempo, por un conjunto de circunstancias ajenas de la previsión humana, aparezca un hombre influente que (como se dice para caracterizarlo), por más ó menos tiempo, tiene en sus manos los destinos del mundo.

Durante un largo período no se movía la hoja del árbol sin la voluntad de Inglaterra. Cuando la estrella de lord Palmerston, de ese grande hombre de Estado, declinaba, se levantó radiante la de Napoleón III. El mundo todo estuvo, durante un largo período, pendiente de su voluntad, y cuando en uno de sus discursos indicó la revisión de los tratados de 1815 la Europa entera se alarmó. No se apagó en Sedán la estrella de Napoleón sin que se levantara espléndida, como de primera magnitud, la del príncipe de Bismark.

Napoleón III sonrió al pensamiento de un protectorado, de una monarquía creada por él, protegida por él, Jefe influente y victorioso de la raza latina, en un pais lejano, pero rico, misterioso, encerrando en su seno tesoros de oro y plata, y donde la industria y la actividad francesa encontrarían manera fácil de ejercitarse. La emperatriz descendía de Moctezuma, la casa de

Guzmán históricamente era la heredera de ese monarca legendario (1). No era ya posible ni vacilar, ni esperar más tiempo. La expedición de México era la página más bella de la historia de su reinado.

Todas estas cosas parecen increibles, y sin embargo, así pasaron.

En 31 de Octubre de 1861 se firmó en Londres un tratado entre Francia, España é Inglaterra para obrar colectivamente y exigir á México la reparación debida á tantos agravios como se suponía habían hecho durante años á españoles, franceses é ingleses, y desde el 4 al 7 de Enero del año siguiente de 1862 fondeaban en la bahía de Veracruz los buques de guerra *San Quintín, San Francisco de Asís, Ulloa, Massena, Guerrier, Ardent, Astrea, San George, Sans-Pareil, Challenger, Merci, Plower* y otros Avisos y buques menores, con diez mil hombres á poco más ó menos de desembarco. Las fuerzas francesas estaban á cargo del vicealmirante Jurien de la Graviere, las inglesas al del comodoro Dunlop y las españolas al del general Don Juan Prim, conde de Reus, que á ese cargo militar reunía el carácter de enviado extraordinario. La diplomacia y la guerra. El 7 de Enero de 1862 se enarbolaron en el castillo de San Juan de Ulúa y en la plaza de Veracruz la bandera francesa en el centro, la inglesa á la derecha y la española á la izquierda. El conde de Reus, en el acto que desembarcó, montó en un arrogante caballo que se le tenía preparado, y seguido del secretario de la Lega-

(1) El abad Brasseur de Bourbourg publicó en ese tiempo una obra sobre la historia antigua de México. En el tomo IV está un árbol genealógico, donde consta que la emperatriz Eugenia desciende del emperador de México, Moctezuma II.

ción, Don Antonio López de Ceballos, del brigadier Don Lorenzo Miláns del Bosch y de su Estado Mayor se dirigió donde estaba ya situado el cuartel general.

VI

Dejemos descansar en Veracruz al ilustre catalán, al impávido brigadier y al reflexivo secretario Don Antonio López de Ceballos (1), con cuya amistad me honro todavía, y demos un paseo en la capital de México, donde hay personajes que representaron un importante papel en esta tragedia. A unos los conocí simplemente, á otros los traté con más ó menos intimidad.

Estos altos personajes son el conde Dubois de Saligny, ministro del Emperador de los franceses; Sir Charles Lenox Vyke, ministro de S. M. la Reina de la Gran Bretaña y Don Juan B. Jecker, banquero, con el que, con diversos motivos, tuve frecuentes relaciones.

Aunque invirtiendo el orden comenzaremos por el último. No recuerdo en qué año, pero de entonces acá han pasado bastantes primaveras, desembarcaron en Veracruz, entre otros extranjeros, dos suizos hermanos. El mayor, que se llamaba Luis, era un hombre de baja estatura, de anchas espaldas, una gran cabeza como de busto romano, ojos torvos, y uno, el izquierdo, completamente vizco. El menor, que se llamaba Juan Bautista, por el contrario, era más alto, esbelto, de buenos ojos y regulares facciones, muy pálido y su fisonomía toda

(1) Este apreciable amigo ha fijado su residencia en Caracas, donde también vive retirado el señor Middleton, que fué algunos años ministro de Inglaterra en México.

tenía un conjunto de frialdad y de tristeza. Provistos de cartas de recomendación y con algún dinero, subieron á México. El hermano mayor era médico y cirujano. Se presentó á examen, fué aprobado por unanimidad por la Escuela de Medicina y comenzó á ejercer su profesión. El menor fué colocado como dependiente en una respetable casa inglesa que giraba bajo la razón social de Montgomery, Nicod y Compañía.

No pasó mucho tiempo sin que los dos se distinguiesen é hiciesen conocer de la sociedad mexicana, especialmente el doctor. Tenía unas grandes manos, con los dedos cortos y gordos, se hubiera dicho manos de arriero, pero cuando hacía una operación las manos pulidas de una dama no eran más suaves ni más delicadas. En esa época no se conocían, ó al menos no se usaban, los anestésicos, y los pacientes que tenían que sufrir una operación diez, veinte ó cuarenta minutos eran verdaderos mártires. La habilidad y la destreza de Jecker casi suplían al cloroformo y al éter. Hizo curas y operaciones difíciles *en casos,* como dicen friamente los médicos, verdaderamente desesperados. Su fama, naturalmente, voló por toda la República; el gobierno lo nombró profesor de Anatomía topográfica de la Escuela de Medicina, y su clientela, especialmente de la gente rica, fué tan numerosa que tenía necesidad de rehusar la asistencia á más de la mitad de los que la solicitaban. A los ricos les cobraba cuentas enormes; á los pobres les curaba de balde, y á veces les daba algún dinero para las medicinas. En el discurso de algunos años reunió con su trabajo y su ciencia un capital de medio millón de duros. Cansado ya y atormentado con el mal de gota que le habían ocasionado sus invencibles inclinaciones gastro-

nómicas, resolvió abandonar el país. Regaló á su hermano don Juan trescientos mil pesos, y con los doscientos mil restantes se dirigió á París, no á descansar, sino á suicidarse. Por una casualidad hicimos el viaje juntos desde Veracruz á Orleans, y de ese puerto al de Boston y á Londres. El doctor, como la mayor parte de los médicos, era materialista. Sus estudios en el cuerpo humano le habían convencido de que el hombre es una máquina delicada sujeta á frecuentes descomposiciones por el menor accidente, y que, más ó menos fuerte, concluye por gastarse y no poder funcionar. Destruída en un día dado esa máquina, lo que se llama vida concluye, y esta es la historia de todos los animales, incluso el hombre, en su breve tránsito por esta tierra. Fácil es suicidarse en un momento, pero el doctor adoptó el medio de forzar y echar leña á su máquina hasta que reventase. Comidas, diversiones, placeres de todo género, hasta caer postrado en cama, y como remedio se metía en una tina de agua tibia y permanecía en el baño dos ó tres días mascando hielo. Aliviado, volvía á comenzar la vida alegre, hasta que por fin en el curso de algunos meses dió al traste con su máquina, sobrándole todavía unos setenta ú ochenta mil pesos, que dejó á varios establecimientos de beneficencia de París.

Liquidada la casa de Montgomery, Nicod y Compañía, y con trescientos mil pesos en mano, don Juan Bautista entró en sociedad con don Isidoro de la Torre, de la distinguida familia de los Torres, andaluces residentes en Bordeaux, que creo existen todavía. Con la razón social de Jecker, Torre y Compañía se estableció la casa. Torre marchó á Mazatlán, Jecker quedó en México, y mientras el doctor tiraba en París el dinero por la ventana, el

hermano y su socio hacían los mejores negocios y llenaban sus cajas de dinero. Convinieron más adelante en una liquidación, y disolvieron la compañía separándose cada uno con un millón trescientos mil duros en oro y plata. La casa de Jecker continuó bajo la denominación de Juan B. Jecker y Compañía, pues quedó como dependiente y socio un inteligente joven sobrino de Torre.

Juan B. Jecker y Compañía llegó á ser una casa sólida como esas que describe admirablemente Charles Dickens que gozan de la confianza general, que son fieles depositarios no sólo de dinero y joyas, sino de los secretos de grandes personajes, y que sin dar la cara ni mezclarse en la política ejercen, sin embargo, un influjo en los acontecimientos.

Jecker era frío en su trato familiar, medido en su conversación, difícil para los negocios, pero una vez que convenía en ellos, su palabra equivalía á una escritura. Exacto en sus compromisos, honrado por carácter, laborioso por educación, sin vicios ni lujo, supo ganarse la confianza y estimación universal; los ricos le confiaban su dinero y los trabajadores y pequeños comerciantes sus economías, especialmente los franceses, suizos y belgas. En el curso de los años que giró su casa con acierto y fortuna, jamás se había mezclado en la política, y por el contrario, era el banquero de los gobiernos que se sucedían; las más veces hacía buenos negocios, pero otras facilitaba fuertes sumas sin interés pecuniario, de modo que así tenía cierta influencia con los gobernantes, influencia que es necesario decir, en obsequio de la verdad, no fué funesta sino en los últimos tiempos.

Siguió así años viento en popa, extendió sus relacio-

nes en el extranjero y en las ciudades y puertos de la República, y abarcó cuantas empresas se le presentaron: ferreterías, minas, ingenios de azúcar, cambio, deslinde de terrenos, en una palabra, casi no había negocio en que no tuviese poca ó mucha parte. Para tantas y tan diversas atenciones usó no sólo de su capital sino de los muchos que recibía á réditos y de cuanto tuvo á la mano. Unos negocios eran de producto inmediato, otros no; unos buenos y lucrativos, otros, como los de minas y terrenos, de inmediato desembolso y de lejana retribución. De un compromiso á otro, y de un apuro á otro mayor, su situación se hacia cada día más difícil. No encontró más remedio que ingerirse entonces en la política y valerse, para salvar su situación, de las buenas relaciones que había adquirido. Durante el transitorio gobierno de Miramón se resolvió á jugar el todo por el todo; reunió cuanto dinero efectivo pudo y celebró un contrato, con el cual no sólo se creyó salvado, sino compensado de las pérdidas y desembolsos que había hecho en especulaciones desgraciadas. Más adelante sabremos, por boca del ministro inglés, qué clase de contrato era éste y qué opinión tenía de él.

El gobierno del general Miramón no duró lo bastante para que Jecker se hubiese siquiera reembolsado del dinero efectivo que entregó. Volvió al poder el partido liberal, y la primera providencia que dictó, como era de esperarse, fué desconocer tal contrato y suspender el curso del papel que circulaba en las plazas de comercio con el título de bonos Jecker.

La poderosa casa, que había resistido á tantos embates y á cuyas cajas iba con ciega confianza el dinero de los más notables y ricos mexicanos, cayó desmoronada

como un castillo de naipes con un activo que importaba millones, por entónces imaginarios, pero con un pasivo de tres millones de pesos. Como un temblor conmovió este suceso á todo el país, pero especialmente en la capital fué un día de luto. Los mexicanos que á la sombra y con el nombre de Jecker habían hecho negocios y ganado dinero, se callaron y se estuvieron fuertes por lo que en esa vez perdían; pero los carpinteros, los herreros, los peluqueros, las modistas, las lavanderas, multitud de pobres gentes, en su mayoría franceses, que habían depositado sus economías, pusieron el grito en el cielo, y los primeros días, á pesar de la sangre fría del suizo, como le decían, tuvo que esconderse y no volvió á ponerse frente de la casa, asistido de un sindicato, sino cuando calmó un tanto la primera y justa emoción de los que habían perdido cuanto tenían.

El horizonte político se ponía día por día más sombrío; el gobierno tenía que luchar día y noche con sus enemigos interiores, á la vez que las relaciones con los ministros extranjeros se hacían más tirantes y difíciles. La miseria, llegando á su último extremo, obligó al secretario de Hacienda á suspender las asignaciones que tenían en las administraciones marítimas las convenciones diplomáticas y deuda de Londres, y la bomba estalló. El rompimiento fué decisivo y los agentes diplomáticos se prepararon á abandonar la capital.

Jecker, entretanto, no se había dormido. Los periódicos franceses más acreditados, desde que se estableció la República, han referido con todos sus accidentes y circunstancias, como Jecker, suizo de origen, fué nacionalizado francés, y como interesándose personajes muy influentes, fué aceptada su reclamación, como un crédito

liso, llano y legal que México debía satisfacer con su añadidura de réditos, daños y perjuicios, etc.

Aparte el interés pecuniario, la política que entonces se seguía en las Tullerías acogió la reclamación de Jecker como un arma poderosa en contra del gobierno liberal, y la fuerte suma que importaba encabezaba de una manera magistral la larga y supuesta lista de agravios inferidos á los franceses. A su tiempo sabremos su inesperado y extraño desenlace. Sigamos con nuestros personajes.

VI

En la casa de Don Manuel Escandón, que desde tiempos atrás era frecuentada por diplomáticos y cónsules extranjeros, conocí á Sir Charles Lenox Wyke y al conde Dubois de Saligny.

No era sir Charles de esos tipos de gruesas y encendidas caras, rubias y largas patillas y de porte soberbio y maneras frías y duras, sino por el contrario, delgado, pálido, cabello obscuro y aspecto más bien de raza latina, muy amable, de suaves modales, aunque un poco ceremonioso, grave y reservado cuando trataba asuntos que de cerca ó de lejos pudieran tener conexión con sus funciones diplomáticas. En poco tiempo supo captarse la consideración de las principales personas de México, especialmente de las que pertenecían al partido liberal, por el cual tenía simpatías y deseaba, de acuerdo con lord Palmerston, que las reformas civiles y religiosas que había ya intentado tuviesen una plena conformación. El asunto principal que tenía era *oficiosamente* el

arreglo de la deuda de Londres, y que volviese á pagarse la asignación á la convención, pero no era hostil al gobierno ni deseaba que las cosas se llevasen al extremo.

El conde Dubois de Saligny no era precisamente el tipo (no obstante su título) de la vieja nobleza de Francia. De cuerpo mediano, ancho de espaldas, cara y cabeza redonda, cabello escaso y poblada barba negra, corto de vista y gesto desagradable, no inspiraba, á primera vista, ni simpatía ni respeto.

A poco que se le tratara se reconocía en él talento, instrucción enciclopédica, una imaginación exaltada, una ligereza infinita para juzgar de las cosas y un carácter violento que estallaba por el más leve incidente. Se calmaba á poco, si se le hablaba con calma y se le contradecía con moderación; pero volvían á repetirse esas cóleras y era cosa de nunca acabar. Cuando en uno de esos arranques aplicaba al ojo izquierdo y oprimía entre sus párpados un lente cuadrado, su fisonomía tomaba un aspecto tan singular, que no se sabía si inspiraba miedo ó risa. Con ideas monárquicas, favoreciendo decididamente el negocio de Jecker y mil otras reclamaciones que más adelante se reconocieron como exageradas ó como puramente fantásticas por la comisión francesa, con prevenciones y antipatías contra las personas del gobierno, lo que deseaba era un rompimiento estrepitoso y aprovechó perfectamente la temporal suspensión de pagos. A todo esto se reunía una cosa muy grave. Sea por los despachos de Saligny, sea por las relaciones de otras personas y de la prensa, el emperador Napoleón tenía una aversión personal contra Juárez y se consideraba humillado en la altísima esfera que ocupaba si hacía un tratado

cualquiera, aunque fuese muy favorable á Francia, con un presidente de pura raza indígena. Así la cuestión no podía tener solución, pues Juárez era precisamente un presidente enteramente constitucional y su gobierno, aunque combatido por los monarquistas, funcionaba legal y regularmente.

Con estos antecedentes, es posible determinar los graves asuntos que tenía entre manos el ministro del Emperador:

Destruir á toda costa y á la mayor brevedad el gobierno de Juárez.

Apoderarse de las aduanas mexicanas para cobrar quince ó más millones de pesos de la reclamación Jecker.

Casarse con una mexicana que le llevase un dote de medio millón de duros.

Este era un negocio personal, pero entraba por mucho, para lograrlo, su importante posición oficial y la influencia y relaciones con algunas familias de alta posición, y más de una vez se dejó decir que su casamiento sería la señal de la paz entre Francia y México, aunque es muy de dudarse que el Emperador, que estaba entusiasmado con *la mejor página de su reinado,* hubiese modificado sus instrucciones.

Ya que hemos hecho conocimiento, aunque sea superficialmente, con los principales personajes que en primera línea figuraron en estas escenas que parecen más bien inventadas para una novela, miraremos un instante á las colonias extranjeras que habitaban la capital en esa época.

La colonia alemana, compuesta en su mayor parte de individuos de las ciudades anseáticas, se dedicaba á sus

negocios sacando el partido posible de las circunstancias mismas del país, no reclamaba nada ni decía haber recibido agravios de ninguna clase. Con todo y esto el ministro de Prusia, á quien ni de vista conocí, no era muy amigo del gobierno y ayudaba, en cuanto se lo permitía su posición, á M. de Saligny.

La colonia inglesa, poco numerosa, representada por dos ó tres casas respetables, tampoco se quejaba. Precisamente los tenedores de bonos de la convención inglesa que residían en México eran panameños ó mexicanos.

La colonia española estaba enteramente dividida; los unos, liberales y partidarios del gobierno de Juárez; los otros, reaccionarios, amigos de la intervención y moviendo en México y España toda clase de recursos para una acción pronta, enérgica y armada. Naturalmente, habían por sus intereses y sus opiniones mezcládose más ó menos directa ó indirectamente en la política. En las filas de los liberales, y con las armas en la mano, se encontraban ocho ó diez caudillos, y en el partido reaccionario otros tantos, haciéndose notar los hermanos Marcelino y José María Cobos por su audacia, su valor y su fortuna en la campaña, lo que naturalmente exaltaba las pasiones de los liberales y casi los obligaba á la venganza.

La colonia francesa, pacífica é industriosa, en nada se mezclaba; pero los interesados en algunas injustas y exageradas reclamaciones y en el negocio de Jecker valían por todos los demás.

Después de pasado el tiempo, es curioso concretar el cúmulo de sucesos que acontecen por diversas causas y que luego reunidos obran en conjunto formando una fuerza irresistible.

Los distintos intereses puestos en juego y bajo una forma material y visible contrarios al gobierno de Juárez, eran:

El odio del Emperador á Juárez.

Jecker, con su reclamación de quince millones y sus muchos acreedores al concurso, que esperaban ser pagados en cuanto triunfase la intervención.

El partido monarquista, que combatía diariamente con las armas en la mano.

El clero, que esperaba recobrar sus bienes, sus privilegios y su influencia.

Los interesados en la convención española, que veían ya cercano el fruto de diez años de trabajos en México y en Madrid.

El carácter irascible de M. de Saligny y su incansable actividad para destruir desde sus cimientos el sistema republicano y la Reforma.

Y como si esto no fuese bastante, veinticinco barcos de guerra en Veracruz y diez mil hombres de tropas inglesas, francesas y españolas en posesión de la costa, escalonados y dispuestos á marchar al interior del país.

Con menos elementos contrarios, cualquier gobierno de cualquier país del mundo habría sucumbido.

El gobierno de Juárez, impávido, firme como la roca en medio de un enfurecido Océano, no tuvo ni un momento de miedo, ni un instante de vacilación.

VIII

Continuemos por ahora la pequeña historia anecdótica, que ella nos conducirá á los sucesos más graves que, sin

embargo, tienen un forzoso enlace con los que parecen cuentos insignificantes. Dejamos en Veracruz á los jefes españoles. Al general Prim no tuve el gusto de conocerle, al brigadier sí. Era Don Lorenzo Miláns del Bosch un hombre delgado, pero de buena musculación, como de cincuenta años, muy erguido, llevando con desembarazo y con aire marcial el vistoso traje militar del ejército español. Su fisonomía abierta y franca, tostada con el aire del mar que acababa de atravesar, le daba cierta severidad y de pronto tal vez dureza. Se sentía cierto embarazo al hablarle por primera vez, como temiendo una respuesta violenta, pero cuando su boca, un poco grande, se abría y decía algunas palabras, se reconocía, lo mismo que en su mirada franca, que no podía decir más que lo que le salía del corazón; con una fácil percepción y un fondo de justicia, debido á su honrado carácter, decidía las cuestiones magistral, pero exactamente, y no había que contradecirle, porque apelaba á la obediencia que manda la ordenanza. Buen soldado y fiel servidor de la Reina, sus personales opiniones eran tan avanzadas y tan liberales que á su lado Pí y Margall y Ruiz Zorrilla hubiesen podido pasar por discípulos de Torquemada.

¿Cómo fué que á las pocas horas de haber desembarcado en ese puerto mexicano, de que he tratado de dar una ligera idea, conociese é hiciese amistad, como si de años se hubieran conocido, con Jorge de la Serna? Nunca lo he llegado á averiguar, pero el caso fué que así sucedió, y era fácil en una ciudad pequeña.

Don Jorge de la Serna era un joven de clarísimo talento, de un carácter independiente, de una facundia sin límites, muy relacionado y querido en Veracruz, y

socio de la casa norteamericana de Hargous y Compañía. Genio, maneras é ideas en muchos puntos parecidas á las del brigadier, pronto simpatizaron é hicieron tan buena amistad, que en lo que se ofrecía, y se ofrecía mucho en aquellos momentos á los mexicanos y extranjeros que habitaban en Veracruz, Jorge de la Serna era empeño seguro para el brigadier, y el brigadier empeño seguro para el conde de Reus, que lo estimaba muy particularmente, según supe, no sólo como militar valiente, sino como fiel amigo. Infinidad de asuntos difíciles se arreglaron así con facilidad y en pocas palabras.

Jorge presentó el brigadier á las personas más notables de la población y en cada conversación, en cada casa, en vez de enojo y de reserva, no encontraba más que franqueza y conciliadoras palabras, y sobre todo elogios y buenas memorias de la persona de su familia que había por algunos años habitado el puerto. Es menester no conocer á la naturaleza humana para pensar que un hombre, por duro que sea su carácter, pueda ser indiferente á estas atenciones; así, si pudo él traer algunas prevenciones desfavorables al desembarcar, á los tres días de estar en Veracruz no tenía sino simpatías y deseos de que no se quemase ni un solo grano de pólvora.

El día antes de que don Lorenzo saliese de Veracruz á disponer el campamento de sus tropas, Jorge de la Serna se propuso, como él decía, *descararse completamente*.

—Brigadier, le dijo, estamos solos; voy á hablar á usted como un amigo. ¿Lo permitirá usted? ¿No se ofenderá el militar español?

—Y si se ofende, aquí está Lorenzo Miláns para irle á

la mano. Hable usted y eche fuera cuanto tenga, pero que sea breve, pues dentro de quince minutos tendré que estar á caballo para salir fuera de la ciudad.

—Pues bien, brigadier, lo que está pasando es una verdadera atrocidad: venir desde dos mil leguas á matarse con los mexicanos, por cuatro reales, porque para dos naciones, por mucho que importe la conversión española, no son más que cuatro reales y quizá menos todavía. ¡Caer España en el lazo que le han tendido las intrigas de Saligny y de los conservadores, ¡qué error tan grande! ¡Venir á perecer del vómito, de la fiebre y de las balas los mejores regimientos del ejército español, ¡qué barbaridad! Eso no puede ser, y no será, porque los que no *debemos ni tememos* gritaremos muy alto en contra de lo que está pasando. Ya ha visto usted aquí á los españoles ricos, pacíficos, estimados de la población, algunos llevan veinte y treinta años de habitar en Veracruz y no tienen una sola queja.

—Ya sé adónde va usted á dar, don Jorge, le contestó el brigadier catalán; la carrera de las armas es muy gloriosa, pero tiene también sus amarguras y sinsabores. Si el general Prim me lo manda me batiré contra todo el mundo; pero esté usted seguro que no hará sino lo que sea justo.

Don Lorenzo estrechó cariñosa y significativamente la mano de este notable veracruzano y partió al desempeño de sus deberes militares.

IX

El 14 de Enero de 1862 salió el brigadier Don Lorenzo Miláns para la capital de la República, acompañado del jefe de Estado Mayor don José Argüelles, del capitán de la marina francesa M. Thomaset y del capitán de la marina inglesa M. Eduardo Patham. Estos personajes eran portadores del *ultimátum pacífico* de las tres potencias aliadas. Decían que no venían en son de conquista ni á atacar la independencia de la nación, sino á pedir solamente la reparación de los agravios que sus súbditos habían recibido.

La comisión fué bien recibida en la capital, adonde llegó el día 20, porque cada uno de los grupos interesados en estos sucesos, y que hemos ya marcado, esperaban que les sería favorable.

El día 22 el ministro de Prusia dió un banquete á los comisionados, al que asistieron el secretario de Estado, Don Manuel Doblado, y otros altos funcionarios del gobierno. El 23 en la noche Don José González Echeverría, tío de la duquesa de Prim, y el mismo que hemos visto desplegar una grande actividad y hacer producir muchísimas barras de plata al abandonado mineral del Fresnillo, dió al brigadier Miláns un gran baile de despedida. Mi curiosidad era grande, Jorge de la Serna me había escrito una larga carta y deseaba yo conocer al intrépito catalán, á quien no había podido ni siquiera ver de lejos el día anterior. Concurrí al baile más por eso que por otra cosa.

—Ya me esperaba encontrar á usted por aquí, me

dijo después de que le fuí presentado por el señor González Echeverría. Don Jorge me había prevenido que me buscaría usted.

Trabamos conversación en el curso de la noche, y no sé si por haber tenido amistad con una persona de su familia ó la situación misma, me hicieron hablarle con cierta confianza.

—Asombrado estoy, me dijo; esperaba encontrar confirmados, á poco más ó menos, los horrores que nos han estado contando hace meses en Europa, y en vez de esto no hallo, desde que pisé las playas de Veracruz, más que amigos y gentes incapaces de cometer los excesos que se atribuyen á los mexicanos. El gobierno hace prodigios para sostener la Reforma y el honor de la nación. Siento que el general no esté aquí, pero no importa, sabrá lo que pasa en la capital, y después obrará como quiera.

Poquísimo duró la conversación, pues llenándose por momentos los salones, la mayor parte de los invitados deseaban hablar con los comisionados, sea por mera curiosidad, sea por indagar noticias ó por abogar por sus intereses. Yo observaba al brigadier en los grupos y vueltas que daba por el salón, seguido siempre de un grupo donde había de todas opiniones y de todas nacionalidades. Debieron algunos con preguntas indiscretas ó con quejas injustas exasperar su paciencia, que repentinamente se detuvo.

—Ya estoy cansado; desde ayer no escucho más que quejas y reclamaciones absurdas, como si yo fuese el general en jefe ó tuviese poder para remediarlas. Yo no. he visto aquí más que un gobierno que lucha valerosamente con sus enemigos, que sostiene el honor de su

patria y que ha sido víctima de las intrigas y de la avaricia de los agiotistas. Si ustedes, señores españoles, se quejan, la culpa es de ustedes; la puerta está abierta y se pueden volver á España. ¿Para qué se mezclan en las guerras civiles? Ahí están los Cobos y otros españoles defendiendo la reacción y batiéndose con las tropas del gobierno, y por otro lado otros tantos batiéndose contra los reaccionarios. Naturalmente, tienen que sufrir las consecuencias como las sufren los mexicanos. Se equivocan mucho si creen que venimos á proteger á los clérigos y á los monarquistas, á derribar al gobierno y á restablecer la Inquisición. Ya ese tiempo pasó para no volver, ni en España ni en las Américas, y la Reina no quiere ni imponer un gobierno á los mexicanos ni violentar su opinión.

Por este estilo dijo cosas tan claras y tan fuertes, que hoy mismo no me atrevo á reproducirlas textualmente por más que las haya conservado en mi memoria.

Los conservadores y monarquistas quedaron no solamente escandalizados sino rabiosos al escuchar al brigadier y á Don José González Echeverría, que despreciando, según decían, las tradiciones de la aristocracia y nobleza de su familia, se había degradado al ser ministro de Hacienda del gobierno demagogo.

Los comisionados regresaron de Veracruz el día 23, y la respuesta de Doblado fué de las más singulares y con un aplomo como si hubiese tenido treinta mil hombres y doscientas piezas de artillería.

Decía el secretario de Estado, que celebraba mucho que las fuerzas de las tres potencias y personas de tan alta posición, como los plenipotenciarios, hubiesen venido á presenciar lo que pasaba en México, y que no teniendo

objeto las tropas regresarían pronto á Europa á dar testimonio de que había un gobierno constitucional que defendía los principios de la libertad y de la Reforma, y que en cuanto á la cuestión pecuniaria, el gobierno tenía bastante capacidad y elementos para satisfacer las justas exigencias de los representantes de las naciones aliadas.

Esta nota, que entregó el brigadier Don Lorenzo Miláns, dejó estupefactos á los comisionados. No podían concebir tanta seguridad y tanta audacia. El general Prim calló y reflexionó.

X

Al salir el conde de Reus de España la Reina lo invistió con el doble carácter de general en jefe del ejército expedicionario y Ministro Plenipotenciario, enviado extraordinario.

Para él, batallador por inclinación, afecto á las expediciones difíciles y aventuradas, el papel de soldado en esas circunstancias era tentador. Tenía en su apoyo no sólo á España, sino á Francia, y sin exageración á la Europa entera, con excepción de Inglaterra, porque lord Palmerston conservaba una cierta predilección por las repúblicas americanas y nunca había querido llevar las cosas hasta el punto de enviar tropas y escuadras; pero México, en resumen, estaba perdido en la opinión pública de Europa, y el soldado afortunado que llegase triunfante á la capital podía contar con una espléndida corona de gloria y con la aprobación universal. Se llegó á decir por el conde de Saligny mismo, que el general Prim tenía el plan de coronarse en México.

Poco faltó para que hubiese un duelo entre el ministro francés y el general español.

Si á la fogosa imaginación del conde de Reus se presentaron esos tentadores fantasmas de una nueva gloria, no es posible saberlo, pero no es tampoco temerario el suponerlo, y si así sucedió, mayor es su mérito. Guardó la espada y aceptó de lleno su papel de embajador, y dominando su carácter, contemporizando con sus colegas y sobreponiéndose á las dificultades, continuó en todos sus pasos con la cordura y parsimonia con que había comenzado desde el momento que desembarcó en Veracruz.

Los ministros ó comisarios reales é imperiales, eran por Inglaterra Sir Charles Lenox Vyke, del cual he procurado dar una idea, el Comodoro Dunlop, de quien nada puedo decir, pues no lo conocí; por Francia el conde Dubois de Saligny y el vicealmirante Jurien de la Graviere (1), á quien tampoco conocí, pero tuve algunas noticias de un amigo (Rascón), que lo trató mucho. Era no solamente un *viejo lobo de mar* sino un astrónomo y un distinguido escritor é historiador de la marina, de franco y amable trato, de instructiva y variada conversación, pero que estaba imbuído también en las injustas y exageradas ideas reinantes en contra de México. Por parte de España ya lo hemos dicho, el general Prim era el comandante de las tropas españolas, y al mismo tiempo el Ministro Plenipotenciario de S. M. la reina Isabel.

Por lo poco que he podido decir del conde de Saligny, se concebirá que no era su carácter el más propio para

(1) Hace poco tiempo fué recibido miembro de la *Academia Francesa*.

ganarse la confianza y la amistad del general Prim, sin embargo, con la mejor buena fe, lo primero que quiso fué que la concordia y la armonía reinase entre los plenipotenciarios, que su acción fuese uniforme y encaminada pura y simplemente á cumplir con el tratado de Londres, á obtener de México el arreglo de las cuestiones pecuniarias pendientes, sin mezclarse en su régimen interior, sin violentarlo, sin que de ninguna manera pareciese ni se entendiese que las armas y la marina de las tres naciones venían á proteger y á apoyar al partido monarquista. Para lograr esto, redactó un manifiesto á la nación mexicana, dió un convite á los plenipotenciarios y á los jefes más distinguidos de las tropas de línea y de las escuadras, convocó repetidas reuniones y conferencias y logró de pronto dominar así la situación, llevar la iniciativa y hacerse cabeza ó jefe de la expedición, para conducir las negociaciones diplomáticas de modo que le diesen un resultado pacífico y feliz.

Trabajo perdido. Saligny pareció ó convencerse ó resignarse; se dejó conducir y firmó los primeros documentos, pero á los pocos días el general Prim se vió envuelto en dificultades y rodeado de disgustos de todo género, y la armonía que él quiso establecer, fué interrumpida en la primera junta donde trataron de convenir en ciertas reglas para tratar, en su tiempo, con el ministerio mexicano del arreglo de sus respectivos créditos.

Saligny no pudo contenerse ni seguir sufriendo la influencia del jefe español. Presa de esas cóleras, originadas también por una enfermedad de hígado que padecía, sostuvo con ciertas expresiones violentas que el pago de los quince millones de Jecker había de tener preferencia sobre los créditos ingleses y españoles. Sir

Charles Vyke y el general Prim rechazaron con energía tan absurda cuanto injusta pretensión.

Hé aquí la mentada reclamación de Jecker tal como sir Charles Vyke la refirió al conde de Reus en la junta:

«Próximo á caer Miramón, recibió de Jecker la suma de setecientos cincuenta mil pesos en metálico, y en cambio le entregó al mismo Jecker bonos del Tesoro por catorce millones de duros que debían ser pagados por las aduanas marítimas. Este contrato leonino y escandaloso, causó un descontento general en el país, y es seguro que no será aceptado, ni por el gobierno de Juárez, ni por otro alguno que entre á regir los destinos de México.»

Pasó este desagradable incidente y siguieron otros muchos, pero á todos encontraba modo el general Prim, modo de darles, al menos por el pronto, una solución pacífica.

Acampadas las tropas extranjeras en la zona de la costa, comenzaban á resentirse de la influencia del clima, y se resolvieron á significar al gobierno de México que necesitaban avanzar á las tierras salubres y templadas.

La respuesta de Doblado fué como si tuviese, no treinta, sino cien mil hombres. Dijo en sustancia á los comisarios reales, que sin saber expresamente el objeto de la venida de las tropas no podía el gobierno consentir en que avanzasen.

Cólera terrible de Saligny que quería avanzar inmediatamente; reflexión y calma de parte del jefe español.

Este incidente ocasionó el que el general Prim, con poderes de los demás, tuviese una entrevista con Doblado, á quien á cada momento es necesario mencionar y del que diré cuatro palabras.

Era de baja estatura, de cara redonda, de ojillos verdes muy indagadores y maliciosos, de clarísimo talento y rápida concepción, poca instrucción y lectura, violento de carácter, sin admitir dominio y suprémacía cuando él mandaba, de mucho valor moral, sin que tampoco le faltase el valor personal. Como entre los romanos, era al mismo tiempo general, orador en la tribuna, licenciado en Derecho y diplomático en el gabinete; sobre todo resuelto, audaz y afortunado. Liberal de ideas, no había, sin embargo, aceptado la Reforma en su última expresión; los regimientos que había formado en Guanajuato tenían su capellán, y él mismo, con escándalo de los radicales, los conducía á la misa. Creía que se podía muy bien ser demócrata y católico, y en el porte de su persona y en el lujo de su casa y en sus relaciones con los más ricos mineros y con los restos de la nobleza antigua, era más bien aristócrata. Con todo y este conjunto contradictorio, como partidario era enemigo jurado y terrible de los monarquistas, y el Estado de Guanajuato, donde era gobernador, estaba libre de bandidos y de revolucionarios. El que caía en sus manos lo mandaba fusilar irremisiblemente.

Cuando llegó á la capital, precedido de cuatro hermosos regimientos bien vestidos y disciplinados, se hizo cargo de la secretaría de Estado y comenzó á dictar medidas enérgicas, infundió nueva vida y vigor no sólo al gobierno sino á la población entera. Se olvidaron sus defectos y no se pensó sino en ayudarle; otros por temor ó por consideraciones personales se le sometieron también.

Así como Saligny fué repelente para el jefe español, Doblado le fué simpático; pronto se entendieron, y

en 19 de Febrero de 1862 firmaron en el Pueblo de la Soledad, distante catorce leguas de Veracruz, unos convenios que fueron á justo título considerados como los preliminares de una paz honrosa.

Juárez, ese ogro, según el caduco historiador Cantú, que se comía á los niños crudos y que regateó como el judío de Shakeaspeare la carne y la sangre de Maximiliano, tuvo un día de regocijo y comunicó los convenios á los gobernadores, anunciándoles que la paz vendría dentro de pocos días á visitar el país de donde tantos años había estado ausente. Todo se le debía al general Prim.

XI

Poco duró el gozo. Saligny triunfaba, los acontecimientos se precipitaron.

El general Laurencez, con un brillante Estado Mayor, é investido con el mando de las tropas francesas, llegó á Veracruz con un vapor de guerra. A los pocos días nuevos barcos y más tropas francesas. Almonte, Haro y el Padre Miranda, personas notables del partido monarquista, desembarcaron también. Esto determinó la crisis.

El gobierno de Juárez, sin retroceder un momento del sistema de energía que se había propuesto, pidió á los Comisarios el reembarque de esos personajes que consideraba que venían á fomentar la guerra civil del país y á causar nuevos trastornos. Sir Charles y el general Prim opinaron por el reembarque; Saligny y el almirante La Graviere en contra. Almonte quedó, pues, bajo la protección de las tropas francesas y con el carác-

ter de agente ó comisionado especial del emperador Napoleón.

No hubo ya duda. La Inglaterra y la España especialmente, eran victimas de una especie de mistificación. Los convenios de la Soledad se habían reprobado en París, el vice-almirante La Graviere quedaba destituído del mando militar y el conde de Saligny investido de los más amplios poderes y único representante del Emperador.

Los monarquistas mexicanos, renegando del tradicionalismo español representado en México por la dinastía de Borbón desde el tiempo de Felipe V, se habían aprovechado hábilmente de los sucesos y buscado un príncipe de la casa de Hapsburg; los créditos de la convención española quedaban despreciados y nulificados ante los bonos de Jecker; el futuro soberano de México había aceptado la corona y se disponía á venir; Almonte se lo había comunicado al general Prim, que ya lo sabía por los despachos oficiales de Calderón Collantes; la política napoleónica había cambiado totalmente sin el acuerdo de las dos potencias aliadas; el gobierno constitucional de México iba á ser derrocado y sustituído por otro, contra lo que expresa y terminantemente había ofrecido el general Prim bajo su firma y su palabra de soldado. ¿La España iba á dar la sangre de sus hijos y á gastar millones de reales para que Saligny se casase con una rica, para que Jecker fuese pagado de sus quince millones, para que un partido mexicano subiese al poder, para que Almonte fuese un par de meses presidente, y un príncipe de una dinastía extranjera se coronase y gobernase la colonia que había sido la joya predilecta de la corona española?...

El general Prim no lo permitió.

Renunciando á toda gloria militar, sin temer las responsabilidades, sin cuidarse de lo que dirían sus enemigos, ni de las Cámaras españolas, ni de la prensa, ni de cómo juzgaría su conducta el emperador Napoleón, que era su amigo, contra la opinión de toda la Europa, sin consultar, ni menos esperar la resolución del ministerio, tomó la heroica resolución de un hombre honrado: abandonó el campo y la temeraria aventura á los franceses y despachó á la Habana á sus tropas.

Hernán Cortés no esperó las órdenes de Cárlos V para quemar las naves y conquistarle un imperio.

El conde de Reus no esperó tampoco las órdenes de Isabel II para retirar las naves y ahorrar á España la sangre de ocho ó diez mil soldados y el gasto de ochenta ó cien millones de pesos, y sobre todo el inmenso ridículo de batirse con los mexicanos por el casamiento del conde de Saligny y por la reclamación de Jecker.

Todo el mundo conoce la valiente hazaña de Hernán Cortés.

Pocos conocen la heroica retirada del Conde de Reus.

XII

El general español dejó el campo libre á los franceses. Saligny triunfaba y su Emperador le dispensó cuanta suma de confianza y de poder puede dar un soberano á un embajador. Fué el árbitro de los destinos de México y sus incansables trabajos le dieron el resultado. Pasemos sobre los sucesos de poca importancia y reasumamos:

El conde Dubois de Saligny, con su política y en verdad con la fuerza de su carácter, logró disgustar al general español y hacer que él y sus tropas saliesen del territorio mexicano.

El conde de Saligny condujo, al fin, triunfantes las águilas del imperio á la capital del legendario imperio de Moctezuma.

El conde de Saligny devolvió á Jecker su fortuna é hizo valer su reclamación, sin cuidarse de los créditos españoles, ni ingleses.

El conde de Saligny dió el triunfo al partido monarquista y sentó en el trono al príncipe católico buscado y encontrado al cabo de veinte años por Gutiérrez Estrada.

El conde de Saligny arrojó hasta las fronteras á ese temible Juárez, enemigo de la Francia y del Emperador.

Para colmo de dicha y para que nada le faltara se casó con una mexicana muy rica de una antigua y distinguida familia del Estado de Puebla.

El hombre más estudioso podría dedicarse años á leer la historia diplomática y la biografía de los hombres de Estado más notables y no encontraría un triunfo tan completo, una gloria tan espléndida como la del conde Dubois de Saligny. Un verdadero fenómeno de fortuna, de talento y de habilidad diplomática.

EL REVERSO DE LA MEDALLA.—FIN DEL DRAMA

XIII

Para verdades el tiempo
y para justicia Dios.

En las historias que yo he leído en francés y en castellano, referentes á esa época, no sólo no están referidos los bellos rasgos del carácter del general Prim, sino que la crítica injusta y aun el espíritu de partido entran por mucho en el juicio de la conducta que observó en los momentos difíciles en que desempeñaba el importante papel que le había confiado la Reina de España.

El emperador Napoleón, M. Thouvenel, Drouyn de Luys, Billaut, el Duque de Morny, Salamanca, Mon, Calderón Collantes, Pacheco, Gutiérrez Estrada, Almonte, Saligny, Jurien de la Graviere, en una palabra, los hombres de Estado y los diplomáticos más remarcables de esa época, juzgaron la cuestión mexicana bajo diferentes aspectos, y todos, según sus afecciones, opiniones ó intereses, estaban seguros de un grandioso desenlace. El general Prim la veía de una manera distinta. Sin exageración, él solo luchaba resueltamente contra la opinión de toda la Europa.

Por fortuna escribió dos cartas, una al emperador Napoleón y otra á Don José Salamanca, que son hoy el pedestal de la grande y silenciosa estatua del Parque de Barcelona (1).

Escritas con sencillez, con verdad, con naturalidad, sin pretensiones, están como impregnadas del antiguo espíritu profético. Como en un espejo veía claro y distinto el porvenir.

El 6 de Abril de 1862 escribió al señor Salamanca desde Orizaba:

«Que el Emperador no conozca la verdadera situación de este país, no es del todo extraño, máxime cuando forma su juicio por las apreciaciones de M. de Saligny; pero que éste, que está sobre el terreno, que ha vivido largo tiempo en México y que no es nada tonto, comprometa, como lo hace, el decoro, la dignidad y hasta el honor de las armas francesas, no lo comprendo, no lo puedo comprender, porque las fuerzas que están aquí, bajo las órdenes del general Laurencez, no bastan para tomar *siquiera á Puebla, no, no, no.*»

El general Laurencez, con cinco mil quinientos hombres y dejando una corta guarnición en Veracruz y ocupada Córdoba con trescientos ó cuatrocientos hombres á

(1) El 18 de Mayo, mi amigo el señor don Juan Antonio López de Ceballos, escribía al Secretario de Estado de la reina Isabel entre otras cosas: «He hallado (en México) á la mayoría de los súbditos españoles irritados hasta la exasperación por la conducta seguida por el Conde de Reus desde su llegada y por la retirada de las fuerzas españolas. He hecho los mayores esfuerzos para convencerlos de que deben suspender su juicio.» ¿Qué dirán hoy esos españoles?

las órdenes del general Taboada, marchó con dirección á Puebla. El 28 de Abril tuvo un encuentro con las fuerzas del general liberal Zaragoza en las cumbres de Aculcingo, el que no queriendo comprometer un lance decisivo se retiró á Puebla.

Laurencez creyó que había obtenido una espléndida victoria y dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

«Soldados y marinos: en el combate de las Cumbres, los ecos de las montañas de las cordilleras han resonado con el ruido de vuestras armas victoriosas: el cañón de los Inválidos responderá en Francia dentro de un mes, vuestros compatriotas hablarán de vosotros con orgullo y el Emperador os felicitará.»

Todos veían las cosas color de rosa. Sólo el general Prim veía negro.

El 4 de Mayo Laurencez llegó ante las fortificaciones de Puebla. Fuerzas reaccionarias lo ayudaban por las cercanías de la ciudad, distrayendo la atención del gobierno, que tenía que hacer frente á la invasión extranjera y á los enemigos interiores.

El 5 atacó por tres veces, furiosamente, las fortificaciones de Guadalupe y Loreto, y tal como lo había pronosticado el general Prim, fué derrotado y se retiró á Orizaba. Perdió cosa de treinta oficiales y quinientos soldados heridos ó muertos valerosamente al pie de las fortificaciones.

Ya se deja entender que el cañón de los Inválidos no respondió, y en vez de felicitaciones el Emperador destituyó del mando al conde de Laurencez y lo hundió para siempre en el olvido y en la desgracia.

En la misma carta continuaba diciendo al señor Salamanca:

«Cuidado que yo no niego que las tropas francesas llegasen á apoderarse de Puebla, y también de México; lo que *sí niego resueltamente* es que basten los batallones que hoy tiene el conde de Laurencez. Las águilas imperiales se plantarán en la ciudad de Moctezuma cuando vengan á sostenerlas veinte mil hombres más. *¿Lo oye usted bien? Veinte mil hombres más.*»

Después de la derrota de Laurencez vinieron nuevos barcos de guerra con tropas á las órdenes de los generales Douai y Bazaine, y finalmente, el mariscal Forey llegó á Veracruz el 21 de Setiembre y se hizo cargo del mando del ejército expedicionario.

Hasta el 3 de Febrero de 1863 se comenzaron á mover las tropas francesas de las posiciones que ocupaban en Orizaba.

El 16 de Marzo llegó el mariscal Forey delante de la ciudad de Puebla, no sólo como lo había indicado en su carta el general Prim, con veinte mil hombres, cincuenta cañones rayados y cuatro morteros, sino además con las diversas partidas de reaccionarios que ascendían á seis ú ocho mil hombres. Según la declaración de un sargento del 18.° batallón de Vincennes, el ejército se componía en total de treinta mil hombres. Con todo y los treinta mil hombres, no fué cosa tan sencilla apoderarse de la ciudad. Estableció un sitio en toda regla, los asaltos á los fuertes fueron rechazados, y los franceses tuvieron que combatir día y noche, batirse cuerpo á cuerpo en las calles, en las plazas, dentro de las casas mismas,

hasta que al cabo de sesenta y dos días la plaza, escasa ya de municiones y sin víveres, se entregó al mariscal francés. No hubo capitulación. Se rompieron las armas, se inutilizaron los cañones, la tropa se dispersó y los jefes y oficiales quedaron á disposición del vencedor. Algunos generales como Porfirio Díaz, Riva Palacio, Berriozábal y otros, salieron de la plaza con algunas fuerzas y se dirigieron á México á reunirse con las pocas tropas que allí había y continuar la campaña, sin desanimarse, ni abatirse un solo momento.

En la misma carta continuaba diciendo al señor Salamanca:

«Admitamos que á fuerza *de hombres y de millones llegasen los franceses á México;* repito que no lo dudo, pero ¿y qué habrán conseguido con esto? ¿Cree usted que crearán la monarquía con visos de estabilidad? *Imposible, tres y diez y cien veces imposible.* ¿Podrán á lo menos crear un gobierno estable bajo *la Presidencia de Almonte?* Tampoco, porque la gran mayoría del país, la inmensa mayoría, digo, es liberal, y todo lo que sea fundar un gobierno contra el sentimiento público, es *un sueño, una quimera.*»

En la carta que escribió al emperador Napoleón III desde Orizaba con fecha 17 de Marzo (1), después de manifestarle que Almonte y Haro le habían contado el

(1) Tanto la carta dirigida al señor Salamanca como la del Emperador, y de las cuales se copian literalmente los párrafos, se encuentran en la obra titulada *Cuatro años en México,* por el notable escritor don Ramón Elices Montes, el cual al hablar del general Prim le hace la debida justicia.

propósito de crear una monarquía con el archiduque Maximiliano, le decía:

«Además tengo la profunda convicción, señor, de que en este país son muy pocos los hombres de sentimientos monárquicos, y es lógico que así sea cuando no conocieron nunca la monarquía en las personas de los monarcas de España, y sí sólo en la de los virreyes que gobernaron cada uno según su mejor ó peor criterio y propias luces, y todos según las costumbres y modos de gobernar á los pueblos de aquella época remota. La monarquía no dejó en este suelo, ni los inmensos intereses de una nobleza secular, como sucede en Europa, cuando al impulso de los huracanes revolucionarios se derrumba alguno de los tronos, ni dejó intereses morales, ni dejó nada que pueda hacer desear á la generación actual el establecimiento de la monarquía que no conoció y que nadie, ni nada, le han enseñado á querer y venerar.

»La vecindad con los Estados Unidos del Norte y el lenguaje siempre severo de aquellos republicanos contra la institución monárquica, han contribuído á crear aquí un verdadero odio á la monarquía, al paso que la instalación de la República, desde hace cuarenta años, á pesar de su desorden y agitación constantes, han creado hábitos, costumbres y hasta cierto lenguaje republicano que no será fácil destruir.»

El Emperador no le dió ninguna importancia á esta carta y continuó la política inaugurada por Saligny al romperse los convenios de la Soledad.

En la carta al señor Salamanca hay dos párrafos relativos á M. de Saligny que dicen así:

«¡Qué fatal va á ser este hombre para el Emperador y para la Francia! Yo no soy francés y, sin embargo, no perdonaré jamás á este hombre los males que va á causar á mis buenos camaradas.

»Los franceses partidarios de la torcida política planteada por M. de Saligny se desatarán contra mí, pero la Francia, *la noble y generosa Francia, cuando conozca la verdad de los hechos,* deplorará lo sucedido, como lo deploro yo, pero no me culpará.»

El párrafo más notable por su naturalidad y sencillez al mismo tiempo que por su firme convicción, es el siguiente:

«Las simpatías que usted tiene por todo lo francés, le decía á Salamanca, harán que usted no dé crédito á mis pronósticos. Le estoy viendo á usted sonreirse incrédulo y diciendo: *«Mi amigo don Juan exagera, voy á guar- »dar esta carta* para probarle en su día que se equivocó, »que no vió claro y que *mejor hubiera hecho en marchar »adelante con los franceses.»* Bueno, guarde usted esta carta y en su día hablaremos.»

Curioso es hoy el análisis de estas cosas trascendentes y por lo que se debe á la verdad y á la historia de España y de México, ligadas en este triste episodio, no llevarán á mal los españoles, y con especialidad los catalanes, que haya ocupado estas páginas que en resumen serán una pequeña contribución para la biografía de este insigne catalán. Veamos cómo continuaron cumpliéndose al pie de la letra sus pronósticos.

Los franceses llegaron, en efecto, á la capital. El mariscal Forey la ocupó el 11 de Junio de 1863, pero exactamente á costa de *hombres y de millones.* A esa fecha había enviado el Emperador cosa de treinta y cinco mil soldados, cantidades inmensas de material de guerra, víveres, carros, caballos y artillería. Al salir el Archiduque de Europa fué necesario que Napoleón le proporcionase quince millones de francos en oro, y se habían gastado además tantos millones, que agotado el dinero de los banqueros de México, que habían dado todo el que tenían en efectivo en cambio de letras sobre París, tuvo que salir don Nathaniel Davidson, agente de la casa de Rostchild, á traer de la Habana tres millones en onzas de oro.

Desde la llegada de Laurencez á Veracruz hasta que las águilas francesas entraron á México, seguramente se habrían ya consumido como trescientos millones de francos y perecido de fiebre, de disenterías, de insolación y de balas mexicanas, cosa de dos mil á dos mil quinientos soldados franceses.

¡Por once mil pesos que era lo que debía México á la convención francesa!

Habiendo aceptado el desgraciado príncipe de la casa de Hapsburg la corona que le ofreció Gutiérrez Estrada y socios, llegó á México en 12 de Junio de 1864 y comenzó á gobernar; pero no habiendo querido ni podido derogar las leyes de Reforma de Juárez, ni devuelto sus bienes al clero, comenzó á enajenarse la voluntad de los que con tanto entusiasmo lo habían ido á sacar de la deliciosa tranquilidad de su castillo de Miramar.

A los dos años no tenía Maximiliano ni dinero con que vivir, ni partidarios, y su situación era tan grave que la princesa Carlota salió repentina y ocultamente de

México, se embarcó en Veracruz en un vapor correo el 8 de Julio de 1866, y el 10 del mes siguiente entraba al palacio de Saint Cloud.

El Emperador, que había reflexionado, aunque tarde, y que es seguro que recordaba ó tenía quizá en su bufete la carta del general Prim, significó á Carlota que estaba decidido á retirar el ejército de México, y que habiendo ya la Francia gastado muchos millones estaba resuelto á no dar un centavo más.

La infortunada princesa abandonó con la muerte en el alma el palacio que cuatro años después fué reducido á cenizas por la Comuna, y no sabiendo qué hacer, ni dónde ir, ni materialmente dónde reclinar su cabeza, fué á dar con el Santo Padre al Vaticano, como queriendo que el Soberano de los católicos la auxiliase ó siquiera mitigase su angustia. Golpe tan terrible fué superior á sus fuerzas; su razón se extravió, y gravemente enferma fué conducida al palacio de Laeken, cerca de Bruselas, al lado de su desolada familia.

El 5 de Febrero de 1867 comenzaron á salir de la capital de México las fuerzas francesas, *sin haber conseguido nada, sin haber podido sistemar la monarquía,* y se conocía sobradamente lo funesto que había sido á la Francia la política de M. de Saligny. El 8 de Marzo, despachadas ya la mayor parte de las tropas, se embarcó en el navío *Soberano* el Mariscal Bazaine para irse á perder tres años después en la plaza de Metz.

«Fácil le será á V. M. (decía el general Prim á Napoleón III en su carta citada de 17 de Marzo de 1862), conducir al príncipe Maximiliano á la capital y coronarlo rey, pero este rey no encontrará en el país más apoyo

que el de los jefes conservadores, quienes no pensaron en establecer la monarquía cuando estuvieron en el poder y piensan en ello hoy que están dispersos, vencidos y emigrados. Algunos hombres ricos admitirán también al monarca extranjero, viniendo fortalecido por los soldados de V. M., pero no harán nada para sostenerlo el día en que este apoyo llegara á faltarle y el *monarca caería entonces del trono elevado por V. M.*, como otros poderosos de la tierra caerían el día que el manto imperial de V. M. dejase de cubrirlos.»

El 22 de Octubre el archiduque Maximiliano marchó á Orizaba, con el propósito decidido de embarcarse en la fragata *Dándolo* que lo esperaba y tenía hasta sus calderas encendidas; *pero estaba escrito,* como dicen los musulmanes, no se embarcó, y se fué á encerrar á Querétaro.

El mariscal Bazaine, al marcharse, se había llevado el *pedazo de manto imperial* que cubría la monarquía mexicana, y el 19 de Junio de 1867, el abandonado príncipe de la antigua casa de Hapsburg-Lorena fué fusilado en Querétaro.

La monarquía extranjera con un príncipe católico duró tres años. *Un verdadero sueño, una quimera.*

Los vaticinios y los sombríos presentimientos del Conde de Reus se habían cumplido, uno á uno, y al pie de la letra.

Con motivo de una comisión que me confirió el gobierno, tuve ocasión de examinar las cuentas y balances originales del Conde de Germiny, que era el banquero de México en esa época.

Las operaciones financieras que se hicieron en París en los años de 1864 á 1866 importaron la enorme suma de mil ciento cincuenta y ocho millones doscientos ochenta y dos mil quinientos cuarenta y nueve francos, y esta suma, al 6 por 100 de interés anual, debía ser pagada por México. Los réditos de esa deuda, añadidos á los de las convenciones española é inglesa y tenedores de bonos de Londres, importaban cerca de catorce millones anuales. Las rentas totales de México en esa época no llegaban á diez y seis millones. La existencia de la monarquía de Maximiliano era de todo punto imposible. Los diversos esfuerzos de los acreedores que habían contribuído á crear esa situación les salieron contraproducentes.

Pues bien, toda esa enorme suma quedó á cargo de la Francia, pues cuando se reanudaron las relaciones entre México y Francia, quedó México libre de esta deuda y de cualquiera otra reclamación francesa. Si se agregan los gastos hechos hasta el año de 1867, en que terminó la desocupación, y lo pagado por cuenta de la reclamación de Jecker, no será exagerado calcular que esta extraña guerra costó á la Francia mil quinientos millones de francos.

Por lo que gastó Francia en tan deplorable aventura se puede calcular lo que hubiese costado á España y el eminente servicio que prestó á su país y á México el general Prim, evitando una lucha inútil, insana y fratricida y reconciliando de una manera sólida y durable á la antigua colonia independiente con la madre patria.

Con la simple referencia de los hechos y las irrecusables pruebas que el tiempo se ha encargado de ministrar, se enaltecen las nobles prendas de este intrépido soldado, de este hombre remarcable, vencedor de los

moros, amigo de los reyes *Kings' Maker*, como el conde de Warwick, pero sobre todo alma grande y honrada, que muy superior á las influencias de la época, cumplió con la justicia y con el deber, sin desvanecerse ni dejarse deslumbrar por el engañoso brillo de una pasajera gloria.

XIV

El fin de un millonario

Quince ó diez y seis millones de francos se pagaron á Jecker á cuenta de su reclamación, dinero que en definitiva salió del tesoro francés. Los acreedores de México recibieron un 50 por 100, y el banquero, personalmente reducido á escasísimos recursos, se marchó á París para agenciar el pago total y liquidar sus cuentas, pero las cosas habían cambiado mucho. El Emperador, aunque tarde, había reflexionado, y su política se cifraba entonces en terminar de cualquier manera, de modo que no volviese á oir el nombre de México, que por otro aspecto le causaba horror.

Pasaban días, semanas y meses y Jecker no adelantaba un paso en su liquidación. En esto vino la guerra alemana y la Comuna. Jecker, lo que puede llamarse pobre, pasó como pudo, dias amargos, ocultándose en una y otra parte, hasta que urgido por la necesidad y creyendo que las pasiones habían calmado un poco, intentó salir de París fiado también en que si su nombre había hecho mucho ruido, su persona no podría ser fácilmente reconocida. Para poder pasar las fortificaciones era necesario un pasaporte; él tenía uno con

la filiación exacta, pero con nombre supuesto. Con la más grande confianza se dirigió al puesto de policía para que el documento fuese visado. No hubo dificultad, y se retiraba con dirección á la estación del camino de hierro, cuando fué llamado. Alguno de los comuneros lo conoció ó malició algo, lo registraron y encontraron que tenía en el bolsillo otro pasaporte con su verdadero nombre. Interrogado, dijo la verdad, é inútil hubiese sido lo contrario; lo metieron á un cuarto donde estaban algunas otras personas que habían sido reducidas á prisión. Al cabo de tres ó cuatro horas se presentó un pelotón de voluntarios que se apoderaron de él. Con el vértigo de la muerte murmuró algunas palabras; después, con cierta energía, pidió al oficial que lo condujesen ante uno de los jefes caracterizados para darle explicaciones, pero no le hicieron caso y apenas le dieron tiempo para que se pusiese un sobretodo gris perla, pues había comenzado á caer una fuerte nevada. Caminaron así calles y callejuelas llenas de fango, hasta que fueron á dar á la esquina de Haxó y Puebla, seguramente era la calle de Puebla la que buscaban para la ejecución, como desquite de la derrota de Laurencez y de la sangre francesa derramada ante las inexpugnables fortificaciones donde se estrellaron los valientes batallones de zuavos.

La nieve caía más espesa, la tarde declinaba, y las sombras invadían esas angostas y tristes calles que parecían abandonadas por los habitantes. El desventurado banquero volvía la vista á todas partes; ni una alma que lo pudiese amparar; apenas había uno que otro ojo indiscreto que detrás de una persiana contemplase esta aterradora y lúgubre escena.

El pelotón hizo alto; el que lo mandaba colocó á

Jecker de espaldas contra la esquina; otro le sumió el sombrero hasta los ojos, y siguió una descarga de quién sabe cuántos balazos. Jecker cayó en un charco de sangre y de lodo. El oficial dió las órdenes de mando y el pelotón se retiró; la nieve, más espesa, cubría el suelo y oscurecía la atmósfera, y el silencio de la noche, negra y fría, apenas fué turbado en esas sombrías calles por los últimos quejidos del desventurado banquero.

XV

Así pasan las glorias de este mundo

Resultado final para Francia de esta guerra insensata de cinco años:

Diez mil franceses sacrificados inútilmente.

Mil y quinientos millones de francos gastados.

Una princesa completamente loca.

El príncipe, que hoy sería el heredero de la corona de Austria, fusilado en Querétaro.

El banquero Jecker matado en París.

La inmensa gloria, fruto de los trabajos y de la habilidad diplomática del conde de Saligny, desvanecida entre el humo y la sangre.

Si el Emperador hubiese escuchado los consejos del Conde de Reus, nada de esto habría sucedido; pero desde luego *estaba escrito.*

En el fondo oscuro del olvido á que fué relegado por el Emperador, el conde de Saligny habrá debido contemplar

con rabia á Juárez entrando triunfante en la capital, después de una larga y peligrosa peregrinación; la Reforma consumada; á los que él había condenado á muerte como bandidos, gobernando el país, y á México en paz, arreglando pacíficamente sus negocios y pagando sus deudas sin necesidad de cañones ni de tropas. Más de una vez ha de haber escuchado la voz del general Prim recordando sus predicciones, ó quizá ha muerto creyéndose rodeado todavía de su gloria y pensando que la realidad no era más que una horrible y continuada pesadilla.

XVI

Un cementerio

Viene el invierno con sus nieblas blancas y sus neblinas pardas, sigue la primavera con sus hojas verdes y sus frescas flores, y así pasan y pasan unos tras otros los años dejando perpetuas las tristezas en el corazón.

Cuando uno se detiene en el fatigoso camino de la vida y echa una mirada á su derredor, no encuentra más que sombras fugitivas, sepulcros que se abren, esqueletos silenciosos.

Amigos y enemigos han ido descendiendo de su pedestal y entrando uno á uno por esa puerta misteriosa de la eternidad, encima de la cual hay escrita una palabra más fatídica que las del Dante: *Duda.*

¿Por qué fuí á recordar en medio del bullicio de una fiesta á la bella Rosa y al intrépido brigadier... desaparecidos... dónde, cómo? No sé.

Un día, y cuando se levantaba la estrella de su gloria, vi al terrible enemigo de Juárez. Era en los mágicos jardines de Saint-Cloud; estaba acompañado de don Salvador Bermúdez de Castro, del marqués de Valdegamas y de la hermosa princesa Matilde. De grande y fuerte busto, piernas pequeñas y débiles, que parecían no poderle sostener, por lo demás semejante á los retratos que sólo carecen del brillo y movimiento expresivo que tenían sus pequeños ojos claros...

Después, Saint-Cloud, reducido á cenizas; el Emperador prisionero, á poco tiempo muerto.

Precedido de un *chasseur,* rodeado de sus ayudantes, en un caballo árabe y seguido de un escuadrón de cazadores de Africa, vi al mariscal Bazaine atravesar la ancha plaza y entrar orgulloso en el antiguo palacio de los Virreyes. Después, preso, condenado á muerte, prófugo, muerto, en fin, en Madrid en la oscuridad y en la pobreza...

Parece que el prólogo de la mayor catástrofe del siglo XIX fué la guerra de México.

La noticia de la muerte de Maximiliano cayó en París como si hubiera sido una lluvia de sangre en medio de los regocijos de una Exposición. En ese momento se empañó el brillo de la estrella del Emperador y continuó su rápido descenso hasta Sedán.

Al enviar estas hojas á la imprenta recibo el correo y leo en el *Figaro:*

«La viuda del mariscal Prim ha muerto ayer en Madrid. Hacía dos años que vivía absolutamente aislada. Desde la muerte del mariscal esta mujer, cuyas virtu-

des son célebres en España, estaba agobiada por el pesar.»

Al día siguiente *Mondragón,* ese inteligente corresponsal que oculta su nombre con el seudónimo, escribía al *Figaro:*

«Doña Francisca Agüero, duquesa de Prim, ha fallecido anteayer (13 de Febrero) en Madrid, después de tres años de crueles sufrimientos. Digo tres años y me equivoco, son más bien veinte años de una muerte á fuego lento. La duquesa ha sucumbido por el pesar, y todo el mundo lo sabe en España. Desde el asesinato del general Prim esta señora, cuya vida no ha sido sino una consagración constante á todas sus grandes afecciones, no vivía sino para llorar al marido á quien idolatró.»

¿Qué puedo añadir? En los espacios infinitos, más allá, más allá del Hércules y del Orión, debe haber un lugar mejor que esta tierra, donde descansen en paz las almas santas después de su fugitiva peregrinación. *Ella era dulce, sencilla y al mismo tiempo gran señora.*

Allí debe estar tan distinguida mexicana, modelo de madres y ejemplo de esposas...

LAS RAZAS HUMANAS

Preguntas y dudas

I

¡Y se abrieron las cataratas del cielo!

Galerna, sirocco, mistral, simoun, tramontana, ciclón, todos los vientos, con los nombres con que hoy se conocen, soplaron furiosos en todas direcciones y el agua cayó á torrentes quién sabe cuántos días, y el globo entero se inundó y perecieron hombres y animales. Nada conozco más bello ni más poético que la blanca paloma volviendo con una ramita verde en el pico á ese gran trasatlántico que bogaba, sin brújula, en un mar sin orillas. Mientras se erigen estatuas en todas las ciudades y á cualquiera, hasta al viejo, malévolo y antipático de Juan Jacobo, el mundo ingrato ha olvidado á ese primer capitán de un colosal navío, á ese ingeniero naval que salvó al género humano.

El día que se forme una sociedad para la protección de los grandes hombres, como existe para la protección de los animales, yo seré el primero en ir á dar mi óbolo, para la estatua de nuestro excelente padre Noé.

Pero dejando á un lado esta ingratitud, muy propia

del género humano, el punto de partida para escribir la historia de la civilización es el Diluvio. Que lo hubo, no cabe la menor duda, y que la estructura de la tierra cambió enteramente hay multitud de pruebas geológicas. En altísimas montañas se encuentran esqueletos de pescados y muelas y huesos de elefantes en los valles de América (1). Todo pereció, todo se acabó, no quedó ni un pájaro en el aire, ni un insecto en la tierra.

Por otro lado, los geólogos nos han mostrado un mundo horrendo en que perecieron por el fuego animales y plantas gigantescas; gatos, tal vez, del tamaño de un caballo; caballos del tamaño de un elefante; leones mayores que un toro; murciélagos con alas de ocho metros, y plantas monstruosas adecuadas á la alimentación de tan tremendos animales, y tampoco podemos negar esto porque cualquiera de nosotros ha visto en los museos el esqueleto de un animal tan enorme, que es necesario quitarse el sombrero para verlo, y todo esto se quemó. Un incendio horroroso, que duró quién sabe cuántos años, ha resultado en provecho de las compañías de vapores trasatlánticos para alimento de sus calderas.

Pero contra toda previsión humana, á pesar de los doctores de la Iglesia y de los sabios de la época, Colón descubre una tierra inmensa, tirada del uno al otro polo y distante dos mil leguas de Europa y tres mil leguas del Asia, y esa tierra habitada, quién sabe desde cuándo, por gentes que hablaban distintos dialectos y perfectos idiomas, que á su manera conocían la arquitectura, la pintura, la agricultura y diversos géneros de industria,

(1) Cavando un canal en las orillas del lago de Texcoco encontré un fémur de elefante que regalé al popular poeta Martínez Villergas.

más curiosos los unos que los otros, pero de los cuales no se tenía idea en Europa (1).

Y después la China con sus millones de habitantes de ojos oblicuos y sus industrias exquisitas de seda, marfil y oro, y luego la India con otros tantos millones de color de bronce, sus extraños y macizos templos, y sus filigranas y sus telas de oro y plata.

El colosal trasatlántico que en vano quisieron imitar los ingleses al construir el *Great Western*, echó sus anclas en el monte Ararat. El intrépido capitán Noé, contento de su feliz navegación, dió libertad á sus pasajeros, y éstos, más contentos todavía, saltaron de á bordo echando á correr por esa tierra verde y regenerada que habían dejado las aguas para entrar en sus límites y formar los mares, las islas, las penínsulas, los continentes que hoy conocemos.

¿Cómo se distribuyó esa nueva y escasa población sobre la tierra? ¡Quién sabe! Es para volverse uno loco. Por esto debería comenzar una historia de la civilización.

¿España era un país desierto completamente? ¿Montañas eriazas, ó serranías cubiertas de árboles, ríos, hierbas, flores, frutos, y ni un pájaro, ni un cuadrúpedo, ni un coleóptero, ni nada viviente? ¿Cuántos años transcurrieron desde que los pasajeros del capitán Noé saltaron á tierra á poblar de nuevo el mundo hasta que llegaron á España? ¿Qué clase de gente era, de dónde procedían, cómo habían vivido antes, por qué emigraron

(1) No había en Europa ni maíz, ni tabaco, ni mosaicos de pluma, ni multitud de otras cosas raras que trajo Colón á los Reyes Católicos y que después envió Cortés á Carlos V.

del pueblacho donde nacieron para buscar aventuras en tierras que no conocían? ¿Por qué no vinieron esos hombres que parecían gigantes, esos cimbrios de feroz aspecto, con el cabello rojo y grandes ojos azules que venció Mario? ¿Por qué se dirigió á los países del Norte esa corriente de hombres muy blancos, de fornidos miembros y pelo rubio que acabó con las legiones de Varus?

¿Cómo esas tierras, donde hay nueve meses de invierno, mantenían un inagotable semillero de aventureros y piratas que se derramaban repentinamente por la Europa? ¿Cómo pasaron á establecerse á la América, situada en medio de dos Océanos, esas tribus de Toltecas y de Mayas que conocían la cultura y las artes y estuvieron ignorados durante siglos hasta que el Almirante, que está de pie mirando desde su alta columna la bahía de Barcelona, descubrió ese gran continente?

Ni los veinte y tantos tomos del insigne historiador don Modesto Lafuente, ni los cinco tomos del no menos ilustre don Víctor Balaguer, me han sacado de estas dudas.

Paseando en la Rambla ví un libro en una vidriera; *Los orígenes de la civilización*. Lo compré. Curiosísimo, obra de años de trabajo y de estudios del sapientísimo inglés, Sir John Lubbock; pero me quedé en ayunas y con más dudas que antes. Sir John ha gastado años en averiguar la vida, las costumbres y la religión de esos millares de habitantes esparcidos en Australia, en la Polinesia y en muchos otros lugares é islas muy distantes unas de otras; pero ese estudio tan curioso no resuelve ninguna duda, ni en esos desgraciados tipos de indios pueden buscarse ni menos encontrarse los orígenes de la

civilización. En el prólogo de la obra de sir John, y en el curso de ella, se citan otros autores que no he leído y tratan de la materia. ¡Ojalá hayan logrado á descifrar el enigma!

Andando el tiempo, y con él, los progresos de las luces y el adelanto de las ciencias, los geógrafos, más reflexivos y cautos que aquellos que se reían de las locuras de Colón, dividieron la humanidad por colores. Raza blanca; negra, para formar contraste; amarilla, para que sirva de matiz; cobriza y roja. Esto siquiera es visible; todo el mundo ha podido ver un negro algún día de su vida; por fortuna vemos muchos blancos, y con especialidad blancas y muy hermosas, y algunos amarillos en la Exposición, pero esta evidencia no hace más que despertar mayores dudas.

Nuestro padre Adán, al cual tampoco nadie ha pensado erigirle una estatua, era sin duda el hombre más gallardo; y nuestra madre Eva la mujer más acabada y más hermosa. Eso lo creo firmemente. y el más exagerado librepensador no lo negara, porque la prueba la tenemos en cualquier país donde no faltarán algunos hombres de arrogante estatura, de formas escultóricas, como se dice hoy, y mujeres tan bellas que en todo y por todo no serán más que el trasunto de Eva. De esta evidencia nace una duda, ó da lugar á una indagación: ¿en el curso de los años y con la manera especial con que tuvo que propagarse la raza humana, fué cambiando de color, de forma, de ojos, de estructura cerebral, de fisonomía? En cuanto á los negros, tenemos alguna solución, aunque no muy satisfactoria; descendientes todos del primer asesino y protegidos hoy contra la codicia y barbarie de los caucásicos, por el

cardenal Lavigerie; ¿pero y de los demás, y especialmente de los millares de indios de todos colores y tamaños esparcidos en las islas del Océano Pacífico? ¿El valiente capitán Noé embarcó en su trasatlántico por lo menos un par de cada color, y cada uno de esos pares fueron tomando su derrotero y formando en el transcurso de años los imperios de China, de la India y de la América, y los mil pequeños reinos de Africa, dejando á los blancos en Europa para que también en el curso del tiempo formasen las Repúblicas Griegas y el Imperio Romano? ¿Y los asirios, y los persas, y los babilonios, y los medos, y los egipcios, y los hebreos? Ya podrán dos docenas de ingleses viajar, estudiar, trabajar diez ó doce años y no llegarán á resolver estas cuestiones.

Si el capitán Noé no dió asilo en su buque á esas parejas de cada color, ¿de dónde proceden, ó por qué causa sufrió tan completa transformación la raza blanca y hermosa de Adán y Eva?

Las gentes que salieron del Arca, en mayor ó menor número, eran ó representaban los restos de unas civilizaciones más ó menos adelantadas, que transmitieron á su descendencia, explicándose así las civilizaciones *sui generis* del Egipto, de la China, de la India, de México y del Perú. ¡Quién sabe! ¿O el capitán Noé, no queriendo ni pudiendo esperar porque tenía ya la seguridad de que el mundo iba á sufrir un trastorno espantoso, metió en el arca á los que tenía más á mano y entre ellos al hombre primitivo, de que se conservan muestras hasta el día y que en realidad ha sido el objeto de los estudios de Sir John Lubbock?

Y ese hombre primitivo, cazador primero, agricultor después, tejedor en seguida, alfarero, cantero y herrero,

útil y apto para sostener su vida, como Robinsón en su isla, fué el civilizador por excelencia, el padre de las artes y el maestro de todas las maravillas de Menphis, de Grecia y de Roma? ¡Quién sabe! Pero dudo mucho que el hombre primitivo, en sus inmediatas generaciones, haya seguido esa difícil escala ascendente.

El hombre primitivo es el más horrendo, el más feroz de todos los animales. Desnudo, ó apenas cubierto con la piel cruda de cualquier animal, con las greñas alborotadas, sucio, feroz en su mirada, comiendo carne cruda de animales inmundos, con una inteligencia muy limitada, ocioso, cruel, lleno de supersticiones las más repugnantes, con trozos de madera pendientes de la nariz, dibujado de cara y cuerpo, con las más ridículas figuras, inútil para todo trabajo que no sea la caza ó la pesca, refractario á toda mejora material y moral, y formando marcado contraste con el hombre civilizado será un eterno enigma, no su vida, sino su procedencia y su emigración á islas y continentes situados á una inmensa distancia de los puntos de donde se cree ha tenido principio la distribución de las razas humanas en la superficie de la tierra. En mi juventud, en la frontera de mi país, tuve ocasión de ver y aun de vivir cortas temporadas sino con hombres, absolutamente primitivos, al menos con los que mucho se le parecían (1), y quizá por la novedad y los pocos años, me causó cierta admiración su alta estatura, sus caras sin movimiento, como si fuesen de piedra, su destreza en manejar el arco y la flecha, y su agilidad en el caballo; pero no todos son así, pues hay entre esos hombres, que llamaremos pri-

(1) Comanches, apaches, carrizos, lipanes, etc.

mitivos, algunos tan raquíticos, tan feos, tan miserables en sus atavíos, que mueven más bien á compasión. Pasados los años, pasó también esa admiración, y hoy debo confesarlo, no me caen muy en gracia los hombres primitivos. En los siglos pasados, los misioneros, y cuidado que los había muy evangélicos, valerosos y avisados, no pudieron reducir siquiera á la vida agrícola á esas tribus salvajes que nunca fueron conquistadas, y que han disminuído á causa de sus eternas guerras de tribu á tribu y de las balas del rifle americano.

II

Las naciones, como los hombres, tienen especiales preocupaciones que puede decirse forman parte de su propia vida. Para muchos la nobleza moderna no es perfecta. Mientras más remota es, mayor prestigio y lustre tiene. Lo mismo son los pueblos en general. Mientras más antiguos, raros y misteriosos se supone á los primitivos colonos ó emigrantes, más ilustre es el blasón de la ciudad. Don Modesto Lafuente, aunque no la afirma, le sonríe la idea de que un nieto de Noé fuese el primer hombre que vino á España y la gobernase *con imperio templado y justo.*

Pero dejando á un lado este remotísimo tiempo del diluvio, del cual, y del de los siglos inmediatos, nadie sabrá la verdad, España, que debemos suponer desierta después del cataclismo, como muchas otras partes del mundo, fué poblándose gradualmente por una serie de emigraciones procedentes más bien de países Europeos que no del Asia, pues no se encuentra hoy en los habi-

tantes nada que pueda parecerse á las gentes asiáticas. A los primeros que vinieron á la Península les dieron (nó se sabe quién) el nombre de Iberos, después los Celtiberos, y el mismo historiador se inclina á creer que esta fué la raza más enérgica que venció, fué superior á los demás, formó el fondo ó la base del carácter español y dió en lo general el nombre á la Península.

A la emigración de los Iberos y Celtiberos siguieron los Cántabros, Vascones, Astures, Gallaicos, Lusitanos y otras tribus más, con diversos nombres y hablando distintos dialectos, pero ni una palabra de los Catalanes. Estos colonos ó invasores, eran bárbaros, feroces, agrestes, bebían la sangre de los caballos, y traspasaban con un arma á sus hijos, cuando no venían vencedores de la campaña. Quién sabe cuántos años se hicieron una guerra encarnizada, hasta que concluyeron por encontrar una localidad en donde vivieron quietos y relativamente progresaron en paz. Y si de esto, aunque sin detalles, hubiese alguna duda, quedaría resuelta con la existencia, en sus respectivas provincias, de los Asturianos, de los Vizcaínos, de los Gallegos y de los Portugueses, que en el curso del tiempo formaron un reino separado. España, no obstante los siglos transcurridos y la fusión y trato necesarios de unos habitantes con otros, es de los países de Europa donde se han conservado más el carácter y la fisonomía, digámoslo así, de las antiguas y acaso inexplicables emigraciones.

«Los cronistas catalanes, dice el señor Balaguer en su laboriosísima é interesante *Historia de Cataluña y de la corona de Aragón*, suponen que eran doce los pueblos que se repartían el que hoy llamamos Principado de Cataluña. Los *ceretanos*, los *rusinos* ó *rusiliones*, los

indicites ó *indigetes,* los *lacetanos,* los *betulones,* los *sedetanos*, los *sucetanos;* los *cosetanos*, los *ilirgetes*, los *acetanos,* los *intercahones* y los *ausetanos.* Estos nombres se confunden con una multitud de otros, pues hay cronistas que añaden varios más, mientras que otros sólo citan algunos de éstos, agregando los *penos,* los *portusivos,* los *bergusios,* los *fenisos,* los *bergitanos* y los *castellanos,* naciendo de ahí un verdadero laberinto que marea y perturba los más claros entendimientos.»

Lo raro es que entre tanta denominación no se encuentre las tribus ó agregaciones colonizadoras con la designación de *catalanes;* pero si el señor Balaguer se da por vencido en esta indagación histórica, poco tengo ya que averiguar, y pues que á don Modesto Lafuente, severo y rebelde para aceptar aventuradas tradiciones, no le disgusta, sin embargo, ser descendiente de Tubal, ¿por qué no admitir que en el trasatlántico de ese legendario almirante había un par de catalanes que desembarcaron como todos los demás, ganaron un rincón, donde encontraron, sin mayor esfuerzo, los sabrosos frutos de la tierra, rejuvenecida y bendita de Dios, se dedicaron á cumplir descansadamente con el fácil y agradable precepto de *creceos y multiplicaos*, y andando el tiempo se abrieron paso por entre tanta tribu bárbara y salvaje, y vinieron á radicarse definitivamente á las orillas del Llobregat y á la falda de Montjuich. ¿Quién es capaz de saber lo que pasaba entonces?

Es necesario, como dice Renan, admitir en la historia algo de fantasía y reconstruir, con la imaginación y el estudio, épocas y tiempos para todo el mundo oscuros y dudosos.

III

Los idiomas

Si la distribución de las razas humanas sobre la faz de la tierra nos presenta fenómenos inexplicables y problemas sin solución, mayores dificultades encuentra el entendimiento en la cuestión de los idiomas. Para los naturalistas el hombre es simplemente un animal; para los filósofos un animal de los más peligrosos y dañinos; pero sea de esto lo que fuere, es el único animal á quien Dios concedió la palabra.

¿Por qué los otros animales exhalan ciertos sonidos para expresar el hambre, el dolor ó la alegría, pero no la palabra? ¿Por qué otros son enteramente mudos? Ese secreto es de los que tiene la Naturaleza y que el hombre no ha podido sorprender. ¡Ah! si los animales hablasen y tuviesen un poco de la inteligencia del *homus*, ¡qué cosas no dirían de él!

La palabra del hombre y el alfabeto son una verdadera maravilla, un milagro, una cosa divina que no somos capaces de comprender.

¿Qué cosa es la palabra? Una sucesión de sonidos producidos por la garganta, la lengua y el paladar; instrumento admirable que no ha podido igualarse y que apenas se le acerca el violín, que es el que más imita la voz humana. ¿Pero el mecanismo y sucesión de los sonidos todavía no es nada comparado con la combinación rápida de una cosa abstracta, que es el pensamiento? Una serie de sonidos, en instantes, desarrolla una infini-

dad de pensamientos y de sensaciones de que participa toda nuestra organización.

¿Y el alfabeto? Veinte, treinta signos, á lo más, que se combinan unos con otros representan las mil y miles de sensaciones de nuestro espíritu expresadas por un número corto y determinado de sonidos que produce nuestro admirable aparato.

Alejandro Dumas (padre) en uno de sus viajes se encontró en un hotel con alguno que negaba la inmortalidad del alma. Salieron á pasear y entraron en una biblioteca.

—¿Cree usted que murió Platón? le dijo Dumas.

—¡Qué pregunta! ¿pues no lo he de creer?

—Murió, en efecto, prosiguió Dumas, pero su alma inmortal está aquí, le contestó presentándole un tomo de las obras de este filósofo; puede usted conversar con él como si viviese y estuviese al lado de nosotros. De aquí á cien, doscientos ó mil años, quién sabe en cuál de esas regiones infinitas viviremos usted y yo; pero de seguro que en esta tierra estaré todavía divirtiendo á las gentes con las maravillosas hazañas de mis *Tres Mosqueteros*.

Adán (que según los sabios significa el primero), ¿qué idioma habló con su compañera y con el Señor con quien tenía frecuentes conversaciones? Imposible de saberlo. Esa indagación está fuera de los límites del esfuerzo humano. Si hacemos á un lado la tradición bíblica, ¿qué idioma habló el Adán negro y su compañera, el Adán amarillo, el Adán rojo, en fin, los Adanes de todos los colores, porque hoy la raza humana tiene los más raros y extraños matices, y si no se ha modificado con el cruzamiento, hay que reconocer que cada una tuvo un primer padre y una primera madre. Tampoco se puede resolver esta duda, ni se resolverá jamás. Si en la

imposibilidad de encontrar una respuesta medianamente satisfactoria nos refugiamos á ese hombre primitivo que unos consideran como el tipo de la belleza y de la fuerza masculina, y yo como la representación de la incuria y de la barbarie, ¿qué idioma hablaba? ¿Quién fué, digámoslo así, el creador de la significativa y alegórica lengua griega, de la solemne y sentenciosa lengua latina? Tampoco hay respuesta, y cuando se piensa en estas cosas, como yo he pensado con motivo del catalán, no sabe uno si se divierte ó si se molesta; pero en todo caso nace un deseo de contradicción, de disputa, de conversación. Cualquier cosa daría yo para tener cerca al muy erudito don Marcelino Menéndez Pelayo, para comunicarle mis elucubraciones. Algo me había de decir que me tranquilizara.

Lo que yo creo es, que el hombre y la mujer primitivos debieron comenzar el habla por exclamaciones causadas por los diferentes aspectos de la Naturaleza, por los gruñidos más ó menos desapacibles ocasionados por la sorpresa, la cólera ó el miedo, por quejidos y lamentos, por causa de dolores físicos ó de las sensaciones del alma, y seguramente, variado todo esto con poca risa y muchas lágrimas, porque ese sí es el dote con que nacemos y vemos la luz en este mundo.

Después estos sonidos informes fueron modelándose en palabras en muy reducido número, por ejemplo, *frío, calor, viento, agua*, *noche*, *día*, *dolor*, *miedo*, *valor*, *sueño*, *hambre*, etc., y las demás necesidades y sensaciones expresadas por señas, por las miradas, por la contracción del semblante y por los movimientos del cuerpo. Nada de adjetivos, ni de aumentativos, ni diminutivos, ni de concatenación de las palabras, apenas los

nombres de las cosas y pocos verbos, quizá casualmente uno que otro.

Si la raza humana no fué creada por el consorcio único de un primer hombre y de una primera mujer, sino que á la vez aparecieron varones y hembras por diversas partes del mundo, como lo creen los pueblos que reclaman el privilegio de ser *auctótones*, se puede concebir bien la multitud infinita de dialectos y de idiomas, pues cada grupo fué poniendo á las cosas el nombre que le dió la gana, y en un espacio de terreno relativamente limitado, pudo haber veinte ó más agrupaciones que llamasen al sol, á la luna y á las demás cosas con nombres diversos de las demás tribus, y así tendríamos veinte ó más dialectos distintos y quedaba explicado hasta cierto punto por qué la multitud de emigrantes ó invasores que se dirigieron á la Italia, á la Germania, á la Bélgica, á la Gaula y á la España hablaban diferentes lenguas, y la misma observación se puede aplicar á las emigraciones á la América, donde todavía hay numerosas agrupaciones de indígenas con distinto lenguaje; pero si prevalece la teoría de la unidad de la raza humana, no es fácil comprender la dislocación de un solo idioma en tantísimos y de tan variada y hasta contradictoria estructura.

Aparte toda cuestión religiosa, que me es particularmente desagradable porque cada cual tiene derecho de creer lo que le acomode, he creído siempre que los libros hebreos y las obras de Platón, de Aristóteles y de Plinio el menor, encierran la suma de conocimientos que había en esos tiempos remotos, y á poco que se lean los primeros se encuentra el principio y la explicación de las cosas más extraordinarias como, por ejemplo, en el Génesis la formación del mundo y el origen de la especie

humana. Bien que se susciten dudas y dificultades del género que he indicado y otras mayores, siempre las indagaciones parten de esos datos que son de una alta importancia.

En otro tiempo los cíclopes, colocando montañas sobre montañas, quisieron escalar el cielo de Júpiter. En otro tiempo también un ingeniero, el Eiffel de esa época, quiso construir una torre para refugiarse en caso de otro diluvio, ó para escalar el cielo de Jehová. Quizá es la misma cosa, pero Jehová no lo permitió; se confundieron las lenguas y el ingeniero no pudo continuar. ¿Este acontecimiento dió origen al idioma hebreo, al caldeo, al egipcio, al árabe, al chino, al hindou, al azteca, al griego, al latino, y de aquí partieron también el alemán, el ruso, el holandés, el italiano, el francés y el español, y de multitud de otros que se hablan y se escriben hasta el día? He tenido una Biblia en cincuenta y dos idiomas. Creo que hay más. ¡Qué estudio, Dios eterno! De toda la vida, y para quedarse, al fin, lo mismo que al principio, ni una palabra de verdad.

Discurriendo en este orden de ideas en un terreno más tranquilo, es más probable creer que las agrupaciones humanas que fueron aumentando en población y entrando en fuerza de las necesidades de la vida en un cierto camino de cultura y de civilización aumentaron en la misma proporción los sonidos convencionales para designar las cosas, y desarrollándose la agricultura y comenzando las artes y las ciencias su incesante trabajo, fueron introduciéndose nuevas palabras y enriqueciéndose con las de los pueblos vecinos, y llegando, en fin, á constituirse un idioma, viniendo después á corregirlo y perfeccionarlo los gramáticos, y á enaltecerlo y embelle-

cerlo los poetas y los escritores. ¡Qué gran diferencia del castellano de las *Pragmáticas*, de la reina doña Juana y de Carlos V, á Jovellanos, á Quintana, á Lista, á Cánovas, á Pí y Margall, á Moret, á Castelar, á Núñez de Arce y á mil otros. De Cervantes acá ¡qué paso!

Las emigraciones é invasiones de las diferentes tribus que se establecieron en España, no obstante la reunión de las diversas coronas en una sola monarquía y de los años que han pasado, han dejado huellas que no se han podido borrar. Error muy grande el creer que en España se habla uniformemente el castellano. El acento, las elocuciones, el sentido mismo de las palabras cambia según las provincias. Sin embargo, los poetas y los buenos escritores dominan estas desinencias y escriben en muy fácil, hermoso y correcto castellano. Don Pedro de Alarcón es granadino; Cánovas, malagueño; Balaguer, catalán; Pereda, Menéndez Pelayo y Collado (1), montañeses. Dígase lo que se quiera, esto se debe á la Real Academia Española.

En los últimos meses del año pasado don Ceferino Gorchs publicó un curiosísimo libro en el que da á conocer los nuevos tipos de letra bastarda española que ha fundido en su casa. Ninguna palabra será exagerada para ponderar la perfección y delicadeza de los caracteres y la limpieza de la impresión. Es un verdadero libro de bibliófilo. Aprovecho la oportunidad de tributar desde luego un sincero y merecido elogio al señor Gorchs,

(1) Casimiro del Collado, dulcísimo poeta y correcto escritor, muy conocido en Madrid, donde se ha hecho una edición de sus poesías, ha vivido en México la mayor parte de su vida y allí está todavía.

aunque me proponía hacerlo en el capítulo en que hablaré de los progresos del arte de la imprenta en Barcelona; pero su libro, que contiene trozos selectos, me ha proporcionado el copiar aquí y dar en junto una muestra de los idiomas y dialectos usados en la Península Ibérica y que en definitiva representan y comprueban las emigraciones é invasiones de diferentes agrupaciones antes de la conquista romana. Con lo dicho, aunque en compendio, basta para tener una idea de los primeros habitantes de las diversas provincias de España y del que después fué Principado de Cataluña.

Comencemos por el mismo orden del libro del señor Gorchs, copiando solamente una ó dos estrofas.

Es la primera de la bellísima *Noche Serena*, del maestro fray Luis de León, que conoce todo el que habla el castellano:

«Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado
Y miro hacia el suelo
De Noche rodeado
Y en Sueño y en olvido sepultado.»

En *gallego*, de doña Rosalía de Castro:

¡TERRA A NOSA!

«Baixo á pracida sombra d' os castaños
D' o noso bon pais,
Baixo aquelas frondosas carballeiras
Que fan doce o vivir
Cabe á figueira d' a paterna casa
Que anos conta sin fin
¡Que contos pracenteiros! que amorosas
Falas se din alí
Risas que s' oyen n' as seráns tranquilas
D' o cariñoso Abril
E tamen ¡que tristísimos adioses
S' acostuman oir!»

En *asturiano,* de don José Caceda:

EL NIÑO ENFERMO

«Medio apagadu el candil
Y antes q' el gallu cantara
Tuxa llagrimosa y sola
Cabo el so neñin velaba
Si cuita aumenta el silenciu
Que reina pe la enramada
Solo la mar de muy lloñe
Con sordos ruxidos brama
Solo el arroyu del monte
Entre les peñes restalla
Y dalguna ves en cuerto
Canta el paxarin del alba.»

En *portugués,* de Camoens:

FRAGMENTO DE LAS LUISIADAS

«Tao brandamente os ventos os levavam
Como quem o ceo tinha por amigo
Sereno o ar é os tempos se mostravam
Sem nuvens sem receio de perigo
O promontorio Prasso já passavam
Na costa de Ethiopia nome antigo
Quando ó mar descobrindo lhe mostrava
Novas ilhas que en torno cerca, e lava.»

En *catalán,* de don Víctor Balaguer:

A LA VERGE DE MONTSERRAT

«Verge santa d' amor, patrona mia,
dels pobres y afligits guarda y consol,
mès pura que la llum quan naix lo dia,
mès hermosa que 'l cel quan ix lo sol.
Tal com se veu á l' áliga orgullosa
en la roca mès alta fer lo cau
tu la serra mès alta y mès hermosa
vas escullir per ferne tòn palau.»

En *valenciano,* de don Teodoro Llorente:

LA BARRACA

«Com la gabina de la mar blavosa
Que en la tranquila platja fa son niu
Com lo nevat colom que 'l vol reposa
Del arbre vert en lo brancatge ombriu
Blanca, polida, sonrissent, bledana,
Casal de humils virtuts y honrats amors,
L' alegre barraqueta valenciana
S' amaga entre les flors.»

En *mallorquin,* de don Mariano Aguiló:

ESPERANÇA

«Guayta 'l sol darrera l' auba
Ab son mantell rocegant
De llum y ab sa cara encesa
N' omple 'l mon de claretat.
Mil colors se reflectexen
Dins la boyra y 'l cel apart
La paleta de les tintes
Ab que Deu tot ho pintá.
Puja, rodola, devalla,
Vestint de esmeragda 'ls camps
Los nuvols d' argent y grana
Y la mar de satí blau.»

En *euskaro,* de don José María Iparraguirre:

GERNIKA KO ARBOLA

(EL ÁRBOL DE GUERNICA)

«Gernikako arbola
Da bedeinkatuba
Euskaldunen artean
Guztiz maitatuba
Eman ta zabaltzazu
Munduban frutuba
Adoratzen zaitugu
Arbola santuba.»

Mis compatriotas, aptos y mucho para los idiomas, es fácil que entiendan las estrofas que he copiado y aun que perciban la belleza y armonía de algunas que no ceden á las mejores en castellano; pero lo que sí es enteramente incomprensible y desagradable, por *no* poder ni siquiera adivinarse una palabra, es el euskaro. Esa tribu, colonizadora ó conquistadora, nada tomó de los romanos, ni de los godos, ni de los árabes, ni de los castellanos. Se conoce que hosca y retraída en sus montañas, no se cruzó con las demás, ni tuvo más que las relaciones absolutamente necesarias. El mallorquino, *el* catalán y el valenciano se semejan algo y han tomado palabras y elocuciones enteras del castellano; pero el vascuence ni una sola, y he registrado un libro en prosa sin poder hallar nada que se parezca al español.

De la dislocación de la lengua latina resultó el italiano, el francés y el castellano, hermosísimos idiomas que han perfeccionado ilustres escritores y esclarecidos poetas quitándoles la monotonía, la aspereza y hasta las dificultades que tuvieron en los primeros tiempos de su formación; ¿pero las lenguas valenciana, lusitana, gallega, mallorquina y catalana proceden directamente del *romano rústico*, ó no son más que la mezcla del castellano con los dialectos más ó menos bárbaros de los colonos que se fijaron en España? En todo caso el euskaro es una excepción. Es una cuestión filológica intrincada y poco divertida, y como mi sistema, quizá inspirado por Buckle, es admitir la posibilidad de todas las cosas, aun las más extraordinas, pero dudar de todo lo que no es perfectamente claro y evidente, dejo la cuestión en tal estado, y bajo otro aspecto hablaré á su tiempo un poco más del catalán.

EL MEDITERRÁNEO

Cuando se piensa en lo que ha pasado en la tierra en edades muy remotas, y la historia, lejos de tener datos ciertos y admisibles, está íntimamente ligada con sucesos que se apartan de las leyes naturales, y que rechazan la razón y el buen criterio, es permitido reconstruir, por decirlo así, esas inciertas épocas, y teniendo en cuenta simplemente los resultados y hechos presentes é innegables, dar, si se quiere, un poco de vuelo á la imaginación para adivinar las causas que los han producido. Esta es una apreciación individual, y cada cual es dueño de levantar un castillo imaginario que puede demoler la crítica y aun la fantasía de otro que juzgue las cosas bajo distinto aspecto.

Cristóbal Colón, ese hombre extraordinario, pero en la apariencia como cualquier otro, que se puede decir que ha vivido con nosotros y visitado nuestra casa, y con esto quiero significar que es un personaje al que no podemos revestir de atributos fabulosos, descubrió un mundo ignorado por muchos siglos, ¡y qué mundo! mayor que el que era ya conocido, y encerrando riquezas, curiosidades y novedades en los reinos animal, vegetal y mineral que hoy mismo, y á pesar de multiplicados viajes y sabias investigaciones, no son completamente conocidas.

Colón, pues, fué el Baco, el Hércules, el semidiós de ese siglo.

A Colón siguieron Vasco de Gama, Sebastián de Elcano, Cortés, Pizarro, Alvarado, Grijalva, Horn, Lasalle, Magallanes, en una palabra, y para no mencionar infinidad de nombres que todo el mundo conoce, los españoles, los portugueses, los ingleses, los franceses, los holandeses, representados por hombres más ó menos afortunados, pero todos de un alto valer y de un marcado carácter, se lanzaron en todas direcciones, y ni las tormentas del mar, ni la fragilidad de sus naves, ni las fieras de las selvas, ni las flechas de los salvajes, ni la inmensidad de las llanuras, ni la espesura de los bosques, ni las más increibles dificultades apocaron su ánimo, ni detuvieron su coraje y descubrieron tierras, surcaron mares desconocidos, visitaron islas y continentes remotos, establecieron factorías, pelearon con tribus y naciones belicosas, y concluyeron, en fin, por triunfar y conquistar el Vellocino de oro.

Estos eran Baco, Hércules, y los argonautas, los fenicios, los focenses y los griegos que fundaban factorías y colonias, éstos eran los semidioses de esos tiempos heroicos de la edad moderna, que acabaron proezas tan raras, y aun imposibles, que cantadas por un poeta de aquí algunos siglos, parecerán tan fabulosas é incomprensibles como nos parecen hoy las de aquellos seres extraordinarios que se suponía tenían tanto de divino como de humano.

En tiempos que sería difícil designar con exactitud, ni tampoco importa mucho para la reconstrucción fantástica de toda una época, debió apoderarse de los hombres que vivían en regiones que hoy tal vez están

desiertas ó tienen muy poca importancia, un irresistible espíritu de empresa y un deseo vehemente de buscar y encontrar países desconocidos, de explorarlos, de conquistarlos y de quedarse finalmente con ellos. ¡Qué de hazañas fueron necesarias; qué peligros no corrieron los héroes de estas aventuras; qué navegaciones tan difíciles y tan dilatadas; qué de gente sacrificada y perdida! Y todo esto tan grande y llevado á cabo con los pocos elementos de que entonces se podía disponer para la guerra, para la navegación y aun para las más indispensables necesidades de la vida, convirtió á esos atrevidos capitanes en héroes fabulosos, en semidioses, cuya fuerza y protección venía directa del Olimpo, ó de las selvas oscuras y espesas donde habitaban sus divinidades.

Hércules, Baco, los argonautas, los fenicios, los griegos, los focenses, no son sino la representación de ese atrevido movimiento, que sea por el clima, por el hambre ó por cualquier otra causa, significa en conjunto el primer paso de la civilización. En las fábulas, en las leyendas, en las tradiciones maravillosas que han venido hasta nosotros es necesario sospechar al menos que hay un fondo de verdad. Ese movimiento de pueblos que se ejercitaban en el comercio y conocían las artes y estaban iniciados en las ciencias, y que se mezcla y se confunde con narraciones tan bellas como increibles, se dividió, aunque quizá en épocas distintas, de una manera muy marcada, en dos corrientes. La una tomó la dirección del Norte, la otra buscó los climas templados y benignos del Mediodía, y cada una en armonía con el aspecto y fenómenos de la Naturaleza.

De entre las sombras y las brumas del Norte y surcando mares negros y tempestuosos, salían flotas

cargadas de piratas. Hombres duros como el acero, de alta estatura, robustos, osados y decididos, sin temer ningún peligro ni detenerse ante ningún obstáculo, abordaban á las costas de la Bretaña, de la Escocia, de la Irlanda y de todo el litoral del Norte; robaban mujeres, animales y cuanto encontraban, y regresaban á sus sombrías madrigueras para volver en mayor número. En el curso del tiempo fueron estableciéndose ó en costas y países desiertos, no llevando más elementos de civilización que los primitivos y precisos para acudir á las exigencias de la vida. ¿Cuándo comenzaron esas invasiones? ¿Qué influencia tuvieron en el desarrollo de la población, de la agricultura y de las artes en esas regiones? Las épocas danesa, sajona y normanda se pueden definir y marcar mejor, ¿pero las anteriores, las muy anteriores? ¿Los pictos, los escoceses, los ingleses, los irlandeses ya estaban en sus respectivas posesiones? ¿Qué clase de habitantes llegaron á esas islas después del cataclismo que sufrió la tierra? Ya en este punto la fantasía, por más esfuerzos que haga, no puede reconstruir el pasado y no queda más camino sino conformarse con lo averiguado y escrito por los historiadores.

Pero dejemos esos mares y esos países envueltos en la niebla para trasladarnos á ese gran lago azul tendido entre la Europa y el Africa, que baña las costas de la Iberia, de la Galia y de la Italia, y abriéndose paso entre la antigua Cartago y la Sicilia, penetra entre esa infinidad de islas que forman el archipiélago, circunda la Grecia y la Macedonia y va á arrojar por el estrecho de Constantinopla en el Mar Negro el caudal de sus aguas diáfanas y cristalinas.

La mano del Omnipotente ha sido delicada para tra-

zar esas costas. Golfos cercados de montañas graciosamente colocadas, bahías seguras y tranquilas donde las ondas mansas van á lamer los cercados de los jardines, conchas voluptuosas que convidan al baño en los calurosos días del verano, ensenadas donde encuentran abrigo las flotas de los pescadores. Es, en fin, el lago de los jardines de un inmenso parque donde crecen el aloes, el agave y los palmeros, y donde florece el naranjo que recordaba la preciosa Mignon del inmortal Goethe.

Las costas bien cortadas y risueñas; el panorama variado á lo infinito. Ya prados verdes y floridos que descienden suavemente hasta las playas, ya montañas que se asoman atrevidas hasta las profundidades ó se retiran para dejarse acariciar de las ondas, ya pueblos, caseríos, huertas y ciudades populosas. Palermo, Mesina, Nápoles, Niza, Tolón, Marsella, Gerona, Barcelona, Valencia, Cartagena, hasta el estrecho de Gibraltar y Cádiz, en el Atlántico, limitando como una muralla este gran semicírculo el Africa, con sus leones y panteras, con sus monarquías que despliegan la media luna en sus estandartes rojos; con sus mezquitas afiligranadas, con sus tribus árabes, con sus campos, sus ciudades, sus gentes, su atmósfera misma, distinta de la de Europa.

La historia del Mediterráneo, si pudiera hacerse la historia de un mar, no sería otra cosa sino el interesante y complicado cuadro de la civilización y de la laboriosa formación de las naciones, aun las más lejanas de sus orillas. Los tirios, los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los árabes, los godos, los españoles, los genoveses, los catalanes, los venecianos, los ingleses, los franceses, los turcos, razas diversas, nacionalidades distintas, se han cruzado y encontrado en sus aguas, han

acampado en sus costas, han escalado las montañas en cuya base se estrellan sus olas bulliciosas; los hombres más notables y poderosos de la tierra se han disputado su dominio y han encontrado en su seno la muerte ó la victoria.

Casi no hay una ciudad en sus riberas que no ostente un blasón antiguo y que no deba su fundación á esos navegantes de los tiempos mitológicos que la historia, severa y positivista, califica de piratas, y la imaginación florida de los cantores y de los poetas, de héroes y de dioses.

En la Sicilia y Nápoles casi se entra en conversación con Virgilio, con Hortensius, con Cicerón y con los soberbios capitanes romanos, y en las islas con los terribles y lujuriosos Césares. Marsella fué fundada por los focenses, Murviedro por los griegos, una floreciente colonia de los fenicios se estableció en Cádiz; los cartagineses recorrían y ocupaban las costas de Cataluña; en Valencia entraban y salían las flotas africanas. Navegando por ese mar lleno de luz, donde se retratan la mayor parte del año las caprichosas y doradas nubes que vagan en un cielo limpio y azul, se agolpan á la imaginación, confundidos y revueltos, recuerdos de todas las edades y escenas de todas las épocas.

El Mediterráneo, sobre todo, es un mar latino, y en sus extensas y fértiles riberas se plantó la civilización romana, y las invasiones arrasadoras del Norte pudieron sólo sofocar las semillas, pero no arrancarlas de donde habían echado raíces.

Alanos, galos, borgoñones, godos, visigodos, millares de tribus que con diversos nombres se sucedían sin descanso ni intermisión, vinieron á caer como en una gran

caldera hirviente que los fundió, encargándose el tiempo de separar las escorias para que no quedase más que el oro puro en el crisol.

La raza del Norte concluyó por quedarse en sus mares borrascosos y en sus playas bajas y sombrías.

La raza latina se agrupó alrededor de su gran lago y se fortificó en sus Alpes, en sus Apeninos, en sus Pirineos, y nada, ni nadie ha podido arrancarla de sus florestas, de sus palmeros, de sus aloes y de las huertas de naranjos, de sus deliciosos jardines.

Tácito, ese modelo de literatura histórica que no ha tenido quien le iguale, si viniese á visitar hoy el Mediterráneo, se llenaría de orgullo al mirar que su idioma es el idioma cristiano que sirve de unidad á trescientos millones de habitantes en diversos y distantes lugares de la tierra; que los grandes palacios se construyen según el eterno y correcto modelo romano; que la base de la legislación procede de los hijos de la loba; que una península, entregada muchos años á las guerras y discordias de tribus rudas y bárbaras, conquistó, no sólo como Roma la mitad del mundo conocido, sino otro que no se conocía; que una República enclavada en medio de poderosas monarquías puede poner en campaña un millón de hombres, y que la Italia, vuelta después de siglos á su unidad, es la depositaria de las bellezas, de las gracias y de los tesoros del arte antiguo.

BARCELONA

Sentada en una plana
Com sobre una catifa d' esmeralda
Favencia, la romana,
A qui prestan galana
Sa espuma 'l mar y Montjuich sa falda.

Sobre un mosaich sentada
D' or y verdura, que sos murs rodeja
Prop la platja mullada
Que l' ona enjogassada
De un vel d' argent á cada vert plateja.

Después de haber vivido en España algunos años, nada extraño es que haya tratado de ojear siquiera su interesante y romántica histórica y con especial la de Cataluña, país verdaderamente singular bajo diversos aspectos, y que con todo y lo que dicen sobre la áspera seriedad de sus habitantes, me es particularmente simpático, quizá porque el general Prim, cuya azarosa vida no me toca juzgar, hizo justicia á mi patria, y porque es preciso que un hombre ajeno de preocupaciones estime á un pueblo trabajador, industrioso, recogido y sobrio.

Respecto á las emigraciones y al remotísimo origen de los habitantes de la Península Ibérica y del Principado de Cataluña, no he encontrado más noticias que las que en compendio he consignado en los anteriores capítulos, suscitándose en mi entendimiento, con este motivo, dudas que son realmente de chicos cavilosos de colegio y que

acaso están resueltas en doctos autores que yo no he leído.

Volviendo al tema que al principio enuncié sobre la antigüedad de las ciudades, ninguna mejor que Barcelona tiene derecho á pretenderla hasta tal punto, que su origen se pierde en la noche de los tiempos y puede avanzarse hasta la época prehistórica. Existen en el Museo Provincial tres hachas y un dardo de piedra encontradas en dos distintas localidades de la provincia de Gerona (1). Pues que se encontraron tales instrumentos, debieron de ser labrados por ese soñado hombre prehistórico cuyas osamentas no se han podido encontrar para reconstruirlo, como hizo Cuvier con el mastodonte; pero sí es probable que haya sucedido, que los aventureros, guerreros y conquistadores divinos y humanos que navegaban en el Mediterráneo, hayan más de una vez desembarcado en las risueñas playas al pie de la montaña de Montjuich.

Aparte lo que digan los distinguidos escritores don Antonio Bofarull y don Víctor Balaguer, mi creencia privada es, que entre las tribus que vinieron á España, hubo una, de un muy especial carácter, como la de los euskaros, que aunque no esté precisamente designada con el nombre de catalanes, se fijó en Barcelona, Tarragona y otros lugares de la costa, y de allí se fué extendiendo pacíficamente al interior, y más adelante, y en tiempos muy posteriores á la conquista romana, ya de grado, ya por fuerza, formó lo que se llama el Principado de Cataluña, y con el prestigio de sus gobernantes se fué

(1) Véase el Catálogo del Museo Provincial de Antigüedades formado por la Comisión Provincial de Monumentos y redactada por don Antonio Elías de Molins.

fortificando y perfeccionando hasta llegar á un grado de prosperidad, de poder y de influencia muy semejante á la serenísima República de Venecia. Verdad esto, ó no, queda consignado para no volverlo á discutir, y ocupémonos de las tradiciones, sin miedo de los anacronismos que ya se pueden encontrar bien en lo que va escrito. Sin los libros necesarios á la mano, fiado á mi memoria y obligado á dar á la imprenta lo que me ocurre cada día, ya habrá notado el lector que soy por carácter el hombre de las dudas y de las vacilaciones.

El Mediterráneo, manso, azul, cristalino y bello como es, y como he tratado de pintarlo á los lectores que no lo conozcan, tiene, como todos los mares, sus momentos de enojo y de furia que lo hace temible y ha causado más de un susto á los *turistas*. El *noto*, el *cierzo*, el *boreas*, el *aquilón* de los tiempos mitológicos, están hoy tan jóvenes y tan robustos como si el tiempo no hubiese pasado por ellos, y aunque con diversos nombres, hinchan repentinamente sus carrillos y soplan de una manera tan fuerte, que los enormes y bien construídos trasatlánticos, superiores á las galeras cartaginesas y romanas, se ven en apuros, y no pocos con todo y pasajeros, han ido al fondo del gran lago. Ya se verá que no todo es color de rosa y que no por hallarme en sus orillas, trato de adular á este maravilloso mar.

Hércules fué una de las víctimas de estas peligrosas luchas entre los vientos y las aguas. Después de haber terminado felizmente alguno de esos siete trabajos que tanta fama le han dado, quiso tentar otra clase de aventuras, y se lanzó al mar con nueve galeras en demanda

de las costas de las Galias. Aquilón y Boreas soplaron terriblemente durante tres días, al cabo de los cuales tuvo que arribar á una costa desconocida con sólo ocho embarcaciones. Se propuso buscar á la que se había extraviado hasta que por fin la encontró. Muy contento, como debe suponerse, desembarcó, le pareció la tierra magnífica y fundó una colonia, á la que dió el nombre de *Barkinona,* es decir, *Barca-nueve,* para que quedase perpetuo recuerdo de la fortuna que tuvo de hallar la nave que creía perdida para siempre.

Si los lectores se fijan en las siguientes estrofas que en catalán he puesto á la cabeza de este capítulo, convendrán en que Hércules hizo perfectamente en no volver á las Galias y quedarse aquí, ó por lo menos dejar á la mitad de su tripulación y fundar una ciudad donde venir á pasar el invierno, como ahora lo hacen en Niza los príncipes y banqueros, que son los semidioses de este siglo.

Hé aquí la traducción en castellano hecha por ese prodigio de memoria y de saber en su edad, por don Marcelino Menéndez Pelayo. El original catalán es de don Joaquín Rubió y Ors, del cual hablaré en uno de los siguientes capítulos:

Sentada en una plana
Cual de esmeralda sobre rica alfombra
Favencia la romana,
A quien prestan galana
Su espuma el mar y Montjuich su sombra.

—

Sobre un mosaico erguida
De oro y verdura do su muro asienta
En la playa dormida
Que al besarla atrevida
La onda marina en rico velo argenta.

—

Parece reina hermosa,
De su baño al salir medio vestida,
Que contempla gozosa
La diadema orgullosa,
En el cristal que á verse le convida.

¿Cómo es posible que yo pretenda hacer una descripción para comenzar el capítulo mejor que el poeta catalán y el traductor castellano?

Pero un día me ocurrió preguntar á un amigo que regresaba precisamente de estos rumbos:

—¿Qué tal es Barcelona?

—No es fea, me respondió, se parece un poco á México. Durante cinco meses del año no se encuentran tomates, así la comida no puede ser peor.

No quedé muy satisfecho y no seguí preguntándole, porque malicié que sus respuestas serían por el estilo. Lo peor es que hay muchos viajeros que cuando se les pregunta algo acerca de los países que han visitado, dan respuestas más chavacanas que la que dejo consignada.

Para los que quieran tener algunos informes más pormenorizados sobre Barcelona, diré de una vez, y para pasar á otras observaciones de alguna más importancia, que he vivido aquí desde el principio del invierno y que á la cocinera no le ha faltado tomate, fresco y bueno hasta este momento que estamos á 10 de Marzo, y que en cuanto al servicio de la mesa, cada quien, moro ó cristiano, puede comer, desde veinte cuartos, hasta diez duros que pagué en el restaurant, junto al teatro Principal, por una cena para dos personas, en que no faltó ni el tomate, ni el *sole frito,* ni el *Chateaubriand,* ni el Champaña, ni el San Emilión, del año 1872, bueno todo, abundante, á poco más ó menos como en París. Ya verá mi amigo, si lee estos apuntes, que no fué muy exacto

en sus descripciones; y en cuanto á parecerse á México, si se trata solamente de las casas, á poco más ó menos son parecidas en todas las ciudades, pero la planta, distribución de las calles y aspecto general es enteramente distinta, aunque no fuese más, sino que Barcelona es un puerto y México una ciudad interior situada en la cumbre de la Mesa Central de la gran cordillera del Anáhuac.

Bastaría la feliz y bellísima descripción que contienen las tres estrofas copiadas; pero no quiero quedarme por corto, y no pudiendo hacerlo mejor ni en menos palabras, copio literalmente un párrafo de uno de los guías que contiene más detalles y curiosas noticias (1).

«Barcelona está situada á los 41°22'53' de latitud Norte y á los 5°49'20' de longitud Este del Observatorio de Madrid y á los 0°11'13' de longitud Oeste de París, en las orillas del Mediterráneo, rodeada, al Norte y al Oeste, de una llanura fértil que termina al pie de un anfiteatro de montañas. La población superabundante de esta capital, ha cubierto de pueblecillos pintorescos, de lujosas casas de campo y de viñedos bien cultivados, los declives de estas montañas, desde donde se disfruta de un espléndido panorama que puede dar idea de la importancia de la metrópoli de Cataluña.

»Desde el declive de las montañas, hasta las playas de la mar, el terreno forma una inclinación continua que permite abrazar varios puntos de la bella perspectiva de la llanura, de la ciudad y del puerto. El terreno de la ciudad es igual, con excepción de las calles que desembocan en las plazas de la Catedral y de la Constitución,

(1) *Barcelona y sus alrededores*, guía histórica, descriptiva y estadística del viajero, por J. Coroleu.

punto culminante sobre el cual se elevaba, en otro tiempo, la acrópolis de la ciudad primitiva.»

Añadiré algo todavía según mi propia experiencia. El termómetro, en todo el invierno, se ha mantenido en un término medio de 10°, descendiendo algunos días á 8°, raras veces á 0° al aire libre. A poco más ó menos la temperatura de Niza, y el término medio, en el año, uno ó dos grados menos que la de México.

El cielo es despejado y azul como en la mayor parte de los puertos del Mediterráneo, los nublados nunca persisten más de tres días, y las lluvias no son tan repetidas y tenaces como en las costas del Norte de la península. La puesta del sol es sorprendente, y en algunas tardes parece el principio de una aurora boreal. En las tardes, desde las cinco, comienza á caer un relente que humedece á veces las calles como si las hubiesen regado, especialmente las inmediatas á la bahía, y la humedad ocasiona enfermedades y una sensación más molesta que la del frío. Entrada la noche la humedad cesa y se disfruta de un clima sano y agradable. La vida, en un medio decente, es cómoda y fácil; costosa, menos, tal vez, que en Madrid ó Sevilla, cuando se trata de lujo, que tiene una escala, desde un marqués ó conde de limitada renta, hasta un bienaventurado heredero del viejo Barón Rotschild.

Como puerto, Barcelona es el más importante de España, como lo es Marsella de Francia y Génova de Italia. Es también la capital del antiguo Principado que se compone de cuatro provincias. Tarragona, ciudad muy triste y despoblada, donde se ven restos de construcciones ciclópeas de enormes piedras muy anteriores á los cartagineses y romanos; de Gerona, célebre por su

heroica defensa en la época en que invadió Napoleón la España, y que ha popularizado Pérez Galdós en uno de sus interesantes *Episodios nacionales*, y de Lérida, por donde he pasado tres ó cuatro veces sin detenerme. He apuntado lo más esencial que pregunta el que quiere tomar informes de una ciudad. Hay muchas otras cosas que decir y lo haré á medida que me vayan ocurriendo.

PASEOS POR LA CIUDAD

La Rambla (1)

Las ciudades de renombre y fama *de par le monde,* como decía el alegre viejo Brantôme, y las que aspiran á alcanzarlo, tienen un lugar preferido donde concurre la sociedad elegante, donde los negociantes más ricos colocan artísticamente las sederías de última moda, las alhajas más valiosas y las chucherías más raras y delicadas, detrás de grandes vidrieras, donde con perjuicio de sus fachadas, se edifican los teatros y los cafés, donde, en fin, y para dar alegría y brillo á todo esto, concurren las más hermosas mujeres, ya con sus naturales colores, ya cuidadosamente pintadas, pero siempre con cuanto pueden reunir en su casa de elegante y de rico para ostentar sus gracias, realzadas con el terciopelo, la seda y las blondas.

En París es el Boulevard de los Italianos y los que le siguen hasta la Bastilla; en Venecia, la plaza de San Marcos; en Berlín, los Tilos (Unter der Linten), hasta el Museo Egipcio; en Nueva-York, Broadway, hasta la

(1) Como este libro está escrito para que circule en México, se me perdonará que entre en detalles que ningún interés tienen para los que habitan en Barcelona.

Quinta Avenida; en Londres, la calle del Regente y plaza de Trafalgar; en México, los jardines de la Catedral y calles de Plateros; en Madrid, la Puerta del Sol, que tiene la rara especialidad de que jamás se ha abierto ni se ha cerrado (lo mismo que la Puerta Otomana), y nadie, por grande y privilegiado que sea, puede entrar ni salir de ella; en Marsella, la Canebiere; y en Barcelona, la *Rambla* (1). No puede decirse que sea mejor ni inferior á los sitios de reunión pública de los países que se han citado. Cada uno de ellos, según su riqueza, su población y la planta de la ciudad, tienen un mérito y un atractivo especiales, que aumenta ó disminuye, según las estaciones y la concurrencia flotante de viajeros.

La Rambla de Barcelona es una calle ancha y recta, de cosa de 1,200 metros, formada por dos hileras de casas de cuatro pisos, unas viejas, otras reformadas, algunas enteramente nuevas y de costosa y elegante construcción, sin que domine ningún orden especial de arquitectura.

Entre estas construcciones se hallan: el Teatro Principal, el teatro del Liceo, el Banco ó casa de la Compañía de Filipinas, el palacio del marqués de Comillas, la iglesia de Belén, el arco que da entrada al mercado, y la portalería de la Plaza Real, el hotel Falcón, el de las Cuatro Naciones, el de Oriente, los almacenes de *El Siglo* y los más elegantes cafés y restaurants.

En la parte baja de los edificios se ha establecido el comercio en todos sus infinitos ramos. Librerías, confiterías, relojerías, platerías, almacenes de ropa, puestos de fruta, de refrescos y aguas gaseosas, perfumerías,

(1) Rambla significa *lugar cubierto de arena*. Así estaba antes de la construcción de esa parte de la ciudad, y el agua del mar invadía la parte cercana á la plaza de la Paz.

sombrererías, zapaterías, ópticos, sastres, dentistas, peluqueros y quién sabe qué más; el caso es, que en la Rambla se encuentra cuanto pueda ser necesario para la vida diaria, para el capricho y para el lujo.

En medio de esta calle hay una calzada con pavimento de madera y robustos árboles de uno y otro lado que durante siete meses del año forman una espesa y fresca bóveda de verdura. A los lados de esa calzada hay espacio suficiente para el paso de coches y tranvías que circulan, bajando unos por un lado, dando la vuelta frente de las rejas del Paseo de Colón y subiendo por el otro hasta la Plaza de Cataluña.

La Rambla comienza en la Plaza de la Paz, donde está el monumento de Colón, que se terminó é inauguró hace pocos meses. Un gran zócalo guardado por ocho enormes leones de Numidia con gestos tan terribles y amenazadores, que los *payeses* (1) que dejan su quieto hogar para venir á gastar sus cuartos y pasearse en la motrópoli, se retiran asustados sin ver ya el resto del monumento.

En el centro de ese zócalo, tan bien guardado por los indomables reyes de la selva, se levanta un elegante pedestal con una corte de estatuas, digna de tan eminente personaje; del pedestal arranca una esbelta columna y de pie sobre su capitel, en un mundo de oro resplandeciente el Almirante de las Indias dominando la bahía, señala el rumbo adonde lo llevaron sus dorados sueños, y más feliz que el legislador de los hebreos llegó á sus verdes y floridas islas, á la tierra de promisión reservada á la santidad y grandeza de su genio.

(1) Equivale á payos, rancheros, campesinos de México.

El monumento me parece grandioso y de artística novedad, á pesar de la obligada columna ya truncada, ya con capitel, de la mayor parte de los monumentos que se erigen desde hace siglos en todas partes. Los leones mismos, un tanto fantásticos, llenan bien la base y llaman la atención.

El Almirante tiene un monumento magnífico en Génova, todo de mármol blanco de Carrara, y en México otro, hecho, según recuerdo, por Cordier, y regalo del finado don Antonio Escandón. Bellísimo por su sencillez. Colón en un pedestal y al pie cuatro de los buenos y heroicos frailes que fueron á México en los recientes tiempos de la Conquista, pero el conjunto tan correcto y tan acabado que la persona de gusto más exquisito apenas le encontrará defecto. El monumento de Barcelona, repito, para mí, es magnífico y no admite comparación con los dos citados, porque son de distinto género.

De pie, junto á uno de esos leones se divisa la verde bóveda de la Rambla y el panorama teatral de sus edificios, y avanzando, se va descubriendo de uno á otro lado la serie majestuosa de ellos. El Banco, Santa Mónica, el Ateneo, el teatro Principal con su elegante fachada, el café Colón, la boca calle del Conde del Asalto, regularmente ancha y recta, la calle de la Unión en seguida, y por la derecha el Hotel de las Cuatro Naciones y el pasaje para la Plaza Real, la boca calle de Fernando, el llano de la Boquería y la Puerta Ferrisa.

La Rambla tiene diversos nombres: Rambla de Santa Mónica, Rambla del Centro, Rambla de las Flores, Rambla de Estudios, Rambla de Canaletas hasta la Plaza de Cataluña, donde termina este paseo, que al mismo tiempo es la arteria principal de la ciudad.

La Plaza de Cataluña es el centro del movimiento de Barcelona, como *Charing-Cross* es el centro del movimiento de Londres. De allí parten y allí llegan los tranvías que recorren las calles de la cuidad. A la derecha está la calle de Fontanella y á la izquierda la de Pelayo, formada de lujosos edificios nuevamente construidos, de cuatro y cinco pisos, ancha y recta que termina en los jardines bien cultivados de la Plaza de la Universidad. La Plaza de Cataluña es la mayor de las de la ciudad, pero de forma irregular, y le hace absoluta falta en el centro un monumento que formara un *pendant* con el de Colón. La fuente que en momentos se construyó con motivo de la Exposición, no llena *ese no sé qué* que se extraña desde luego cuando viniendo de la estación del ferrocarril en un tranvía, se desciende á la plaza. Se busca algo con la vista que no se encuentra.

La Rambla, además de paseo, es el tránsito forzoso. Comerciantes, abogados, empleados, militares, tropas, viajeros, todos tienen en el curso del día necesidad de pasar dos ó más veces por la Rambla, así es que desde las ocho de la mañana hasta la media noche no cesa la afluencia de gentes de todas clases y condiciones.

Me habían contado hace años y también había leído, que los puertos del Mediterráneo, y especialmente Marsella y Barcelona, eran, entre otras cosas, curiosos por la variedad de extranjeros que concurrían y circulaban en las plazas y calles con sus trajes característicos y de chillantes colores. Turcos, armenios, árabes, chinos, japoneses, napolitanos y griegos. Nada de eso. En Marsella, lo mismo que en Barcelona, uno que otro chino, tunecinos desgraciados que piden limosna, uno que otro argelino ó turco, y es todo, los demás vestidos como

todo el mundo, con más ó menos aseo y propiedad, según sus recursos; pero nada que llame la atención, ni aún en el tiempo que por causa de las festividades vinieron multitud de extranjeros.

En uno de esos días claros de la estación del verano en que brilla el sol con todo su esplendor, el paseo de la Rambla desde las diez hasta la una del día es delicioso. Hay tanto movimiento y tanta animación como en cualquiera de los boulevares de París. Las señoras elegantemente vestidas pasean de uno á otro extremo, plácidas, contentas, satisfechas (se les conoce en la cara) de tener un lugar tan central y cómodo para tomar el aire fresco de los árboles y de la mar, las sirvientas sencillamente vestidas, bien calzadas y con sus pañuelos de seda de vivos colores engastando sus blancas y risueñas fisonomías y como se dice, vendiendo salud, corren apresuradas al mercado ó á las tiendas; vivarachos muchachuelos vendiendo mistos y alfileres; fruteros de las *cuatro estaciones* con sus carritos ó canastos colmados de uvas, de manzanas ó naranjas; los ómnibus de los caminos de fierro, dejando ó recogiendo viajeros de los hoteles; las flores exquisitas llenando las mesas colocadas de intento en uno y otro lado de la calzada central (1); los kioskos forrados de periódicos pintorescos de la ciudad y de Madrid, rodeados de curiosos; los almacenes y tiendas ostentando en sus aparadores sus variados objetos; los tranvías haciendo sus viajes metódicos; los carruajes elegantes atravesando rápidamente con dirección á la mar ó al centro; todo esto activo, animado, revuelto y desordenado si se quiere, pero esto mismo que acon-

(1) Rambla de San José.

tece en todo lugar concurrido, le imprime vida y alegría.

Por las noches la Rambla está iluminada con farolas de gas y con focos de luz eléctrica; la concurrencia es mayor y aumenta á la media noche con las oleadas de gentes que arrojan las puertas de los teatros, con las docenas de muchachos y niñitas gritando desaforadamente *El Noticiero, La Correspondencia* y *El Globo* de Madrid, y con las músicas ambulantes de ciegos tocando boleras ó la jota aragonesa. Siempre he tenido muchas simpatías por estas pobres gentes que en bueno y mal tiempo, con frío ó con lluvia, hacen en su reducida esfera prodigiosos esfuerzos para ganar unas cuantas monedas de cobre. En la buena estación hasta las dos y tres de la mañana circula gente en la Rambla, y se canta, se ríe, se platica, se fuma, se descansa y se forma la tertulia en las sillas ó bancos de fierro, con tanta franqueza y seguridad como si estuviese uno en el patio de su casa.

Todo cuadro tiene algo de oscuro. Nó obstante la benignidad del invierno, hay sus noches frías, lóbregas y tempestuosas. Los árboles, perdiendo sus hojas, quedan en feo y descarnado esqueleto; el pavimento de la calzada resbaladizo; las calles con charcos de agua y lodo; las tiendas cerradas y á veces los globos eléctricos apagándose; un viento helado del noreste soplando con violencia y una lluvia menuda cayendo sin cesar. La Rambla triste y lúgubre en una completa soledad. Uno que otro, retardado en el teatro ó en visitas, envuelto en su capa pasa precipitadamente como una fantasma y se pierde entre las sombras de la angosta calle de la Boquería.

II

El Ensanche

Barcelona, como París, como Roma, como Edimburgo, como Génova, es una ciudad doble, que va perdiendo en poesía y en recuerdos, lo que va ganando en esplendor y hermosura. El aumento de la población, la necesidad de mejorar las condiciones de la vida, el empleo del capital, la iniciativa de un buen gobernante, muchas cosas más, y todas juntas, producen el abandono de lo viejo y la creación de algo nuevo. Se comienza por torres ó por casas de campo desperdigadas en un rumbo y otro de los suburbios de la ciudad, más adelante hay ya una calle, y cuando menos se piensa aparece una ciudad fresca y lozana, junto de otra cansada y vetusta.

Sin ser inglés, he sentido mucho que se haya derribado la puerta de *Temple Bar,* y sin ser italiano me causa pena que los ladrillos de la Roma de los Césares vayan desapareciendo entre el estuco y el dorado de la casa de Saboya; pero eso no tiene remedio, es lo que se llama progreso que empuja á los hombres á cambiar de ideas y á las ciudades al *ensanche.*

Antes de salir de la Rambla daremos una vuelta por la Plaza Real y la calle de Fernando VII.

La moda de lo que llamaré, no sé si con propiedad, plazas cerradas, es muy característica en España, siguiendo en pequeño el modelo del Palacio Real de París. En Madrid, en Burgos, en Bilbao hay ese género de construcciones, y la de Barcelona es quizá la más ele-

gante. Un cuadrilongo formado por una alta portalería sirve de base á edificios amplios y cómodos de una perfecta regularidad. Los bajos están ocupados por almacenes, comercios y cafés á cual más lujosos y bien decorados. Cuatro jardines y una fuente en el centro dan á este lugar un aspecto de tranquila belleza que convida, sin pretenderlo, á lo que los franceses llaman tan oportunamente *flanerie,* es decir, la ociosidad, el deseo invencible de no dedicarse á nada serio y de vagar aquí y allí mirando las muchachas bonitas que pasan, los niños que corren y juegan, las nodrizas con sus especiales y pintorescos atavíos, los perros con sus collares, los ancianos que toman su ración de sol, todo y nada, un poco de descanso de la vida á la sombra de los palmeros contemplando, cuando no hay figuras hermosas y animadas á quienes dirigir la vista, á las tres gracias de hierro enlazadas artísticamente para dejar ver cada una sus mejores atractivos y condenadas á estar inmóviles y mojando sus pequeños pies en las aguas claras de la fuente.

La plaza, cerrada por sus cuatro costados, tiene sus aberturas ó escapes para angostas y torcidas calles por donde al asomarse se siente un chiflón frío y desagradable, pero sus galerías, techadas con cristales, la ponen en comunicación con la Rambla y con la calle de Fernando VII, y al salir para esta otra arteria de la ciudad nos encontramos en un sitio de renombre y fama, que es también el paseo y el lugar más expuesto á las tentaciones de la bellas barcelonesas.

La calle es recta y lástima que no tenga el ancho suficiente para tanta concurrencia, especialmente en las noches. Es una sucesión de ricos almacenes donde están

expuestas en las vidrieras con tal arte, con tan buen gusto, los objetos de plata y oro, las joyas, los relojes, las armas incrustadas de Telodo, las chucherías de Eibar, los artículos de Viena, de París y de la industria catalana y andaluza, las sederías, las blondas y encajes, golosinas de la confitería en sus variadas formas, en una palabra, cuanto se puede imaginar para las más simples necesidades y para el más refinado gusto. La calle de Fernando y la que le sigue son una muestra en menor escala ó más bien una semejanza de algunas calles de París ó de Viena.

¿Qué mujer, por angelical que sea, resiste delante de esas vidrieras á tanto atractivo? Abanicos de pluma que valen cuatro pesetas, cortes de vestidos que no cuestan más que veinte, anillos y pulseras de oro casi dados. ¿Quién no gasta trescientas ó cuatrocientas pesetas para que su mujer esté contenta y su hija no tenga señales de pesar en su virgen rostro? Y luego, es necesario en las casas el aseo y una moderada elegancia, y no cuesta gran cosa una mantelería como la del general Blanco, y los niños que quieren juguetes, romperán el sofá ó los sillones si no se les compra una cabrita que mueva la cabeza ó un cochecito.

Imposible: es necesario, cuando el paseo es en la calle de Fernando, llevar dinero en el bolsillo y comprar algo, aunque no sea sino un recuerdo de la capital de Cataluña.

Los grandes peligros, los escollos en que naufraga el bolsillo de los maridos, de los amantes y de los novios, y aun la virtud de las mujeres, son esos sitios especiales donde hay una Exposición permanente de lo más bello que produce la industria y las artes. Los boulevares de París son el gran depósito de tentaciones que constante-

mente se extienden y reparten por todo el orbe y contra las cuales hasta el Sumo Pontífice es impotente. Él mismo, en el Vaticano, vive rodeado de cuantas maravillas y primores ha producido el talento humano.

Maltus decía bien: «Todo pueblo pobre es un pueblo bárbaro. Donde haya riqueza y lujo, allí debe haber también cultura y civilización.»

Cuando se sale de la Rambla á la Plaza de Cataluña, por cualquier rumbo que se siga, se encuentra uno en otra ciudad distinta y hasta se olvida á la vieja Barcelona.

Anchas calles, bordadas de árboles, edificios flamantes de cuatro, de cinco pisos, fachadas caprichosas de todas épocas y estilos, desde el italiano puro hasta el morisco, y algo de los castillejos de ladrillo rojo de la campiña inglesa de la época Tudor, pero guardándose en el conjunto una cierta armonía que no carece de majestad y que da testimonio del buen gusto de los arquitectos y de la amplitud con que se ha podido disponer del dinero necesario para edificar realmente otra nueva ciudad, que con sus calles amplísimas y rectas, se va extendiendo en la extensa llanura entre las montañas y la mar. Sin exageración cree uno, al recorrer la nueva Barcelona, que se encuentra en esas majestuosas avenidas de París, que parten en todas direcciones del Arco de Triunfo y que no tienen igual en ninguna otra capital.

Lo que se llama Paseo de Gracia, es una espaciosa calle recta parecida á la Avenue Freidland, de dos mil metros de largo y sobre sesenta y dos de anchura, con tres calzadas y cuatro líneas de árboles frondosos que parecen tres túneles de profunda verdura, donde no alcanza la vista á distinguir el fin. En esa calle, que

termina en la villa de Gracia, están el teatro y jardín del Tívoli, el teatro y café de Novedades y el teatro Español, cuya bellísima y ligera fachada morisca llama forzosamente la atención. A derecha é izquierda de esta avenida se abren otras igualmente anchas y espaciosas, calle de la Diputación, Consejo de Ciento, Aragón, Valencia, etc. Sin excepción los edificios son verdaderamente lujosos. Entrada y escaleras de mármol blanco, pisos de variados y exquisitos ladrillos que conocemos en México con el nombre de mosaico de Valencia, artesonados de madera y dorado, más ó menos caprichosos, salones y alcobas amplias, y desde la pieza destinada al comedor se disfruta de la vista de un jardín. Este nuevo sistema de construcción, distinto del de Andalucía y de las provincias Vascongadas, me parece más acertado. En lugar de edificar un cuadrado ó cuadrilongo macizo de casas, se deja el centro libre para que cada habitación tenga un espacio para plantar un pequeño jardín, con su fuente de agua, sus tiestos de flores, estatuas, bancos y cuantos adornos se quiera, y este conjunto de jardines que ocupa el corazón de la *manzana* (1), como decimos en México, además de ser agradable proporciona la libre circulación de una atmósfera sana, impregnada del oxígeno de las plantas. En las casas que he visto con especial atención (y no sé si estas observaciones podrán ser generales) he notado que en *la oficina indispensable* no se ha seguido, no obstante haber agua en abundancia, el sistema de aparatos ingleses que han llegado á su perfección, y que las habitaciones no están preparadas para el invierno.

(1) Las calles de México están formadas de cuadrilongos de doscientas varas de frente por ciento de costado, que se llaman manzanas, y un cierto número de manzanas constituyen un cuartel.

Bien que, como se ha dicho, el clima sea muy benigno, suele haber años excepcionales en que la nieve es tan abundante y el frío tan intenso como en la montaña, y aun en inviernos regulares hay también días en que se necesita del calor de una chimenea. Los pisos de mosaico, muy limpios y excesivamente curiosos en sus labores y combinaciones, se enfrían tanto en Diciembre y Enero, que las alfombras son necesarias. El piso de mosaico de madera sería preferible al menos en las alcobas. No sé por qué razón se habrán escapado estos pormenores á los arquitectos, pero en lo demás y en cuanto al gusto, y en varios edificios la riqueza de la decoración, no hay defectos que ponerles. Con todo y el costo que deben haber tenido estas nuevas y elegantes construcciones, los arrendamientos son muy módicos. Por veinte, treinta, cuarenta y sesenta pesos cada mes se puede obtener una habitación cómoda, amplia y lujosa. La propiedad inmueble, en casi todas las ciudades, no produce, por término medio, más que el 3 ó 4 por 100.

Las calles así construídas, con arbolados formando calzadas y frescas bóvedas de verdura, las estatuas, que aparte el mérito de los que han merecido ese honor, embellecen tanto una ciudad, los asientos de piedra ó de hierro, colocados á cierta distancia, la inmédiación de los teatros, circos y cafés, y los tranvías, que facilitan la circulación, obligan á los habitantes á salir de su hogar y así la concurrencia es variada, numerosa y constante, y en realidad todo el ensanche es un verdadero paseo.

Pero esta nueva Barcelona, bella como es y que habrá costado sus millones de reales, no tiene ni tradición ni historia. Donde hace treinta años era un terreno desierto y por donde no transitaban más que carretas, hoy es

una calle. Ese edificio que parece un palacio, es una imprenta; este otro que remeda una villa italiana, es propiedad de un ingeniero; el ligero *chalet* que se divisa más allá es el capricho de un marqués y lo habita uno ó dos meses en el año. Esto es todo. Las familias que ven transcurrir uniformemente las horas, los días, los meses, los años en la monotonía de la vida doméstica, no saben lo que son las necesidades de un largo sitio, los horrores de un asalto, los rumbosos festejos de reyes triunfantes ó el castigo y crueldad de generales vencedores. Sus especiales recuerdos, sus más fuertes emociones serán la venida de las escuadras, la mansión por algunos días de la reina regente, y los seis meses de fiestas y regocijos de la Exposición Universal.

LA CIUDAD ANTIGUA

No sé por qué razón en otros tiempos se construían las ciudades de una manera tan irregular como si les faltase terreno, y evitando siempre la línea recta. Las plazas y mercados reducidos; las calles angostas y retorciéndose como una serpiente; las casas con ventanas ó balcones sin ningún orden ni simetría; las piezas interiores estrechas y con poca luz, algunas absolutamente oscuras. No era seguramente por falta de terreno ni de conocimientos de los alarifes ó arquitectos, porque entre esa masa de mezquinas construcciones tristes é insalubres se encuentran todavía, ó una magnífica Catedral de estilo gótico ó palacios con atrevidas escaleras de mármol, espaciosos salones y cómodas alcobas, decorado todo por artistas de talento y con una majestad y gusto que renace y se estima hoy mismo como el grado supremo de la riqueza y del lujo.

Es necesario atribuir esta especie de amaneramiento general, á la necesidad de edificar sin mucho costo, para proporcionar habitaciones á la clase pobre y modesta, ó más bien, al estado de incertidumbre, ó mejor dicho de guerra, en que, ya por un motivo ya por otro, vivía la sociedad europea en esas épocas. Las ciudades de alguna importancia por su posición topográfica ó por

la residencia de algún señor poderoso ó de un soberano, se encerraban dentro de espesas murallas con herradas puertas, fosos y puentes levadizos, y de consiguiente ocupaban un recinto determinado, para que en caso de sitio ó ataque pudiera ser la defensa más eficaz sin gran número de soldados. Dentro de ese corto espacio fortificado se iban levantando edificios y la irregularidad y recodos de las calles y callejones parece que obedecía á un sistema militar, para que la resistencia fuese tenaz, que las calles formasen una serie de fortificaciones y los habitantes pudiesen defenderse en caso de un asalto y socorrerse con sólo alargar la mano.

Sea de esto lo que fuese, el caso es que se conservan esas ciudades viejas, reparándose y recomponiéndose, naturalmente, porque de lo contrario no serían más que unas ruinas, y en la mayor parte del mediodía de Europa, al menos las que yo he visto, tienen un mismo tipo, y dejando á un lado las comodidades de que están privados los que viven en esas calles angostas de casas de cuatro y cinco pisos que parecen barrancas, desde donde con pena se divisa una pequeña cinta de cielo azul, para el viajero tienen un doble atractivo, primero por las vistas variadas que presentan, que son realmente unos curiosísimos cuadros de perspectiva, y por el interés y la *vieja novedad* de los recuerdos históricos.

Mientras en los ensanches no hay más que las monótonas memorias de la vida ordinaria, las sombrías y tristes calles viejas han sido el teatro de acontecimientos extraños y terribles y los antecesores que han habitado esas modestas y hasta incómodas mansiones han derramado, un año ú otro, más de una lágrima y más de una gota de sangre.

La antigua Barcelona con sus calles angostas, torcidas ó arqueadas y como tropezándose y revolviéndose unas con otras, y así y todo, pintorescas para el artista, para el poeta y para el anticuario, se parece á la vieja Génova; á la vieja Florencia y aún á muchas ciudades de Alemania. La calle de Plateros de Génova es semejante á la calle de Plateros de Barcelona, y el callejón de la Alcaicería de México donde en tiempo de la dominación española habitaban los plateros, tiene algo de parecido á las ya citadas.

La vieja Barcelona se distingue perfectamente de la nueva, bien que se hayan hecho en la primera reparaciones y construcciones recientes que más cómodas y elegantes quitan el mérito á lo antiguo.

De la Rambla, que es como se ha dicho la arteria principal, se extiende de uno y otro lado la verdadera, la genuina Barcelona, sin la *contrefaçon* del Ensanche. Por el lado izquierdo, partiendo del monumento de Colón á la Plaza de Cataluña, se encuentra entre otras la del Arco del Teatro, oscura, fría, húmeda, con un pobre comercio y casas desaseadas é incómodas. Al transitar en la estación del invierno se siente un penetrante y destemplado viento, y cuando se viene por el rumbo de Montserrate y se desemboca á la alegre Plaza del Teatro, parece que se sale de una prisión y hasta se respira con más amplitud. Las calles del Conde del Asalto, Unión, San Pablo y la del Carmen, las dos primeras rectas y anchas, relativamente, y de buenos edificios, no dan, sin embargo, una cabal idea de lo antiguo.

Por la derecha de la Rambla y con excepción de la calle de Fernando, Jaime I y Princesa que rectas, y se

diría modernas, terminan en el Paseo de la Industria y el Parque, es donde realmente se reconoce lo antiguo. Es un laberinto de callejuelas, de pasillos, de callejones, de arcos que comunican una azotea con la otra, de portalerías como hundidas en el terreno, balcones, pequeños y grandes, puertas ya anchas, por donde se divisa una buena escalera, ya estrechas que una gente gruesa no podría entrar cómodamente, fachadas entrelazadas unas con otras como de por fuerza, y como á propósito hechas para lances y aventuras de novela, templos góticos empastados, entre una serie de edificios mezquinos que ocultan el labrado de sus pórticos y las ojivas de sus ventanas.

El comercio, surtido y variado, lo mismo que las frutas y las legumbres, al aire libre, ó arrinconado y metiéndose como á empujones, en las oscuras tiendas y en los angostos vericuetos.

En esta especie de revuelto pastel de construcciones hay lugares verdaderamente interesantes, dignos del pincel del autor del magnífico cuadro de la *Vicaría*. El rumbo de Santa María del Mar es el que presenta un tipo más característico. De la amplitud y luz radiante del Paseo de Colón y Plaza de la Aduana se pasa á una calle recta, angosta y fría y á poco se halla uno en una plaza pequeña que da salida á calles igualmente angostas formadas de casas cuya vejez no puede disimularse. El fondo de esa plaza lo llena la majestuosa fachada de un templo gótico. La grande y profunda ojiva de la entrada formada de arcos concéntricos y coronada de un pináculo calado, sus dos esbeltas torres, sus largas ventanas ojivas y sus altos muros decorados con ese tinte que sólo puede dar el tiempo, es más que edificio, un capítulo

de la historia piadosa de la lejana época en que el obispo Actius fundó la parroquia de *Santa María de las Arenas*.

Santa María del Mar es un templo anónimo como muchos otros, no se sabe qué arquitecto trazó el plan, y si fué el mismo quien dió mano á la obra y le alcanzó la vida para verla concluída. Eran tan modestos los arquitectos de entonces, que á algunos se les llamaba simplemente maestros alarifes, y no cuidaban de que su nombre se perpetuase con los colosales monumentos que después de siglos están hoy en pie como si se acabasen de inaugurar.

Se comenzó á construir en 1329 y justamente cincuenta años después un incendio destruyó una buena parte, pero inmediatamente se procedió á las reparaciones, y en 1384 se celebraba ya el servicio religioso.

El interior, dice el señor Coroleu, sorprende, y es verdad, por la audacia de su estructura. Las bóvedas de sus tres naves de 34 metros de altura, sostenidas por diez y seis pilares octágonos le dan un aspecto de elegancia y de ligereza, al mismo tiempo que de solidez. Un gran rosetón dibujado artísticamente en el frente; rosetones más pequeños en los costados entre las aristas de las bóvedas y sus largas ventanas ojivas, decoradas con vidrieras de colores que tamizando los rayos del sol, producen un efecto de luz análogo á la construcción interior, contribuye á que esta iglesia tenga hoy el tipo y carácter de la época, excesivamente religiosa que contribuyó al desarrollo y solemnidad del arte gótico (1).

(1) Don Modesto Lafuente dice que los godos que ocuparon á España no construyeron ningún templo por el estilo de los que hoy admiramos, de lo que resulta que los godos usurparon una fama de arquitectos que estuvieron lejos de merecer.

Las enormes sumas de su costo primitivo, la reparación después del incendio, el altar moderno de mármol, el dorado de los retablos y otras añadiduras posteriores que, como observa el señor Coroleu, no cuadran bien con la original y bella sencillez del templo, han sido obra esclusiva de los marinos, navieros y comerciantes de la vieja Barcelona. Se pasarán años y el Ensanche, á pesar de la incesante diligencia de los jesuitas, no tendrá un monumento igual y si acaso será de otra forma y para otros objetos. El espíritu religioso, no obstante la destreza, talento y política del Pontífice actual, está combatido no sólo por los libres pensadores, que datan desde Lutero, sino por ese progreso material que proporciona circulación y ganancia al capital, en vez de amortizarlo en una masa enorme de piedras caladas. Los masones, que dicen que el templo del Gran Arquitecto del Universo, es la naturaleza, son más económicos. Con subirse á la cumbre de un cerro, todo está dicho.

Pero lo que positivamente es un precioso cuadro *de género,* es Santa Águeda. Un ángulo saliente del Palacio de los Condes de Barcelona y Reyes de Aragón, en cuyo alto muro hay un piñón, como queriendo caer sobre el que lo mira: el frente del grandioso salón de Embajadores del mismo Palacio, que es hoy Iglesia de Santa Clara, con un sencillo pórtico de estilo romano: un palomar de cinco series sobrepuestas de arcos pequeños, y á la derecha una capilla gótica, en ruinas asomando trabajosamente su esbelta torrecilla, por entre un conjunto de casas viejas, forman una plaza, con una fuente de piedra en el centro. La entrada, en suave ascenso, por la calle que creo se llama de la *Canonja,* y la salida por un callejón que conduce á la entrada del célebre

Palacio. Si á esto se añade el carretón, con una mula flaca parado en una oscura bodega; la muchacha rolliza, con sus colores de rosa en sus mejillas y sus grandes ojos negros, lavando en las gradas de la fuente, y las palomas del color antiguo de la piedra rosando las fachadas y tomando el sol en sus ventanas ojivas, no habría más que recoger un poco la imaginación, para creerse, por lo menos algunos momentos, en la época en que el Regio Alcázar fué la residencia del Inquisidor y del Tribunal del Santo Oficio.

Ocho ó diez escalones carcomidos y desbaratándose dan entrada á la capilla gótica y allí se tropieza como repentinamente con capiteles corintios, con fustes estriados, con piedras, con inscripciones latinas, con escudos, en una palabra, con pedazos de ruinas y de fragmentos auténticos de la Edad Romana, de la Edad Media y del Renacimiento. Es el Museo Arqueológico Provincial.

Y si los objetos allí existentes son curiosos y dan una idea, aunque vaga, de las civilizaciones de otros siglos, en el catálogo formado por la Comisión de monumentos, hay que elogiar la paciencia, el estudio y el criterio.

Tarragona, que era una de las ciudades de más predilección de los romanos está llena de antigüedades y de históricos objetos. Son estas reliquias más raras en Barcelona y ya que estamos en la ciudad antigua, daré una idea de lo más notable de este extraño museo de Santa Águeda.

Las hachas y dardos prehistóricos de que he hablado. Seis capiteles de estilo corintio, procedentes del primer derribo de las murallas de Barcelona; un capitel angular de piedra berroqueña; diez y seis capiteles de piedra berroqueña; quince fragmentos de fustes de columna

estriados; dos fragmentos de columnas angulares y una columna con capitel dórico; sarcófagos de mármol blanco con relieves é inscripciones; escarabajos grandes y pequeños; una estatua sin cabeza, envuelta en un manto de procedencia griega; una cabeza de Medusa; lápidas de piedra y de mármol con inscripciones; lucernas, ánforas, tegulas, fiolas, ungüentarios, urnas y otros objetos de cerámica en gran cantidad; armas, anillos y collares de fierro, amuletos de collares egipcios. Esto es lo más notable de la época pagana; un sarcófago del arte cristiano y pasamos á la Edad Media. Canecillos, capiteles, peanas, remates de fustes, florones, ménsulas, bajo-relieves y fragmentos de estatuas de la Virgen. Imposible aún de enumerar lo más notable, pues sería necesario copiar cien páginas del catálogo. Lo que llamó más mi atención fué la estatua yacente de doña Sibila de Forcia, cuarta esposa de don Pedro IV de Aragón y una cabeza monstruosa varonil procedente de un lupanar de Barcelona. Los monumentos pictóricos son pocos y no tienen más interés que el que les da el tiempo, quizá no muy remoto.

Un resto del Museo se compone de otra multitud de números de los siglos XIII y XIV y de la Edad Moderna más ó menos curiosos, que sería cansado el mencionar. Museos de este género no se pueden conocer por un catálogo, y aun visitados cansan á la media hora á no ser que se quiera hacer un estudio.

Además de este museo, hay otro formado por la *Sociedad Catalana de Excursiones Científicas,* en la calle del Paraíso, núm. 10, y desde fuera se pueden ver tres elevadas columnas acanaladas, con capiteles corintios, formadas de piedras colocadas y trabando unas

con otras sin ayuda de cimento. Los anticuarios opinan que deberían haber existido allí otras veintitrés iguales pertenecientes á un templo dedicado á Hércules. Los que no hayan estado en Roma y quieran encontrarse frente á un monumento labrado hace más de dos mil años por un cantero romano, harán muy bien de dejar por unos momentos la Rambla y dar un paseo por estos sitios apartados de la moda, pero que tienen algunos preciosos restos auténticos de una remota antigüedad. La existencia de otras piedras romanas en las casas de las calles de Arlet y Santa Clara, induce á creer que todo ese rumbo era el centro de la ciudad romana. En el resto de Barcelona no se encuentran vestigios que puedan suministrar materiales probables para una reconstrucción ideal, como por ejemplo en Roma y sobre todo en Pompeya.

También hay que citar como muestra del tipo antiguo el Llano y la calle de la Boqueria. Quien en México oiga decir Llano se figurará un grande espacio como el Llano de Aragón (1); nada de eso. A la derecha, á poco más ó menos de la mitad de la Rambla, hay una plazuela pequeña de la forma de un pañuelo doblado. En una esquina hay un gran almacén de paraguas y abanicos y en la otra una fuente embebida en un arco, encima de la cual hay un balcón ancho con barandal de piedra, parecido al en que suelen pintar á Pilatos leyendo la sentencia contra Jesús. En la punta de ese medio pañuelo está una especie de tubo de un gran caleidoscopio, donde se mueven pedazos y objetos de todos colores, de modo que no habría más que voltearlo para ver

(1) Hay en México unos terrenos á la salida norte de la ciudad que se llaman los Llanos de Aragón.

al fin esas infinitas rosas, figuras y combinaciones del aparato que todos conocemos. Esa es la Boquería, calle muy angosta, recta hasta una gran distancia y llena sin una sola interrupción á uno y otro lado de tiendas y almacenes con efectos de mil colores chillantes y visibles, pues están colocados en las puertas y balcones. Para los payeses, para las criadas y para las gentes que viven en esa parte de la ciudad vieja, la Boquería es lo que la calle de Fernando para la gente elegante del Ensanche, un paseo al mismo tiempo que una arteria que comunica esos barrios con la Rambla. Menos los objetos de lujo se encuentra en la Boquería cuanto se puede desear, pues hay una variedad de almacenes ricos y bien surtidos. Domina la industria catalana y los precios son menores, mientras en la calle de Fernando los artículos de París y de Viena, por lo general, ocupan las elegantes vidrieras y todo es, naturalmente, más caro.

Difícil es definir cuál es la parte de la ciudad donde puede uno encontrarse en plena Edad Media y basta examinar el curioso plano del siglo XVII, que se encuentra en los archivos municipales, para convencerse de ello. En ese tiempo aún las calles torcidas y sombrías de que he hablado al principio, ó no existen hoy, ó han sufrido tales reformas que han perdido su aspecto primitivo. La Rambla era un torrente y en los momentos de un ventarrón las marejadas y espumas de la mar llegaban muy cerca de lo que es hoy Plaza de Cataluña. De las calles rectas de la *Unión*, *Conde del Asalto* y *Fernando,* ni traza en el plano; todo eso es moderno y apenas hay indicios de la calle del Cármen. La de San Pablo y la Boquería sí, á poco más ó menos, pueden considerarse como de esa época. La calle de la Merced y la

Ancha estaban interrumpidas con construcciones irregulares, y probablemente tendrían antes del siglo XVII otros nombres. En los archivos debe estar esta historia minuciosa, pero yo al menos no sé que en Barcelona se haya impreso algo como el *Viejo París*, donde puedan seguirse paso á paso las transformaciones de cinco ó seis siglos.

La Nueva Barcelona, como se ha dicho ya, toda es un verdadero paseo. Las arboledas de las anchísimas calles, los asientos colocados de distancia en distancia, las plazas y bocacalles desde donde se divisa un arco, un monumento ó una estatua, y se alcanza una agradable perspectiva, convidan en la estación del verano á las mismas familias que habitan las casas á salir de ellas, como si fuese la vía pública una parte de su propio jardín. A poco que seis ú ocho familias salgan simplemente á tomar el aire y se reunan algunas otras de la ciudad vieja, donde no hay un árbol, ni nada que alegre la vista, ya hay un núcleo de concurrencia que en menos de una hora atrae otra mayor, y así á ciertas horas de la tarde el movimiento es tal que se creería alguna extraordinaria festividad.

En la ciudad vieja hay también sus paseos que bajo otro aspecto tienen su atractivo, y muy grande, que es la mar. Estos paseos, situados en la orilla ó en el extremo marítimo de las calles antiguas, son de construcción modernísima.

La ciudad romana debió haber sido más reducida y amurallada, como era la costumbre y la necesidad de esos tiempos. Derribada la muralla y terminada la dominación latina, se amplió la ciudad; hubo entonces también una especie de Ensanche, y se construyeron otras nuevas fortificaciones. Por la parte del mar, pro-

bablemente las arenas y las olas, en el mal tiempo debieron haber llegado á los pies ó cimientos de los bastiones, pero esa muralla se derribó recientemente y ejecutándose reparaciones y obras, en la ciudad y en el puerto, se fué ganando terreno sobre el agua y quedó un ancho espacio. Donde estaban las murallas se construyeron casas, la mayor parte propias para almacenes y comercios, quedando una ancha calle que conserva el nombre de la muralla. Después, y comenzando desde la Plaza de la Paz, hay una elegante reja con dos jarrones artísticos y dos altos candelabros, que da entrada á una calzada de palmeros, paralela á la mar y que se llama *Paseo de Colón,* y aun queda espacio para otro paseo llamado de las *Acacias*, y para los muelles y almacenes. Siguiendo la línea recta se va á dar á la Plaza de Antonio López, con una estatua, á la del Palacio, con una fuente, al *Paseo de la Aduana* y á la vuelta el *Paseo de la Industria*, y á la antigua Ciudadela (convertida hoy en Parque y del que hablaré después), y al Salón de San Juan, con lo que queda circundada de árboles, de calzadas y de monumentos, la vieja Barcelona en vez de la muralla que ya en estos tiempos le servía de estorbo. Al fin de ese paseo, que se llama *Salón de San Juan,* nos encontramos ya otra vez con el Ensanche, la Plaza de Urquinaona, la Universidad y la Plaza de Cataluña, de modo que lo viejo, salvo los derribos y construcciones y reformas hechas desde el tiempo de los concelleres hasta el alcalde don Francisco Rius y Taulet, está perfectamente caracterizado, y generalmente hablando conserva, como quien dice, algo de la fisonomía que tendría durante el gobierno de los condes y reyes de Aragón.

Si en vez de seguir las calzadas de árboles, se conti-

núa por la orilla de la Bahía, en un cuarto de hora terminará la gira en la Barceloneta, y en las playas del mar abierto é inmenso, rompiendo su oleaje en las playas suaves y arenosas donde están situados los establecimientos de baños. Entonces es cuando verdaderamente está uno en el puerto de Barcelona. Habitando en la Plaza de Cataluña, en la calle de Fontanella ó de Pelayo, ni se sospecha siquiera que se vive en las orillas del Mediterráneo. Allá á lo lejos se oyen muy amortiguados los disparos de los cañones, cuando entra ó sale alguna nave de guerra y saluda á la plaza.

La Barceloneta, más bien que un barrio, es una pequeña ciudad de calles rectas, aunque muy angostas y de medianísimos edificios. La habitan los marineros y los diversos obreros del ramo de marina y no se ven, al frente que da al puerto, más que lanchas y botes en compostura, mástiles y maderas, calabrotes, cadenas, anclas y demás trebejos, toscos, pesados y resistentes, que parece imposible que sean deshechos y aniquilados por la fuerza de las aguas. No se puede pedir ni aseo ni belleza, ni arte en ese barrio, todo de trabajo duro y de fatiga diaria, pero sí presenta los variados é interesantes cuadros de marina, tan buscados por los aficionados á la decoración y á la pintura. Una lancha de costado en la arena, otra arrastrada fuera del agua por dos ó tres marineros con sus nervudos brazos llenos de vello, una muchacha con sus gruesos soclos de madera y su pañuelo encarnado en la cabeza, una taberna con su tosca mesa en la puerta con un par de botellas de cerveza, la lancha pescadora que entra, el velero que sale remolcado por un pequeño vapor, cualquier otra cosa y esto varía á lo infinito todos los días.

Cuando la guerra de Sucesión, de que hablaré en su lugar, Barcelona fué sitiada y tomada por el ejército del Duque de Anjou (Felipe V), el que mandó destruir un barrio que se llamaba de *Ribera* y constaba de seiscientas sesenta y cinco casas, con más de cinco mil habitantes, y además siete conventos, para levantar en ese sitio una ciudadela. Más adelante, como indemnización de la propiedad destruída, concedió á los perjudicados solares en la Barceloneta, y comenzó á edificarse el 3 de febrero de 1753, siendo capitán general don Jaime Miguel de Guzmán. Debo esta noticia á la amabilidad del señor don Martín Madrid.

HISTORIAS, TRADICIONES Y VISITAS

I

Con todo y la aislada y ventajosa posición de la antigua Iberia, separada completamente del resto de la Europa dividida de la Gaula por ásperas montañas, casi inaccesibles en el invierno y resguardada por el norte por el mar proceloso de Cantabria, quizá no hay nación que haya tenido más codiciosos é invasores y que durante siglos su estado, más bien normal, que no excepcional, haya sido la guerra. En mi juicio la mayor parte de sus desventuras le han venido por la costa del Mediterráneo, y naturalmente, Valencia, Tarragona, y Barcelona especialmente, por su ancho puerto y su situación además de sana y pintoresca, militar y ventajosa, han sido las forzosas entradas y salidas de escuadras y de ejércitos, unas veces amigos y aliados, otras enemigos é invasores.

Cuando se trata de caminar de investigación en investigación para buscar el origen probable de historias ó leyendas que no choquen con el sentido común, como lo intenté al hablar de los primeros colonos que penetraron en la Península, se engolfa tanto la imaginación que es cosa de nunca acabar; así sin atenerme más que á lo

conocido, tengo que recordar los acontecimientos más salientes y notables de la vieja ciudad de Barcelona, que lo primero que tiene de admirable es, que existan vestigios de ella, después de tantos contratiempos y aventuras á cual más serias y horrorosas.

Voy á decir lo que saben de memoria hasta los chicos de la escuela, pero es necesario. En cambio será en pocas palabras. Existieron dos Repúblicas. Una en Europa, de especial organización militar. Otra en el norte de Africa, donde dominaban los ricos y los comerciantes. Roma era la una, Cartago la otra.

Cuando Roma ocupaba un país por delante iban las legiones. Cuando Cartago abordaba á una costa, los primeros que se establecían en él eran los comerciantes.

En tiempos modernos, Inglaterra y Francia han presentado el mismo ejemplo. La India ha sido conquistada por los comerciantes. La Indo-China y el Tonquín por los soldados.

Así, sin hacer más investigaciones y aunque los historiadores, que las más veces se copian los unos á los otros, digan algo en contrario, se puede conjeturar que los cartagineses fueron los primeros que pisaron el suelo ibérico después de las colonias fenicias y griegas y del establecimiento definitivo de los euskaros, de los gallegos, de los lusitanos, de los catalanes y demás emigrantes que vinieron no se sabe de dónde. Estaban los cartagineses casi á las puertas de Valencia, Tarragona y de Barcelona, no tenían ideas fijas de dominación ni necesitaban tierras para sus soldados. Trataban de vender y de cambiar las mercancías de su industria por

las materias primas en que abundaban estas tierras, ya le tenían grande afición al oro y á la plata (no tanta como los banqueros de hoy), pero la bastante para buscar las minas y las pepitas de oro que se han mudado en estos tiempos á las Californias, en una palabra, eran más bien hombres de negocios que guerreros, y cuando se veían forzados á pelear sacaban recursos de España, y especialmente soldados de infantería que desde entonces hasta hoy no han perdido la fama; así no hay que darle vueltas, Asdrúbal, Amilcar, Aníbal, Hannon y los más ilustres cartagineses debieron haber estado por Barcelona más de una vez, amparando y sosteniendo sus intereses mercantiles.

No se puede asegurar, en resumen, que Cataluña fuese conquistada por los cartagineses, sino más bien ocupada temporal y pacíficamente, cosa que no sucedió en Lusitania.

Roma tenía, como hemos dicho, una organización especial y es menester fijarse en las observaciones que abundan en la clásica obra de Nieburn. Los romanos componían sus ejércitos de legiones, reconocidamente superiores á las falanges griegas. Equipo, armas (caballos tal vez no), vestido, modo de caminar, de atacar, de defenderse, de retirarse, todo estaba perfectamente combinado, y de consiguiente eran superiores á los demás pueblos y naciones con quienes entraban en guerra, así cuando emprendían una conquista, era lenta pero segura. Después de adquirir noticias lo más exactas del país que se proponían invadir y del carácter y elementos de sus habitantes, disponían las legiones que creían bastantes, para los campamentos, para el ataque y para la retirada. Lo primero que hacían era un camino y Europa

está llena de caminos romanos, reconocidos y descubiertos unos, olvidados ó destruídos por el tiempo otros. En cada punto conveniente, por tener elementos para la subsistencia, establecían un campamento, que en caso de una derrota servía de retirada, y en caso de triunfo quedaba de colonia militar que en el curso del tiempo era una ciudad de segundo, tercero ó cuarto orden, y ésta es también la causa por que repentinamente se descubren sepulcros y ruinas romanas donde la historia misma no señala la fundación de ciudades. Cuando llegaban á los hechos de armas se habían casi familiarizado con el país y formándose una idea aproximada de la resistencia y dificultades que tenían que vencer, ya por la naturaleza del terreno, ó ya por la fiereza y recursos de los habitantes. A todo esto debe añadirse el valor, el prestigio y el genio militar de los caudillos á quienes se confiaban estas expediciones.

Ocupado el país, las tierras de los vencidos se dividían en tres porciones. La mejor las más veces la dejaban á los habitantes del país, y de las dos restantes, una se distribuía á los soldados y otra formaba el *Erarium,* es decir, el tesoro público. A ocasiones dejaban á los vencidos las dos terceras partes de las tierras y cuando la sumisión era completa los soldados romanos se volvían colonos y todos seguían en la labor de la tierra y en sus trabajos habituales, y no podía ser de otro modo, pues de lo contrario la guerra en cada país habría sido seguida inmediatamente de una hambre espantosa y obligado al mismo ejército romano á desocupar el territorio conquistado. A los pueblos que conquistaban les dejaban también el uso de su religión y de sus leyes; no pretendían modificar ni contrariar sus costumbres do-

mésticas, tomaban en matrimonio ó de cualquier otra manera las mujeres, y eso aunque no lo dijeran los historiadores, es lo primero que probablemente hacían, y así, sin sentirlo, y en transcurso del tiempo, comunicaban sus costumbres, su religión, sus leyes, y en una palabra, su civilización, á distintos pueblos, de tan diferentes condiciones, nombres y caracteres, formando la raza latina, tan numerosa hoy, tan semejante aún de fisonomía, con tantas analogías en las costumbres familiares, en sus idiomas, en sus hábitos y tendencias, que parece una cosa (que es vulgar, al decir, pero que traduce el pensamiento), como de milagro que así haya sucedido.

Las dos Repúblicas, como era de rigor, tenían lo que hoy se llama una política interior y una política colonial. Mientras la política interior fué sabia, previsora y tuvo por base la grandeza y el bien del Estado, caminaron en prosperidad hasta un grado sorprendente. Cuando á la política interior se mezclaron la avaricia, el egoísmo y las pasiones personales, las dos más grandes asociaciones humanas que se registran en la historia perecieron de una manera tan completa, tan absoluta, que no quedan de tanta opulencia y de tanto poder más que columnas rotas y sepulcros vacíos. El que dijera hoy que de aquí á diez ó doce siglos no quedarían de París más que fragmentos del arco de la Estrella, ni de Londres más que algunas piedras caladas de la catedral de Westminster, se tendría por loco, pero suceden cosas increibles y estupendas en el mundo.

En cuanto á la política colonial, lo mismo que en nuestros tiempos, se reducía á adquirir posesiones ultramarinas á colonizarlas pacíficamente si se podía ó á

conquistarlas si los habitantes se resistían. En este camino se encontraron las dos Repúblicas y España fué el campo que eligieron para la disputa de su poder y de su ambición. Los cartagineses, al apoyo de sus almacenes, de sus banqueros, de sus comerciantes, enviaron sus mercenarios. Su acción fué ya más activa en España. De esos fieros emigrantes hoscos y de carácter independiente, los unos los recibieron bien y los ayudaron, otros hostilmente y entraron en guerra. De los dos renombrados caudillos cartagineses el uno, dice la historia, murió en la Península, ahogado en un río; el otro asesinado. Los romanos estuvieron á dos dedos de su pérdida, su orgullosa capital en peligro, pero al fin su vigorosa organización militar prevaleció, Cartago quedó aniquilada y la Gaula y la España definitivamente sometidas.

Barcelona en todo esto fué necesariamente el puerto por donde salían y entraban las tropas, donde se formaban las expediciones militares, donde se abrigaban las flotas, y más bien aparece como en buena amistad con los cartagineses y aprovechando desde entonces sus elementos, y su inclinación al tráfico y al comercio y siendo, á la par que Marsella, uno de los puertos de más renombre en el Mediterráneo.

II

Mientras los cartagineses fueron comerciantes la mayor parte de las colonias españolas toleraron una dominación que en resumen les era benéfica, pero cuando la política colonial de la República Africana

la obligó á apoderarse de la Península antes que lo hiciesen los romanos, cambiaron de aspecto las cosas y estalló una guerra memorable, y una resistencia increible de que Sagunto es hasta hoy un señalado ejemplo histórico, que se repitió siglos después en Gerona cuando la invasión francesa.

La política colonial de los romanos, no obstante sus desastres en Italia, no permitió que sus enemigos se quedasen tranquilos en España, y enviaron sus legiones y sus mejores capitanes.

Después de batallas, con suerte diversa, y de la muerte de los Scipiones, la fuerte organización militar de Roma dominó á la de los mercenarios de Cartago y ocuparon definitivamente la España, encontrando las poblaciones bien dispuestas á recibirlos y ayudarlos con tal de que arrojasen á los que inicuamente habían sacrificado á los héroes de Sagunto.

Tarragona y Barcelona fueron preferidas; la primera fué la capital de la España citerior y la segunda recibió el nombre de *Favencia,* con que la saluda el poeta catalán Rubió y Ors, sin que hubiese entonces, ni haya perdido hasta ahora el que le dió Hércules.

La ocupación romana, tranquila y benéfica de pronto, no tardó en pesar sobre las diferentes colonias españolas, turbulentas por carácter y por los hábitos de independencia con que cada una se estableció primitivamente en su territorio respectivo. Siguieron resistencias, guerras y sublevaciones, especialmente de los cántabros y astures, y sería largo referirlas é inútil en esta ocasión, pues que tales acontecimientos pertenecen á la historia general de España.

Don Andrés Avelino Pi y Arimón en su interesante y

laboriosa obra titulada, *Barcelona antigua y moderna*, señala la dominación romana desde que llegó á la Península Cornelio Scipión, doscientos diez y ocho años antes de la Era Cristiana, pero la definitiva conquista no se verificó sino durante el reinado de César, cuarenta y ocho años antes de J. C., y la pacificación completa cuatro años después, en tiempo de Augusto.

A la decadencia de Roma en España, siguió, naturalmente, la invasión de los godos, suevos y visigodos.

El mismo cronista señala este importante cambio de dominación y de gobierno, en el año 415 de la Era Cristiana, y cuenta desde Ataulfo hasta Rodrigo en un período de doscientos ochenta y seis años la sucesión de treinta y cinco monarcas, de los cuales nueve murieron asesinados, los dos primeros en Barcelona.

Ataulfo se casó en Narbona con Placidia, hermana del emperador Honorio, é inmediatamente emprendió su viaje de boda, como se usa en estos tiempos, y vino á dar á Barcelona, donde resolvió pasar su luna de miel, fijando además su residencia y su corte, gastando el tiempo en saraos, festejos y paseos y olvidando enteramente las armas, el gobierno y la política. Observa con mucha oportunidad don Víctor Balaguer que el fin de la monarquía goda fué semejante al principio de ella, seguramente el amor era el fuerte de los godos y daban un reino por el beso de una hermosa.

Poco tiempo duraron las delicias de los reales amantes. En el silencio y las tenieblas de que se han rodeado desde esas épocas los conspiradores, se formó un plan por Sigerico para asesinar á Ataulfo, y en efecto, un enano que le servía de bufón, entre gracias, chistes y bufonadas sacó una daga y dió tantas puñaladas á su

señor que lo dejó muerto. Otros cronistas dicen que el mismo Sigerico lo mató, el caso fué que murió repentina y desastrosamente y que Sigerico se proclamó rey. Su primera hazaña fué apoderarse de la hermosa y desolada viuda y obligarla á que rodeada de mujeres perdidas y medio desnudas, recorriese las calles de Barcelona mientras él en un suntuoso carro tirado por seis caballos y acompañado de sus cómplices y cortesanos seguía esta lúbrica procesión. Acabada esta festividad mandó matar á los seis hijos que Ataulfo había tenido en su primera esposa.

A poco andar se formó otra conspiración contra Sigerico, y su fin fué igualmente desastroso. Un día amaneció asesinado y en su lugar ocupó el trono Walia. Esto pasó en cortísimo tiempo, de 414 á 415, un año no cabal. Ya se puede formar por esta muestra una idea de los reyes godos y de la situación que guardaba Cataluña, que habían escogido para su cuartel general.

De Recaredo hacen grandes elogios los historiadores, pero como nada hubo notable en su tiempo en Barcelona, tenemos que pasar hasta la época en que otra mujer ocasionó la pérdida de España.

Placidia es el principio; Florinda, el fin. De la primera no he tenido tiempo de averiguar la suerte que corrió; la segunda pasó á segundas nupcias olvidando á su desgraciado esposo, que pereció no se sabe á punto fijo, cómo ni dónde.

Los graves y modernos historiadores creen que los amores de la Cava y la traición de don Julián y del obispo Opas, no pasan de una fábula; pero sea de esto lo que fuese, y ya que sucedieron así las cosas y que no tuvieron remedio, es más agradable á la imaginación

admitir esta tradición, lo mismo que la de Hércules habitando Barcelona, y Ulises contemplando el mar desde el castillo de Montjuich.

Los árabes, sea porque los trajo un obispo y un conde ó porque tenían también su política colonial, vinieron á España por el año de 711 y permanecieron ochocientos años ya en paz, ya peleando entre sí, ya en guerra, ya en alianza con los jefes ó reyes de esas primitivas colonias españolas, hasta que Boabdil el Chico, entregó las llaves de Granada á la grande Isabel, á la decidida protectora del Almirante de las Indias. De la historia de España, la de este período es la más complicada é interesante, y ella dió origen á una literatura, especial y característica, que no tiene otro país y que conserva un sabor que, como el del vino, se hace más exquisito mientras más años pasan.

En cuanto á Barcelona, de la cual nos ocuparemos ya sin otra divagación, fué conquistada por Muza y su sucesor Zama, y visitada por Abderraman y otros árabes de gran valentía y fama. Barcelona, como en tiempo de los romanos, fué preferida por los nuevos conquistadores: sus habitantes huyeron indignados á las montañas y los que no pudieron ó no quisieron salir, como sucede siempre, se quedaron en el puerto.

Este período histórico, lleno de lances de guerra contra los árabes y en alianza con los francos, ocasionó la elevación de un jefe que organizase la defensa y que representase en la guerra y en la paz á la colonia catalana, y desde esa fecha, 873, se marca de una manera notable el origen de los condes de Barcelona. El primero fué Wifredo el Velloso, siguieron Wifredo II, Suniario, Borrell I y Borrell II, y la casa de Berenguer desde

Ramón I el Curvo hasta Ramón Berenguer IV el Santo, en 1162.

Por el casamiento de este último con doña Petronila, hija *del rey Monje,* Ramiro II, el condado de Barcelona quedó unido al reino de Aragón, y así por enlaces y por herencias fueron fundiéndose en una sola monarquía las distintas colonias españolas.

Por el año 800, Ludovico, hijo de Carlo Magno y rey de Aquitania, reunió un ejército compuesto de todas esas tribus y colonias de la Marca fronteriza y vino á embestir á la ciudad de Barcelona, en posesión entonces de los árabes, los que se defendieron vigorosamente. Fué necesario un año de bloqueo, siete meses de sitio y seis semanas de ataques tan terribles que en algunos momentos las nubes de flechas oscurecían el sol y las fuertes murallas romanas caían al estrépito y empuje de las máquinas de guerra. Barcelona, por fin, se rindió en diciembre de 801, á los ochenta y ocho años de haberla ocupado Muza, quedando tributaria ó formando parte del reino de Aquitania (1). Pí y Arimón señala la dominación francesa en Barcelona desde Carlo Magno en 801 hasta Luis el Perezoso, en 986.

Lo más probable es que en el gobierno de Wifredo el Velloso, el Principado de Cataluña se formó de una zona geográfica, más extensa y determinada, pues con el solo esfuerzo de los catalanes arrojó á los sarracenos del condado de Ausona, de las faldas de Montserrate, de la ciudad de Gerona y de las campiñas de Tarragona, dejando á su muerte fundados los célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y Santa María de Ripoll, y

(1) Balaguer.—*Historia de Cataluña.*—El autor sigue en esta narración muy poética é interesante al poeta Arnoldo Nigelli.

lo que es más importante, el país sin dependencia directa, ni de los califas árabes ni de los reyes francos.

III

Almanzor

No obstante el valor y hasta la barbarie y ferocidad de los godos, su organización militar era tan poco resistente que bastó la pérdida de una batalla, para que acabase la unidad española y los árabes se derramasen por casi toda España, pero especialmente por las costas del Mediterráneo, porque eran más análogas en el paisaje, en el clima y en la situación de sus puertos á su propio país, y estaban más próximos á él y sin las dificultades y peligros de las regiones montañosas de Asturias y de la Cantabria. Cataluña quedó entregada á sus propios recursos y al valor y dirección de sus condes, sin que le sirviese de mucho su vecindad con los francos; así es que recibió visitas, además de las ya mencionadas, de personajes muy célebres, y no todas le fueron tan agradables como la del fortísimo y pacífico héroe de la antigüedad.

Nos ocuparemos de la visita de Almanzor. Tan grande, tan valiente, tan afortunado y tan superior, y probablemente tan guapo y gentil era, que á pesar de ser el enemigo implacable de los cristianos y de haberles hecho una guerra sin tregua, los escritores españoles, lejos de entregar su nombre á la excecración y al desprecio, han proclamado y hecho pasar á la posteridad sus increibles hazañas militares, sus señaladas prendas y sus raras virtudes. Era Almanzor, como quien dice,

el ministro de la Guerra y general en jefe del Califa de Córdoba Hixen II, menor de edad y gobernado por su madre la sultana Sobheya, viuda de Alhaken II.

Esta sultana depositó su confianza y también su corazón, que al fin era mujer, en Almanzor, y fué este acontecimiento fatal para los españoles.

Almanzor era personalmente valiente, organizador militar, político astuto, literato instruído, poeta, cortesano y hombre de acción, como dicen los políticos del día, en una palabra, tenía cuantas cualidades reunidas en una sola persona son necesarias para formar una grande é interesante figura histórica.

Tan aniquilada quedó España, después de la memorable batalla del Guadalete, que fueron necesarios más de dos siglos para que esas colonias, que nunca habían tenido cohesión para la resistencia común, se organizasen en una forma más regular y sólida para conservar su independencia y no sucumbir á una raza que no tenía en ningún sentido punto de contacto, y que en resumen era conquistadora y no colonizadora, como fueron los romanos. Existían, pues, en la época en que apareció Almanzor, el reino de León, el de Navarra, el condado de Castilla y el de Cataluña, gobernado por el conde Borrell, II y el Imperio árabe, independiente ya de los Califas de Damasco y cuya capital era Córdoba, donde Almanzor tenía su cuartel general. Festines, torneos, ciencias, literatura, artes, de todo había en esa legendaria ciudad, donde con sólo una visita á la mezquita (hoy Catedral), tiene que creerse cuanto se ha escrito y cuando más se diga de los árabes de esa época. De este centro de civilización y de delicias, realzadas con el aspecto bellísimo de la naturaleza, salía repentinamente

el rayo de la guerra. Almanzor, al frente de tropas tan lucidas en sus trajes, como valientes y bien organizadas, caía de improviso sobre los pueblos y ciudades españoles, sostenía batallas más ó menos reñidas, las ganaba, asolaba el país ó se posesionaba de él y concluída su campaña regresaba á Córdoba á recibir aplausos y honores, á hacer versos, á presidir certámenes literarios, á gozar del favor ó favores de la sultana, todo de una manera tan tranquila como si nada hubiera pasado. Generalmente hacía dos expediciones anuales, y durante veinticinco años no perdió una batalla. En una de ellas, *después de haber tomado á Zamora con otras cien fortalezas y poblaciones cuyas murallas hizo abatir,* entró en Córdoba precedido de nueve mil cautivos y los despojos eran tantos que faltaron carros y acémilas para llevarlos (1).

Generalmente sus excursiones habían sido por León y Galicia, pero llegó su vez á Cataluña. Tomó el camino de Murcia y allí se detuvo ocho días, después pasó á Tadmir, donde el gobernador de la provincia le obsequió espléndidamente, y en veintidós días no hubo más que saraos, fiestas y banquetes, durmiendo él y sus oficiales en lechos de seda, comiendo en vajillas de oro los más ricos manjares, y bañándose todos los días en agua de rosas. Cuando los barceloneses menos lo pensaban, el terrible Almanzor, á la cabeza de sus huestes, estaba muy cerca de la ciudad y sus bajeles en el puerto. El rey de Afranc, como le llamaban los árabes al conde Borrell II, salió á batirlo con cuantas fuerzas pudo reunir, tratando de impedir que tomase la

(1) *Historia de España,* por don Modesto Lafuente y don Juan Valera.

ciudad, pero ni visto ni oído, como se dice, los catalanes fueron desbaratados en los campos de Moncada, y unos huyeron á las montañas y otros entraron en la ciudad, para organizar la resistencia. El conde Borrell logró escapar por el mar y ganó la montaña para recoger á los dispersos y volver á la defensa, pero de pronto todo fué inútil. A los cinco días capituló Barcelona y pasó así la intempestiva visita del más célebre de los sarracenos.

Don Modesto Lafuente no entra en pormenores ni hace ningunos cargos á Almanzor; pero Balaguer, refiriéndose á las crónicas catalanas, dice que nada fué respetado, que el saqueo duró tres días, que las escrituras fueron presa de las llamas, que los barceloneses perecieron bajo el filo de las corvas cimitarras y que las más hermosas doncellas catalanas fueron llevadas cautivas para el harém de los caudillos sarracemos.

No tengo tiempo para completar la historia de Almanzor, ojeando la singular obra de don José Antonio Conde; pero en dos palabras diré el fin de este guerrero legendario. Apareció otra vez y pasó por Cataluña como un metéoro asolando campos y quemando pueblos; ganó la batalla de Cervera y poco tiempo después fué derrotado en los campos de Calatañazor, frontera de Castilla, donde le acometieron los tres ejércitos coligados de los reyes de León Navarra y Castilla. Empeñóse una tremenda batalla, y las ligeras caballerías andaluzas no pudieron en todo el día penetrar entre las pesadas armaduras de fierro de los castellanos. La noche separó á los combatientes, pero á la mañana siguiente Almanzor herido y sus mejores caudillos muertos, consideró que había

llegado su fin y oscurecidose para siempre la estrella de su gloria. Se retiraron

Del malogrado Almanzor
Los afligidos soldados
Tristes marchando,
Las trompas roncas, los atambores destemplados.

Al escribir las últimas líneas me vino el recuerdo de un romance preciosísimo de un poeta mexicano. Es la descripción, en el estilo peculiar de ese género de literatura, de la batalla memorable de Calatañazor. Después de tantos años apenas pude sacar del polvo de mi cerebro parte de la estrofa que vino bien para terminar este capítulo. No pudiéndose ya sostener en su ensangrentado caballo, sus soldados colocaron á Almanzor en una silla, y así tristes marchando llegaron á Medinaceli, donde murió el 2 de agosto de 1002, á los sesenta y tres años de edad, en brazos de su hijo, que en esos momentos acababa de llegar de Córdoba, enviado por la sultana Sobheya para saber el resultado de la batalla.

IV

El Cid Campeador

Del polvo de tantas generaciones, de tribus desconocidas, de cartagineses, de griegos, de romanos, de suevos, de godos y visigodos y de árabes, se hubo de formar con el tiempo un tipo especial y único que no tiene igual en ningún otro país ni entre los siete pares de Francia, ni entre los Niebelungen, ni entre los Orlandos y Tancredos, y es que este tipo es más bien un símbolo, un carácter, una representación, donde se re-

unieron todas las pasiones, todos los ímpetus, toda la tenacidad, todas las malas y buenas prendas del carácter español; una especie de elaboración donde se concentraron los elementos de diversas épocas y razas. Este fenómeno, que tanto tiene de histórico como de legendario, es el *Cid Campeador,* más popular, más conocido todavia en el mundo que el gran Almanzor, del cual hemos dicho breves palabras.

El Cid, como personaje real é histórico, representa el jefe afectuoso, pero severo de una familia noble, modesta y virtuosa; el cristiano lleno de fe y de fuerza moral, confiando su suerte á la voluntad divina y ofreciendo diariamente su vida en defensa de su religión; el patricio indomable que se impone el deber de pelear á todas horas por el honor y la independencia de su patria.

El Cid, como figura ideal y romancesca, es el paladín fabuloso que acomete y desbarata sólo con su pesada tizona un escuadrón de enemigos; que atraviesa en momentos distancias considerables en un caballo tan fantástico y tan valiente como su jinete; que gana cien acciones de guerra; que no perdona ofensas, pero es generoso con los enemigos vencidos; que es más fuerte y más terrible que los reyes; que corteja á las damas é invoca su nombre al entrar en el combate. Indomable y fuerte, ni los vientos, ni las nieves, ni las flechas, ni los alfanjes de los sarracenos hacen mella en su vigorosa naturaleza, ni en su pesada armadura de hierro; ni él ni su caballo comían, ni bebían, ni dormían; listos, incansables, se les encontraba en todas partes y á las mismas horas en diferentes lugares; caballo y caballero peleaban, vencían y echaban por tierra á sus enemigos, el uno con las fuertes pezuñas sujetaba al caído para que

no se levantase, mientras el caballero le cortaba la cabeza; visibles é invisibles eran una pesadilla sangrienta para los moros y un poder inquebrantable que guardaba las casas y las fortificaciones de los castellanos; en fin, dotados de una singular inmortalidad, pues que caballo y caballero rellenos de paja, eran bastantes todavía para poner en fuga los ligeros escuadrones de los hijos del Profeta.

Almanzor el Victorioso, como tipo del árabe de esos tiempos, valiente, gentil, enamorado, pensando que la muerte lo conduce á la región de las sultanas divinas, más hermosas que las más escogidas de la tierra, descansando en cojines de seda y bañándose en perfumes momentos antes de sacar la corva cimitarra, y el Cid, como tipo del castellano, valiente y cristiano, saliendo de las fuertes almenas de su castillo para defender su Dios, su patria y su dama, dieron origen á una literatura que no se aprende en los colegios, ni sale de las Universidades, y bajo este aspecto España es la única nación que tiene una doble figura histórica y romántica y una poesía que no ha perdido ni su carácter especial, ni su firme colorido de la época antigua.

No es posible ni aun dar idea de los muchos lances de guerra y aventuras del Cid, en esa época en que ocupadas todavía varias provincias de España por los sarracenos, los castellanos y catalanes iniciaban las hostilidades unas veces y acometían las ciudades otras, celebraban treguas, ajustaban tratados de paz ó de alianza con los Emires, y combatían al lado de ellos; así sólo me referiré á lo que tenga relación con la visita que el Cid hizo á Barcelona.. Desterrado de Castilla, vino por los años de 1076 á 1077 y fué espléndidamente recibido

por los condes de Berenguer que ocupaban el trono del Principado; pero á pocos días, el carácter altivo de Berenguer Ramón, que no quería sin duda tolerar ninguna superioridad, ocasionó una desavenencia, siendo pretexto ó motivo de ella unas cuchilladas que el Cid había dado á un sobrino suyo.

Grandes tuertos me tiene mio Cid, el de Vivar:
Dentro en mi corte tuerto me tobo grant:
Firiom el sobrino y no lo enmendó más.

Fuese esta causa ú otras, el Cid se marchó repentinamente muy enojado á Zaragoza, donde reinaba Ahmed Almoctader. En el curso del tiempo murió este Emir y dejó el reino á sus dos hijos; el mayor Almuctaman quedó reinando en Zaragoza, y el segundo Alfagib, en Denia. Estalló la discordia y el Cid tomó partido por el rey de Zaragoza, el cual lo colmó de honores y lo hizo el personaje más poderoso de su reino. Los condes de Barcelona eran, por el contrario, aliados del rey de Denia. Entretanto había acontecido una horrorosa tragedia; Berenguer Ramón había personalmente asesinado ó mandado asesinar á su hermano cerca de Gerona y se supone que el Cid estaba aliado también con los nobles catalanes que querían vengar este crimen. Por estas líneas se ve la complicación que hay en la historia de estas pequeñas guerras y la dificultad para fijarse en el verdadero carácter de los personajes, pero dejando esto aparte continúo extractando lo más sustancial del distinguido historiador de quien tantas veces me he servido (1).

La guerra activa estalló entre los dos Emires. En

(1) Balaguer, *Historia de Cataluña.*

auxilio del de Denia marcharon el conde Berenguer *el Fratricida,* el conde de Urgel y los más poderosos señores del Ròsellón, Ausona, Ampurdán y Carcasona, y moros y cristianos unidos acometieron al castillo de Almenara, y no pudiéndolo tomar le pusieron sitio y no pasaba día en que no hubiese un combate. Sabido esto por el Cid, su primer movimiento fué montar á caballo y correr en defensa de esa fortaleza que estaba en las fronteras de Cataluña y Zaragoza y que pertenecía á su aliado y de intento había mandado fortificar para precaver á la capital de una sorpresa; pero como al mismo tiempo era hombre político y reflexivo, pensó mejor entenderse con enemigos, al fin numerosos y valientes, y les mandó ofrecer una suma de dinero con tal de que se retirasen y dejasen en paz á la frontera. Esta invitación pacífica fué interpretada como debilidad y quizás miedo, y en vez de contestar comedidamente, redoblaron los ataques al castillo, cuyos defensores carecían ya de agua y de víveres. El Cid no pudo contenerse y su colera no conoció límites, montó entonces á caballo y seguido de un número, relativamente corto de tropas, cayó como un rayo, y cuando menos lo esperaban sus enemigos, destrozó completamente á los orgullosos señores fronterizos, hizo prisionero al conde y lo entregó al Emir Almoctader, el que hubiese en rigor de justicia mandado degollar al que no sólo lo había atacado sino conjurado contra él á enemigos que más bien eran francos que castellanos; pero el Cid, generoso como se ha dicho con los vencidos, interpuso su influjo y á los cinco días le fué concedida la libertad y el conde Ramón regresó corrido y colérico á Barcelona, donde los dispersos y vencidos catalanes le habían ya precedido. Esta cam-

paña, observa el señor Balaguer, no es muy conocida de los que han escrito la historia de Rodrigo Díaz de Vivar. Adversa como fué en este lance la suerte del conde de Barcelona, da, sin embargo, una idea de su audacia y atrevimiento al provocar la cólera y la enemistad de un hombre tan temido y tan importante, que tanto los Emires sarracenos como los Reyes cristianos buscaban su apoyo y su alianza y donde quiera que iba era considerado y festejado como el más grande y poderoso de los guerreros de esa época.

El Cid, guiado de sus principios políticos después de haber guerreado contra los moros de Valencia, celebró una tregua con el rey, que era enemigo del Emir de Denia. El conde Ramón, lejos de haber escarmentado, quiso volver por su honor y desquitarse de su derrota y aceptó desde luego la invitación y el dinero que le mandó el rey de Denia, dispuso un fuerte ejército que dividió en tres partes, poniéndolas á las órdenes de los más valientes catalanes, entre otros Gerardo Alemany, y marchó orgulloso hasta la falda de un cerro en cuya cima tenía Rodrigo el de Vivar establecido su campamento.

El conde Ramón despachó al Cid un mensajero con una carta altanera é insolente. La respuesta no se hizo esperar y fué como se debe suponer más dura y enérgica. Al día siguiente se trabó una batalla terrible; llegaba el Cid adonde estaba el conde para combatir personalmente con él, cuando tropezó su caballo y ambos fueron á tierra... estaba perdido. La doble persona real y fantástica iban á acabar en esta oscura querella, y ¡adiós de poesía y de romances caballerescos! El Cid no hubiera existido; pero era preciso que quedase en la historia y en la imaginación de las generaciones del porvenir esa inte-

resante, noble y valiente figura que los siglos han hecho gigantesca.

¿Cómo habían de dejar sus soldados al capitán que los había conducido siempre al triunfo y á la gloria? Mientras unos lo ayudaban á levantarse, otros acometieron con tan impetuosa brutalidad (porque así es la palabra) al conde Ramón que aniquilaron y desbarataron en momentos á sus tropas, cayendo por segunda vez prisionero.

El Cid, político y financiero también, refrenó sus ímpetus. A pesar de haber sido insultado, de haber recibido una herida en la caída y de haber corrido el grave riesgo de perder su fama, no mató ni castigó con una larga cautividad á los vencidos. Al conde Ramón y á Gerardo Alemany les concedió la libertad, mediante la promesa de pagar en un plazo determinado ochenta mil marcos de oro de Valencia, y á los demás capitanes les señaló sumas más ó menos fuertes, según le iba ocurriendo y en razón tal vez de los medios de que podían disponer para pagarlas.

Esclavos de su palabra, al vencimiento del plazo, los que tenían oro se presentaron delante del Cid con las cantidades convenidas, y los que no pudieron juntar el dinero llevaron á sus hijos, hijas y esposas y le dijeron;

—Guardad, valiente Cid, estas joyas de nuestro corazón, que cuando hayamos juntado el oro necesario, vendremos á rescatarlas.

—Andad con Dios, buenas gentes, les contestó el de Vivar, enternecido; nada me debéis y cargad con vuestros rehenes que valen más que el oro.

Este bellísimo rasgo del héroe castellano reconcilió á los condes de Barcelona, y en lo sucesivo no se registró

ya ninguna querella, entre estos guerreros que deberían haber estado más unidos para hacer frente á la dominación árabe que todavía pesaba bien sobre la España.

Se ve que la visita del Cid á Barcelona no fué tan funesta como la de Almanzor, pero no dejó tampoco de costar amargos sinsabores, mucho dinero y algunas vidas á los catalanes. En cuanto al infortunado conde, vencido y humillado, fué á acabar su vida en Palestina, combatiendo por rescatar el sepulcro de Cristo al lado de Godofredo de Buillon.

Paso en silencio las campañas, la mayor parte felices, contra moros y fronterizos, del conde Berenguer III, que solamente se relacionan con Barcelona por el levantamiento de tropas y la entrada y salida de las escuadras, para ocuparme del acontecimiento capital que cambió enteramente la posición política y militar de Cataluña.

V

El Rey Monje y don Antonio Cánovas del Castillo

Una hermosa mujer fué causa de la pérdida de la monarquía goda y un virtuosísimo fraile fué el autor de la unidad española. Alfonso I, el Batallador, tuvo el fin glorioso de Almanzor, fué herido y pereció en una batalla, ó no queriendo sobrevivir á su derrota, dicen otros historiadores, acabó ignorado en la soledad de un monasterio.

Su hermano, que no tuvo desde que nació vocación guerrera, era por carácter tímido, devoto, enemigo de las grandezas y separado enteramente de las cosas humanas, se retiró á un convento, y de allí, cuando

menos lo pensaba, fué sacado por los nobles y poderosos señores aragoneses, para ceñirle la corona y preservarla de la codicia de los pretendientes, que eran los reyes de Navarra y de Castilla, y las órdenes de los Templarios y Hospitalarios, á quienes había instituído por herederos en su testamento el malogrado Alfonso. ¿Don Ramiro, que así se llamaba, era religioso profeso y había hecho votos de castidad? Es probable, pero el caso fué que para que el trono tuviese sucesión se casó, ó lo casaron con Inés de Poitiers, joven, bella y con cuantas prendas podían adornar á una princesa. Don Ramiro II, por amor ó por conciencia hacia sus vasallos, olvidó su austeridad y sus votos, y cumplió tan perfectamente sus deberes, que la reina dió á luz una princesa que se bautizó con el nombre de Petronila. No cumplía dos años cuando fué desposada en 1137 con el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, cediéndole desde luego don Ramino el reino de Aragón, y entregándole, con la aprobación de sus vasallos, plazas, castillos y ciudades, y viudo ya de doña Inés volvió á sus devociones, á su castidad y al retiro y silenciosa quietud de su celda. En sustancia, esta es la historia. Las contradicciones que sufrió, los peligros que tuvo que afrontar y las combinaciones que hubo que hacer con los reyes fronterizos y con los muchos que querían apoderarse de Aragón, fueron tantas y tan varias que los cronistas no han acertado á definir con claridad este período, pero ¡qué cosa más grande, ni más curiosa que la simple verdad comprobada con los hechos!

Un monje retirado en un claustro acepta el papel de rey, ciñe la corona, cumple con el deber de esposo y tiene una heredera, la da en matrimonio á un héroe

joven, valiente, emprendedor, que acepta esposa y reino, y acabada la misión terrestre y muerta la esposa á quien tal vez amó apasionadamente, despreciando las vanidades y lisonjas humanas, vuelve á su claustro y acaba su vida en el olvido, para despertar del rápido sueño de su reinado en el seno de su Hacedor. Esta excentricidad mística de un hombre, modificó de una manera notable entonces y hasta hoy la historia y el mapa del mundo. El rey Monje, que vulgarmente aparece ya como un problemático iluso, ya como un tipo de drama romántico, fué el que unió un poderoso Principado con un reino que por su situación en la península y por el carácter y energía de sus antiguos moradores, era el más propio para las empresas guerreras. El conde de Barcelona tuvo que luchar, que negociar, que hacer esfuerzos prodigiosos para que fuese efectiva la rica herencia, que en los momentos en que la recibió era problemática y nominal. Con el nacimiento del hijo de Petronila quedó consolidada la unión de Cataluña y de Aragón, y más tarde con el matrimonio de Fernando é Isabel, la unidad de España.

«A orillas de la Isuela hallé esta crónica en una de aquellas huertas de suelo verde y pobladas de árboles frutales, cuyas bardas y setos se sustentan en las piedras robadas á los muros de Huesca.»

«Y en verdad que es triste crónica para hallada en lugar tan apacible. Mas si de él quitamos los ojos y los ponemos en la ciudad, harto se ve que allí debieron vivir doña Inés y don Ramiro, el rey Monje y la reina, ni esposa, ni viuda, ni doncella.»

Este trozo parece arrancado de alguna página de Cervantes, y así comienza el señor Cánovas del Castillo, la crónica del siglo XII, titulada la *Campana de Huesca.* Es en ese lugar donde se desarrollaron las escenas del interesante drama que puso la corona de Aragón en la cabeza de los condes de Barcelona.

«Ciudad lóbrega y triste, continúa el señor Cánovas, para quien sólo busque el placer de los ojos, agradable para los que prefieren la meditación y el silencio, para los que gustan de ver las tumbas de los héroes y visitar los lugares donde acontecieron las altas hazañas, para los que se apacientan en la memoria y sienten el amor de lo antiguo.»

En cuanto á lenguaje basta esta muestra; así continúa hasta el fin, natural, sencillo, deslizándose con facilidad, como el arroyo claro y sin que nada lo enturbie en su curso, sabor de otro tiempo, sin la monótona pesadez del viejo castellano.

El Monje ha dejado el hábito, y ataviado con la dalmática de seda y oro y el chapelete real, montado en un fogosísimo caballo blanco, entra en la plaza de Huesca rodeado de los nobles aragoneses.

Después, en entretenidos capítulos describe el señor Cánovas los escrúpulos y remordimientos por los votos monásticos tan contrarios al matrimonio, su separación de la reina, el nacimiento de Petronila, la fuga del rey á las montañas, donde los almogávares, esos voluntarios levantiscos, caprichosos y feroces, adictos á sus caudillos y á su rey, lo alientan y lo defienden.

«—Son los almogávares, señor, gritó Aznar (este Aznar es la acción de la novela, tipo, á la vez, de la gente fronteriza, de las montañas). Ahora verán esos soberbios y

traidores de ricos hombres con quien han de habérselas.»

Para tener idea de las montañas fronterizas entre el Reino de Aragón y el Principado de Cataluña donde pasaban los acontecimientos que contiene la crónica mozárabe encontrada por Cánovas en las huertas del suelo verde de las orillas de la Isuela, basta también el siguiente párrafo que no desdice á los análogos que se leen en *Don Quijote:*

«De trecho en trecho manaban en las rocas copiosos hilos de agua, que después de encharcar el camino iban á perderse en lo hondo de los barrancos ó á bañar estériles malezas. Con ser los fines de la primavera apenas matizaba alguna violeta silvestre la parda sombra de los montes; ó si la había era tan espinosa la hierba entre la cual crecía, que se desgarraba la mano infeliz que osaba tocarla. Sólo algunas encinas olvidadas señoreaban aún las altas rocas, ó extendían sus raíces por los barrancos, inclinando las hojosas copas á lo hondo. Las había tan mal sujetas á la tierra ó tan quebrantadas por los aguaceros y huracanes que al menor soplo de viento se agitaban; parecía que hubiera podido moverlas el aliento de un hombre. Los innumerables rumores del crepúsculo bajaban ya rodando por las cuestas ó subían los ecos de los hondos valles, hijos del agua, del viento, quizás de espíritus encerrados en las piedras y en las hojas, que soberbio niega el hombre porque no han tenido á bien visitar sus ojos todavía. No podía decirse que fuera de noche, pero no era ya de día. Todos los contornos se iban borrando, todos los colores desapareciendo y al cabo de algunos instantes sólo se distinguía el color del cielo y los contornos de las estrellas.»

Conocido ya el paisaje conoceremos también, pintado por mano maestra, ya que tanto hemos hablado y aun tenemos que hablar de los condes de Barcelona, á Ramón Berenguer IV, al futuro esposo de Petronila, que en ese momento andaba disponiendo una campaña contra los moros de Lérida, y encontrándose con el almogávar Aznar que guiaba al fugitivo don Ramiro, los convidó á una sabrosa cena en la solitaria montaña.

«Era mozo de menos de treinta años, alto, fornido, de oscuro y rizado cabello, de ojos negros, firmes y penetrantes, rápido en el hablar, imperioso en los gestos, brusco en los ademanes como quien no está acostumbrado á tolerar contradicciones. Hombre como él no podía menos de haber expuesto muchas veces su persona y de haber llevado á cabo arduas empresas; leíase en su rostro aquella aspiración á lo grande, á lo imposible, que es patrimonio de los que llaman héroes en la tierra. Si parecía jovial, obra era, sin duda, de sus pocos años y de su natural franqueza, porque allá en los pliegues de su frente se escondían negros nublados de ira que no dejaban de asomar amenazadores, tan luego como alguna cosa por pequeña que fuese le disgustaba.»

De la improvisada cena en la montaña resultó que el rey de Aragón y el conde de Barcelona se reconociesen, que se formase desde luego un acuerdo, y que un rey de armas acompañado de Aznar partiese para Huesca para retar á los ricos hombres de Aragón, ú obligarlos á que se sometiesen á su señor y reconocieran á la heredera. Los ricos hombres levantaron el guante que les arrojó el rey de armas, aceptaron la guerra á que los provocaba el conde de Barcelona y se dispusieron á resistir. Aznar consideró que no obstante el número y valor de las

tropas que deberían asaltar á Huesca no serían bastantes para escalar los fuertes muros y tomar las noventa torres que la circundaban, y entonces fraguó una conspiración, se introdujo él y cincuenta y un almogávares que reunió, á un sótano del Alcázar que tenía una puerta que daba al campo, y á la mañana siguiente, á medida que iban llegando los ricos hombres para reunirse en consejo, se apoderaba de ellos. Sorprendidos así y sin poder organizar la defensa, el conde de Barcelona y Ramiro pudieron penetrar sin resistencia en la ciudad hasta el palacio.

«Aznar echó á andar hacia la portezuela que había quedado abierta, el rey y el conde le siguieron, bajaron algunos escalones y entraron en el aposento. La escasa luz del medio día que alumbraba aquella lóbrega habitación puso delante de los ojos del rey y del conde un inesperado y horroroso espectáculo. Ambos, rey y conde, prorrumpieron en una exclamación terrible, no bien lo alcanzaron sus ojos. En derredor del garfio que colgaba del punto céntrico de la bóveda mirábanse catorce cabezas recién cortadas, imitando en su colocación la figura de una campana; en lo interior colgaba otra cabeza que hacía como de badajo, la cual reconocieron los presentes por del arzobispo Pedro Luesia, las demás eran de Lizana, de Roldán, de Vidaurra, de Gil, de Atrosillo y el resto de los ricos hombres rebeldes.»

«Aznar se dejó caer á los pies del rey y le puso en las manos el pergamino.—Aquí está esto, señor, firmado, al parecer, de vuestra propia mano; yo forjé falsamente tal escrito y engañé con él á estos leales servidores vuestros.»

Beranger IV tuvo que apelar al juicio de Dios, y dis-

frazado combatió y venció en Huesca á los quince acusadores, deudos ó amigos de los ricos hombres á quienes degollaron los almogávares. Ramiro II fué á hacer su confesión con el Abad de Montearagón y de regreso en una de las primeras calles dejó á los que le acompañaban, y se entró solo en la Iglesia de San Pedro el Viejo. Así acaba la crónica. *C'est mieux que de l'histoire,* dice al principio del prólogo don Serafín Estébanez Calderón.

Cuando un asunto histórico digo yo, cae en manos de un literato que, además del ingenio y buen decir, sea un tanto estudioso y afecto á lo antiguo, no hace una novela sino la reconstrucción de una época completa, á la manera como el naturalista con el fragmento de un hueso reconstruye un esqueleto, ó el arquitecto con una ojiva reconstruye una catedral destruída, que nunca vió. Éste es el atractivo eterno de las novelas de Walter Scott y de la crónica del señor Cánovas, encontrada en una de aquellas huertas del suelo verde de las orillas del Isuela.

VI

Los judíos

Del país donde el Divino Maestro predicó el desprendimiento de las riquezas, y dió Él mismo el ejemplo de la pobreza, procede la usura, las letras de cambio, los bancos, la bolsa. Los judíos, además de haber crucificado injustamente á ese Divino Maestro que les daba los más sabios consejos y las más provechosas lecciones, han sido una raza que ha tenido, como ninguna otra de la tierra, una singular aptitud para ganar y reunir dinero en cobre, en plomo, en oro, en plata, en papel; todo lo

que ha sido un signo de cambio, en cualquiera época ha venido á dar á manos de los judíos. Ellos han sido los inventores de las letras de cambio, de los bancos, de las sucursales, de las compañías anónimas, limitadas é irresponsables, de cuantas corporaciones, juntas, sindicatos y reuniones con cualquier nombre, tienen por objeto ganar dinero, guardar tesoros, dirigir empresas, explotar al público, dominar á los gobiernos, cambiar las cosas políticas ó de cualquiera otra naturaleza, trastornarlo todo, unas veces en bien y otras en mal. Estas y otras cosas les atribuyen á los judíos y hay mucho de exageración y de fantasía, pero en el fondo, la verdad la descubre cualquiera; son ricos, y el que es rico, es también una verdad de Pero Grullo, tiene más influjo que el pobre y también tiene muchos enemigos.

Más grande que su influencia y su riqueza han sido las persecuciones, hasta llegar á la inaudita barbarie. En algunos países les han sacado los dientes para que diesen dinero hasta dejarlos con la boca vacía y sin un escudo de oro, y en todas partes y en todos tiempos odiados, apartados del resto de las gentes, como leprosos y apestados, y en momentos de furor popular, matados y arrastrados por las calles y plazas. Y sin embargo, al través de los siglos y de las persecuciones, los judíos andan por todo el orbe y son los más ricos banqueros, los lapidarios más hábiles, los proyectistas más atrevidos, los comerciantes más inteligentes, y sobre todo, mientras en las antiguas y modernas edades, trovadores, poetas, políticos y militares han pasado años cantando, escribiendo y luchando sin llegar á reunir dos cuartos, los judíos, siempre ricos, y por consiguiente envidiados, y á pesar de envidiados y perseguidos, triunfantes y

poderosos. El colmo de la felicidad del judío que tiene en sus cajas cincuenta, ciento, ó más millones es ser barón, y hé aquí una raza de barones que cuando se juntan tres ó cuatro, tiembla el mundo y las coronas vacilan y quieren caerse de las cabezas de los reyes.

Siempre he cavilado mucho sobre un hecho irrecusable. Los judíos ricos (y los hay también pobrísimos), desde que el dulcísimo Tito arrasó á Jerusalén, andan dispersos y errantes por el mundo: no tienen casa ni hogar; son de todas partes y de ninguna especialmente; ni confiesan, sino por necesidad su origen, ni han hallado un rincón en cualquier parte para formar un reino ó siquiera una pequeña república como Andorra, y poder decir, *mi tierra, mi país, mi rey, mi presidente, mi alcalde, mi guardia municipal,* nada. El gran Rabino y es todo. Puede ser que entre ellos tengan sus categorías y sus autoridades, yo no lo sé; pero tierra y país suyo, no lo tienen. La calle de Laffite, la calle de Lafayette, en París, la calle de los Lombardos, la Cité en Londres, la calle de los Judíos en Francfort, en fin, pedacitos microscópicos salteados en el mundo, llenos de oro los unos, de miseria y suciedad los otros. Si se juntaran un día los banqueros judíos de todo el mundo ¿cuántos millones de pesetas reunirían? Sin decir un desatino no lo puedo ni calcular, pero seguramente una cantidad fabulosa. ¿Cuántos caballos de vapor representaría esa fuerza terrible que se llama *influjo,* que evidentemente tienen en las naciones más fuertes y poderosas?—¡Quién sabe! no se puede tampoco calcular, pero debe ser superior á la de todos los trasatlánticos que surcan los mares.

Con esos elementos podían juntarse un día bajo la presidencia de su gran Rabino y formar un proyecto

más fácil y menos dispendioso todavía que el del canal de Panamá, para colonizar la Palestina, neutralizar la Santa Jerusalén, formar un pequeño reino como Bélgica ó una pequeña República como Suiza, que no inspirase temores ni desconfianzas, y allí, caminos de fierro y fábricas, y pozos artesianos, y estaciones de baños en el Jordán, y bancos y grandes almacenes y casinos, y cómodos y espaciosos hoteles, en fin, la actividad del talento y el poder del dinero y las maravillas de la industria. Nada, imposible. El gran Rabino y el viejo barón James se hubiesen reído y juzgado como loco al que tal les hubiese propuesto, y aún lo habrían acusado de *escroquerie* en París ante un comisario de policía. Los judíos dispersos, perseguidos, odiados desde hace más de mil años continúan lo mismo. Los libros de monsieur Drumont son un extracto del odio aglomerado en estos últimos tiempos contra ellos. Yo no soy partidario de los judíos. Una vez, hace cinco años, ví de lejos un Rostchild de Londres, quizá al viejo barón, al través de una puerta abierta ó de una reja de su escritorio. En mi país conocí y traté á un sobrino suyo, Nathaniel Davidson, el mejor y más amable sujeto que he conocido en el mundo. Esto es todo. Que en los siglos de barbarie en que las cuestiones de religión eran fuego y sangre, y en política no se conociera más que las desfiguradas tradiciones de las repúblicas griegas, se pueden admitir (y nunca aprobar) los destierros, violencias é injusticias contra una raza, pase; pero en estos tiempos constitucionales, esas cruzadas y persecuciones parecen fuera de lugar y aún de sentido común. Los judíos y los jesuitas son temibles cuando los gobiernos son débiles y las sociedades están vacilantes y revueltas. En los Estados

Unidos pueden ir cuantos jesuitas y judíos quieran y lo que harán los yanquis es sacar de ellos todas las ventajas y partido posibles.

Y viene todo esto á que, al informarme de las cosas de Barcelona, se me dijo que hay muy pocos judíos, ó tal vez no hay ninguno. La industria, la actividad y el dinero catalán basta, y es mejor así, pero en otro tiempo hubo judíos, y muchos, y precisamente por la bajada de Santa Eulalia, por la Plaza de la Constitución y por la Diputación Provincial, por esos rumbos estaba la Judería con muchas tiendas y almacenes, con tejidos de lino y oro y púrpura que se usaban en esos tiempos y con oro-plata y piedras preciosas, en fin, era un pedacito de Barcelona viejo, muy poblado, rico, industrioso y sosegado; pues no hay memoria ni dato que dé testimonio de que esas gentes hiciesen daños, ni males de ninguna clase, sino que antes bien contribuían con su comercio y su dinero al movimiento mercantil é industrial de la ciudad.

Desde 1388 el Arcediano de Écija, don Fernando Martínez, emprendió una guerra á muerte contra los hebreos.

«Queridos oyentes míos, decía en el púlpito: es necesario exterminar esa raza impía que burló, martirizó, y por fin sacrificó á Jesucristo. Sus vidas y las de sus mujeres é hijos pagarán este atentado y toda su sangre no bastará para aplacar la cólera de Dios. No tengáis temor de jueces ni ministros; arrancad con la vida los tesoros que ha reunido esa canalla maldita como fruto de la usura y de la rapiña. Lícito es robarlos y matarlos, y en vez de iniquidad, no hacéis más que una obra meritoria que será premiada en el cielo.»

Al sordo se lo dijeron; cogerse lo ajeno sin temor de

ser encerrado en la cárcel, y por añadidura ir al cielo, eran cosas para tentar la codicia de los más quietos y santos varones. «Estas predicaciones enardecieron el ánimo del populacho de Sevilla de tal manera que en 1379 sacrificó más de cuatro mil hebreos.»

El rey don Juan I de Castilla no dió gran importancia á estos sermones, pero el arzobispo de Sevilla sí trató de reprimir severamente á este peligroso fanático, pero en vano, pues continuó su sangrienta propaganda, hasta que por ella y por la codicia natural en el hombre y santificada esta vez por la religión, se formó un bien combinado plan, y casi á un mismo día fueron acometidas las juderías de Toledo, Valencia, Córdoba y Burgos.

No está bien averiguado si el Arcediano vino á Barcelona á predicar, pero lo probable es que envió emisarios castellanos para que se pusiesen de acuerdo con los catalanes, y al amanecer, el 5 de Agosto de 1391, los vecinos pacíficos miraron con espanto las calles de la ciudad repletas de una multitud de la más baja ralea que gritaba frenética: *¡Muyra tothom! ¡Visque lo rey é lo poble!* (¡Mueran todos! ¡Viva el rey y el pueblo!), y así corriendo, vociferando y con desnudos puñales en la mano se dirigieron á la Judería, forzaron las puertas de las tiendas, robaron cuantos efectos pudieron cargar; á los que se oponían los dejaban muertos á puñaladas en medio de sus hijos y mujeres, heladas de dolor y de espanto.

En la noche la ciudad en las tinieblas, quedó entregada á las desenfrenadas turbas, y los gritos roncos de la sangrienta orgía se mezclaban con el llanto de los niños y el clamor de las víctimas que en vano imploraban la piedad de los asesinos.

Los concelleres, que eran Juan Serra, Berenguer Vives, Bernardo Saltrilla, Arnaldo Beltrán y Antonio Bussot, no dieron, como quien dice, muestras de vida, y sin duda acobardados, no se apresuraron á contener el tumulto, y no fué sino hasta el día 7 cuando mandaron formar las *cincuentenas* en la Plaza del Angel, Castillo Nuevo y otras calles; pero esa fuerza, ó escasa, ó de acuerdo con la plebe, de nada sirvió. Por la calle del Mar, hoy de la Platería, desembocó una multitud de pueblo reforzado con los marineros de todas naciones que desertaron de los barcos anclados en la Bahía, se dirigió á la corte y al tribunal del Veguer, dieron la libertad á lòs castellanos y á los demás presos, y envalentonados con esta primera victoria atacaron el Castillo Nuevo, donde se habían refugiado las familias que escaparon al desastre del día 5. Encontrando resistencia, lo comenzaron á batir desde las azoteas vecinas, y disparando continuos tiros de ballesta. Para abreviar pegaron fuego á las puertas, mientras otros vecinos, entre ellos un mesonero, Pedro de Cantaner, despacharon comisionados para que al toque de somatén se reuniesen los vecinos de los pueblos cercanos.

«Era la hora de la oración vespertina, dice Pí y Arimón, á quien hemos seguido en este relato, cuando entró en Barcelona una muchedumbre de labradores de la comarca. Entonces tuvo lugar una de las extrañas peripecias que tan á menudo se observan en las asonadas, consecuencia natural de las particulares miras, pasiones ó intereses que arrastran á sus actores. Penetraron los campesinos hasta el centro del alboroto, pero hé aquí que en tanto que los sediciosos los reciben con fiero regocijo, como á un refuerzo que les facilitará el

pronto logró de su intento, los recién venidos, aunque celosos aborrecedores de los hijos de Israel, prefieren antes atender á su propia utilidad y dirigir los tiros de su venganza al Baile General, cobrador y administrador de las regalías patrimoniales. Invaden las oficinas de ese funcionario, destrozan cuanto hallan á la mano, apodéranse de sus libros, registros y escrituras, y haciendo de ellos un gran montón en la Plaza de San Jaime los entregan á las llamas.

»¡Noche horrorosa! Barcelona librada á los furores de un populacho imbécil y sanguinario, las autoridades mudas é inactivas ante la conmoción general, la seguridad de los ciudadanos sin garantía, una hoguera ardiendo en medio de una plaza en que se reducen á cenizas los títulos y papeles de multitud de familias, y cuyo fulgor, reflejando en las paredes del contorno, dibuja vacilantes sombras de genios maléficos nadando en un mar de fuego y tiñe de un rojo de sangre el rostro de los malvados, que van á abrevarse en la que rabian por derramar.»

En efecto, á la madrugada, juntos, paisanos, marineros, castellanos y plebe catalana asaltaron definitivamente el Castillo Nuevo, lo tomaron, lo saquearon completamente y mataron á puñaladas más de trescientos judíos. Quedaron algunos conversos, pero no se sabe si en esto influyó la acción caritativa de algunos eclesiásticos que los bautizaban, porque para salvarse de la muerte pedían á gritos el bautismo. Cuando ya no tenían los amotinados, ni qué robar ni á quién matar, se disolvieron y se fueron retirando á sus casas y pueblos con el botín, que no era poco, teniendo en cuenta la riqueza y variedad del comercio establecido en esas calles desde

años antes. Así acabó definitivamente la Judería de Barcelona, y esto le explicará á usted, me dijo el instruído amigo á quien consulté (después de indicarme la página de la crónica), por qué no hay judíos en Barcelona, ni el viejo barón á quien usted mienta tanto pensó en mandar á ninguno de sus parientes á que estableciesen un banco ó una industria cualquiera, dejando el campo libre á los catalanes para que no tengan de qué quejarse, como M. Drumond que quisiera envíar á los Rostchild ante un comisario de policía de París.

Sin embargo, creo que á Barcelona y á México no le vendrían mal algunos judíos, pero no de esos judíos nacionales y falsificados como habrá muchos en las dos nobles ciudades, sino ricos, muy ricos, genuinos y verdaderos con su sinagoga y su gran Rabino, como los descendientes del viejo barón James, que habita todavía (en memoria), el rico palacio de la calle de Laffite.

Pero acabemos con el sangriento episodio de la Judería de Barcelona.

El rey don Juan, que no dió ninguna importancia á los sermones socialistas del Arcediano de Écija, luego que supo lo ocurrido se decidió á hacer un castigo ejemplar y se puso en camino para Barcelona sin hacer ningún aprecio de la petición que en nombre del Consejo de Ciento le presentaron los comisionados Ramón Savall y Berenguer Vives, implorando su clemencia en favor de los culpables, que á poco más ó menos se sabía quiénes eran.

El rey fué inflexible. En el acto que llegó dispuso que continuasen las diligencias que ya se habían comenzado á practicar, y el 14 de Diciembre fueron ahorcados dos en la puerta de la Judería y los otros en los diversos lugares que habían sido asaltados. Al salir el rey de Barcelona, el 21, confirmó la sentencia de muerte de otros once, que fueron igualmente ahorcados en la Plaza del *Blat* y en varias calles de la ciudad. Dos fueron descuartizados en la Plaza de San Jaime y en la Corte del Veguer, y sus cabezas y cuartos sangrientos se distribuyeron y clavaron en lo alto de los edificios.

No terminó con esto el castigo, y la causa contra los asesinos y alborotadores siguió su curso, y el 26 de Enero de 1392 fueron condenados á muerte ocho más, pero á ruegos de la reina indultó el rey á cinco de los menos culpables, entre ellos al célebre escultor y arquitecto Juan del Mas, que precisamente estaba construyendo el monasterio de Montserrate. De los tres restantes uno fué ahorcado en la calle de la Boquería, seguramente debajo de la esfinge plateada que sostiene hoy en su boca el farol del almacén de abanicos y paraguas, otro en la Plaza Nueva, y el último en el *Porxo del Carbó,* donde se le degolló, dejando su tronco á la espectación pública y su cabeza clavada en la entena de un barco surto en la bahía.

Terrible como fué este castigo de nada sirvió á los desgraciados judíos; los que sobrevivieron quedaron cristianos á fuerza y tan pobres y acobardados que no volvieron á la Judería. De las casas que la componían unas fueron vendidas, otras regaladas á los nobles y señores, y las restantes quedaron afectas al real patrimonio; de modo que la obra de ruina y de exterminio

que comenzó la plebe brutal la concluyó ordenada y metódicamente la autoridad real, y Barcelona, dice Pí y Arimón, sufrió, como tantas otras ciudades de España, una visible decadencia en la agricultura, en las artes, en las ciencias y sobre todo en el tráfico y comercio que los hijos de Israel hacían con actividad, con inteligencia y con provecho de las poblaciones. De entonces acá la posición ha mejorado, pero los movimientos antisemíticos son como los temblores de tierra en un suelo volcánico, se repiten de tiempo en tiempo hasta que al fin determinan una espantosa erupción.

Escribía estas últimas líneas el 20 de Abril (1889), cuando recibo el correo, abro *El Fígaro* y leo lo que sigue:

«Viena 23 de Abril, á las 10 y 30.

»Desde las 7 de la tarde se baten á pedradas en el barrio de Hernolds. La multitud de amotinados ha robado varios almacenes pertenecientes á los israelistas, entre otras la fábrica de cartuchos de Wandel y C.ª Los cartuchos han sido arrojados á la calle. Varios oficiales y soldados han sido heridos y derribados á pedradas del caballo. Un regimiento de dragones con sable en mano llega á Hernolds precisamente en el momento en que escribo estas lineas.»

Antes de lo que yo creía el fenómeno seismológico aparece en la capital de Austria. ¡Quién sabe, ni dónde, ni cuándo reventará el volcán! Hace quinientos años que predicaba el Arcediano de Écija. ¡Qué odios tan eternos y tan terribles los de los hombres!

VII

Los Reyes Católicos y Cristóbal Colón

Cuando hemos comenzado la historia de Barcelona desde el Diluvio, ¡estupenda idea! no estará mal que sigamos la serie de reyes y gobernantes, que no ocupará muchas líneas.

De la unión de Petronila y Berenguer IV nació Alfonso II de Aragón, gobernando la reina Petronila durante su minoría; siguieron Pedro II (de Aragón); Sancho, conde de Provenza; Jaime I, el Conquistador; Pedro III; Alfonso III; Jaime II; Alfonso IV; Pedro IV; Juan I (el que ahorcó á los asesinos de los judíos); Martín I, el conde de Urgel; Fernando I; Alfonso V; Juan II, el príncipe de Viana; Juana Henríquez; Enrique IV, rey de Castilla; Pedro, condestable de Portugal; Renato, duque de Anjou; Juan II, por segunda vez; y por fin Fernando II el Católico, que casó con Isabel de Castilla, que reunió las dos coronas y con la conquista de Granada y Navarra se acabaron de reunir las provincias que componen la monarquía española. Todo esto pasó desde 1150 hasta 1516, y las guerras, trastornos, invasiones, conquistas y acontecimientos diversos que pasaron desde doña Petronila hasta doña Isabel no se pueden enunciar, ni aun en extracto, pues aún así trescientas páginas serían pocas; basta decir que desde que se juntaron los catalanes y aragoneses, se dieron mucho á temer, y dieron mucho que decir por sus expediciones y conquistas, especialmente en el reinado de don Jaime I.

Tenemos, pues, que reducirnos á los más notables acontecimientos que pasaron dentro de los muros de Barcelona.

Cuando hace años escribí un librillo de historia, estaba muy distante de pensar que un día me encontraría en Barcelona en la Plaza de Santa Águeda, en la arruinada capilla gótica, en el gran salón, en el viejo palacio de los reyes de Aragón. Ese salón Real transformado en iglesia, esa capilla enterrada entre las casas, en otros tiempos han estado llenas de luz, de gallardetes y banderas, de cortinas y de adornos suntuosos, y rebosando con lo más escogido de la nobleza de Castilla, de Aragón y de Cataluña.

Por fines del año de 1492, don Fernando y doña Isabel, después de haber pacificado Granada y sometido á los árabes que no pudieron seguir al desventurado Boabdil, determinaron hacer una visita á Barcelona, é hicieron, efectivamente, su entrada en medio del regocijo público, siendo recibidos por los concelleres y la nobleza y conducidos al antiguo palacio de los condes, donde fijaron su corte y residencia. A las pocas semanas de haber llegado, según era la costumbre, Fernando dedicó un viernes para recibir públicamente á los habitantes que tuviesen quejas ó demandasen justicia ó alivio á sus necesidades, y cada cual era atendido en lo posible, según la naturaleza de su pretensión, procurando que el pueblo quedase contento. Terminada esta buena ocupación salía de los salones del palacio, acompañado de muchos caballeros y oficiales de justicia, y discurría tranquilamente con ellos sobre los asuntos del Princi-

pado, cuando repentinamente un hombre escondido detrás de una puerta (que acaso es la del segundo salón donde están hoy los archivos), salió furioso con una larga espada desnuda y tiró al rey tan terrible cuchillada al cuello, que á no ser porque se amortiguó el golpe en la espalda de uno que estaba cerca, hubiera caído al suelo la coronada cabeza. Tan inesperada sorpresa fué de aquellas que de pronto dejan inmóviles á las gentes, pero pasado ese primer momento, el mismo rey, que pensó que era una conjuración organizada contra él, esperaba verse atacado de nuevo ó hecho prisionero, pero en lugar de esto observó en el rostro de los circunstantes el asombro y la indignación. Unos se echaron sobre el asesino y le dieron dos estocadas, y Ferreol, que era *Trinchante* de la corte, se acercó inmediatamente al rey y lo cubrió con su cuerpo para defenderlo.

Hecho pedazos habría quedado allí mismo el asesino, pero el rey lo defendió y ordenó que lo llevasen preso sin hacerle más daño, y regresó á los salones para que le curasen la herida en la cerviz, que algunos cronistas aseguran que era profunda; pero no sería, sin embargo, tan grave, pues que para tranquilizar al pueblo que se agolpaba al palacio, luego que se difundió la noticia, salió en la tarde á caballo y recorrió las calles. El regicida era un simple campesino de un pueblo cercano y no tenía ni relaciones con enemigos, ni conspiradores, ni se averiguaron los motivos personales que lo impulsaran á cometer un atentado que le costaría la vida, como sucedió, pues fué ajusticiado seis días después. Este hecho notable ha pasado casi desapercibido, quizá porque siguió á él un acontecimiento de otra naturaleza que absorbió completamente la atención y la curiosidad

de los barceloneses. Este fué la llegada de Cristóbal Colón.

De las tres carabelas con que hizo el viaje y descubrió las Islas Antillas, la *Pinta* había desertado, y la *Santa María* zozobrado por descuido del piloto. Si la única que le quedaba perecía por algún accidente, sus descubrimientos quedaban perdidos y él y los demás que le habían acompañado, condenados á morir á manos de los indígenas, ó á vivir ignorados y separados del viejo mundo el resto de sus días. En ese trance supremo obró Colón con la energía que formaba el fondo de su carácter, dejó organizada la colonia, que llamó de Navidad, y en la *Niña* partió del puerto de Samaná con dirección á España el 16 de Enero de 1493.

Es menester haber pasado en una noche negra y tempestuosa y con mar gruesa por esa multitud de islotes y esos arrecifes que como esfinges sacan la cabeza fuera del agua y sólo se reconocen por el estrépito y la espuma que hacen al reventar las olas contra ellos, para reconocer y admirar la fuerte naturaleza, la ferviente fe y la energía inquebrantable de ese marino que no había tenido igual ni tendrá otro que le supere. Si con riesgos y fatiga y con la poderosa fuerza del vapor apenas dominan los grandes navíos de hoy los malos tiempos de esos procelosos mares, ¿qué sería entonces de esas débiles naves, arrebatadas por la tempestad, y cuyas tripulaciones creían que al fin de su viaje encontrarían un profundo é insondable abismo? No puede imaginarse un cuadro de terror más grande; pero más grandes fueron la fe y la constancia del marino. Uno de los momentos de más satisfacción para mi vida ha sido, después de haber atravesado varias veces los mares por donde navegó Colón

y de haber admirado las costas risueñas y las altas y boscosas montañas de las islas que descubrió, encontrarme en el palacio, en la capilla gótica, en la plaza misma, donde vino á poner á los pies de los Reyes el oro, las aves, las gentes, las plantas, las prodigiosas y extrañas curiosidades que trajo de un nuevo mundo. Los barceloneses creían todavía que era un cuento, una visión de la noche que se desvanece con el día, y fué necesario que vieran todas esas maravillas y que las palparan para que llegasen á persuadirse de la realidad.

A los dos meses de haber salido Colón de la *Española,* combatido por furiosas tormentas, repetidas cada vez con más fuerza, medio destrozada su pequeña nave, llegó milagrosamente á Lisboa y de allí al puerto de Palos el 15 de Marzo de 1493.

¿Sabiendo Colón que la corte estaba en Cataluña se dirigió á la capital, ó los Reyes supieron que Colón había desembarcado en Saltes y lo llamaron? ¡Quién sabe! El caso es que hizo su entrada triunfal en Barcelona y los habitantes pudieron ver de cerca, antes que otros, los primores y las curiosidades del Nuevo Mundo.

El 3 de Abril las calles de Barcelona presentaban un cuadro bien distinto que el día en que comenzaron las matanzas de los Judíos. Ninguno quedó en su casa, y mujeres, niños, ancianos que apenas podían sostenerse, se precipitaban en tropel en las calles para conocer al fabuloso navegante y á los animales y habitantes de ese nuevo mundo en el que comenzaban ya á creer y que todavía no se acaba de conocer.

Colón, precedido de los concelleres, de los señores aragoneses, de los grandes de la corte y de numeroso pueblo, fué conducido en procesión hasta un suntuoso

pabellón donde lo esperaban los Reyes, que habían querido que la solemnidad fuese en un lugar público. Llegado que hubo se postró á sus pies, pero ellos lo levantaron, hicieron que se sentase en un sillón, que expresamente se le había preparado, y allí hizo Colón la fabulosa relación de su viaje y descubrimientos, que todos escucharon con asombro y enternecimiento. Es interesante lo que refiere con este motivo la crónica de Pí y Arimón.

«Colón les puso de manifiesto el oro y lo demás que traía consigo, á cuya vista quedaron maravillados ellos y los asistentes, porque todo, excepto el oro, era nuevo como la tierra de que procedía. Loaron los papagayos por la lozanía y brillantez de su plumaje, unos muy verdes, otros muy colorados, otros muy amarillos, con treinta pintas de diverso color y pocos de ellos parecidos á los que de otras partes se traían; gustaron de las *butias* ó conejos, por su pequeñez, su color gris y orejas y cola de ratón; cataron el *axi (Chile)* que creyeron que les quemaba la lengua; las batatas, los gallipavos *(guajolotes)*, y extrañaron que en aquellas regiones no se conociera el trigo; pero lo que más llamó la atención fueron seis indios que llevaban zarcillos de oro en las narices y en las orejas, y no eran blancos, ni negros, ni *loros sino como atiriciados ó membrillos cochos.*»

Fué después de esta solemne entrevista y en la misma ciudad de Barcelona donde se expidió, en 28 de Mayo de 1493, la Real Cédula que creó noble á Colón y le nombró Almirante de las Indias, para sí y sus descendientes, se concedió el *don* á sus hermanos Bartolomé y Diego, nombrándose al primero *Adelantado*. El escudo de armas es el mismo que el de Castilla, acuartelado

con otros atributos que significasen su admirable descubrimiento, formando el todo un hermoso conjunto con su timbre y divisa orlado con este mote:

Por Castilla y por León
Nuevo mundo halló Colón.

El rey se prendó tanto de su Almirante que no salía á la calle sin llevarlo á su lado, y los nobles de la ciudad no se cansaban de obsequiarlo, y el primero que lo convidó á comer fué don Pedro González de Mendoza. *Le sentó en el lugar prominente de la mesa, mandóle servir la vianda cubierta y que le hiciesen salvas.*

Los seis indios que trajo de las islas fueron bautizados, siendo sus padrinos don Fernando y doña Isabel. Al cacique de Guanacarí se le puso por nombre don Fernando de Aragón y se quedó con él el príncipe don Juan, y murió al cabo de dos años. A otro se le llamó don Juan de Castilla y á los demás el nombre que escogieron sus padrinos. Suspirando por los campos y florestas de su tierra y atacados seguramente de nostalgia, prefirieron regresar con el Almirante cuando hizo su segundo viaje.

Disminuyó mucho la ilusión de estos clásicos recuerdos cuando visité los Archivos de la Corona y recorrí los salones del antiguo palacio. El inteligente é instruído archivero don Manuel de Bofarull y Sartorio me aseguró que ninguna noticia ni documento hay que haga referencia á la visita de Colón á Barcelona, y es cosa de llamar la atención, pues que se encuentran registrados sin interrupción los acontecimientos históricos desde *Wifredo el Velloso* (año 873), hasta la desocupación de Cataluña por las tropas de Napoleón I en 1814. Entre los libros

que también existen en ese archivo se encuentra un diario, que he visto, de los sucesos aún los más insignificantes, y ni una palabra de lo que se acaba de referir respecto á Colón. La narración que en un ligero extracto acabo de hacer y que se lee con más extensión y adornada de muchos otros pormenores en los modernos historiadores, está originalmente tomada de Fernández de Oviedo, López de Gomara y Antonio de Herrera. El primero asegura que hallándose de paje en el cerco de Granada vino á Barcelona, vió cuando fué herido el rey y conoció al almirante don *Cristoual Colom,* pero téngase presente que Oviedo era cronista de Carlos V, y que es muy posible que por halagar al Soberano y honrar la memoria de los Reyes Católicos y del mismo Colón, haya añadido algo de su imaginación y no hubiese habido tal visita, y así lo observa don Próspero Bofarull en su obra titulada *Los condes de Barcelona vindicados:*

«Hallándose los Reyes Católicos celebrando cortes en Santa Ana, en Barcelona, *donde se dice* haber sido recibido aquel Argonauta, que ningún rastro ha dejado en los archivos de esta ciudad, que hemos registrado, con admiración de cuantos se han ocupado de acontecimiento tan interesante.»

Gomara y Herrera escribieron por las noticias y narraciones, y no como testigos de los sucesos, y los demás historiadores no han hecho más que copiar y ampliar tal vez las narraciones, y ésta, en verdad, se presta mucho para el prestigio é interés maravilloso que en sí mismo tenía el descubrimiento de tierras é islas enteramente ignoradas.

Hay dos puntos más que requieren una disquisición histórica. ¿Quién dió á Colón el dinero para los gastos

de su primer viaje? La versión más popular es que la reina Isabel empeñó sus alhajas á un judío llamado Santángelo, y que con lo que prestó se habilitaron las tres carabelas, ayudando en ello con algunos fondos más los hermanos Pinzón del puerto de Palos.

En otros historiadores este hecho importante se encuentra modificado. Santángelo facilitó, en efecto, diez y siete mil florines, pero no recibió las alhajas de la reina, y esta suma no era suya, sino que pertenecía á las rentas eclesiásticas de Aragón, que como tesorero administraba.

En la *Historia de Cataluña* del señor Balaguer que tantas veces he citado, se encuentran modificaciones muy notables. No consta históricamente que la reina Isabel ofreciese sus joyas. Luis de San Angel no era judío sino un cristiano barcelonés, pues de otra suerte no hubiera podido ejercer el cargo de escribano del rey ó de la ciudad. El dinero era de fondos públicos y en ese caso si á la gran reina Isabel se debe el descubrimiento de la América, Cataluña, ó más bien, Barcelona, tienen la gloria de haber contribuído eficazmente á lo que entonces se creía una loca y fantástica empresa. El señor Balaguer se apoya en un escritor catalán llamado Vila y cita el siguiente párrafo:

«En Barcelona se provehí á Cristofol Colon (qui fou lo que descobri las Indias), de diset mil ducats ques prengueren prestats de Lluis de St. Angel, escribá de racions del rey católich, com consta per escrituras auténticas recónditas en lo racional de Barcelona ab las cuals provehí Cristofol Colon la armada que feu per lo príncep del descubriment de esta empresa.»

La otra duda es relativa al segundo viaje de Colón.

Hé aquí el resumen de lo que dicen la mayor parte de los escritores que se han ocupado de esto:

«El 25 de Septiembre de 1493 se hallaba en Cádiz una escuadra compuesta de tres buques grandes y catorce ó quince menores. Sobre mil y quinientos hombres se embarcaron entre marineros, colonos y artesanos y el entusiasmo era tal que muchos entraron á bordo y se ocultaron en las bodegas de los barcos. Colón, como Almirante de las Indias, mandaba toda esta escuadra y tan pronto como el viento fué favorable, salió del puerto en medio de las aclamaciones y del júbilo de los habitantes.»

Probablemente este resumen de la segunda expedición está tomado de Washington Irving.

Hé aquí también lo que textualmente dice el señor Balaguer:

«Altamente satisfechos los Reyes Católicos con el feliz resultado de la empresa de Colón, acordaron con éste llevar á cabo una segunda expedición, la cual á *principios* de Septiembre de 1493, salió del puerto de Barcelona. Se embarcaron con el Almirante en este segundo viaje muchos catalanes, entre ellos el padre fray Bernardo Boil, monje del monasterio de Montserrate, que fué nombrado arzobispo y primer patriarca del Nuevo Mundo, doce sacerdotes del mismo monasterio y Pedro Margarit, capitán de los catalanes aventureros, que fué el primer gobernador de los países recientemente descubiertos. Poco antes de salir de Barcelona el intrépido Argonauta cuyo nombre debía hacerse para siempre célebre en el Nuevo y Viejo Mundo, habían partido de esta ciudad los Reyes Católicos con dirección á Perpiñán.»

Llama, pues, la atención que en las dos narraciones se encuentren pormenores y hasta el nombre de algunas de las personas que acompañaron á Colón.

¿De dónde salió, pues, Colón para su segundo viaje? De Cádiz ó de Barcelona. Puede muy bien haber sucedido que saliese de Barcelona, hiciese escala en Cádiz, y de allí se diese á la vela para el Nuevo Mundo la expedición, reunidos los barcos y gente que la componían.

Dudas históricas son estas que no dejan de tener su importancia y que merecen ser definitivamente aclaradas por los eruditos literatos don José María Asencio y don Cayetano Vidal de Valenciano en la nueva publicación que va á hacer la casa de los señores Espasa y C.ª, titulada *Vida de Cristóbal Colón.*

VIII

Carlos V

Diversos son los juicios que los historiadores han formado de este emperador, que quién sabe por qué no mereció el dictado de Grande, habiéndosele dado á Federico de Prusia y á Pedro de Rusia. Al menos por las batallas que ganó y por los dominios que poseía, no ha habido monarca que en la Edad Moderna se le pueda comparar. Contra el terrible Barbarroja, contra el poderoso y atrevido rey de Francia, contra el Papa, contra medio mundo luchó, y sus viajes rápidos é inesperados y los peligros que corrió en mar y tierra, y su modo de vivir y aún sus gustos domésticos, tienen tanto de la fábula como de la historia; pero cualquiera que lea la de ese tiempo y se fije en las contrariedades, en los

disgustos y en el abandono mismo en que se encontró Carlos V algunas veces en medio de su gloria, no encontrará violento que el gran caudillo, habiendo perdido el vigor y las fuerzas físicas de su buena edad, y más que todo, harto de desengaños é ingratitudes, repartiera, en vida, sus extensos dominios, y buscase el retiro en un lugar escondido de España, que ha fotografiado más bien que descrito admirablemente, el muy distinguido y simpático escritor don Pedro de Alarcón.

La magnánima reina Isabel murió el año de 1504, y siguió gobernando don Fernando hasta su fallecimiento, quedando de regente el cardenal Jiménez de Cisneros, y de 1517 en adelante la reina doña Juana y Carlos I de España. La vida accidentada de este monarca y sus campañas y urgencias pecuniarias fueron causa que viniese diversas veces á Barcelona. Se recuerda su primera visita el 19 de Marzo de 1519, que vino á presidir el capítulo de la orden del Toisón de oro, que se verificó en la Catedral con una solemnidad y lujo de que no se tenía ejemplo en la ciudad.

Entre los pretendientes á la corona de Alemania se contaban en primera línea Francisco I de Francia y Carlos I de España. Vencedor este último en esa gran lotería de todo un poderoso imperio, comenzó una rivalidad que nunca terminó y fué origen de muchas guerras en la Italia, campo, al parecer, elegido para esta lucha gigantesca.

Como es sabido, la jornada de Pavia fué fatal. Diez mil franceses muertos ó heridos en el campo y el rey prisionero. Un catalán, Juan de Aldara, fué el que personalmente lo hizo prisionero y por ello mereció privilegios de Carlos V y Felipe II.

En 5 de Marzo de 1525 se recibió en Barcelona la noticia de la catástrofe de Pavía, y los catalanes se portaron dignamente como unos caballeros; don Pedro de Cardona, que era el gobernador, publicó un bando imponiendo penas severas al que hiciese daño ó insultase á los franceses que residían en Barcelona.

El 15 fondearon en el puerto 25 galeras en las que venía el virrey de Nápoles, conduciendo prisionero al galante y valiente monarca francés. En vez de cárcel, cadenas y centinelas y guardias no hubo más que cumplimientos, consideraciones y festejos. Se hizo expresamente un puente de madera para que pudiese desembarcar con facilidad, se le alojó en un edificio que se decoró lujosamente, y en la noche que siguió á su llegada se organizó una brillante cabalgata con antorchas encendidas y seguida de multitud de gente pacífica y curiosa, dió vuelta por la ciudad hasta terminar en el alojamiento del rey, visitándolo los concelleres y las más nobles y principales damas, figurando á la cabeza la esposa del gobernador. Al día siguiente fué á oir misa á la Catedral, acompañado de un lucido séquito, y el 25 se embarcó para Tarragona y Valencia y de allí siguió á Madrid, donde quizá no estuvo tan contento como en la antigua Favencia.

En Julio de 1509 fondeó en la bahia la escuadra genovesa, mandada por el almirante Andrés Doria que venía para conducir al César á Italia y le traía una galera lujosa y primorosamente decorada y esculpida. Juntas las trece galeras genovesas con las catalanas se formó una escuadra de treinta y tres galeras que se dió

á la vela para Génova llevando á bordo al Emperador en la lujosa y dorada embarcación.

En 1535, Aladín Barbarroja, como se le llama en las novelas, que como atrevido pirata había asaltado y saqueado algunas poblaciones del litoral sin que, no obstante, se le diese la importancia que tenía, era ya el almirante y el favorito del Sultán y mandaba una escuadra de cerca de trescientas naves con quince ó veinte mil hombres feroces y decididos. Se apoderó de los reinos de Argel y de Túnez, donde estableció su cuartel y dominó completamente en el Mediterráneo, de modo que no había barco de comercio que no fuese atacado, ni población marítima que estuviese segura, ni escuadra que pudiese destruir á la suya. La Europa no sólo se alarmó sino que se creyó perdida por la invasión de Solimán por tierra y por las escuadras de Barbarroja en la extensa costa del Mediterráneo. Carlos V, incansable y ocupado en batir á los florentinos y en contener los rápidos progresos de la Reforma de Lutero, no había podido fijar su atención en las repetidas invasiones de los moros en las costas de Cataluña y en las de Valencia, pero ya el creciente poder de Barbarroja lo obligó á volver á Barcelona y como el monarca de más nombre é influjo fué él elegido para organizar y ponerse á la cabeza de una expedición tan formidable que pudiese destruir de una vez un poder temible para la cristiandad. Los potentados del medio día de la Europa estuvieron de conformidad y entraron en la liga, menos Francisco I, que no podía olvidar ni la jornada de Pavía, ni el cautiverio de Madrid.

Carlos V calculó muy bien que uno ó más combates en la mar, áunque fuesen favorables, no le darían el resultado, y pensó en una atrevida expedición á la costa de África. Conquistado Túnez y Argel, Barbarroja quedaba destruído y Solimán no tendría otro marino tan atrevido á quien confiar sus bajeles y sus genízaros.

Con la prodigiosa actividad que en materias de guerra desplegaba en las ocasiones supremas, reunió los recursos de dinero, tropas y naves de que podía disponer en España y esperó el concurso de los soberanos.

Las primeras galeras que llegaron á Barcelona fueron las de Portugal á las órdenes de Antonio Saldaña, que traía á bordo al infante don Luis, acompañado de la noble juventud portuguesa vestida con tanto esplendor y lujo como si viniese ya preparada para entrar en un salón de baile. A pocos días descubrió en el horizonte el vijía del castillo de Montjuich algunas velas, y á medida que se acercaban crecía la admiración de los que observaban, pues veían entre las olas unos jardines flotantes, engalanados de banderolas y gallardetes de oro, de plata y de variados colores. Era la flota genovesa mandada por el almirante Andrés Doria, que había adornado sus galeras con ramajes y con flores y en la capitana, primorosamente esculpida y dorada, se desplegaban al viento veinticuatro banderas de tela de oro con las armas imperiales y era destinada para Carlos V. No tardó en aparecer el intrépido don Alvaro de Bazán con la armada española y la bahía se vió llena de las más vistosas naves que han fondeado en sus tranquilas aguas.

Los que han asistido á la Exposición Universal desde el principio al fin, han debido notar la extraordinaria y

numerosa concurrencia de nacionales y extranjeros que llenaban á todas horas la Rambla, las plazas y calles principales, pues nada era, comparada con la que vino con el motivo de que vamos hablando. La nobleza castellana, portuguesa, genovesa y catalana, los caballeros y nobles del mediodía de Europa, con su séquito de pajes, criados, escuderos con sus caballos y sus armaduras de guerra, sus vistosos trajes de corte, parece que se dieron cita, y casi no hubo pueblo de Cataluña y Valencia que dejase de enviar, para saludar y ayudar al monarca, á las autoridades y ricos vecinos, y si á esto se añaden multitud de religiosos, clérigos, mercaderes y artesanos, y los marinos y soldados de embarque, se tendrá idea del animadísimo cuadro que presentaba Barcelona y de la magnificencia de esta imponente demostración guerrera.

Las gentes no cabían en las calles, y se agolpaban y atropellaban en las playas para presenciar el paso ó embarque ó desembarque de los capitanes y almirantes, y en la bahía, surcada día y noche constantemente de lanchas y botes que transportaban pasajeros, municiones, víveres, máquinas y pertrechos de guerra, apenas se distinguía el agua; tanto así era el número de las galeras de guerra, buques mercantes y toda especie de embarcaciones que había en el puerto en esos agitados días en que nadie pudo ni descansar, ni comer, ni dormir.

Resuelta la conquista de Túnez, reunidas las flotas y hechos los preparativos para el embarque, Carlos V hizo una peregrinación á Montserrate, confesó y comulgó, y regresó rápidamente á Barcelona. Era el mes de Mayo de 1535 y cayó el día de Corpus antes de que se diese á

la mar la expedición. Jamás había habido en ninguna ciudad del mundo cristiano una procesión tan solemne. Salió de la Catedral el Divinísimo, bajo de un palio de esas ricas telas de oro y seda cuyos restos hemos admirado en la Exposición. Tenían las cuatro varas del palio el infante don Luis de Portugal, el duque de Alba, el duque de Calabria y el mismo Emperador, y desfilaban en orden cuantos capitanes, caballeros, nobles y clérigos había en la ciudad, ataviados con todas sus insignias y galas, según su categoría y profesión, y cerraban la comitiva que recorrió las calles, las numerosas tropas que se iban á embarcar.

El 30 de Mayo, al salir la luz, los habitantes de Barcelona despertaron con el sonido de las trompetas y el estruendo de la artillería, que anunciaba la partida del Emperador. A las ocho de la mañana se dirigió á Santa María del Mar, oyó devotamente una misa, y de allí, acompañado de su inmediato séquito, pasó á bordo de la *Bastarda,* que era la lujosísima galera que le había destinado el Almirante genovés.

Fué tal el entusiamo por la guerra, que á pesar de las severas disposiciones, no sólo se embarcaron las tropas reales sino multitud de aventureros de todas las naciones y hasta cuatro mil mujeres.

En todo el día del 30 de Mayo cuatrocientas velas zarparon del puerto con dirección á la costa de Africa; los que no formaron parte de la expedición regresaron á sus casas, y en los principios de Junio la antigua *Favencia*, como si repentinamente se hubiera despoblado, quedó más quieta y triste que el día en que el actual alcalde don Francisco de Rius y Taulet declaró definitivamente cerrada la Exposición Universal.

Las escuadras que en Mayo de 1888 vinieron á Barcelona, presentaron un aspecto no sólo imponente sino aterrador. El de las flotas del siglo xv era, por el contrario, fantástico y alegre. Las galeras, no tan difíciles de gobernar como se cree y que resistían mal que bien á esas conmociones eléctricas tan temibles en el mar, tenían en su popa una serie de habitaciones cómodas, y según la moda, adornadas con una profusión de tapices, de paños y de cortinajes de sedas, de lana y de oro, y los restos que se conservan, aunque degradados por el tiempo, son hoy objetos de gran valor y sirven de modelo á la industria moderna. Las grimpolas, los gallardetes, las insignias reales y las banderas de colores tendidas al viento y hasta el atavío y armas de los soldados y marinos que hacían el servicio formaban un conjunto pintoresco que están lejos de tener los modernos acorazados.

Preciso es confesar que la escuadra del duque de Edimburgo habría sido bastante para echar á pique en pocas horas la flota de Barbarroja y la de Carlos V, y en materia de máquinas, de armas y de navíos de guerra no cabe comparación con lo moderno, pero estamos recordando otros tiempos que no alcanzaron las maravillas y prodigios que han hecho las ciencias en nuestros días y que miramos con una especie de indiferencia.

Nuestro propósito ha sido poner delante del viajero que por casualidad lea nuestro libro, los acontecimientos más memorables de Barcelona, para que tenga alguna curiosidad é interés al visitar la Catedral ó Santa María del Mar y transitar por las angostas calles de la ciudad vieja, y quizás recogiendo un poco su imaginación verá unas veces á Hércules desembarcando al pie de la montaña de Montjuich; á Scipión entrando por las calles con

sus legiones; al bello Almanzor otorgando la capitulación; á Carlos V con la cabeza descubierta y su pesada maza de fierro dorada, ó sosteniendo la vara de plata del palio sagrado, y al almirante Doria desembarcando de su dorada galera. Cuando se saben las aventuras é historia de las ciudades se les quiere y se interesa uno por ellas, así como se respeta y admira á los hombres cuando se conocen sus hazañas y sus altos y heroicos hechos.

Nada de esto impide que digamos lo que sucedió á esta formidable expedición y á los heroicos personajes que iban á bordo.

El Mediterráneo, que por más que lo quiero creer bueno cuando en mis paseos lo contemplo tan azul y tan manso en las mañanas apacibles de la primavera, tiene sus frecuentes y extraños caprichos. Quizá aliado en esta vez con Barbarroja y sus piratas, que se decían los *amigos de la mar,* no llevó á bien que el caudillo de la cristiandad llenase sus aguas con tan numerosas naves y apenas salidas del puerto tuvo un momento de enojo, encrespó sus ondas, azotó los costados de las galeras para darles muestra de lo que podía hacer en momentos peores y empujó la expedición á Mallorca; pero el César, que no se dejó intimidar, esperó que el mar entrara un poco en calma y entonces enderezaron las proas á la Cerdeña y allí se les reunieron las galeras del Papa, las de Nápoles y Sicilia, y ya organizada una formidable armada de quinientas velas con veinte mil infantes y dos mil caballos, fué á dar á la patria de Catón y al lugar de donde siglos antes habían salido bandas numerosas para invadir, para colonizar y para conquistar á España. Otra raza y otras cosas distintas, y de lo viejo apenas unas cuantas ruinas y en la imaginación de algún

poeta, Dido sentada en una roca solitaria y sus lágrimas silenciosas cayendo en las aguas salobres de la mar.

La campaña de Túnez es una de esas admirables epopeyas que apenas ha sido trazada en la historia, porque hasta ahora ha faltado un poeta que cante tales hazañas y proezas, que harían palidecer las de los increibles troyanos.

Antonio Saldana el Portugués, Doria el Genovés y don Alvaro de Bazán el Castellano atacaron valientemente los fuertes, desembarcaron sus entusiasmadas tropas, el Emperador mismo con su armadura de Milán, que vemos todavía detrás de las vidrieras de un museo, su fuerte lanza y su maza combatió como un paladín fabuloso contra los capitanes y soldados de ese feroz pirata con la barba color de fuego, señor mucho tiempo del azul Mediterráneo y espanto siempre de la cristiandad. Una de esas tempestades que turban la atmósfera, que arrancan de raíz los árboles y que destruyen los pueblos y los ganados, vino un día á interrumpir los sangrientos combates; las tinieblas oscurecieron el mar y la tierra y los dos ejércitos revueltos, quizá en el calor del combate, no podían ni distinguirse. Un momento Carlos V creyó que el fenómeno metereológico había aniquilado sus ejércitos y sus flotas, pero no fué así; el primer rayo del sol, después de tan horrorosa tormenta, volvió el brío á los cristianos.

Túnez, después de una reñida batalla, fué tomada el 21 de Julio de 1535, Barbarroja huyó y Muley Hacen fué repuesto en su trono por Carlos V, bien que en medio de un lago de sangre y de diez mil cadáveres insepultos.

Terminadas unas importantes capitulaciones entre el

rey Muley Hacen y el Emperador, las flotas cristianas abandonaron las costas de Africa; pero el Mediterráneo, partidario sin duda de los turcos, les hizo ver otra vez más que él era también un poder más formidable que el de los señores de la tierra y no les permitió el regreso á los puertos de Europa, sin haberlas sacudido entre sus encrespadas ondas. El Emperador desembarcó en Sicilia y las galeras catalanas regresaron fatigadas al puerto de Barcelona. Las historias, al menos las que yo he registrado, no dicen nada de las cuatro mil intrépidas y guapas catalanas que se embarcaron. Probablemente unas quedaron muertas en los sangrientos campos; otras se establecieron en la Goleta, ó regresaron á sus estrechas casitas de la ciudad vieja, á contar en la quietud del hogar sus propias aventuras y las hazañas de esta guerra, que por no ser entre príncipes cristianos no tuvo tanta boga y tanto renombre como la jornada de Pavía. Carlos V, sin embargo, subió en esa época al más alto pedestal de su gloria.

IX

Don Juan de Austria

Destinado para canónigo, abad ó cardenal, habría llegado quizá á ser Papa, pero heredó del Emperador la afición á las armas, y apenas cumplía diez y nueve años cuando, casi prófugo, se dirigió á Barcelona con el propósito de embarcarse y pasar á Malta á pelear contra los turcos. Felipe II, que lo había ya reconocido como hermano y que estaba en posesión de la colosal herencia que le dejó su padre antes de retirarse al monasterio, lo

mandó traer y lo persuadió de pronto á que continuase sus estudios, pero reconocidas sus singulares disposiciones para altas empresas, lo nombró *capitán general de mar* y le dió el mando de una flota destinada á perseguir á los corsarios que recorrían las costas y las islas para apoderarse de los galeones cargados de oro y plata que venían de las Indias. La sublevación de los moriscos en las Alpujarras ofreció á don Juan ocasión de dar á conocer, no sólo su intrepidez, de que nadie dudaba ya, sino su acierto y clara inteligencia para los negocios y la política. Felipe, que al principio vaciló en confiarle un importante mando, atendida su poca edad, concluyó por encargarle la pacificación de Granada, la que logró no sólo por los lances de guerra sino porque sus actos fueron guiados por la justicia y la prudencia y sus caballerosas y amables maneras le ganaron las simpatías no sólo de los castellanos sino de toda la montañosa región que ocupaban los moriscos.

Por este tiempo no era un pirata el que amenazaba á la cristiandad, sino el Gran Turco. Selim II resolvió apoderarse de la isla de Chipre y la Serenísima República de Venecia también resolvió defenderla á toda costa, pero sus fuerzas y sus recursos antes inagotables no bastaban entonces. Procuró formar una liga con los príncipes cristianos, pero no logró, después de difíciles negociaciones, que entraran en ella más que el papa Pío V, Felipe II y la República de Génova. Don Juan de Austria fué nombrado generalísimo de la liga; se hallaba en Madrid reposando de la campaña de las Alpujarras, pero deseoso de emprender otra nueva, especialmente contra los turcos; así es que inmediatamente se puso en camino é hizo su entrada solemne en Barcelona el 16 de Julio.

La isla de Chipre había caído en poder del Gran Turco, que disponía de una flota de trescientas cincuenta embarcaciones y de cincuenta mil hombres. El aspecto de esta guerra era cada vez más dudoso y sombrío, y hoy reflexionando lo que pasaba en Europa dividida, mal organizada, con rencores, guerras y dificultades de todo género, se viene en conocimiento de que la suerte de las naciones cristianas no dependía en esos momentos más que del talento, del valor y de la actividad de un joven que no cumplía veinticuatro años y en el que confiaban ciegamente el Pontífice, la República de Venecia, los Señores de Génova y el mismo Felipe II.

Reunió en Barcelona con un acierto y una prodigiosa actividad las fuerzas españolas de mar y tierra y con cuarenta y siete galeras á las órdenes de don Alvaro de Bazán se dió á la vela para Génova y Nápoles, y finalmente á Mesina. Allí llegaron las flotas aliadas y el 16 de Septiembre de 1571 salió de ese puerto mandando una formidable armada que se componía de doscientas ocho galeras, seis galeazas y cincuenta y siete fragatas con gruesa artillería. Las galeras de Génova las mandaba Juan Andrés Doria, sobrino del príncipe Doria, el fiel amigo de Carlos V. Las del Papa Marco Antonio Colona; las de Venecia el proveedor Barbarigo, y las de Castilla y Cataluña don Alvaro de Bazán. El teniente general y segundo de don Juan de Austria era el ilustre catalán don Luis Requeséns, que después se hizo más célebre por su *carácter templado y benigno,* como sucesor del duque de Alba en el gobierno de los Países Bajos.

No tardó mucho la escuadra cristiana en encontrar á la de los turcos, quizá más numerosa. El 7 de Octubre, al decir de un historiador, y acaso no hay exageración,

el Golfo de Lepanto se enrojeció con la sangre de veinte mil turcos y ocho mil cristianos.

El Almirante turco Alí Bajá murió peleando en su galera, y don Juan de Austria, luchando personalmente con su espada y acudiendo donde quiera que había sangre, fuego y muerte, ganó el más terrible y más sangriento combate naval de que hay memoria.

Cataluña tuvo una muy activa parte en esta memorable guerra, que de pronto conjuró el peligro y destruyó la armada del Sultán.

Se cree que durante la residencia de don Juan de Austria en Barcelona fué personalmente á San Feliu de Guixols, donde tomó á su servicio muchos marinos, soldados y oficiales, pero sea de esto lo que fuere, la verdad es que de San Feliu ó de Barcelona, los catalanes figuraron en primera línea. Don Luis de Requeséns abordó y venció á la galera en que se hallaban los dos hijos de Alí Bajá. Don Pedro Zagarriga rindió la galera del Bajá del Ponto, matándole cuerpo á cuerpo. Don Juan de Cardona atacó y echó al agua á Portew-Bajá, Camisó mató ó acabó de matar al generalísimo Alí, le cortó la cabeza y se la llevó á don Juan, y Miguel de Moncada, el primero, entró espada en mano en la galera turca capitana y entre él, Camisó, López de Figueroa y Bernardino de Cárdenas, seguidos de sus soldados y marinos, la rindieron, lo que debió influir mucho en la victoria decisiva. El general de artillería Gabriel Cervelló, también catalán, hizo entonces y después, como se verá, prodigios de valor.

No es lícito hablar del combate naval de Lepanto sin recordar, aunque sea sabido de todo el mundo, que allí estuvo don Quijote, que apenas tenía, como don Juan de

Austria, veinticuatro años. Presa de la fiebre y tirado en el camaranchón de una de las galeras de Andrés Doria, llamada *La Marquesa,* en el momento que escuchó la artillería y los alaridos de los turcos, se levantó del lecho y vacilando y sin poder tenerse en pie subió á la cubierta, á pesar de las instancias y aun de las positivas órdenes que le dieron sus jefes para que se retirase, peleó valientemente hasta que, herido en el pecho y en la mano izquierda, cayó sin fuerzas, pero no vencido, porque *La Marquesa* triunfó y echó á pique la galera turca con quien trabó la acción. El que esto hizo tenía ya en su cabeza el germen de esa eterna y popular figura del Hidalgo que mandó abrir la jaula á los leones. Las cimitarras y las balas sarracenas no pudieron destruir esa gloria en ciernes que comenzaba en medio de una espantosa matanza para desarrollarse en la soledad y en la tristeza de una solitaria alcoba.

Después del triunfo los aliados se repartieron el botín y determinaron retirarse á invernar, separándose las escuadras sin intentar ninguna hostilidad contra los turcos. Don Juan de Austria, con parte de las ciento treinta naves turcas que cayeron prisioneras y cinco ó seis mil cautivos cristianos rescatados, regresó á Mesina no sin ser azotado de nuevo por el Mediterráneo, que parecía entonces más bien mar turco que no mar cristiano como es ahora.

Aquí deberíamos terminar, teniendo el plan de referir sólo lo que se ha relacionado con el puerto de Barcelona, pero nada nos cuesta decir en pocas líneas el fin de este precoz y esclarecido héroe.

A pesar de sus esfuerzos y de la voluntad de Felipe II, la liga no pudo *ligarse* de nuevo; la Serenísima Repú-

blica hizo una vergonzosa paz con el Sultán, el que volvió á reponer su marina y su ejército de tierra, y España quedó sola haciendo frente al poder otomano.

Don Juan, después de asegurar las costas de Sicilia y de Nápoles dejando á Doria con cuarenta galeras, enderezó para la Goleta, tomó allí algunos tercios de buena infantería española y cayó sobre Túnez y Busenta, cuyas plazas tomó sin mucho esfuerzo, las dejó guarnecidas y regresó á Nápoles, donde *la gentileza de la tierra y de las damas agradaba á su edad.*

Por el fallecimiento de don Luis Requeséns fué nombrado gobernador de los Países Bajos. Con este motivo volvió á Barcelona, de paso para el Escorial, donde fué á recibir las instrucciones de Felipe II, y en seguida, disfrazado, marchó á Irún y París y llegó al Luxemburgo, única plaza que había quedado en la obediencia de España. La actividad que había desplegado en todas ocasiones, su carácter afable y su conducta humana y conciliadora, que formaba un contraste con la que observó el duque de Alba, hicieron que de pronto se pacificasen las Provincias; pero la cuestión de la independencia completa estaba muy adelantada y la división profunda entre protestantes y católicos no permitían el resultado de volver ese país á la sujeción de Felipe.

En sus sueños de gloria y de ambición buscaba una corona, de que en verdad era digno, y proyectó un casamiento con la reina Isabel de Inglaterra, ó una invasión ayudado del partido católico y de la reina María Stuard, con la que tuvo también deseos de casarse, prendado sin duda de la belleza de esta desgraciada reina. Pero ni éste ni ningún otro proyecto análogo, ni aún el de la soberanía de Túnez, tuvieron acogida en la política de

Felipe. Celoso del gran genio y altas prendas y popularidad de su hermano, siempre lo mantuvo á cierta distancia, nunca permitió que se le diese el tratamiento de Alteza, ni menos que tuviese, como le correspondía, el rango de Infante de Castilla. Lleno de contrariedades y de amarguras, perseguido y molestado por sus naturales enemigos, sin recursos pecuniarios y desdeñado de Felipe, su salud fué á menos día á día hasta que, enfermo gravemente, se retiró á un viejo y desmantelado castillo cerca de Namur, donde murió el 1.° de Octubre de 1578.

No debemos olvidar al impávido ingeniero Cervelló. Fué uno de los comandantes que dejó don Juan de Austria en la costa de África. Acometido de nuevo Túnez por los turcos y sin que por diversas causas pudiese la armada española impedirlo, recibió la orden de abandonar la plaza, pero no obedeció y resolvió defenderla hasta morir. A poco, numerosas fuerzas turcas al mando de Sinan Bajá, que ya habían tomado la Goleta y degollado á la guarnición, cayeron alentadas con este triunfo sobre Túnez; Cervelló ó Cerbillone, como le llama don Modesto Lafuente, con los pocos que le quedaban hizo una resistencia obstinada. Los enemigos pusieron minas y el bastión voló, Cervelló se retiró á otro y otro, y los dos fueron destruídos de la misma manera. Treinta hombres que sobrevivieron, entre ellos Cervelló, fueron hechos cautivos por los musulmanes, que en lugar de admirar tan heroico valor se enfurecieron al cerciorarse de que ese puñado de hombres les hubiese opuesto tanta resistencia. A Cervelló lo insultaron, le dieron de bofetadas y lo hicieron marchar á pie detrás de su caballo, pero al último le perdonaron la vida y lo enviaron cautivo á Constantinopla, donde pasó años en las mazmorras. Tan

luego como fué rescatado se dirigió á Milán y levantó un regimiento y acudió precisamente en auxilio de don Juan cuando estaba empeñado y á punto de ser vencido por el príncipe de Orange. Desde entonces no se separó ya del que consideraba no sólo como su jefe sino como su mejor amigo. ¡Qué coincidencia tan singular! Estaba ocupado Cervelló en construir una fortaleza y reparar el castillejo cuando cayó enfermó del mismo mal que don Juan, y es de suponerse que murió, pues que la historia no vuelve ya á decir nada de este indomable militar. Su retrato no está seguramente en el palacio del Consejo de Ciento entre los ilustres catalanes, pero un día ú otro, aunque sea por la tradición, debe un artista pintar una figura ó labrar una estatua y un literato catalán hacer su biografía, pues como dice muy bien el señor Balaguer, si hubiese vivido en tiempo de los romanos se le hubiesen erigido lápidas y levantado estatuas.

X

Carlos II el Hechizado (1)

Don Ramiro, casto hasta la punta de los cabellos, tan luego como lo casaron (es decir, en el período legal señalado por la naturaleza), dió á luz su hermosa mujer

(1) Por causas muy poderosas y complicadas estalló una revolución en Cataluña que dió por resultado el que la provincia entera se entregase á Francia durante el reinado de Luis XIII, que fué aclamado conde de Barcelona. Permaneció así hasta Octubre de 1652, en que después de catorce meses de sitio entró en Barcelona á la cabeza de un ejército castellano don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. La guerra que con este motivo hubo entre España y Francia terminó con el tratado llamado de la *Paz de los Pirineos* y con el casamiento de Luis XIV con María Teresa de Austria, hija de Felipe IV. Interrumpida de nuevo la paz en 1695 con motivo de la reclamación que hizo Luis XIV de la

una heredera al trono de Aragón. A Carlos II lo casaron dos veces y pasaron y con mucho los períodos legales y la corona de España y de las Indias y de otra multitud de partes del mundo, tuvo dos reinas que no dejaron heredero que ocupara ese trono, que el gran rey Luis XIV quería á cada momento reducir á pequeñas fracciones y y repartirlo entre sus parientes y amigos.

De estos dos reyes fanáticos dominados por los frailes el primero fué la causa y origen de la preponderancia y grandeza de Cataluña, y el segundo le dejó una herencia de desgracias y de sangre que la hundió en el abismo más profundo, y en estos graves accidentes históricos todo ha dependido de la acción más ó menos enérgica de la naturaleza. Una simple cuestión de fisiología es el fondo de toda la complicada historia de la unión del condado de Barcelona á la corona de Aragón y de la guerra que arrancó la corona de la cabeza de los emperadores austriacos para colocarla en la de los príncipes de la casa de Borbón.

Hay personajes que por más que momentáneamente estén colocados en el más alto pedestal los persigue la desgracia y la calumnia durante su vida y aún siglos después de su muerte. Ya hemos visto en las pocas líneas del capítulo anterior que la vida de un valiente y

herencia de su esposa, los ejércitos franceses entraron en Cataluña y Barcelona fué ocupada por el duque de Vendome, después de setenta y tres días de sitio y de haber recibido más de cien mil tiros de artillería y veinte mil bombas que arruinaron más de una tercera parte de los edificios. Permaneció de nuevo Barcelona sujeta á Francia, hasta que en 1797 fué devuelta á España en unión de otras provincias por el tratado de Ryswich. Estos acontecimientos son tan difíciles de extractar en pocas líneas, que hemos preferido, por falta de espacio y de tiempo, indicarlos solamente en esta nota para que no se interrumpa el orden cronológico y pasar á la guerra de Sucesión originada con motivo del testamento de Carlos II.

gallardo príncipe que levantó muy alto el renombre de España y que salvó la Europa de la cimitarra de los turcos, no fué, con cortas interrupciones, más que una continuada serie de disgustos, de pesares y de contradicciones que lo condujeron á una prematura muerte, y gracias á sus fabulosas hazañas y á sus elevadas prendas morales, que jamás desmintió, logró salvarse de las calumnias de la posteridad.

El rey Monje tuvo la fortuna de caer en las buenas manos de Cánovas del Castillo y no lo ha pasado tan mal; pero en cuanto á Carlos II y á su segunda esposa Ana de Newbourg, durante su vida no tuvieron más que graves é invencibles dificultades políticas y amarguísimos pesares domésticos que llegaron al grado de tormentos del infierno, que renovaban sin compasión ni tregua, frailes y magnates supersticiosos y malévolos. Dos siglos después los poetas y dramaturgos, tan crueles como los frailes de entonces, se han apoderado de los restos del rey y de la reina para hacerlos pedazos ante el público sin concederles ni una sola buena cualidad, sin mencionar un solo rasgo que los haga simpáticos. Un raquítico miserable, privado de lo que esencialmente, constituye el carácter masculino: la reina cantando duos amorosos con Blas Ruíz ó con Ruy Blas, mientras el marido se revuelve en su lecho envuelto en un saco de azufre y el público aplaudiendo y saliendo muy convencido de que esa es la historia.

Puede pasar que tratándose de remotísimos siglos se admitan las entretenidas fábulas y las agradables mentiras, pero en la Edad Moderna la conciencia literaria exige que se presenten las figuras con tanta verdad como sea posible, haciendo una juiciosa disquisición de los

mismos acontecimientos de la época. Ese pobre rey Carlos II, que bajo el aspecto de gobernante no merece ningún elogio, tenía, sin embargo, un excelente corazón; y Riva Palacio, si no ha revelado, ha recordado al menos recientemente, la real orden escrita de su mano que acabó con el anticristiano trato que equivalente á la esclavitud se daba á los indígenas en los dominios del Nuevo Mundo.

La reina Ana de Newbourg no era la mujer ligera y adúltera que se nos presenta en las óperas y comedias, sino una dama cumplida y una valiente princesa que rechazó las proposiciones que se le hicieron para que diese palabra, en vida de su marido, de casarse con el que se pretendía fuese el sucesor en la corona de España.

De esto proceden, sin duda, las calumnias de un Embajador en el siglo XVII y el ultraje á su memoria en la época actual, con lo que mucho se divierten los que van á las óperas y á las comedias.

No están por demás estos antecedentes.

XI

Guerra de sucesión

Carlos II, sin haber logrado tener sucesión, como se ha dicho, se vió obligado á hacer testamento para nombrar un heredero, y decaída y pobre como estaba por el momento la corte de Madrid, el trono español era todavía poderoso y codiciado. El primer testamento lo hizo en favor de José Fernando Leopoldo, príncipe de Baviera; pero murió éste y le hicieron hacer un segundo

testamento nombrando heredero del trono á Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV.

En 1.° de Noviembre de 1700 murió Carlos II, y antes de que el cadáver fuese conducido al Escorial se leyó solemnemente el testamento. La reina Ana y los partidarios de la casa de Austria dijeron unos que era nulo, porque el rey había sido violentado hasta la última hora por frailes fanáticos, y otros que era enteramente falso el documento y que el rey se había resistido á firmarlo. Nada de esto valió. Se dió por bueno y válido, el Gran Rey de Francia tuvo la bondad de aceptar este pequeño recuerdo que le hizo Carlos antes de morir, y Felipe V fué proclamado y reconocido como rey de las Españas y de sus dominios, y no queriendo perder tiempo, tres meses después entraba en Madrid y fué de pronto reconocido por la Inglaterra, la Holanda, la Saboya, Génova y Venecia.

Todo se hacía con rapidez para consolidar el poder de la casa de Borbón. Se concertó el matrimonio de Felipe con la princesa María Luisa Gabriela, hija de Víctor Amadeo II de Saboya; en el mes de Septiembre, Felipe V hizo su entrada solemne en Barcelona, adonde venía á recibir á su esposa; «dos criaturas,» como decía una campesina. El rey tenia diez y siete años, la reina catorce.

Los barceloneses, y especialmente los concelleres, no quedaron muy contentos, porque el rey no los mandó *cubrir* como era el derecho y la costumbre. Se reparó después esta falta, pero su visita no dejó impresión muy favorable en Cataluña. Nada, sin embargo, hubo de grave ni de particular hasta ese momento. El rey se embarcó para Italia y la reina marchó á Madrid, quedando como regente asistida por un consejo.

No tardó mucho en reflexionar la siempre precavida y reflexiva Inglaterra que el poder de Luis XIV, reuniendo las dos coronas, pues que la Francia en realidad gobernaba la España, era un amago á la seguridad del resto de la Europa; procuró formar una liga con la Holanda, y unidas estas dos naciones con el Austria, que protestó, alegando que el testamento era falso ó debía en último caso anularse, declararon la guerra al Gran Rey y á su augusto nieto, en 13 de Mayo de 1702.

En Julio una escuadra inglesa con ocho mil hombres mandados por el príncipe de Darmstatt fondeaba en Lisboa. Portugal se declaró contra España; la flota enemiga comenzó las hostilidades y la primera víctima, como de costumbre, fué Barcelona, que sufrió un terrible ataque que infundió la consternación en los habitantes que aún no reparaban las ruinas que ocasionó el duque de Vendome. Sólo en la Plaza Real, hoy tan sosegada y tan tranquila, cayeron trescientas bombas.

Por este tiempo, siendo virrey de México don Juan Ortega Montañés, salió de Veracruz con dirección á España la flota mandada por don Luis de Velasco y compuesta de más de veinte naves mercantes cargadas de tabaco, de azúcar, de añil, de vainilla y de oro y plata en moneda, en tejos y vajillas que pasaba de diez y ocho millones de pesos. En las Islas se le reunió para custodiarla la escuadra francesa del Almirante Chateau Renaud, y así caminaron de conserva con buen viento, sin ningún accidente y sobre todo sin saber que la Francia y la España estaban en guerra con la Inglaterra. Cuando creían que en pocas horas más terminarían su viaje con toda felicidad se encontraron con la escuadra inglesa, que no teniendo por el momento objeto en Bar-

celona, había salido en busca de los barcos que venían de América. La primera noticia fué la de los cañonazos y balas inglesas; franceses y españoles, no obstante de la sorpresa, se defendieron con desesperación pero tuvieron que sucumbir. Los ingleses apresaron trece naves y echaron á pique las demás. Dos mil españoles y franceses perecieron, y los que quedaron con vida fueron hechos prisioneros y desembarcados en Inglaterra: de los tesoros de la flota, la mayor parte están en el fondo de la mar, cerca de las costas de Vigo, y el resto fué presa del vencedor. Con motivo de este suceso histórico han ocurrido dos cosas curiosas. En 1872 se formó en París una compañía para sacar esos tesoros, se reunió dinero y parece que comenzaron los trabajos, que no tuvieron éxito porque la dificultad no consiste tanto en extraerlos de las aguas, sino en saber el punto preciso dónde fué el combate naval, y eso no ha sido posible precisar. Con mucho fundamento se ha dicho también que entabladas diversas reclamaciones por los herederos de los comerciantes y particulares que embarcaron sus caudales en Veracruz, pues no todos los que venían en la flota eran del gobierno de España, los tribunales ingleses sentenciaron hace pocos años en su favor y han sido reintegrados del capital con el rédito del 2 por 100.

El bombardeo de Barcelona y la destrucción de la flota de México exaltaron naturalmente los ánimos, y Luis XIV no era tampoco de los reyes que se acobardaban por un revés en la guerra. Una escuadra de cincuenta y cuatro navíos, al mando del conde de Tolosa, entró en el Mediterráneo; el mariscal de Berwick marchó á Madrid con diez y seis batallones de infantería; se trató de organizar las tropas españolas, de fortificar las fron-

teras, y Felipe V, más que de prisa, regresó de Italia, desembarcó en Barcelona, donde estuvo pocos días, y siguió á la capital del reino á afrontar decididamente esta temible conflagración; pero los reveses se sucedieron unos á otros y á cual más funestos. Los ingleses se apoderaron de Gibraltar en nombre de la reina Ana; la escuadra francesa fué derrotada por la inglesa en la costa de Málaga; el duque de Malborough (tan conocido desde entonces por *Mambrú)*, derrotó en Blenheim á los franceses y bávaros que perdieron cuarenta mil hombres; la flota francesa fué de nuevo batida por la inglesa en las aguas de Gibraltar, y las tropas españolas que atacaban por tierra levantaron el sitio. En una carta que el mariscal de Tessé escribió al príncipe de Condé le decía: «Los ingleses nos enseñan que son los señores del mar, pues se pasean por él como vuestros cisnes de Chantilly por el riachuelo.» Los portugueses, invadiendo la frontera, alcanzaban donde quiera la victoria, y para colmo de desgracias el duque de Saboya, á pesar de ser el padre político de Felipe V, se declaró por la casa de Austria y entró en la liga.

Desde 1704 se fraguaban en Barcelona planes de conspiración, más bien contra el dominio tiránico que ejercía Luis XIV que no contra Felipe. Las medidas de rigor del virrey Velasco, la prisión y el destierro de las personas más principales é influyentes de Barcelona exaltaron los ánimos y Cataluña se declaró en favor de la casa de Austria.

El almirante inglés Peterborough, que con su escuadra estaba en las aguas de Barcelona y había desembarcado en la costa tropas y artillería, finge una retirada, y de acuerdo con el príncipe de Darmstad, asaltan el cas-

tillo de Montjuich, se apoderan de él, y pocos días después de toda la ciudad de Barcelona, no obstante la heroica defensa que en los fuertes, en los cuarteles y en las casas mismas hizo el virrey Velasco, que estuvo á punto de ser asesinado y arrastrado por el pueblo, que aprovechó la oportunidad para levantarse en masa y vengarse de la tiranía que habia ejercido. El príncipe de Darmstad, herido en el combate del castillo, falleció antes de que la ciudad se rindiese. El archiduque de Austria, que venía á bordo de la escuadra inglesa, desembarcó y fué aclamado y reconocido como soberano legítimo de la España, con el nombre de Carlos III, en Barcelona, y pocos días después en las demás provincias de Cataluña.

Felipe V, al saber tan graves noticias, despertó del letargo en que lo tenían las intrigas de los cortesanos y los atractivos de la reina, y reuniendo un ejército de veinte mil hombres marchó en persona á batir á su rival. El mariscal de Tessé opinaba que debían atacarse las ciudades sublevadas de segundo orden para no dejar enemigos á retaguardia, pero Felipe quiso que Barcelona, donde se hallaba el austriaco, fuese el palenque donde se decidiese la cuestión, y en consecuencia hacia allí enderezó sus fuerzas, y cuando menos se esperaba aparecieron los tercios castellanos en los pueblos vecinos. La escuadra del duque de Tolosa dió fondo en la bahía y echó á tierra tropas, artillería, víveres y municiones. Lo primero que procuraron los sitiadores fué apoderarse del castillo de Montjuich y comenzaron por una serie de ataques, sin dejar de arrojar balas y bombas á la ciudad.

Los barceloneses, lejos de desanimarse y reconocer

que era inútil toda resistencia ante un ejército tan numeroso, se llenaron de entusiasmo y juraron morir antes que rendirse. Los Concelleres, el Veguer, los curas, los canónigos, el pueblo, todo el mundo, hasta los reverendos capuchinos, retirados del mundo, salieron de sus conventos y ataban sus largas barbas con cintas amarillas en señal de adhesión. El archiduque, á pesar de las instancias que se le hicieron para que á tiempo saliese de la población, insistió en permanecer en ella y esperar á su rival.

Los sermones que predicaban diariamente los clérigos y frailes en las iglesias, el ejemplo de las autoridades que acudían al lugar del peligro y la presencia del austriaco exaltaron al pueblo de tal manera que se levantó en masa, y con cuantas armas pudo haber á la mano sacó los estandartes de santa Eulalia y san Jorge, tocó á somatén en la catedral, matando en la escalera de la torre á un conceller que lo trató de impedir, y se lanzó furioso sobre las tropas de Felipe V que atacaban el castillo, las derrotó y las hizo huir, pero fué esto momentáneo, pues vinieron refuerzos numerosos que hicieron horrible carnicería en esa multitud valiente, pero sin disciplina ni organización, y concluyeron por rechazarla y apoderarse de Montjuich, inmediatamente dirigieron sus cañones sobre la ciudad, y desde ese momento no cesó el fuego ni de día ni de noche. «Centenares de balas, granadas y bombas caían diariamente en el recinto de la ciudad, aportillaban sus muros, reducían á escombros sus casas y por doquiera sembraban la muerte.»

Cualquiera al leer estas líneas supondrá que el desenlace no podría ser más que la rendición de la ciudad

después de sangrientos combates y de haber el enemigo abierto una brecha en sus murallas; pues sucedió lo contrario. Los barceloneses no pensaban ni en rendirse ni en capitular; estaban decididos á morir, y mujeres, eclesiásticos, nobles y pueblo concurrían á la defensa reparando los daños de la artillería, recogiendo los heridos, apagando los incendios y haciendo prodigios de valor y de desprendimiento, á la vez que los somatenes de los pueblos inquietaban á los sitiadores y los tenían en alarma. Dió esta increíble resistencia tiempo para que viniese en auxilio la escuadra anglo-holandesa. Apenas tuvo aviso el conde de Tolosa, cuando trató é hizo muy bien de ponerse en salvo, y en la madrugada del 8 de Mayo de 1706 puso en tierra los víveres del ejército, y antes de que amaneciera abandonó la bahía y no paró hasta Tolón. Era tiempo, pues al día siguiente se avistaron los ingleses y desembarcaron diez mil hombres.

No hay idea del terror que se apoderó del mariscal de Tessé y que en momentos se comunicó á sus tropas. Los sitiadores estaban ya sitiados, porque reunidos los somatenes y las fuerzas de otras ciudades de Cataluña atacaban por la retaguardia, mientras los barceloneses con el refuerzo de los aliados les presentaban batalla por el frente. No era posible una retirada en orden, sino una fuga para salvar, ya que no la honra, al menos la vida. Los sitiadores, que tres días antes contaban con toda seguridad apoderarse de Barcelona, dejaron en el campo ciento diez cañones, veintisiete morteros, cinco mil barriles de pólvora, dos mil bombas, diez mil granadas, trece mil sacos de harina, y por ese estilo vestuario, útiles de ropa y víveres en abundancia. Mil y quinientos heridos ó enfermos fueron recomendados á la

piedad de los vencedores. Felipe y el mariscal de Tessé no pararon hasta Perpiñán.

Los barcelones tuvieron días de regocijo, de gloria y orgullo que un tanto mitigaron las desgracias y sufrimientos del sitio, pero ni el austriaco ni los aliados supieron aprovechar la ocasión y en vez de marchar inmediatamente sobre Madrid, que hubiesen ocupado sin dificultad, se quedaron durmiendo sobre sus laureles.

Derrotado Felipe V fué á dar hasta Perpiñán. El mariscal de Tessé le aconsejaba que siguiese hasta París para que su abuelo le preparase otra nueva expedición para reconquistar la corona española que por aquel momento creía perdida. Escuchó con desagrado tales consejos, desapareció de Perpiñán, y cuando menos se pensaba se presentó solo en Madrid, que encontró entregado al desaliento y á la consternación desde el momento que se supo el fracaso ante los muros de Barcelona y la desordenada retirada del ejército. Este rasgo de decisión impresionó favorablemente á los castellanos que le juraron serle fieles y adictos, y tal juramento no lo quebrantaron en la larga época del turbulento reinado de este príncipe, fundador en España de la dinastía de Borbón. Los aragoneses y catalanes, y especialmente los barceloneses, protestaron de nuevo su fidelidad al austriaco y cumplieron igualmente su palabra. Después de tantos combates los dos reyes volvieron á quedar en sus mismas posiciones. Felipe V en Madrid; Carlos III en Barcelona. La guerra que de pronto se creyó terminada, realmente comenzaba desde ese momento, y en efecto,

los dos partidos, con más ardor que nunca, se dispusieron á combatir de nuevo.

Nada de esto podía ser indiferente á Luis XIV; desde que supo la funesta noticia comenzó secretamente á negociar un tratado, la paz con las potencias aliadas, ofreciéndoles las provincias italianas, México, el Perú, en fin, dominios de la corona española con tal de que terminase la guerra; pero al mismo tiempo envió á Madrid al mariscal de Berwick, y tropas francesas con las españolas reorganizadas, formaron un ejército que entró en campaña y no tardó en aproximarse á Carlos, cuyas fuerzas con catalanes, aragoneses y aliados pasaba de treinta mil hombres. En Abril de 1707 se encontraron otra vez los contendientes cerca de Almansa. La fortuna fué contraria al austriaco, su ejército, destrozado, se replegó á Barcelona. Felipe, victorioso y resentido profundamente contra los catalanes publicó un decreto en Junio de 1707 aboliendo los antiguos fueros, usos y costumbres de Aragón, y por consiguiente los del Principado. El mariscal de Berwick fué llamado á Francia, y una calma relativa se estableció por algún tiempo, dando lugar á que los dos reyes, en sus respectivas capitales, olvidasen la guerra y no pensasen en otra cosa más que en la tranquila felicidad de la vida doméstica.

La esposa de Felipe V dió un heredero á la corona de España, que fué bautizado con grande solemnidad en Madrid con el nombre de Luis, y el archiduque se casó por poder con la princesa Isabel Cristina de Brunswick, la que llegó á Barcelona el 25 de Julio de 1708 y fué recibida con alegría y obsequiada por los barceloneses con espléndidas festividades.

Los aliados entretanto no descansaban. Malbourough,

tan hábil político como intrépido militar, derrotaba en Malplaquet al mariscal de Villars, y Carlos III, reforzado con tropas inglesas y austriacas, que desembarcaron en Barcelona, se ponía de nuevo en campaña y derrotaba completamente á Felipe V, que regresó de esta desgraciada campaña casi solo, y desmoralizado á tal punto que abandonó Madrid, y seguido de más de treinta mil personas de la milicia, clero y nobleza, se dirigió á Valladolid donde estableció la corte, mientras el archiduque hizo su entrada solemne en Madrid donde, aunque en medio de la tristeza y de la indiferencia del público, fué proclamado rey de las Españas con el nombre de Carlos III.

Luis XIV, obligado á sostener esta costosa é interminable guerra, insistía en concluirla por un tratado, y llegó hasta proponer que reconocería á Carlos III como rey de España y abandonaría á su nieto para que se defendiese como le fuese posible sin que la Francia tuviese ya parte en esta contienda.

Felipe, por su parte, *Animoso,* y éste fué el título que le otorgaron los castellanos, prometió no abandonarlos, y resistir la tormenta sin el apoyo de su abuelo, determinando, de acuerdo con la reina y la nobleza, que en el caso extremo se embarcarían para México y allí irían á establecer su corte y su residencia. ¡Si esto se hubiese verificado qué suerte distinta para ese país! Probablemente sería hoy un imperio independiente como el Brasil, pero está bien con lo que le ha cabido.

El desdén de los madrileños y la resistencia y oposición de las provincias cercanas no hacían ni agradable ni segura la posición de Carlos III en la capital, así resolvió abandonarla y establecer su cuartel general en

su favorita residencia de Barcelona y organizarse para una nueva campaña, como lo hizo, formando un cuerpo de ejército expedicionario á las órdenes del mariscal Staremberg.

Felipe V, á su vez, salió de Valladolid, recobró solemnemente á Madrid, donde fué recibido con regocijo, y á poco salió en busca de su competidor. Encontráronse las fuerzas en Villaviciosa, y después de una reñida batalla, Felipe, dejando en poder de Staremberg cañones, municiones, estandartes y prisioneros, se retiró á Madrid. Era cosa de nunca acabar. Alternativamente se perdían y ganaban batallas; las negociaciones diplomáticas del gabinete de Versalles no producían todavía ningún resultado, y nadie imaginaba cómo podría concluir esta sangrienta disputa de dos príncipes que habían incendiado á toda la Europa.

La muerte del emperador de Austria fué un acontecimiento que suspendió las operaciones. Otro giro podría tomar la política. Carlos salió de Barcelona en la escuadra inglesa mandada por el almirante Norris con dirección á Italia el 27 de Septiembre de 1711, dejando á su mujer como virreina, y á poco de llegado á Milán recibió la noticia de su elección para emperador de Alemania.

La caida del ministerio inglés y la elevación de lord Brolymbrocke cambió la faz de los negocios. Se firmaron los preliminares de paz entre Francia é Inglaterra, é inmediatamente se reunió un congreso en Utrech al que asistieron los plenipotenciarios de Francia, Inglaterra, Holanda y Saboya, y la España, de cuyos intereses se disponía, no sabía ni palabra de lo que pasaba. El Austria, con la que tampoco se contó, había ya hecho su protesta y conservó su actitud guerrera. Portugal

tuvo que abandonar también la causa de Carlos y la paz se firmó en Utrech en Abril de 1713. Felipe V, que rechazó siempre las proposiciones que se le hacían para admitir los dominios de Italia en lugar de la corona de España, y se decidió á todo trance á conservarla, fué amenazado seriamente por el conde de Torey, embajador francés, no sólo de que sería abandonado sino de que Francia é Inglaterra le harían aceptar por la fuerza el tratado.

En resumen; éste fué el fin de la guerra de sucesión. El Austria quedó más bien defendiéndose que no atacando en sus Estados y en las orillas del Rhin, y la España en el peligroso y sangriento paso de la corona de Carlos V á la del nieto de Luis XIV perdió los galeones en el puerto de Vigo con sus veinte millones, Gibraltar, los Países Bajos, la Sicilia, Nápoles, Milán, la Cerdeña y Menorca.

Cataluña, y especialmente Barcelona, permaneció firme en su opinión y apego á la casa de Austria, y ya veremos cómo fué sucesivamente abandonada por todo el mundo, sin que á pesar de esto tuviese un momento de vacilación ni de cobardía.

Tan luego como fué notificado el armisticio al general inglés que mandaba las tropas en Barcelona las formó en la plaza, y con pesar y asombro de los habitantes se embarcó con ellas á bordo de la escuadra del almirante Jennings, que estaba surta en la bahía. Los portugueses, atemorizados, no tardaron en salir de Barcelona.

El mariscal de Berwick, con treinta y cuatro batallones y cuarenta y un escuadrones, apareció por el rumbo de Gerona para obligar á que levantasen el sitio las tropas austriacas, las que también, en su mayor parte,

mandó retirar el Emperador que trataba de emprender la campaña contra Francia en las orillas del Rhin. Las representaciones que hacían los habitantes de Barcelona para que no se les abandonase quedaban sin respuesta, así como las negociaciones del Austria en favor de Cataluña. En poco tiempo quedó el puerto en el aislamiento y la soledad más completa; pero lo que llenó verdaderamente de amargura á sus habitantes fué la partida de la Emperatriz que gobernaba como virreina.

El 10 de Marzo de 1713 esta augusta princesa, que había sabido ganarse el amor de toda la población, conmovida y casi con las lágrimas en los ojos, pasó á bordo de uno de los buques ingleses, y el pueblo y las autoridades consternadas vieron desaparecer su última esperanza. El mariscal Staremberg quedó en calidad de virrey, pero en Julio se embarcó también en la escuadra inglesa con los restos de las tropas austriacas y el puerto y la plaza quedaron definitivamente abandonados.

Fué éste un momento solemne, y la resolución que tomaron los barceloneses da una idea de su carácter. Reunióse el Consejo de Ciento y tuvo una sesión solemne en la que no se disimuló que Barcelona sola tenía que luchar contra el poder y el odio de Luis XIV y de Felipe V. Se acordó, sin embargo, que se proclamara de nuevo á Carlos III como rey de España, que se hiciese una representación á Nuestra Señora de la Merced, para que implorase el poderoso auxilio de Dios en favor de Barcelona, y que se eligiesen nuevas autoridades para que dispusieran lo necesario para resistir á toda costa.

Se nombró virrey á don Pedro de Torroella y Sentmanat, y general en jefe á don Antonio de Villarroel. Los

concelleres, que eran Manuel Félix, Pablo Corvera y Paláu, Rafael Esteve, Juan Pablo Lloréns y José Galí, estuvieron de entero acuerdo y con el de todos, pues realmente fué una deliberación popular, en momentos organizaron la defensa de una causa ya abandonada por la Europa.

En la mañana siguiente los concelleres, vestidos con sus gramallas negras (1) y becas color de carmesí en señal de duelo, llevando enarbolada la bandera de Santa Eulalia, y seguidos de las demás autoridades y de un inmenso pueblo, se dirigieron á la iglesia de la Merced y con la fe ciega de los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, el *conseller en cap* puso en manos de la Divina Señora la representación. En la tarde volvieron á la Iglesia las autoridades con los canónigos, religiosos, soldados y una muchedumbre todavía más numerosa y entusiasmada, sacaron á la Virgen de la Merced de su camarín y la pasearon en procesión por las principales calles de la ciudad hasta terminar en la Catedral donde quedó depositada.

No sólo tranquilos, sino fuertes y satisfechos con este acto de piedad y confiando en Dios y en la justicia de su causa, se dedicaron con una febril actividad á levantar las milicias, á reforzar las murallas, á proveerse de municiones y de víveres, en fin, á resistir hasta el último trance, confiando en que el Emperador de Austria, cuando supiese su entusiasmo y sus sacrificios, no dejaría de enviarles prontos y eficaces socorros, y con este fin siempre tenían agentes y mensajeros donde quiera que podían necesitarse.

(1) Traje talar que usaban los concelleres en las ceremonias oficiales, ordinariamente encarnado, de seda ó paño, y negro en los días de luto.

Fué el enemigo y no los auxilios de la Austria el que llegó á las puertas de la ciudad. El conde de Popoli con diez y seis batallones de infantería, caballería, cañones, morteros y un tren formidable de guerra acampó el 29 de Julio de 1713 en el Hospitalet é inmediatamente mandó un trompeta con una carta en que intimaba la rendición de la plaza en el mismo día, sin otorgar ninguna garantía. Villarroel devolvió al día siguiente al trompeta con otra carta contestando que la plaza no se rendía.

El conde mandó colocar en el sitio más conveniente una batería de veinticuatro morteros y durante cuatro días cayó sobre Barcelona una lluvia de bombas.

Nada importó esto; la tropa, que no pasaba de quince mil hombres, estaba cada vez más resuelta y los vecinos y el pueblo ayudaban á reparar los desastres de los proyectiles y á apagar los incendios que aparecían en un punto y otro.

El general en jefe barcelonés trató de entablar conferencias con el conde de Popoli para averiguar si en esta guerra se observarían las prácticas usuales entre las naciones civilizadas. A todo se negó el conde, y dijo que no consideraba á Barcelona sino como una plaza ocupada por rebeldes y traidores; que no pasaba por otra cosa, sino porque se rindieran á discreción, y que ahorcaría á todos los prisioneros que cayesen en sus manos.

Villarroel contestó que aceptaba la guerra á muerte, que no pedía ni necesitaba garantías y que él obraría en el mismo sentido que el general de Felipe V, y en prueba de ello mandó levantar frente al campamento y de manera que fuesen vistas, diez horcas muy altas.

Popoli atacó y tomó la iglesia de Santa Madrona, se estableció en los pueblos cercanos rechazando á los somatenes y migueletes que se habían levantado en la provincia y hostilizaban continuamente la retaguardia, continuó disparando sus cañones contra las murallas y tomó las disposiciones necesarias para un sitio en regla y para el consiguiente asalto.

En resumen, Popoli con todo y sus numerosas fuerzas y su imponente tren de guerra, se limitó á ataques parciales, á rechazar las continuas salidas de los sitiados y no pudo tomar á Barcelona. Las operaciones continuaron lentamente y se suspendieron á causa del fallecimiento de la esposa de Felipe V, y de las intrigas de los palaciegos y de la princesa de los Ursinos. Ocupada la corte en esos asuntos del día, olvidó por unos meses á los catalanes, que tuvieron entretanto la última decepción que les faltaba. Un tratado de paz se firmó entre el rey de Francia y el emperador de Alemania en Rastad, en Febrero de 1814. Nada se estipuló en favor de Cataluña, ni de Barcelona en particular, como si no existiese.

Llegó el momento supremo de la catástrofe más sangrienta que se registra en la historia de las ciudades. Los barceloneses, abandonados como quien dice de Dios y de los hombres, tendrán que apurar hasta las heces el cáliz de la amargura.

La Inglaterra mandó sus buques al Mediterráneo, para impedir la entrada de víveres y auxilios de todo género, que regularmente recibían los sitiados.

En fines de Marzo una escuadra de cincuenta buques

de la marina francesa, inglesa y genovesa bloqueaba el puerto.

El conde de Popoli, despertando de la inacción en que había estado, establecía de nuevo sus baterías de morteros y á fines de Julio habían ya caído en la plaza once mil setecientas bombas, causando la ruina de más de la mitad de los edificios.

Como si nada de esto bastase, Luis XIV, desembarazado ya de complicaciones y de enemigos, enviaba al terrible mariscal de Berwick con veinte mil hombres, el cual llegó el 7 de Julio y se hizo cargo del mando en jefe de todas las fuerzas, que pasarían de cincuenta mil hombres con cien piezas de artillería y treinta y tres morteros.

Han sido celebradas las defensas de Numancia, de Zaragoza, de Gerona y de otras plazas. No lo ha sido lo bastante la de Barcelona, porque quizá las pasiones políticas, siempre renaciendo como las plantas vivaces, no dejan ocasión para tributar el grande elogio que merece el impávido valor de los que sin esperanza de triunfo se sacrifican por la defensa de sus ideas y de su libertad.

El mariscal de Berwick tenía estrechas órdenes de Felipe V para no admitir capitulación. La plaza debía rendirse á discreción, ó ser arrasada por la artillería, en consecuencia, sin enviar siquiera un trompeta como Popoli, y antes bien prohibiendo que recibiesen ningunas cartas ni parlamentarios de los sitiados, estableció el 12 de Julio (1714), su cuartel general en San Martín de Provensals.

En vez de una narración exagerada ó cuando menos adornada con los adjetivos usuales en esta clase de

escritos, nos limitaremos á un simple índice de los sucesos. Es bastante para dar idea de la heroica defensa y del indomable valor que en esta vez como en otras, mostró no sólo la milicia, que no pasaba de diez y siete mil hombres, sino los barceloneses casi sin excepción.

El mariscal, en la misma noche de su llegada, mandó construir una fuerte trinchera delante de la muralla, que pusiera á cubierto su cuartel general. En la mañana siguiente salió de la plaza una columna de dos mil hombres y tomó la trinchera, pero habiendo acudido, como era natural, numerosos refuerzos tuvieron que abandonarla y entraron en la plaza. En esta refriega murieron varios jefes, entre ellos el marqués de las Navas.

A los seis dias el mariscal tenía ya en actividad nueve baterías de cañones de á 8, 12 y 24 que vomitaban continuamente fuego sobre la plaza.

El 23 los sitiadores aumentaron las baterías con sesenta cañones y treinta morteros.

El 25, por ser día del santo del mariscal de Berwich, la función estuvo solemne. A las cuatro de la mañana estaba el mismo viejo en persona disponiendo el ataque, y á las cinco en punto se rompió un fuego general y nutrido que duró más de doce horas. A la media noche quisieron intentar un asalto y fueron rechazados.

El 28 los sitiados, por medio de un bando, llamaron á las armas á todos los habitantes. Se presentaron, ancianos, jóvenes, niños, clérigos, frailes y multitud de mujeres que se ocupaban en transportar y curar á los heridos, preparar los alimentos á los defensores, hacer más de lo que podían, atendida la debilidad de su sexo, y expuestas como todos á las balas, pues no había punto de la ciudad donde no se corriese peligro.

El 30 el enemigo había abierto ya con su artillería una ancha brecha entre Santa Clara y la Puerta Nueva.

El 1.° de Agosto los sitiadores enviaron una columna á reconocer la brecha que habían abierto. Los sitiados creyeron que era el momento del asalto. Las campanas de la Catedral sonaron á rebato, los clarines de los regimientos tocaron el punto de guerra y una gran bandera negra se enarboló en el más alto baluarte.

El mariscal decidió, por fin, el asalto de la plaza. En la madrugada del 12 de Agosto dos fuertes columnas al mando del marqués de Grimaldi y del brigadier de Resves atacaron el bastión, que ya estaba demolido, y á pesar del vivo fuego de los defensores pudieron mantenerse en él toda la noche. El 13 se repitió el asalto, cuatro ó cinco veces ganaron las posiciones y otras tantas fueron rechazados de ellas. Después de multitud de sangrientos y feroces combates en que se peleaba cuerpo á cuerpo, el mariscal ordenó la retirada.

En el resto del mes de Agosto la artillería de los sitiadores no dejó de obrar y se apoderaron de varios baluartes siendo desalojados por los defensores.

En principios de Septiembre los víveres estaban á punto de agotarse y la hambre se hacía sentir en la ciudad. Cosa de doscientas personas salieron de ella, el mariscal les previno que volviesen á entrar ó las mataría á cañonazos.

El 2 de Septiembre el mariscal se decidió, á instancias de sus generales, á publicar un edicto, en el cual prevenía á los habitantes de Barcelona que, si no se rendían, hombres, mujeres y niños serían pasados á cuchillo.

El 5 el general don José Belwer y Balaguer salió de la plaza y entregó al marqués de Asfeld, que montaba la

trinchera enemiga, esta lacónica respuesta: *Los tres Brazos han resuelto no admitir capitulación ninguna.*

Del 7 al 10 las continuas lluvias impidieron á los dos enemigos el venir á las manos. Después de once meses de bloqueo y de setenta y cuatro días de riguroso sitio el día 11 fué señalado para el asalto general.

El primer baluarte que tomaron los sitiadores fué el de San Pedro. Ciento cincuenta hombres que lo defendían fueron pasados á cuchillo.

El segundo de Santa Clara estaba defendido por una compañía de puros escribanos. Todos perecieron sin escapar uno solo. Una gloria igual no la tienen los escribanos de ninguna parte del mundo. Así se apoderaron sucesivamente de otros fortines, pero los testarudos é intrépidos catalanes los desalojaban á cada momento, lo que obligó al mariscal á poner en movimiento su columna de reserva, pero sin mucho resultado. Los defensores, guiados por la bandera de Santa Eulalia que empuñaba Feliu de la Peña, arrojaron á los asaltantes cinco veces de sus posiciones y les pusieron fuera de combate nueve compañías.

Destrozada la muralla, tomados los fuertes y reductos, acribillada de bombas la ciudad, las casas en ruina, los heridos quejándose y la sangre manchando paredes y piedras, no se dieron por vencidos, hicieron fosos y palizadas en las calles, de cada casa se hizo un castillo y por las azoteas, balcones y ventanas disparaban balazos y cuando ya no tenían pólvora ni balas arrojaban los trastos y muebles á la cabeza de los asaltantes.

En medio de la espesa nube del humo de la pólvora que cubría la ciudad como un velo mortuorio apareció una bandera blanca en lo alto del palacio de la Diputa-

ción. El mariscal mandó suspender el fuego y se dispuso á recibir á los comisionados que, según creyó, vendrían á rendir la ciudad á discreción y á entregarle las llaves.

Nada de eso. A las ocho de la noche, don Francisco Ferrer, el doctor Durán y don Jacinto Oliver, comisionados por las respectivas autoridades de la ciudad, salieron vestidos con sus ropas talares y sus uniformes militares, cada uno según su rango y montados en soberbios caballos, ricamente enjaezados, llegaron con orgullo y con la cabeza levantada ante el jefe enemigo, y con la mayor energía le dijeron, que la ciudad se rendiría sólo en el caso de que se jurase que se les mantendría en sus antiguas libertades y privilegios, y en las nuevas que les había concedido Carlos III.

El asombro del viejo mariscal al escuchar tan altivas proposiciones, no pasó sino para dar lugar á la más terrible cólera. Despidió inmediatamente á los comisionados, notificándoles que si al amanecer no se rendía la ciudad todos sus habitantes sin excepción serían aniquilados por el fuego y por la espada. Escucharon sin inmutarse esta resolución y volviendo á montar en sus caballos, saludaron respetuosamente y dieron la vuelta á la ciudad, alumbrando las antorchas de los criados que los acompañaban las ruinas y los cadáveres insepultos de los defensores.

El mariscal ordenó que durante la noche se suspendiesen las hostilidades, pero ya en las altas horas se oyó una voz siniestra de guerra, y los sitiadores se arrojaron sobre los sitiados, reducidos ya á una tercera parte de la ciudad. *Las calles manaron sangre.*

Al amanecer, el duque mandó suspender el incendio

y ofreció la garantía de la vida á todos los habitantes si se rendían los castillos de Montjuich y de Cardona.

Los pocos defensores que quedaban entre las llamas, las ruinas y el hambre lograron obtener la garantía de la vida para los habitantes indefensos y que la ciudad no sería entregada al pillaje de la desenfrenada soldadesca, y así sucumbió Barcelona el 12 de Septiembre de 1714, después de la más heroica y tenaz defensa que puede registrarse en los anales de las guerras modernas.

Todo esto porque Carlos II no tuvo un hijo.

XII

Napoleón I

Tan grande como es el nombre del capitán que volteó la Europa de arriba abajo será pequeño este capítulo.

Paso por alto el horroroso fin de Cabestany á quien mató Raimundo, señor de Castel Rosellón, le sacó el corazón é hizo que se lo comiera su esposa adúltera; las expediciones de aragoneses y catalanes en las costas de África y las hazañas de Roger de Flor, la venida de Miguel Cervantes y las relaciones de su Don Quijote con el famoso bandido Roque Guinart; las hazañas de Testa de Ferro y de Pedro Santacilia que en sus correrías mató más de trescientas personas; la irrupción que hicieron los segadores el día de Corpus de 1640, incendiando las casas de la ciudad; matando á los castellanos, penetrando en los conventos, violando las monjas y doncellas y asaltando el palacio del virrey; paso por alto también sucesos, aunque poco conocidos, de grande interés dra-

mático, porque aún me falta mucho que decir de la Barcelona actual y de su Exposición Universal.

Napoleón el Grande tuvo mucho que ver con España, y España con él, y es más que probable que allá en sus adentros se arrepintiese de haber colocado en el trono de los Borbones á su hermano José, pero esto sábelo Dios, y lo que por aquí pasó, es como si dijéramos de ayer y bastante popular en España, en México y en todas partes.

El 13 de Febrero de 1808 el general francés Guillermo Filiberto Duhesme entró en Barcelona. El conde de Ezpeleta, capitán general de Cataluña, tuvo serias dificultades para admitir lisa y llanamente á las tropas francesas; pero como la corte de Madrid había ordenado por regla general que *fuesen recibidas y mejor tratadas,* cedió al fin, y sólo el castillo de Montjuich se resistió hasta que su comandante don Mariano Alvarez recibió una orden terminante, sin cuya formalidad hubiera resistido hasta perecer él y sus soldados, y bien lo probó después en Gerona. El que quiera conocer á este modesto, invicto y valiente jefe, al que Thiers apenas dedica unos cuantos renglones, no tiene más que leer uno de los episodios de Pérez Galdós, que ha levantado un monumento á su memoria, ya que los escultores y arquitectos no se han acordado de este héroe catalán. ¡Qué cosas tan raras tiene la historia! Todo el mundo sabe la heroica defensa de Gerona; poquísimos se acuerdan ó ni saben el nombre del jefe militar que la defendió.

La juventud catalana salió de Barcelona y de otros pueblos á unirse con los guerrilleros y tropas regulares que luchaban contra Napoleón; pero en el recinto de la

plaza no ocurrió nada de notable, y fué desocupada conforme á los convenios ajustados entre el duque de Wellington y el mariscal Soult el 28 de Mayo de 1814.

En los tristes años en que la guerra carlista asoló á España, Cataluña sufrió, como la mayor parte de las provincias, los daños de todo género que causa la guerra civil, y Barcelona, como destinada á ser el teatro de sangrientos acontecimientos, no dejó de tener uno, casi casual, pero no por esto menos estrepitoso y que necesariamente influyó en envenenar más los odios entre los liberales y los absolutistas.

En el año de 1835 sucedió en Barcelona lo que ahora acontece en México. La diversión de los toros ó no se había introducido ó había sido antes abandonada. Sea lo que fuere, volvió la moda y con ella el frenético entusiasmo del público. La gente se atropellaba, y no cabía en los asientos de la ancha plaza que se había construído y que existe todavía, y no obstante el desequilibrio en las fortunas y el descontento á causa de la política, el lujo y las diversiones abundaban en la ciudad. El 25 de Julio, para celebrar los días de la reina Cristina se anunció una corrida. Los bichos de una ganadería de Navarra salieron malísimos, el público comenzó por silbar y tirar abanicos y naranjas á la plaza y concluyó por gritar furioso y arrojar sillas, bancos, barandillas y cuanto encontró á mano. Los muchachos apiñados como hormigas en el redondel, tuvieron la ocurrencia de apoderarse del último buey muerto, lo ataron con una cuerda, lo sacaron arrastrando y lo pasearon por las calles seguidos de una

turba enardecida que vociferaba ya el incendio y la muerte. La tropa de caballería, tratando de poner orden, hizo una demostración de la que resultaron algunos lastimados, y el tumulto en vez de cesar creció, y á los alaridos de ¡mueran los frailes! se arrojaron sobre el convento de San José de Carmelitas descalzos, que fué el primero que ardió, y siguieron los de Santa Catalina de Dominicos, San Agustín, San Francisco, Nuestra Señora de la Buena Nueva y Nuestra Señora del Carmen. Diez y nueve ó veinte frailes perecieron quemados ó asesinados en los mismos conventos ó huyendo en las calles; otros se salvaron por la piedad de las familias que los tuvieron ocultos hasta que se sosegó la rebelión. El capitán general, don Manuel Llauder, que se hallaba ausente, regresó en el momento que tuvo la noticia, resuelto á castigar con severidad á los autores del escandaloso motín que llenó de consternación al comercio y á la gente pacífica; pero observó la exaltación del pueblo, y en vez de aparecer en el palacio se refugió en la Ciudadela y tan luego como pudo emigró á Francia.

Pero basta ya. Hemos hecho una colección de sucesos históricos que comienza desde Adán y tendrá que terminar con la actual Reina Regente. Es demasiado y pasaremos á otra cosa.

XIII

Antiguallas.—Gobierno interior de Barcelona

En los archivos municipales, entre muchas cosas antiguas y curiosas que ví, llamaron mi atención un

cuadro simbólico, donde están retratados cinco concelleres de fisonomías amables, coloradas, rebosando salud y demostrando en sus ojos cierta inteligencia y energía, y todos ellos vestidos con un traje talar carmesí. La otra antigualla consistía en un libro en pergamino, ilustrado con curiosísimas miniaturas del siglo XIV. El cuadro representa la reunión de los concelleres en un acto oficial y el libro, que le llaman *verde,* es una recopilación de los *usatjes.* En el libro y en el cuadro está reasumida la historia del gobierno local de Barcelona, sus privilegios, sus constituciones y garantías, de que han sido tan celosos, por las cuales han derramado su sangre, y que fueron abolidas completamente por Felipe V y quemados muchos documentos interesantes que las contenían el día que siguió á la noche horrible en que las tropas francesas y castellanas, al mando del mariscal de Berwick, estuvieron durante ocho horas incendiando casas y matando á los que don Modesto Lafuente llama rebeldes en su historia. ¿Cómo escapó ese libro de las llamas? No lo sé, el caso es que existe, y para decir lo que contiene era necesario, no sólo ser licenciado, sino poder descifrar sus páginas que están en idioma vulgar catalán; pero en resumen la palabra *usatjes* significa la recopilación de leyes que se sustituyeron desde el tiempo de don Ramón Berenguer I á las leyes godas que no podían, por su rigor, ser adaptables á la época. La tal recopilación procede (como una gran parte de la legislación inglesa), de la práctica de los tribunales y á esto se han ido añadiendo con el tiempo diferentes disposiciones de los condes de Barcelona y reyes de Aragón, y el conjunto constituye las reglas y las obligaciones mutuas entre el soberano y los súbditos. El señor

Vives formó una colección que comprende hasta ciento treinta y cuatro *usatjes*.

Barcelona en el orden jerárquico estaba antiguamente mandada por los condes de Barcelona ó los reyes de Aragón y después por los reyes de Castilla y sus virreyes, pero inmediatamente por el *Veguer* y el *Bayle*, que eran los oficiales reales, representantes de la corona. Los personajes más caracterizados en la ciudad eran los *conciliarios* ó *concelleres*, como les llamó el pueblo y que fueron instituídos desde el año de 1249 por el rey don Jaime I como recompensa de los servicios que le prestaron los barceloneses en la conquista de la ciudad de Valencia. Estos magistrados al principio fueron ocho y un senado de doscientos prohombres que debían de elegirse anualmente en la Pascua de Reyes, siendo una mitad de ciudadanos y los otros ciento de artistas ó *menestrales*. Este es el principio del *Consejo de Ciento*, que fué en lo sucesivo el intermedio entre el pueblo y el rey, y que ejerció tanto influjo en las cosas de Barcelona, dice mi historiador, *que sus resoluciones eran estrictamente obedecidas en toda la república*. En tiempo de Felipe II se dispuso que se insaculase cierto número de ciudadanos, caballeros, mercaderes, notarios, cirujanos y menestrales, y de ahí se sacasen los concelleres. En 1641 la elección de los concelleres era popular, y en el año de 1708 el Consejo de Ciento determinó que el conceller primero fuese un Grande, Título, Noble ó Caballero, el segundo, Ciudadano y el tercero Doctor en Medicina ó en Leyes. Como se ve los concelleres han sido ocho, cinco ó tres y de todas las autoridades locales é inmediatas, es la que gozó de muchos privilegios concedidos por los monarcas de mucho influjo con el pueblo y

tuvo una parte muy activa en los acontecimientos más difíciles y notables, ya en la paz, ya en la guerra.

El traje de los concelleres fué al principio un vestido de color verde, convirtióse después en una toga, llamada *gramalla*, negra, desde el día de san Andrés hasta Navidad, de escarlata fina con armiño, de Navidad á la Pascua de Resurrección, y de damasco carmesí desde este día hasta la fiesta de Todos los Santos. Disfrutaban el privilegio de ser tratados como si fuesen marqueses ó condes. Cuando salían á recibir al rey le saludaban sin descubrirse ni apearse del caballo y el conceller *en cap* tomaba el lado izquierdo y acompañaba al monarca hasta la entrada de la ciudad. Podían ir por todas las ciudades de España, revestidos de sus *gramallas*, precedidos de sus clarineros y maceros y seguidos de su comitiva. En caso de guerra, cuando la ciudad levantaba tropas, *el primer conceller* tenía el derecho de mandarlas y recibía el título de *coronell;* en las escuadras de Cataluña se le llamaba Almirante. El *Veguer* y el *Bayle* prestaban el juramento ante los concelleres y prometían someterse á sus deliberaciones. En nombre del pueblo, eran los concelleres, señores de las villas de Palma y Flix y de los castillos de Moncada y Rixac, y su tratamiento fué al principio de Admirables y después el de Magníficos.

En casos no sólo de ceremonia sino de conflicto, los concelleres revestían sus *gramallas*, sacaban la bandera tradicional de Santa Eulalia y dando el ejemplo acudían á los sitios de mayor peligro. En los tumultos y desórdenes de la ciudad, en las épocas en que estuvo amagada por numerosas cuadrillas de ladrones, en los sitios, escaramuzas y salidas, en todas partes, en fin, donde su

presencia podía ser útil, defender ó estimular al pueblo, allí se encontraban dando ejemplo de abnegación y de valor. «Cuatrocientos sesenta y cinco años de existencia, dice don Avelino Pí y Arimón, contó el gobierno de los concelleres y al leer los pasajes de la *Historia de Cataluña*, en que se refieren sus hechos memorables, se recoge nuestro ánimo en un digno sentimiento de respeto hacia los varones esclarecidos, cuya firme diestra dirigió durante tan largo periodo el timón de la nave del Estado.»

Veguer, Bayle, Consejo de Ciento, Concelleres y *Usatjes,* todo cayó bajo la espada del terrible mariscal de Berwick y sólo queda de ello el *Libro Verde* y el cuadro de las figuras robustas y frescas de los concelleres y las venerables antiguallas que se conservan en los archivos municipales.

XIV

Archivos de la Corona de Aragón

—Los que aseguren que los historiadores modernos de Cataluña han sacado sus datos y noticias *del polvo* de los Archivos de la Corona de Aragón, por más que sea dura la palabra, es necesario decirles que mienten. La prueba es muy sencilla y van ustedes á convencerse en el acto. Esto nos decía el actual archivero, don Manuel de Bofarull y de Sartorio, y al mismo tiempo nos introdujo á un espacioso salón.

—En este Archivo no *hay polvo.* Vean ustedes y digan si dicen verdad los que aseguran que han sacado sus crónicas del polvo de estos Archivos.

En efecto, barridos y sacudidos dos veces al día los

salones, y ventilados por las puertas que tienen en cada extremidad, no había literalmente una partícula de polvo.

De los varios archivos que he visto, sólo los de Venecia y los de la Corona de Aragón no tienen polvo. En los demás es cosa de ahogarse.

«Es un error muy antiguo y común el creer que el polvo preserva los libros y papeles del pequeñito gusano que los perfora como si tuviese un instrumento de acero, continuó el señor Bofarull; es lo contrario, la suciedad y el descuido originan, no sólo que se propague la polilla, sino los ratones, las arañas y multitud de otros bichos que, si no son destructores, por lo menos ensucian libros y papeles; pero vaya usted á quitar á los anticuarios de sus manías, y parece que tienen á mucho el estar sumergidos entre el polvo y poder decir con orgullo que gracias á su constancia y á su trabajo han sacado sus historias y sus crónicas del *polvo de los archivos*. Aquí no hay nada de eso desde hace treinta años, y no les daré gusto, y lo tengo, y mucho, en proporcionarles los libros encuadernados, limpios, ordenados, para que puedan consultarlos y aun tomar notas y sacar copias. Eso sí, ningún libro sale de estos Archivos, sea cual fuere la persona que lo solicite, ni tampoco permito que nadie fume. Ni polvo ni humo, nada; aseo constante, ventilación, buen olor.»

Habíamos conservado en la mano nuestros puros de la Habana, aunque apagados, y con cualquier pretexto salimos á fuera y los tiramos al patio.

«Don Antonio Bofarull (mi padre) que fué el que organizó el Archivo, era en este punto muy severo, continuó el señor Bofarull; Fernando VII, que casi nunca se quitaba de la boca el puro, vino el día menos pensado á

visitar la biblioteca; al entrar precisamente por esta puerta donde estamos, mi padre se le atravesó y respetuosamente le dijo:

—Si S. M. tiene la bondad descansará en mi sillón, acabará de fumar con tranquilidad y después me hará el honor de visitar el Archivo.

»El rey, de pronto, arrugó las cejas, pero inmediatamente comprendió, y sonriendo contestó á mi padre:

—Bien hecho; cuando se establecen reglas de orden, ni con los reyes debe haber excepción.

»Dejó el tabaco sobre la mesa y entró á los salones.

»Otro de los inconvenientes de los archivos y bibliotecas es la dificultad de manejar los papeles y libros por la colocación que se les da. Se acostumbran estantes, con ó sin alambrado, ó simples armazones, pero muy altos que á veces llegan hasta el techo, y aunque hay escaleras y angostos corredores, el bibliotecario y los dependientes tienen dificultad y molestia para sacar un libro ó legajo. En cuanto al público, no ve más que una masa inmensa de volúmenes que lo mismo es que si fuesen de madera fingidos, pues no los puede examinar de cerca y se desanima y sale aturdido en vez de registrar personalmente la biblioteca, bien que esto dependa de la extensión y condiciones del local.

»Vean ustedes: este salón tiene como treinta metros de largo. En un extremo hay una puerta y aquí otra que da á la calle. Abiertas, y se abren todos los días una ó dos horas, el aire se comunica, refresca en el verano, se lleva el polvo, la palomilla, las arañas y todo lo que daña á los libros. En seguida se barre, se sacude, y aquí tienen ustedes que los extranjeros que vienen aquí frecuentemente á consultar y tomar datos, y los historia-

dores y literatos españoles, jamás tendrán derecho de decir que han sacado sus escritos de entre el polvo de los Archivos de la Corona de Aragón.

»La colocación es la más sencilla y menos costosa como ustedes ven. Dos ó tres órdenes de gradas, la más elevada al alcance de un hombre de mediana estatura; los documentos arreglados á un mismo tamaño, encuadernados en pergamino ó atados y colocados en cajas figurando libros. El orden es el riguroso de fechas y la división, por materias. Cada libro ó legajo tiene su tejuelo con su etiqueta escrita con claridad, de modo que no hay más trabajo que alargar la mano, ni dificultad para buscar, pues teniéndose el dato de la fecha y del asunto, cualquiera puede encontrar en el acto lo que se desea.»

Al mismo tiempo que nos decía esto, recorríamos el espacioso y aseado salón y mostraba en comprobación, ya un libro, ya un legajo que sacaba de su caja. El salón del segundo piso era idéntico.

—Lo que nos asombra, le dijimos después de elogiarlo sinceramente, es que á pesar de tantos años y de tantas aventuras fatales, guerras, sitios y saqueos como ha sufrido Barcelona, se hayan conservado documentos tan preciosos para la historia, no sólo de España sino de Italia y de Francia.

—Había, en efecto, nos contestó, muchas escrituras preciosísimas; quedan muy pocas, porque la mayor parte fueron destruídas por Almanzor el año 986 que invadió Cataluña y se apoderó de Barcelona; sin embargo, lo interesante de este Archivo es que los documentos comienzan en el orden cronológico desde el año de 873 durante el gobierno de Wifredo el Velloso, y siguen sin interrupción hasta la retirada de las tropas francesas el

año de 1814, y bajo este aspecto estos Archivos son superiores á cualquiera otro de España. Las escrituras del famoso de Simancas no comienzan sino del año de 1300 en adelante.

Débese la formación del que ustedes están visitando á uno de los reyes más ilustrados que han ceñido la corona de Aragón, á don Pedro IV, llamado el Ceremonioso.

—Desde que llegué á Barcelona, le interrumpí, tuve el más vivo deseo de registrar al menos lo que pudiera tener á la mano relativo á la historia de este monarca, pero dejando esto para un día y otro, en este momento sé muy poco.

—Ya indicaría á usted en qué obras puede encontrar pormenores que le divertirían tanto ó más que la mejor novela francesa ó española; pero de pronto daré á usted un ejemplar de la Memoria que leí en 1853 con motivo de la solemne apertura de este Archivo en este local, que como lo saben ya es el antiguo Palacio de los Reyes de Aragón.

El señor Bofarull fué á su despacho y volvió con el folleto, y señalada la página en que hablaba de don Pedro IV.

Mientras que el señor Antuñano hacia varias preguntas y examinaba uno de tantos curiosos pergaminos, yo leí en el folleto lo siguiente:

«Aquel fué, señores, el siglo de oro de la antigua corona de Aragón y don Pedro IV, el más grande rey que jamás la llevó en sus sienes. Su reinado, excediendo de medio siglo, fué menos duradero que fecundo en acontecimientos importantes y rico en adquisiciones de gran valía. En su período florecieron con lozanía las

artes y las ciencias. Como el príncipe era buen guerrero, sucedíanse unas á otras las campañas, y al paso que agregaba á sus Estados el pequeño reino de Mallorca, sofocaba con su poder las rebeliones de los arboreas en la isla de Cerdeña y desbarataba las armadas genovesas, dando crecido impulso á la marina, que hasta entonces nunca estuvo tan boyante ni fué tan numerosa; asaz político, se mantenía neutral entre los dos Papas que se disputaban la Silla de San Pedro, y empleando la astucia á la par que las armas, desbarata las tramas de la Unión en cuantos puntos se levantan los partidarios de ésta, y combate y se deshace de su capital enemigo el rey de Castilla, favoreciendo las miras del bastardo don Enrique; amante de las artes, vemos levantarse á su tiempo el mayor número de esos afiligranados templos y magníficos edificios que aún hoy día mueven nuestra admiración y asombro, y á él mismo, afanoso para pagar tributo á las generaciones, hacer levantar las gigantescas columnas que aún hoy vemos erguidas en algunas casas de la inmediata calle del Paradís. Cuando no empuñaba la espada, ocupábase en reglamentar todos los ramos de la administración de sus reinos, dando la preferencia á la constitución de la casa real y de la caballería, á que era sumamente afecto, alcanzando así el nombre de *Ceremonioso,* con el cual la posteridad le distingue. Profesando las letras, nos encanta verle rodeado de trovadores y proclamado por unanimidad juez competente para dirimir sus contiendas y certámenes poéticos; nos lega composiciones propias cuya lectura nos embelesa, y traza y extiende su misma mano la crónica de su reinado.»

Hé aquí un delicado trozo que despierta la curiosidad

y da gana de conocer íntimamente á este esclarecido aragonés guerrero, poeta y literato, fundador de los interesantes Archivos que estaba yo visitando.

El atento é instruído archivero, que no sería exagerado decir que si no ha leído, sí ha registrado con provecho todo lo que contiene, nos llevó á visitar las seis salas y la librería particular donde entre otros libros hay cuarenta tomos impresos que contienen los documentos del Archivo, y tan importante publicación se ha interrumpido por falta de dinero; por esto ó por lo otro, es por lo que se interrumpen siempre, entre nuestra raza, las buenas cosas, mientras procuramos eternizar las malas.

Están agregadas á este Archivo las escrituras que se pudieron recoger de los monasterios de Ripoll, de la Merced y de San Gugat del Vallés, siendo notables los manuscritos del siglo XIV y XV por la admirable fantasía de las viñetas, por la riqueza de las letras capitales, guardas y miniaturas de colores, la mayor parte conservadas como si acabaran de pintarse.

Entre las curiosísimas colecciones de manuscristos se encuentra la causa formada á los Templarios de Aragón por instigación del papa Clemente V y de Felipe el Hermoso.

El proceso, destronamiento y confiscación de Estados del rey don Jaime II de Mallorca por el de Aragón, don Pedro el Ceremonioso.

La causa que el mismo rey mandó formar á su privado don Bernardo de Cabrera, á quien sentenció á ser decapitado en la plaza del mercado de Zaragoza, por sus relaciones clandestinas con don Pedro el Cruel.

En resumen, contiene el Archivo más de veinte mil escrituras sueltas en pergamino, sobre ocho mil gruesos

volúmenes en folio, más de novecientas bulas pontificias y multitud de copias de menor importancia. Autógrafos de reyes, papas, condes y grandes señores, escrituras diversas de cerca de más de diez siglos, en árabe, latín, catalán y castellano, miniaturas preciosísimas, tesoros, en fin, que no tienen precio.

A todo el que venga á Barcelona le aconsejo que no se vaya sin ver los Archivos, el viejo Palacio, su artística escalera con un artesón de madera que no tiene igual, y le aseguro que quedará contento al examinar tantas cosas curiosas y antiguas, y sobre todo prendado de la amabilidad del sabio y modesto archivero don Manuel de Bofarull y Sartorio.

XV

La Universidad.—El Ateneo

Cualquiera que haya sido el sistema de enseñanza de las Universidades, no es posible negar que han sido el centro del saber, y de ellas han salido hombres insignes cuyo nombre ha figurado en el mundo, ya en las ciencias, ya en la literatura ó en la política. Las Universidades de Francia é Italia, las de Alemania é Inglaterra, célebres desde hace siglos, y las de España, especialmente la de Salamanca, no han sido ni las menos célebres ni las menos importantes para el desarrollo del *intelect* humano, como le llama Buckley al conjunto del movimiento generador que impulsa en el mundo la civilización y el progreso.

La Universidad de Barcelona fué instituída en 1450 por Alfonso V y transferida á Gerona en 1714. Reapa-

reció en Barcelona en los años de 1821 á 1823, bajo la denominación de Estudio General, y adquirió de nuevo en 1837 el título y las atribuciones que había tenido desde su fundación. Establecida en el convento medio arruinado del Carmen desde 1842, fué transferida en 1873 al local que hoy ocupa y forma parte del sistema general de estudios en toda España según la ley vigente.

El Rector de la Universidad es el Jefe ó Director de la instrucción pública en el Distrito Universitario del Principado, que comprende los Institutos provinciales de Tarragona, Lérida, Gerona, Reus é islas Baleares, y á su vez está subordinado á la Dirección de instrucción pública de Madrid.

El señor Rector, don Julián Casañas, que con la mayor amabilidad y deferencia nos mostró todos los departamentos del edificio, del cual hablaremos después, nos enseñó también varios tomos donde consta la ley y disposiciones concordantes relativas al sistema de instrucción pública en la Península. El estudio de este solo ramo, que yo haría de muy buena voluntad si tuviese tiempo, exigiría una detenida visita á la corte y otras provincias, y el conocimiento de todas las leyes y reglamentos, y no bastaría un tomo para dar cuenta de tan importante investigación. Tengo, pues, que limitarme á generalidades de los diferentes ramos de las ciencias morales y políticas que se estudian. Está dividida en Escuelas, Colegios y Facultades, y sea que se hallen dentro del mismo edificio ó en local separado, están, como se ha dicho, bajo la dirección del Rector.

Siguiendo el orden de un documento oficial, mencionaremos las diversas secciones, que son las siguientes:

Facultad de Filosofía y Letras.—Se estudia: litera-

tura general y española, metafísica, historia universal y particular de España, lenguas griega, latina y hebrea.

Facultad de Ciencias.—Análisis matemático, geometría general y analítica; física, primero y segundo curso; cosmografía; química general; zoología; química orgánica é inorgánica; fluidos imponderables.

Facultad de Farmacia.—Farmacia animal, mineral y vegetal, farmacia químico-inorgánica y orgánica, ejercicios prácticos de plantas medicinales y práctica de operaciones.

Facultad de Medicina.—Anatomía general, primero y segundo curso; disección, fisiología, higiene, patología general, medicina y quirúrgica, terapéutica, obstetricia, clínica médica y quirúrgica, medicina legal é higiene pública.

Facultad de Derecho.—Elementos de derecho natural, instituciones de derecho romano, economía política y estadística, instituciones de derecho canónico, derecho político y administrativo, derecho penal, civil, mercantil y procesal de España, derecho internacional público, derecho político comparado, procedimientos procesales y práctica forense.

Carrera del notariado.—Comprende el derecho procesal y romano, instituciones de derecho canónico, elementos de hacienda pública, derecho político y administrativo, y primer año de derecho civil.

En la división de Facultades parece que ha querido conservarse la antigua organización universitaria española, mientras en la de Escuelas se ha obedecido, como era natural, á las nuevas necesidades de la industria, del progreso de las ciencias y de las diferentes carreras á que pueden dedicarse los estudiantes, que estaban

limitadas en otros tiempos á la de la Iglesia, la milicia, la medicina y el foro.

Escuela de ingenieros industriales.—Se estudia: análisis químico, esteorotomía, física y mecánica industriales; máquinas y construcciones; nociones de economía política-industrial; dibujo preparatorio y de proyectos, análisis de química orgánica é inorgánica; tecnología, química industrial y manipulaciones; tintorería y teoría y práctica de tejidos.

Escuela de Bellas Artes.—Dibujo general artístico; dibujo de aplicaciones á las artes y á la industria; pintura, escultura y grabado.

Escuela de Arquitectura.—Composición de edificios; arquitectura legal; resistencia de materiales; hidráulica y conducción de aguas; sombras y perspectiva; dibujo lineal y de conjuntos; copia del yeso y detalles; estereotomía; conocimientos de materiales y aplicación de las ciencias físico-naturales á la arquitectura; historia de la arquitectura; tecnología, máquinas y motores y topografía.

Escuela de Náutica.—Geografía física y política y física aplicada; aritmética; álgebra; geometría; trigonometría; cosmografía, pilotage; maniobras; dibujo lineal topográfico, geográfico é hidrográfico.

Existe además el Instituto provincial de segunda enseñanza, donde se estudia: latín, castellano, francés, retórica y poética, aritmética y álgebra, psicología, lógica y filosofía moral y algunas otras materias.

En el mismo establecimiento está la escuela profesional de comercio, en la que se estudia: el francés, inglés, italiano y alemán; economía política, legislación y estadística comercial; nociones de derecho internacional

mercantil; aritmética y teneduría de libros y conocimiento teórico-práctico de los objetos de comercio.

Como se ve, las asignaturas son abundantes, y los alumnos que las cursen con provecho y estén dotados de cierta inteligencia, no solamente saldrán de las escuelas aptos para llenar sus deberes en la carrera que elijan, sino que formarán lo que se pueda llamar una reunión de sabios. Cuanto sea lo que influya en el curso del tiempo, una enseñanza superior tan lujosa, es inútil ponderarlo; pero la multiplicidad de asignaturas forzosas para llegar á tener un título profesional y los años que es necesario emplear, son un inconveniente para las personas de poca fortuna, cuya aspiración es estar habilitadas, en el menor tiempo posible, para ganar honrosamente su subsistencia.

Los programas de enseñanza moderna, especialmente en las Universidades alemanas, contienen tantas materias de estudio, la mayor parte forzosas y necesarias para obtener un título profesional, que es imposible que en la resistencia y capacidad naturales del cerebro humano puedan caber y conservarse bien tal suma de estudios, así es que la educación se resiente de *enciclopedismo,* inútil unas veces y perjudicial otras, y han venido á hacerse con el tiempo forzosos los *especialistas,* y es eso tan cierto, cuanto que sólo en los ramos de las ciencias médicas se encuentran en Francia y Alemania, y en España misma, tantos especialistas cuantas son las enfermedades conocidas. Nunca sobrarán en ningún país las clases de enseñanza por muchas que sean; pero de esto á necesitarse el estudio de la mayor parte de ellas y la labor constante de muchos años para obtener un título profesional, hay gran distancia; pero puesto que sabios

ilustres y personas competentes lo han dispuesto así, bueno estará, no obstante, que discurriendo en este orden de ideas haya algún autor distinguido probado con ejemplos prácticos, que el sistema de instrucción superior en Francia, necesita de radicales reformas cuando se cree generalmente que ha llegado á su perfección.

Pero volviendo á nuestros apuntes relativos á Barcelona, diremos; que por término medio se puede calcular que hay sobre veinte mil inscripciones anuales, produciendo el resultado de catorce á quince mil exámenes, ó lo que es lo mismo, tres cuartas partes de aprovechados con relación al número de inscritos. Hay que advertir, al que encuentre abultadas estas cifras, que las inscripciones, así como los exámenes, se refieren á las materias diversas de los estudios asignados á cada facultad; así es, que un alumno, por ejemplo, se inscribe en tres ó cuatro clases y sufre otros tantos exámenes.

El cuerpo de profesores en toda España asciende á cuatrocientos tres y sus sueldos varían desde tres mil quinientas á diez mil pesetas anuales, pero el término medio de la remuneración se puede regular de mil á mil doscientos pesos anuales, poco más ó menos como en México. La Universidad de Barcelona está servida por ciento treinta y dos profesores.

El edificio es uno de los más grandes y majestuosos que tiene Barcelona, no obstante que le falta ese polvo y ese color de antigüedad que tanto interés da á los monumentos que cuentan ocho ó nueve siglos de vida. Su estilo es gótico-bizantino, se emplearon diez años y cuatro millones de pesetas en su construcción, y se terminó en 1873, instalándose la Universidad que había

ocupado antes locales ruinosos y muy poco adecuados para los estudios. Merece la pena de una descripción y ninguna mejor puede hacerse que la del señor Coroléu, á quien ya hemos tenido el gusto de citar.

«El vestíbulo forma un rectángulo de treinta y siete metros de largo sobre diez y seis de ancho, componiéndose de tres naves cuya altura no está en armonía con el resto del edificio. A derecha é izquierda hay colocadas en sus nichos cinco estatuas representando á san Isidoro de Sevilla, á Averroco, Raymundo Lulio, Alfonso X de Castilla y Luis de Vives, obras bien acabadas de los hermanos Vallmitjana. En el fondo de este vestíbulo se encuentra una galería transversal que pone en comunicación los dos grandes cuerpos laterales, teniendo cada uno un claustro con una galería en el primer piso y por la elegancia de los arcos y la variedad de los capiteles son verdaderamente notables. En la planta baja se han colocado los museos, los laboratorios, el salón de los exámenes y algunas otras oficinas anexas. La grande escalera que conduce del vestíbulo al primer piso es verdaderamente majestuosa; sus anchos peldaños de mármol, que acabado el primer tramo continúa á derecha é izquierda, el descanso rectangular de veinticuatro metros que se encuentra en seguida, con el escudo real de España esculpido sobre el arco de la entrada, la belleza de las tres puertas sobre el descanso decoradas con el blasón universitario entre dos grifos, las dos estatuas de los bedeles en traje de ceremonia, teniendo en la mano lámparas muy artísticas y la magnífica vidriera que la corona, forman un conjunto imponente y dan una alta idea del edificio que tiene una entrada tan monumental. La puerta de la derecha da

entrada á una antecámara, donde hay dos buenos cuadros, el uno de Viladomat y el otro de la escuela veneciana.

»En seguida de esta pieza está la sala rectoral, cuya decoración es tan severa como rica. Medallones pintados por Texidor, sobre las puertas, contienen los retratos del Marqués de Caballero y del Marqués de Pidal, autores de las leyes sobre instrucción pública. Las sillas son de cuero realzado, las tapicerías fabricadas expresamente y las paredes adornadas con una galería de retratos de los Rectores de la Universidad desde 1837 á 1876 y del techo artesonado pende una lámpara de cristal.

»Los muebles y la decoración del gabinete del Rector son análogos á los de la sala. Hay allí dos cuadros uno de Gilante, otro de Giordano y en el fondo el retrato de Alfonso XII.

»Por la puerta izquierda se entra á la sala de consejo. Sobre sus puertas ha pintado Texidor medallones con los retratos de Montesinos, fundador de las escuelas normales, y de Gil de Zárate, antiguo director de instrucción pública.

»Volviendo sobre el descanso de la escalera se encuentra á la izquierda la sala doctoral, donde se reunen los profesores; es un local amplio, con una galería y dos filas de sillas de nogal y cuero, y una preciosa alfombra y las paredes decoradas con treinta y un cuadros de Giordano, Rambout, Rubens, Navarro, Mercader y otros pintores célebres.

»La pieza contigua es la sala de concursos, severamente decorada, donde se encuentran un cuadro de mucho mérito de la escuela de Murillo y otro de Alonso Arco.

»Los dos patios ó pórticos que antes se han citado, están reunidos en el primer piso por una galería en cuyo centro se encuentra una puerta, de estilo bizantino que da entrada al Paraninfo. Es un salón imponente de treinta y seis metros de largo por diez y seis de ancho y diez y ocho de altura. La pompa y la elegancia de las decoraciones llaman la atención del menos propenso á ser dominado por los encantos del arte. Su estilo ecléctico consiste en una feliz combinación del bizantino, del gótico y del árabe, de lo que resulta un ornato que sin exageración es armonioso y que puede ser calificado de estilo español. Al lado de esta puerta hay una galería apoyada en cinco arcos, sostenidos por columnas de mármol de Tortosa; del lado opuesto se ve un rico baldoquín de alabastro de Besalú, entre dos columnas de mármol de los Pirineos, con el retrato de cuerpo entero del rey Alfonso XII, último cuadro que pintó el ilustre artista catalán Francisco Sans. De su mismo pincel son los retratos de Alfonso V, fundador de la Universidad, de Carlos V, fundador de los antiguos *Estudios de Barcelona* y de Isabel II, fundadora del edificio actual. En el centro de los muros laterales hay púlpitos magníficos de alabastro de Besalú. La decoración principal consiste en seis grandes cuadros cuyos asuntos se refieren á épocas y á regiones diversas de la historia de la nacionalidad española. El primero representa el cuarto concilio de Toledo presidido por San Isidoro de Sevilla, el segundo la escuela de la civilización de Córdoba en el tiempo de Abderramán, el tercero Castila bajo el reinado de Alfonso el Sabio, el cuarto los concelleres de Barcelona pidiendo á Alfonso V de Aragón la Real Cédula para el establecimiento de la Universidad, el quinto

Traducción de la Biblia políglota hecha en Alcalá por la iniciativa del cardenal Cisneros y el sexto Creación de las cátedras de la casa Lonja por la Junta de Comercio.

»Sobre las veinticuatro altas ventanas con vidrieras de colores y las cuales dan luz á esta espléndida sala, se extiende una serie de elegantes arcos con los retratos al óleo de los sabios españoles que recuerdan la civilización de la península desde el siglo VII al XIX, y en fin, á derecha é izquierda de los retratos de los monarcas fundadores de la Universidad, están representadas las ciencias morales y políticas y las ciencias exactas, físicas y naturales por Vicéns. El techo está ricamente artesonado, y el pavimento de pequeños cuadros de mármol gris negro y rojo combinados con muy buen gusto.»

El señor Rector, don Julián Casañas, con una amabilidad que me complazco en reconocer, nos enseñó, al señor Sánchez de Antuñano, cónsul de México en Barcelona, y á mí, todos los departamentos de este grandioso edificio, que es un monumento que enaltece á la ciudad, y encontramos que el señor Coroléu, lejos de exagerar, ha sido bien modesto en la descripción que se acaba de copiar.

La Biblioteca, que es anexa, consta de catorce salas. Está muy lejos de presentar á la vista el conjunto espléndido y grandioso del Paraninfo, porque se conoce que su arreglo definitivo no está aún concluído, no existiendo todavía una colocación tan metódica y determinada como la de los Archivos de Aragón, ni concluídose la formación del catálogo. Don Antonio Bofarull dice que consta de cuarenta mil volúmenes, pero á la vista se reconoce inmediatamente que hay más que el doble, por lo que no será exagerado calcularla en más de ciento sesenta

mil volúmenes. Hay dos salas notables, la que contiene los libros impresos durante los primeros siglos de la imprenta, conteniendo además bastantes *incunables*, manuscritos que se dice son *únicos* y algunos elzevieres. La sala de lectura es muy alegre, bien decorada, con mucha luz; tiene mesas y asientos para ciento veinte lectores, contiene cosa de treinta mil volúmenes, y el señor don Mariano Aguiló, que es el bibliotecario, persona muy atenta y obsequiosa, nos dijo que la concurrencia de estudiantes y lectores era constante y pasaba de ochenta á cien personas diarias. Formóse este establecimiento con las obras que contenía la antigua biblioteca de la Universidad de Cervera y con la de los conventos suprimidos en 1835, época de la Reforma; de consiguiente, más de las dos terceras partes de los libros están en latín y son de aquellos que ya nadie lee. Crónicas, teología, moral, geografía antigua y *patrologías* duplicadas y triplicadas. De este material se componían, por lo común, las bibliotecas de los conventos de México y de España, encontrándose, sin embargo, en ellas, ediciones muy curiosas y estimadas por los bibliófilos, y algunas obras rarísimas y de importancia; pero de todo este material no sería posible sacar una ventaja positiva sino con la formación de un catálogo razonado. Lo que decimos de los Archivos de Aragón, lo repetimos con relación á la Universidad; todo viajero que tenga un mediano interés por las letras no debe desperdiciar la oportunidad de visitar un establecimiento que hace honor, no solamente á Cataluña, sino á España, y cuyo edificio no tiene más defecto sino ser, aunque de estilo antiguo, de construcción moderna, desnudo por consecuencia del misterioso atractivo de los edificios construídos hace ocho ó diez siglos.

Los estudios universitarios, como resultado de los exámenes anuales, producen un número de personas autorizadas para ejercer profesiones quizás mayor que lo que es necesario á la población de Barcelona, y si no tienen otros medios de vivir, se ven obligados á ingresar como empleados del gobierno ó emigrar á otras provincias, y se puede juzgar de esto con algún criterio por el número registrado de los que existen hoy. Hay, por ejemplo, seiscientos abogados, de los cuales solamente trescientos sesenta y seis ejercen; ciento ochenta y ocho ingenieros, que de seguro, en el estado ordinario de la ciudad, no están todos en actividad; cuarenta escribanos de juzgado, cincuenta notarios, trescientos setenta y seis médicos y trece especialistas para enfermedades de ojos, y así los demás. Entre las diversas profesiones es menester señalar las de farmacia y medicina como notables, aparte los estudios más ó menos fructíferos, por la inclinación á estas ciencias, en las que hay personas muy notables que no solamente se limitan á su tarea diaria, sino que escriben luminosas disertaciones y se entregan á la composición de específicos ó medicinas de patente de buenos resultados en la experiencia, y que si no compiten en número con las de París, sí en fama y en la eficacia de su aplicación. Abogados hay y muy doctos, como los señores Durán y Bas, Conrado Roure, Valentín Almirall, José Pella y Forgas, Federico Rahola y otros, y de ingenieros ni se diga, porque cuantas cosas se vieron en la Exposición que pertenecían á este ramo de la ciencia, fueron ejecutadas por ingenieros catalanes educados probablemente en la Universidad.

Además de la instrucción oficial, de la que somera-

mente se ha hecho mérito, hay muchos otros establecimientos que no hemos tenido ocasión de visitar y que tienen su pequeña biblioteca, sus gabinetes y cuanto es necesario para el adelanto de una ú otra ciencia.

Las escuelas municipales son veinte para niños y diez y seis para niñas, y concurren á ellas, por término medio, sobre cuatro mil alumnos. Hay también nueve escuelas para pequeñitos. Cuéntase también la escuela de ciegos y sordo-mudos, diversas instituciones para señoritas, como la del colegio del Sagrado Corazón, en Sarriá, la de las Monjas Negras, la de las Madres Escolapias y la de Isabel la Católica, en el paseo de Gracia, treinta y tres colegios particulares para varones y once para señoritas.

Se ve, pues, que para la población de Barcelona no solamente bastan sino que sobran los colegios y escuelas, aunque de verdad en materias de saber y de cultura nunca se puede decir que sobran ni los maestros, ni los libros, ni los colegios, ni las escuelas.

El Ateneo

No era posible concluir este capítulo, bien corto atendida la importante materia de que trata, sin decir una palabra del Ateneo Barcelonés. Está situado en un elegante edificio en la plaza del Teatro y se comunica con el Teatro Principal. Escaleras y pisos de mármol, salones espaciosos, muebles muy cómodos y decentes, y departamentos para el recreo, para el estudio y para la literatura, de modo que no hay crítica fundada que hacer relativa al edificio, y sin embargo, es provisional, y los socios, á cuya cabeza está don Manuel Girona, han

hecho una combinación para construir en el actual cuartel de la Guardia Civil, situado á poca distancia, un magnífico edificio que sea propiedad colectiva de los socios y tenga las condiciones necesarias para tan importante establecimiento.

En principio de 1872 había en Barcelona dos sociedades, el Casino Mercantil y el Ateneo Catalán, las que se fusionaron, y en Abril de 1872 quedó como resultado de esta fusión el Ateneo Barcelonés, compuesto de quinientos cincuenta y un socios, de los cuales eran cuatrocientos cuarenta y cuatro del Ateneo Catalán y los ciento siete restantes del Casino Mercantil. En Julio de 1876 habían ingresado ciento setenta y cinco socios más; en 1877 se contaban ya ochocientos nueve, y finalmente, en principios del año actual había mil trescientos treinta y ocho socios. Los fondos del Ateneo consisten en una cuota de ingreso que es de cuarenta pesetas y una suscripción mensual de cinco para los propietarios y de siete y media para los transeuntes. Con estos ingresos se han cubierto regularmente los gastos ordinarios, resultando un fondo de reserva para el nuevo edificio de ciento sesenta y cinco mil pesetas.

No es el Ateneo un lugar únicamente de recreo y de sociedad, sino positivamente una institución de enseñanza superior práctica, pues que está dividido en las secciones siguientes: *Literatura, Bellas Artes, Ciencias morales* y *políticas, Ciencias exactas* y *naturales, Agricultura, Industria* y *Comercio,* y no queda solamente escrita esta división, sino que los socios trabajan constantemente y casi no hay semana que no haya una lectura sobre cualesquiera de los muchos temas á que se presta este conjunto de estudios. El que concurra

con constancia todo el año, con sólo esto adquirirá un buen caudal de conocimientos necesarios hoy á los hombres que andan en los negocios, en la política y en lo que se llama *el mundo*. Los hombres más instruídos, no sólo de Barcelona sino de Cataluña y de Madrid, han sido escuchados y aplaudidos, y en la época de la Exposición la actividad científica y literaria fué tal, que llamó la atención de los extranjeros que visitaron á Barcelona.

Después de la Universidad, revestida del formalismo indispensable para el orden de los estudios, ningún otro establecimiento es tan importante como el Ateneo Barcelonés. Encuéntranse en él todos los periódicos que se publican en Barcelona, la mayor parte de los de Madrid y los más interesantes del extranjero, y la biblioteca, muy bien organizada, con su catálogo completo, se ha ido aumentando año por año hasta contener hoy sobre doce mil volúmenes que han costado ciento sesenta y ocho mil pesetas, y como las obras son modernas y escogidas para los socios en general, es más útil una biblioteca así formada, que no las otras de que hemos hablado. Al terminar haremos una buena memoria. Al doctor don Bartolomé Robert, mexicano, le ha tocado su turno y ha sido presidente del Ateneo, y los señores don Juan N. Adorno y don José María Marroquí, mexicanos también, han leído sus disertaciones sobre filosofía y gramática.

Aseguramos á los literatos mexicanos que si vienen á Barcelona serán perfectamente acogidos en el Ateneo, y si algo escriben y leen, escuchados con aprecio y benevolencia por una reunión de personas tan distinguidas.

XVI

De la lengua y de la literatura catalana

Es menester no hacerse ilusiones; la mayor parte de las gentes cree: que la lengua catalana no es más que una mezcla confusa del castellano y el francés antiguos, y apenas pueden exceptuarse de esta regla común los hombres literatos y estudiosos que no juzgan con ligereza de las cosas y procuran estudiarlas con reflexión. Debo confesar que, en parte, participaba de esta preocupación, y creía que al llegar á Cataluña y al oir hablar á sus habitantes podría entenderlos perfectamente y leer lo que estuviese escrito en su idioma, con más ó menos dificultad, como se lee un cronicón del siglo XIII ó XIV; pero como muchos otros llevé un gran chasco, y asistiendo á una representación teatral apenas pude comprender el asunto de la comedia y cazar, como quien dice, alguna que otra frase castellana ó algún modismo parecido; pero en sustancia, nada.

Dígase, pues, lo que se quiera en pro ó en contra, mi convicción personal es que la lengua catalana es un idioma como el castellano, que se formó poco más ó menos en la misma época, teniendo por base el dialecto que hablaban los primeros emigrantes catalanes y que en el curso del tiempo se ha enriquecido con palabras castellanas por el frecuente trato con las otras provincias de España, y con palabras francesas por ser fronterizo de la Gaula.

Pero si así no fuese, el amor de los catalanes á su patria, la persistencia que han tenido, como ningún

otro pueblo, en conservar sus privilegios, su primitiva nacionalidad y su idioma, merecían que se pasase por todas las dudas y vacilaciones de la historia, y se admitiese sin más discusión que (como dice el señor Bofarull, en su introducción á su Gramática catalana), «de todas las lenguas neo-latinas que algunos erradamente confunden con el dialecto lemosín, es la que cuenta mayor antigüedad, pues data, cuando menos, de los siglos IX ó X.»

En el prefacio de la primera edición de las poesías del señor Rubió y Ors, se encuentran al principio estos renglones:

«La ardenta afició que té y ha tingut sempre á las cosas de sa patria, lo gust ab que veuría que sos compatricis coneguessen més á fondo lo nostre antich, armoniós y abundant idioma, que desgraciadament se pert de día en día, no obstant d' ésser com una taula de marbre ahont están grabadas las nostras glorias...»

No creo que haya mucha razón en esta queja, y si el idioma catalán hablado como la gente del pueblo y del campo es un tanto duro y desapacible, limado y ennoblecido por los poetas y literatos, gana mucho en dulzura y claridad, como lo demuestran las mismas líneas copiadas y que no necesitan traducción, porque serán fácilmente entendidas por los que hablan español.

El catalán, lo mismo que el castellano, tiene su gramática y su Diccionario, y además sus historiadores, sus poetas dramáticos, sus literatos y hombres científicos que han escrito sobre todas materias, no una sino muchísimas obras que llenarían una biblioteca.

El señor Pí y Arimón, en su historia que ya hemos citado, dedica por orden alfabético un capítulo á los escritores catalanes, y el señor Balaguer, en su *Historia*

de Barcelona, ha cuidado con mucho acierto de dar al fin de cada período una reseña del adelanto intelectual, de los progresos del idioma, y de los escritores que se han distinguido, ya en uno, ya en otro ramo de los conocimientos humanos.

Atrevimiento, y muy grande, sería hacer un juicio de la literatura catalana no sabiendo el idioma, y aun cuando lo supiera, dos volúmenes y dos años de estudio no serían bastantes para semejante empresa. Me limitaré, pues, á citar algunos nombres y á copiar uno que otro trozo ó estrofa.

Entre los escritores que menciona el señor Pí y Arimón se encuentra, entre otros, don Juan Arolas, dulcísimo poeta muy conocido en México desde hace tiempo.

Bergnes de las Casas, distinguido filólogo y literato, que publicó Gramáticas griega, alemana, inglesa y francesa.

Don Antonio Capmany, tan conocido también en México, que su obra titulada *Filosofía de la elocuencia,* sirvió mucho tiempo de texto en los seminarios de la capital.

Don Juan de Cortada, novelista é historiador.

El padre José Ferrer Llopart, que publicó poesías en español é italiano, y la traducción de las *Geórgicas* de Virgilio en verso español libre.

El padre José Martí escribió, entre otras cosas, un curioso Diccionario de los términos bárbaros y anticuados de la lengna catalana.

Don Sinibaldo Más, orientalista distinguido, que viajó en comisión del gobierno español, poseía los idiomas griego, latín, francés, italiano, inglés, árabe, turco, persa, indostano, chino y algunos otros. En Septiembre

de 1863 escribió en la pared interior del primer piso de uno de los sepulcros que se hallan en las ruinas de Palmira, el siguiente verso:

Pocas ruinas que la vista admira,
Asilo de infelices mahometanos,
Hallé y no más al visitar Palmira.
¿Quién ¡oh fortuna! en pos de tí suspira?
¡Oh tiempo! ¿quién se libra de tus manos?
Aquél que con su libro
A este claro lugar dió más renombre
La triste deuda ya pagó del hombre;
Aquel virtuoso sabio
Que el título llevó de estos despojos
También cerró los ojos;
Aún vive por mi suerte
El que heredó la miel de su almo labio.
¡Oh cielos! ¡que no vea yo su muerte!

Aludía á Volney y á Amat, arzobispo de Palmira; pero lo más original es que fué inventor del volapuk, pues escribió una Memoria sobre la «posibilidad de formar una escritura por medio de la cual pudiesen entenderse todos los pueblos de la tierra.» Esta obra se imprimió en Makao en 1843.

Precisamente se está publicando en estos momentos un Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX, por don Antonio Elías de Molíns, y en los tres cuadernos hasta ahora impresos hay ya noventa escritores, cuyo nombre comienza con la letra *A*. Entre ellos encontramos á don Joaquín Asencio Alcántara, autor dramático, poeta y periodista. Sus comedias, ya en español, ya en catalán, han sido representadas en el Teatro Principal.

Don Pablo Alcover, poeta dramático y bucólico, que escribió entre otras cosas dos poemas titulados el uno *La Colonia* y otro *México rendida.* Para dar una idea de su estilo pastoral y antiguo, copiamos los siguientes:

ANACREÓNTICA

«Yo un clavel de fuego
de mi clavelina,
tú una fresca rosa
me diste, Cesmila.
Yo te dí dos besos,
tú dos y una risa;
me diste un abrazo,
yo abrazo y caricias.
¿Quién de los dos gana,
dime, vida mía?
Si ganas, quisiera
que todos los días
tal suerte tuvieses
en mi compañía.»

CANTARES

«La que casa con un viejo
tiene penitencia entera;
de día cruz y calvario;
y de noche, calavera.

—

Pensamiento que vuelas
más que las aves,
llévamele un suspiro
á quien tú sabes.

—

El candil sin aceite
luego se apaga:
y el amor sin dinero
no vale nada.»

Don Jaime Almerá y Comas, bachiller en ciencias y licenciado en sagrada teología, escribió y publicó en Barcelona muchas é interesantes obras y opúsculos en catalán, castellano y latín, entre otras: *Moluscos fósiles de los terrenos terciarios de Cataluña, Monografía de los cancelarios, Estudios geológicos sobre la montaña de Montserrat, Descubrimiento de grandes mamíferos fósiles en Cataluña,* etc.

Don Antonio Alrich y Elías, licenciado, escribió entre

otras cosas: *La narración del horroroso asesinato de la duquesa de Praslin, Aventuras y conquistas de Hernán Cortés en México,* traducción del francés, y diversos opúsculos y traducciones.

Don Antonio Altadill y Texidó, novelista y poeta dramático, escribió, entre otros dramas, *El presidiario de Ceuta*, *Garibaldi en Sicilia* y *don Jaime el Conquistador,* que fueron representados en el teatro del Circo Barcelonés, y muchas novelas, entre otras, *El trapero de Madrid* y *¡Madre mia!* publicada por la casa editorial Espasa y Compañía.

Don Félix Amat, arzobispo de Palmira, escritor místico muy conocido, especialmente de los que se dedican al estudio de las cosas de la Iglesia. No sería muy ortodoxo en su juventud, porque á los diez y seis años puso de su letra la siguiente nota á su Catecismo de la doctrina cristiana: «No 's pot continuar més per estar prohibit per la Santa Inquisició.»

Ya se puede figurar cualquiera, por lo poco que va expuesto, el número prodigioso de escritores catalanes que podrá contarse cuando el autor del Diccionario llegue á la última letra del alfabeto. No se necesita más que dar una vuelta por las calles centrales de Barcelona y detenerse un poco en las vidrieras de los libreros para cerciorarse del gran movimiento literario de Cataluña, por el número de folletos y obras que aparecen diariamente, sin contar las que llegan de Madrid. Así, al acaso, citaremos: *La poesía catalana á Cerdenya,* por don Eduardo Toda, *Poesías premiadas en diferentes certámenes,* por Bori y Fontestá, *Poesías catalanas,* de doña Dolores Monserdá de Maciá, *Costums que 's perden y recorts que fugen*, por don Antonio de Bofarull, *Con-*

fidencias, por Alfonso M. Parés, pequeña colección de preciosísimos versos que recuerdan el sentimiento y la sencillez del poeta alemán Heine, y esto sin contar con el almanaque de la *Esquella de la torratxa* y multitud de folletos y cuadernitos en prosa y verso. Cosa de nunca acabar; pero de verdad no acabaremos sin decir algo de un historiador y novelista, de un inteligente crítico y elegante escritor y de un distinguido poeta.

La estampa de Jaime Jepús y Roviralta ha dado á luz el primer volumen de la edición políglota del *Gayter del Llobregat*, ó sea la colección de poesías de don Joaquín Rubió y Ors, de quien ya hemos hablado. Las poesías están originalmente escritas en catalán y traducidas al castellano, al italiano, al alemán y al griego por diversos y competentes literatos. Aunque largo ya este capítulo, presentaremos algunas muestras de lo que contiene este interesante libro:

A DONYA JOSEPA MASSANÉS

EN SOS DÍAS

Com riu que corre suau en llit de molsa,
O com d' estels que brilla en nits serenas,
Lo cercle d' or,
Així corren, amiga,
Tranquils tos jorns, ni proves de las penas
May l' amargor.

—

¡Oh Vos, lo qui las auras de la vida
Ompliu, segons los vostres decrets sabis,
De mel ó fel!
Ompliu de fel la mía,
Ab tal qu' ella banyar pugue sos llabis
Ab dolsa mel.

Copiamos en seguida la traducción, que es de la señora Monserdá de Maciá, que acabamos de citar:

Cual corre el río sobre el blanco musgo,
O cual estrella que radiante vierte
Dulce fulgor,
Así corran, amiga,
Tus días, sin probar de los pesares
Nunca el rigor.

—

¡Oh, Señor! pues las copas de la vida
Llena de acíbar ó de dulce néctar
Vuestro querer,
Llenad de hiel la mía,
Mas dejad que ella en miel pueda sus labios
Humedecer.

El pensamiento que contiene la última estrofa es tierno y bellísimo, y siguen así otros en el resto de la composición que con sentimiento nos vemos privados de copiar. Sin embargo, citaremos otras dos estrofas en catalán y traducidas por don Marcelino Menéndez Pelayo:

MOS CANTARS

«Si á mos cantars senzills, oh patria mía,
Terra sagrada hont mon bressol sens galas
Balandreja al trist so de sas baladas
Una mare ab amor;
Si á mos cants llemosins jo puch un día
Ta corona refer que, fulla á fulla,
Espargi per tas planas regaladas
Dels segles lo rigor;
De tos vells trobadors la muda lira
Jo arrancaré de llurs humits sepulcres,
Y al geni que plorós entre llurs llosas
Va errant, invocaré;
Y despertantne las que 'l mon admira
Sombras sagradas, noms cenyits de gloria,
Tas comptes y antichs reys y llurs famosas
Gestas te cantaré.»

MIS CANTARES

Si en mi cantar sencillo, dulce patria,
Tierra sagrada de mi humilde cuna,
Arrulló al triste son de sus baladas
Mi madre con amor;

Si en canto lemosín puedo algún día
Retejer tu corona que hoja á hoja
Dispersó por tus fértiles llanuras
El secular rigor.
Del antiguo juglar la lira muda
Arrancaré de su húmedo sepulcro,
Y al genio que, llorando entre sus losas
Aún vaga, invocaré;
Y despertando las que el mundo admira
Sombras sagradas de perenne gloria,
De tus condes y reyes las famosas
Batallas cantaré.

El tomo á que nos hemos referido contiene muchas otras composiciones de mérito, y de las que he podido juzgar, merced á las excelentes traducciones, de modo que la fama que el señor Rubió y Ors goza es muy merecida, y así será la de otros poetas que no conozco, ó, aunque tenga sus obras á la mano, no me es posible juzgar de su valor literario.

El señor Balaguer es bastante conocido en México como hombre público y como literato. Algunas de sus obras se han repartido por suscrición, pero con todo es imposible tener idea de su laboriosidad, de las diversas materias que ha abarcado en sus escritos y del tesón con que se ha dedicado á honrar á su patria, desentrañando las crónicas antiguas y reuniendo en una obra seguida la historia del Reino de Aragón y del Principado de Cataluña, y sin su auxilio no me hubiese sido dado el relatar los sucesos más memorables de Barcelona desde su fundación hasta la época presente, que aunque bien conocidos en el país, pueden tener cierta novedad para algunos lectores de México. Entre las principales obras del señor Balaguer, además de la historia, se cuentan: *Colección de poesías catalanas, Tragedias*, originales, en verso catalán y traducidas al castellano, *Los*

Trovadores, Discursos académicos, tres tomos de novelas y otros muchos escritos de política y administración.

¿Cuándo acabaría yo esta rápida ojeada si me propusiera mencionar siquiera la mitad de los libros catalanes que se encuentran en las librerías? No puedo terminar, sin embargo, sin decir dos palabras del señor Ixart y de don Federico Soler.

El señor Ixart publica desde 1886 una obra que se titula *El año pasado,* que es una revista y crítica de las artes y letras en Barcelona. El señor Ixart escribe en castellano y basta hojear cualesquiera de sus artículos para sacudirse de esa preocupación necia que suele ser común en los extranjeros, de que los catalanes nunca logran ni hablar ni escribir bien el castellano. En cada tomo se ocupa el señor Ixart de consignar una Memoria de los sucesos literarios del año, especialmente los de los teatros. No es un mero cronista, sino un crítico severo, á la vez que festivo é inteligente, y se echa de ver que su vasta lectura le ha formado un criterio sólido con un fondo lógico irresistible, sin la dureza y acritud del que se cree superior á los autores á cuyas obras aplica su afilado escalpelo. Cuando leí la mayor parte de los cuatro volúmenes publicados hasta ahora dije: «El señor Ixart no es uno de estos escritores que con un artículo en un diario tratan de espantar al dramaturgo novel ó al poeta que comienza su carrera, sino un hombre de mucha y aprovechada lectura, de desapasionado y recto juicio y de una rara facilidad y gracia para la narración. ¡Qué bonitos libros! ¡Cuánto siento que no haya otro que leer y que sea necesario esperar hasta Enero de 1890 para volver á entrar en sociedad con este amable y distinguido escritor.»

Don Federico Soler es poeta lírico y dramático, escritor incansable y fecundo, de una gran popularidad, que hace pocos días ha sido coronado en Barcelona. Imposible me sería juzgarlo estando todas sus obras en catalán; pero me referiré al señor Ixart que no puede decir de él más que lo que sea estrictamente justo. En la publicación á que me refiero de 1886 encuentro con relación á Soler, entre otras, las siguientes líneas:

«No es el más correcto, como dicen los que entienden por corrección la pulcritud en la nimiedad; no es el más delicado ni satisface las exigencias del ideal modernísimo, pero es sin duda el más fecundo de actitudes geniales y nativas y de tan exaltada y desbordada imaginación como pocos. En menos de veinte años ha producido como un centenar de obras dramáticas de todos géneros y dimensiones, y las más de ellas han sido frenéticamente aplaudidas; goza de tal popularidad que con sólo poner su nombre en los carteles no se cabe en el teatro ni en los pasillos. Ha tocado todas las cuerdas y en todas obtuvo grandes éxitos. Para divertir al público y hacerle desternillar de risa no hay como él; para armar un alboroto no hay como él, y apostaría á que no existe en Cataluña quien no haya oído su nombre de batalla, su seudómino, *Pitarra.* Muy discutido, eso sí, la misma admiración de sus apasionados vive sujeta á grandes reservas y restricciones como ocurre con todos los talentos exuberantes y los caracteres complexos.»

Más adelante continúa el señor Ixart:

«En cuanto á caracteres su teatro es un museo, en el que figuran todas nuestras clases, algunos han pasado á la categoría de tipos... Su primera obra seria fué *Las Joyas de la Roser.* El catalán familiar, el que *ahora se*

habla, como llamaba Pitarra al suyo, por mostrar su oposición al catalán *arcaico* de los juegos florales, parecía entonces sólo propio para sainetes y obrillas ligeras, como el andaluz, por ejemplo. Soler consagró definitivamente esta innovación con aquellas y otras obras, y una vez consiguió subir ese peldaño, continuó siendo el autor más mimado de todos, hizo llorar tanto como hasta entonces había hecho reir, llegó á atreverse al drama histórico y al calderoniano con sus ribetes de tragedia y chorrearon versos en catalán sobre el honor vidrioso de los antiguos señores de horca y cuchillo, aquellos mismos actores que habían parodiado *El Trovador,* etc.»

La antepenúltima composición dramática de este inagotable é insigne poeta, que sigue escribiendo y que podría más adelante llamarse el Calderón ó el Lope de Cataluña, es la *Batalla de Reinas*, que fué premiada por la Real Academia Española, y la última es una especie de poema religioso, titulado *Judas,* y en el cual se encuentran versos robustos y magníficos, cuya armonía he podido percibir, recitados por los buenos actores del teatro Romea.

El señor Ixart en algunos de sus artículos humorísticos lamenta, y con razón, la indiferencia con que se ve el movimiento literario. Los viajeros generalmente se limitan á decir de Barcelona que es una ciudad industriosa y manufacturera, desentendiéndose del foco intelectual que trabaja á la par que las máquinas de vapor y *filaturas.* Este esfuerzo es todavía más meritorio, teniéndose en consideración que el catalán está circunscrito al Principado, y que mientras sus hijos tienen que aprender el castellano, los castellanos rara vez se dedican al estudio del catalán y el castellano mismo no proporciona

á los escritores el medio de llegar á lo que se llama fama europea; pues mientras un francés, aparte el mérito que tenga su obra, es pronto conocido por sólo escribir en esta lengua generalmente esparcida por todo el mundo, el español necesita ser un literato de magnitud para que sus escritos sean conocidos en Francia, en Alemania, en Inglaterra y en los países del Norte.

¿Qué sucederá, pues, al autor catalán?

Así, pues, es menester atribuir el empeño en perfeccionar la lengua y en cultivar en ella todos los géneros de literatura conocidos, más bien al patriotismo que no á la vanidad pasajera de figurar entre las filas, ya muy cerradas y compactas, de los historiadores, poetas y sabios de todas las naciones que marchan al frente del adelanto intelectual.

XVII

Impresores, editores y librerías

Barcelona tiene la pretensión, y no sin fundamento, de haber sido la primera ciudad de España donde se introdujo el arte de la imprenta. Fué en 1468, diez años antes que en Maguncia y un año antes que en Roma.

Pero sea de esto lo que fuere, la verdad es que Barcelona se ha distinguido, desde tiempos atrás, por su actividad en este ramo, publicando ya obras originales, ya traducciones de autores extranjeros, especialmente en lo relativo á la literatura. El primer libro de historia vió la luz en 1586. De algún tiempo á esta parte ha presentado un carácter especial y un desarrollo muy notable.

Existen hoy en Barcelona cuarenta y siete imprentas,

todas en actividad, y las principales establecidas en amplios y bellos edificios construídos expresamente, que tienen el aspecto de palacios: merecen citarse las de los Sucesores de Ramírez, Simón y Muntaner y Espasa y Compañía. Visitadas, llaman la atención y dejan satisfecha á la persona de más exquisito gusto, ya por el orden y distribución de sus oficinas, ya por la comodidad y condiciones higiénicas de sus salones de composición, ya por el número más que suficiente de prensas litográficas y tipográficas, ya por la abundancia y surtido de los tipos, grecas y letras capitales.

La de Ramírez, situada en la calle de Córcega, en un grandioso edificio que parece un palacio del estilo Tudor, contiene: los sótanos por donde entran y salen directamente de los almacenes á la calle los carros cargados con el papel é impresiones. En la planta baja las máquinas tipográficas, litográficas y cromo-litográficas. En el primer piso el despacho, la sala de visitas y las galerías de los cajistas; en el segundo piso las oficinas de pintura, grabado, dorado, rayado y encuadernación; y en la azotea la fotográfica y el gabinete de química para las reproducciones fototípicas. En todo, cosa de doscientas máquinas movidas por el vapor. Por término medio trabajan en el año de ochocientos á mil operarios, y se puede asegurar que en España, y aun en el mismo París, no hay un establecimiento de su género que en su conjunto sea superior.

El de los señores Espasa y Comp.ª, en la calle de Cortes, números 221 y 223, es un precioso edificio, con su fachada de estilo gótico, más reducido que el anterior, con análoga distribución y orden, surtido de cuanto es necesario para las esmeradas impresiones de lujo.

Tiene en la planta baja cinco máquinas tipográficas, francesas, de uno y dos cilindros, cuatro máquinas litográficas alemanas y francesas, cuatro prensas, dos cilindros, dos prensas para satinar y dos motores de gas de la fuerza de seis y cuatro caballos. Los tipos que comunmente usa son fundidos en Barcelona y el papel que consume es de fabricación española y belga. Cualquier género de trabajo lo hacen con extremada limpieza y precisión que positivamente tiene que ser aprobado por el más exquisito bibliófilo.

El de los señores Muntaner y Simón, está situado en la calle de Aragón, números 309 y 311, llama la atención por su sólida y majestuosa construcción de estilo.

Inútil es decir los multiplicados elementos que tiene también, y que cualesquiera puede reconocer con sólo abrir alguna de las obras que han publicado y de las que daremos idea después. Ya hemos indicado, y es de notarse, que estas imprentas, situadas al principio en cualquier casa, han sido después aumentadas y mejoradas, fabricándose desde sus cimientos los edificios que hoy ocupan, dispuestos convenientemente para su objeto con una grandeza y un lujo sin tasa ni economía, lo que no es frecuente encontrar en otros países, con excepción de los Estados Unidos, donde los edificios en que están las imprentas de los más acreditados periódicos, representan, como aquí, un cuantioso capital. Las prensas tipográficas son generalmente del sistema de Adams, y reformadas con el aventador automático y otras piezas adherentes para hacer el tiro con más rapidez y precisión: los tipos son franceses, barceloneses ó belgas. Hay en la ciudad tres fundiciones de caracteres, señalándose la del señor Gorchs, de que ya hemos ha-

blado en uno de los capítulos anteriores y que puede sostener la competencia con las de cualquier otro país.

De las demás imprentas de más ó menos importancia, merecen mencionarse, entre otras, la de La Academia, de la que es gerente el señor Balsells, por sus ediciones elzevirianas, correctas, bien acabadas, y conocidas y hasta populares en muchas capitales de la América del Sur.

Además de los grandes establecimientos mencionados, hay en la ciudad cosa de cincuenta litografías y pequeñas imprentas que se dedican á los trabajos que exigen las distintas necesidades del comercio y del público.

Existen también en Barcelona casas editoriales, siendo una de las más notables la de los mismos señores Muntaner y Simón, que no hacen en su casa trabajos para el público, sino obras completas é ilustradas con tal lujo y primor que igualan á las mejores de la prensa francesa, alemana é inglesa. Pueden citarse: *El Paraíso perdido, La Biblia,* con los admirables cuadros del inagotable, fantástico y exquisito Gustavo Doré. La *Historia natural,* de don Juan Vilanova y Piera; el *Diccionario enciclopédico hispano-Americano;* las *Obras completas de Campoamor,* y últimamente la *Historia general de España*, por don Modesto Lafuente y don Juan Valera, ilustrada con acabados cromos y grabados y á un precio al alcance de todo el mundo. De algunas de sus obras el tiro es de veinte á veinticinco mil ejemplares. Aparte lo que vende en Europa, la casa exporta anualmente para las Américas de seiscientas á ochocientas cajas de libros con un valor de ciento cincuenta á doscientos mil pesos. Consume cada año de quinientos á seiscientos mil kilos de papel y tiene ochocientos corresponsales. Ya se ve

que esta imprenta no es cualesquier cosa y constituye una negociación importante y bien montada.

A pesar de este relato no queda atrás la casa de Espasa y C.ª en el número, importancia y belleza de los libros que han publicado como impresores y como editores, y citaremos solamente algunos: *El Mundo Ilustrado*, *La Tierra Santa*, el *Egipto*, el *Gil Blas de Santillana*, *El Congo*, *La luz eléctrica y sus aplicaciones*, *Archivos de terapéutica*, *Manual de medicina operatoria*, *Patología general*, *Anatomía descriptiva* y muchas otras que constan en su catálogo anual; pero sobre todo lo que honra á esos laboriosos impresores, es la obra monumental que acaba de concluirse, titulada *México al través de los siglos*, y de la cual nos ocuparemos al tratar de los adelantos de la literatura en México.

Por su incansable actividad y por el módico precio á que se venden sus libros merecen una especial mención los señores Daniel Cortezo y C.ª, establecidos en la calle de Pallars. Es ya una biblioteca la que se puede llenar con sus tomos en cuarto, traducciones del francés y del inglés, reproducción de escritores antiguos españoles como Quevedo, Feijoo y fray Luis de León; una miscelánea, en fin, á la que no se le debe buscar orden, pero sí una variedad que permite conocer bastante la literatura de diversos países y algo de las ciencias exactas; pero su obra capital es *La España, sus Monumentos y Artes, su Naturaleza é Historia*. A cada provincia dedica uno ó más tomos en cuarto, de una muy buena impresión, ilustrados con las vistas de los monumentos más notables y escritos por literatos distinguidos como los señores Pí y Margall, Madrazo, etc.

Esta es una de las publicaciones que hacen honor á

España, que contribuyen á popularizar su historia y dan á conocer sus antiguos monumentos y sus admirables palacios y catedrales.

Entre los editores debemos señalar á los señores Juan de la Fuente Parres y C.ª, y J. Ballescá y C.ª, que tienen casa y librería en México y Barcelona. El primero se ha dedicado á publicar obras históricas y novelas mexicanas, escritas en su mayor parte por literatos mexicanos, de las cuales nos ocuparemos también en otro lugar, citando de pronto *La Virgen del Tepeyac*, *Episodios históricos mexicanos*, *El mártir de Izancanac*, *El fistol del diablo*, *Los bandidos de Río frío*, *Cuentos color de historia*, y sobre todo su obra también muy importante, la *Historia de México*, por don Niceto de Zamacois, desde la emigración de los aztecas hasta nuestros días.

El segundo, con la misma idea patriótica que Parres, ha publicado *Las leyendas mexicanas* y *La Madre de Dios en México*, que es la colección de tradiciones y leyendas piadosas de la Virgen que bajo diversas advocaciones se venera en las iglesias y santuarios de la República mexicana.

Pero el esfuerzo, el trabajo y la constancia de diez años empleados para organizar y llevar á cabo la publicación completa de *México á través de los siglos*, han hecho que los señores J. Ballescá y C.ª adquieran un título honroso ante todos los que aman las bellas letras y especialmente la historia de esa parte del Nuevo Mundo, donde emigraron razas, cuyo origen no ha sido posible averiguar definitivamente y donde se estableció una República que en estos últimos años ha hecho sorprendentes progresos.

Barcelona ha logrado, pues, en el ramo de imprenta, establecer una especialidad en la forma, en los tipos, en los cromos, en las encuadernaciones y vistosas tapas y carátulas, siendo todo generalmente bello para que agrade y tiente al público y adquiera con mayor facilidad *el libro,* que es el alimento del espíritu.

Mas no es eso lo importante, sino la organización que parece han dado de común acuerdo á sus trabajos los impresores y editores. Cada uno de ellos se ha procurado un número de suscritores en Europa y las Américas del Sur, de manera que al emprender cualquiera publicación cuentan por lo menos reembolsarse del costo neto, esperando que la venta sucesiva de las obras ya terminadas les proporcione una utilidad más ó menos cuantiosa. Los que no podrían desembolsar ni desembolsarían de una sola vez diez, veinte ó cien pesos para adquirir una obra, van con módicas exhibiciones formando en el transcurso del tiempo una variada biblioteca que aviva el gusto por la historia y por las letras, y es, como toda lectura honesta, un elemento de cultura y civilización. Tal es el inmenso bien que han realizado los impresores y editores barceloneses, que aprovecha mucho á México y á las demás Repúblicas y que constituye ya un objeto de comercio y de comercio civilizador, como que difunde los conocimientos humanos y establece un lazo de unión entre Barcelona y las Américas.

Nadie duda que en Francia, que en Alemania y en los Estados Unidos del Norte hay poderosos elementos, y todos los días vemos ediciones tan lujosas, tan acabadas que entusiasman al menos aficionado á los libros; la antigua casa de Fermín Didot, Dentú, Hachette y C.ª y otras, hacen principalmente para fines de año las más intere-

santes y primorosas ediciones; pero no han pensado, aunque bien han podido hacerlo, sistemar la venta de la manera fácil y á módico precio como se ha visto que lo han realizado los catalanes, y solamente las casas de Rosa y Bouret y Garnier se han dedicado á este tráfico de librería que les ha sido muy provechoso y lo es también á México; pero es necesario comprar al contado, y el valor del libro excede á veces á los recursos de los aficionados y estudiantes.

En Barcelona existen treinta y ocho ó cuarenta librerías, surtidas de las novelas, periódicos y obras importantes que produce en abundancia la prensa de Madrid, pero no se encuentran, por lo común, *libros de fondo*, ni mucho menos las publicaciones de que hemos venido hablando, pues es necesario pedirlas expresamente á las casas editoriales, que como hemos dicho, tienen el principal elemento de venta entre sus suscritores y corresponsales.

Se ha indicado ya el movimiento de la casa Muntaner y Simón. La de Parres y C.ª, representa unos sesenta ó setenta mil pesos fuertes anuales y el tiro de sus obras es de diez á doce mil ejemplares.

La de J. Ballescá y C.ª por las publicaciones que se han enumerado, y especialmente por la última relativa á México, debe tener un movimiento anual de cien mil pesos. Ignoro el que tendrá la de Cortezo, pero sí puedo asegurar que la circulación de sus libros en México es ya de importancia.

Por el puerto de Barcelona se exportaron sólo para Veracruz, Progreso y Frontera, en el año de 1885, quinientas veintitrés cajas de libros; en 1886 cuatrocientas ochenta y una cajas (de peso mayor), y en 1888 sete-

cientas setenta y siete cajas. No sería exagerado fijar el término medio anual de exportación de libros en mil doscientas cajas, sin contar las que puedan salir por Cádiz. Ya se ve que esto es algo y con probabilidades de aumento por el estado de prosperidad de México. Tal es en compendio el cuadro que presenta hoy el ramo de imprenta en Barcelona en sus relaciones intelectuales con la República mexicana.

Las librerías mejor surtidas y de un continuo movimiento, y que tienen activos corresponsales en Madrid y París, son las de don Alvaro Verdaguer, Rambla del Centro, 5; la de López Bernagossi, en la misma Rambla; la de Eudaldo Puig, Plaza Nueva; la de los señores J. A. Bastinos; la de la Plaza de Antonio López, donde se venden libros viejos; la de J. Daunís y C.ª, calle del Conde del Asalto, 8, y otras que sería largo mencionar.

Hay en la Rambla una agencia que recibe diariamente *El Fígaro*, el *Gil Blas, El Tiempo* y cuantos periódicos de importancia políticos, literarios ó de caricaturas se publican en París, que se leen aquí con sólo la diferencia de pocas horas. Además, en la Plaza Real, el antiguo y conocido editor M. E. Dentú tiene una sucursal, donde se encuentra abundante surtido de obras en francés, sobre ciencias, historia, literatura y artes, que apenas se imprimen cuando son conocidas en Barcelona; de modo que en lo que toca á la lectura no se extraña mucho á la grandiosa capital francesa.

XVI

El periodismo

No sé si en Barcelona se publicarán actualmente más número de periódicos que en Madrid, tal vez no, pero puede asegurarse, sin ofensa de las Provincias, que no hay otro lugar en España donde sea tan abundante y tan variada la prensa periódica (1). Tampoco sé si los periódicos que más llamaron mi atención por su forma, *El Diario de Barcelona* y *El Diluvio*, son los de más circulación y los más antiguos. Los dos tienen una forma de Gaceta del siglo XVIII, y en efecto, hace unos cien años que se comenzó á publicar el primero y supongo que es aquí el decano de la prensa como lo es en México *El Siglo XIX*.

Letra vieja, menuda, papel resistente, noticias de todo género, seguidas unas de otras por más disímbolas que sean, esquelas de entierros y aniversarios con sus márgenes de luto, anuncios de específicos para todas las enfermedades conocidas y desconocidas, ventas de torres, anuncios de casas de huéspedes, diversiones públicas, caminos de fierro, salidas de buques, servicio religioso, precios corrientes, cotizaciones de la bolsa y oportunas noticias telegráficas de los acontecimientos más notables en Madrid y en el extranjero, tal es en resumen el material con que los incansables redactores

(1) De un trabajo estadístico del Ministerio de la Gobernación que alcanza hasta 30 de Junio de 1888, inserto en el *Noticiero Universal* del 15 de Mayo, resulta que en toda España se publicaban en esa fecha 1,161 periódicos de todas clases, de los cuales 327 se publicaban en Madrid y 117 en la provincia de Barcelona.

llenan diariamente su cuadernillo, de manera que por diez ó quince céntimos de peseta está uno al corriente de cuanto pasa en este mundo y en el otro; y como si esto no fuera bastante, los muchachos gritan en la Rambla la edición de la tarde. No se puede pedir nada mejor ni más barato.

El *Diario de Barcelona* es de opiniones conservadoras y no siempre gobiernista. *El Diluvio* es de oposición cerrada y defiende antes que todo los intereses de Cataluña. En uno y otro periódico se escribe bien. *El Diluvio* con una dura energía; el *Diario* con razonamientos lógicos que apoya, en el momento que puede, con hechos y citas oportunas. Yo no puedo juzgar más que literariamente sin mezclarme en lo más leve en la política del país, porque no concediendo derecho á ningún extranjero de tomar parte en negocios de la casa ajena, no podría contrariar esta invariable regla de conducta.

En lo general, y por la observación de algunos meses, creo que no hay país en que haya más libertad de escribir que en éste, bien que he notado que los escritores no abusan de esa misma libertad y por ello no ha habido ni denuncias, ni prisiones, ni escandalosas polémicas. La política está representada en todos sus matices desde don Carlos hasta Pí y Margall y Ruiz Zorrilla, y en una población donde hay, no sólo una sincera piedad sino hasta preocupaciones añejas, se tocan en la prensa puntos que afectan más ó menos las creencias religiosas.

Quizás no podré mencionar todos los periódicos que salen á luz, pero los que se encuentran á la mano en los kioskos ó en las librerías son los siguientes: En castellano, el *Diario de Barcelona* y *El Diluvio*, de que ya se ha hablado. El *Diario Mercantil* dedicado á los

intereses de la industria y del comercio, de gran circulación, de noticias estadísticas muy interesantes; artículos de fondo llenos de sensatez y de oposición sobre aranceles, contribuciones interiores, ferrocarriles, policía, etc. La política la considera como un medio para el adelanto y no como un obstáculo para el desarrollo de las mejoras materiales. *La Universidad*, órgano de los estudiantes; *Revista Científica Militar, Revista de la Asociación de Navieros de Barcelona*, *El Eco del Fomento Industrial*, *El Excursionista catalán, La Gaceta médica. La Bordadora*, propio para las familias y establecimientos de educación; *El Boletín del Círculo de la Juventud Mercantil* y *La Notaría,* órgano oficial de los escribanos.

En idioma catalán: *La Campana de Gracia,* en prosa y verso y con grabados, *La Tomasa* y *La Tramontana,* en prosa y verso y con caricaturas lo mismo que *La Esquella de la Torratxa. La Renaixensa*, periódico político y diario. Entre los periódicos catalanes se distingue *L' Avéns* (El Progreso), revista mensual ilustrada en que el poeta Apeles Mestres publica sus *Cants intims,* ilustrándolos él mismo con finas y primorosas viñetas.

En la prensa festiva figuran *La Semana Cómica,* y *El Nuevo Intermedio* con caricaturas muy oportunas, dibujadas con franqueza y al estilo completamente parisiense. El texto chistoso y maligno, sin ser exagerado, corresponde á la habilidad de los dibujantes y grabadores. Creo que hay más de sesenta periódicos que alimentan á las imprentas que no están dedicadas á las grandes ediciones y para hacer una revista más extensa sería necesario tocar en algo la política, una diaria y

reflexiva lectura de algunos meses, y sobre todo conocer bien el catalán, en cuyo idioma escriben de preferencia los literatos de Barcelona; pero estas líneas darán idea, aunque muy por encima, del movimiento intelectual y de la afición del público á la lectura, pues de otra manera no podría vivir largo tiempo tan crecido número de folletos y de periódicos.

De intento habíamos dejado para lo último las antiguas y acreditadas publicaciones pintorescas, como la *Ilustración Artística*, con escogidos y finos grabados, y que da á los suscritores cuatro pliegos de otras tantas obras y un periódico de modas con figurines y patrones. *La Ilustración Hispano-Americana, La Ilustración Ibérica*, *La Ilustración Catalana* y *La Ilustración Católica,* que reproducen los cuadros más notables de pintores célebres, los paisajes de diversos países y los edificios catedrales y palacios de las capitales de Europa, todo lo que proporciona, especialmente para los que no viajan, entretenimiento é instrucción; de modo que Barcelona está al nivel de cualquiera de los otros países donde salen á luz esos periódicos pintorescos que son casi una necesidad de esta naturaleza en las ciudades de primer orden.

Cerramos esta insignificante revista, oyendo los gritos de más de veinte ó treinta muchachos que repartidos por las Ramblas, gritan desde las nueve hasta pasada la media noche *El Noticiero Universal*, redactado por el señor Peris Mencheta, activo é inteligente *reporter*, que siguió al malogrado rey don Alfonso XII en sus expediciones y á la infortunada Compañia de Panamá donde han caído como en un abismo, para no volver á salir, más de mil millones de francos. El señor Mencheta ha

fundado con éxito el *Noticiero,* que sirve de complemento en la noche, por su caudal de oportunas noticias y sus variadísimos artículos, al *Diario de Barcelona*, á *El Diluvio,* al *Diario Mercantil* y á la *Vanguardia.*

XIX

Teatros, cafés y diversiones públicas en Barcelona

Hay en Barcelona trece teatros que son: *Principal, Liceo, Lírico, Romea, Tívoli, Español, Novedades. Eldorado, Calvo-Vico, Circo Barcelonés, Olimpo, Jovellanos* y otro que se está construyendo actualmente en la Rambla de Cataluña. Parecen demasiados para el número de la población y la extensión de la ciudad. En París hay veinte teatros para dos millones ochocientos mil habitantes, pero esto demuestra la afición de los barceloneses á esta clase de diversión. Los teatros de primer orden, situados en la Rambla, el Principal y el Liceo, son de invierno. El primero es el más antiguo, no solamente de Barcelona sino de España, pues se construyó con el nombre de *Santa Cruz,* en el siglo XVII. En 1787 fué destruído completamente por un incendio y reedificado con la solidez y elegancia que hoy tiene: ha pertenecido y pertenece al Hospital de Santa Cruz, y sus productos están consignados para este objeto de caridad. Puede contener sobre dos mil doscientos espectadores, está precedido de un lujoso *foyer* con su pavimento de marmol de Génova, sigue un pasillo angosto en forma de herradura que da acceso á las plateas y al patio. El salón es amplio y decorado con sencillez.

Al teatro del Liceo no es posible asignarle un lugar

numérico entre los grandes teatros de Europa, pero lo que puede asegurarse, sin exageración, es que se parece mucho el salón al de San Carlos de Nápoles, al de la Scala de Milán, al de Covent Garden, al gran teatro de Burdeos, y á otros por ese estilo. Salón quizás más amplio que lo necesario, espacioso foro y decoración rica de blanco y oro, realzado con el terciopelo rojo de Utrech, de que están tapizados los sillones y barandas. La fachada, de más apariencia todavía que la de la Scala de Milán, no corresponde, sin embargo, al amplio vestíbulo y al salón mismo, que tiene treinta y dos plateas, treinta y dos palcos segundos, treinta y nueve terceros, cuarenta sillones de anfiteatro y mil ciento diez y seis butacas numeradas, en suma, puede contener cuatro mil espectadores. El último piso no corresponde su comodidad á la que tienen los otros. Fué inaugurado el 4 de Abril de 1847, veinte años después, destruído completamente por un incendio y reedificado en un año tal como hoy está.

Entre los demás que se han mencionado merece una distinción el *Lírico,* que es propiedad de don Evaristo Arnús. Gusto puro del renacimiento, sencillez y elegancia, ostentando una especie de aristocracia en medio del parque y jardines del palacio del propietario. Actualmente trabaja en él la famosa compañía italiana de Novelli y concurre lo más selecto de la sociedad barcelonesa.

Ocupa el tercer lugar el teatro Español, situado en el Paseo de Gracia. Está en el interior de una casa con aspecto de palacio morisco; le precede un jardín, y en el salón está decorado con vivos y alegres colores. Amplio, bien ventilado y de una elegancia y novedad que lo distingue del común de los teatros de segundo

orden de cualquier parte del mundo, puede servir sin molestia del público para el invierno y para el verano.

En un libro y otro que hemos leído se encuentran las noticias siguientes: En el siglo XIII había en Barcelona varias compañías de cómicos catalanes que representaron alternativamente comedias en ese idioma y en castellano. En 1706 se representó la comedia titulada: *El sitio de Barcelona*, escrita por el Abate Llampillas. En 1708 se cantó una ópera en el salón de la Lonja. En 1709 se estrenó la ópera pastoral titulada *Dafne*, del barón Emanuel de Astorga, en 1755 se cantó también otra ópera en la iglesia de Belén, pero en realidad no hubo nada de formal ni de seguido, sino hasta Noviembre de 1788 en que ocuparon el teatro, ya reedificado, compañías de ópera italiana bien organizadas. En la curiosa obra titulada *La ópera en Barcelona*, que tendremos que citar más adelante, se encuentra una tabla cronológica de las óperas cantadas en Barcelona, ya en el Principal ya en el Liceo, desde la fecha ya citada hasta 1888. Es fácil figurarse cuántas y diversas son las óperas que se han cantado y cuántas celebridades han sido aplaudidas en el foro.

Adam, Apolloni, Bellini, Bernardini, Boeldieu, Boito, Carnicer, Cimarosa, David, Donizetti, Flotow, Gómez, Gounod, A. Hálevy, Herold, Mercadante, Meyerbeer, Mozart, Pacini, Paisiello, Ricci, Rosini, Saldoni, Thomas, Tozzi, Vaccaj, Weber y por último Wagner (1), han sido oídos en sus mejores composiciones por los aficionados á la ópera, y la Albini, la Alboni, la Angelini,

(1) Se ha seguido en el nombre de los maestros el orden alfabético y sólo se han mencionado los más notables y la misma regla se observa tratándose de los cantantes y cantatrices.

Elena D'Angri, la Bellincioni, la Borelli, Borghi-Mamo, Brambilla, Mantilla, Adelina y Carlota Patti, Pascua, Rosina Penco, Angela Peralta, Antonietta Pozzoni, Marcela Sembrich, Elena Teodorini, Carolina Vietti, Ida Vitali, Elisa Volpini, y otras por ese estilo han sido aplaudidas en el Liceo, y en cuanto á tenores y barítonos citaremos únicamente los nombres más conocidos: Badiali, Beneventano, Capoul, Fauri, Gayarre, Ibáñez, Lablache, Masini, Maurel, Moriani, Nicolini, Padilla, Ronconi, Stagno, Tamagno y Tamberlick. Inútil es recomendar el mérito de estos artistas que han sido y son conocidos con sólo mencionar su nombre. La costumbre de oir frecuentemente las mejores partituras y las notabilidades en el canto ha educado al público selecto de Barcelona de tal manera que el teatro del Liceo es *de prueba* para cualquier cantante. El más leve desliz en la escena es notado por un murmullo de desaprobación, y esto sucede también en los otros teatros, y la censura procede generalmente de las galerías, pues el público escogido del patio y palcos aplaude á veces demasiado, pero jamás reprueba con acritud.

Los teatros en todas partes del mundo, con excepción de los subvencionados en París y otras capitales, son unas casas vacías, oscuras y morada de ratones y alimañas una parte del año, pero vienen las temporadas y con ellas los inteligentes empresarios y los famosos artistas que cautivan y entusiasman al público y como aves de paso vuelan á otras regiones, dejando gratos y duraderos recuerdos.

En el Liceo este año lo que hubo de notable fué el eminente tenor don Julián Gayarre, como le llamaban en los carteles, y la ópera titulada *Los amantes de Teruel,*

del maestro Bretón. Hacía tres años que había oído cantar *La Africana*, á Gayarre, creo que con la Marcela Sembrich, en el teatro de San Carlos, de Nápoles; fué muy aplaudido y quedé encantado de su voz; pero cuando lo volví á oir en el Liceo me pareció que había adelantado considerablemente, no sólo en lo que los inteligentes llaman *escuela* sino en el desembarazo, naturalidad y gala con que es menester que un actor domine el palco escénico para captarse por completo la simpatía del público. Gayarre llena con su voz el teatro más grande sin que ofenda al oído más delicado, y el *do* de pecho, con que tanto mortificaban en todas partes al finado Tamberlick, lo da Gayarre sin un visible esfuerzo. Tiene defectos que no le es dado corregir; ojos pequeños y estatura mediana, cosas desfavorables para galanes y paladines que nunca faltan en los *libretos*, pero eso no obsta para que pueda calificarse como uno de los primeros tenores de la época, sin agravio ni de Stagno ni de Tamagno, superiores en mañas artísticas y práctica de teatros al insigne don Julián. La ópera italiana está en una decadencia completa, y desaparecería si no fuera por los conservatorios que echan cada año al mercado infinidad de tenores, barítonos, bajos, tiples y mezzo sopranos, que es menester que canten en alguna parte, y en Milán que es el almacén general, se puede en un día contratar una muy lucida compañía de ópera. Rossini, Mercadante, Donizetti, Bellini y otros maestros por ese estilo, y al último, Verdi, escribieron muchas óperas olvidadas hoy, por haber pasado la moda, otras se sostienen todavía en el cartel. Vinieron en seguida los maestros alemanes como Mozart y Meyerbeer; llamaron la atención por la novedad de la composición, que difería del

estilo italiano, y con estas obras magistrales y otras de menos mérito se formó un repertorio que ha entusiasmado al público de Europa y América casi todo el presente siglo. Pero esos llamados divinos maestros desaparecieron, y aunque nunca han faltado compositores, no han logrado tener la inmensa fama de los que acabamos de mencionar. Y como en la vida todo llega á cansar, por bueno que sea, y los empresarios no pueden salir del círculo eterno de ocho ó diez óperas sabidas de memoria y cantadas y vueltas á cantar por buenas y malas compañías durante cincuenta años, ya no se encuentra ni novedad ni atractivo, sino es cuando forma parte de una compañía una cantatriz que sea lo que hoy se llama una *estrella*, como la Patti, ó un tenor, como Gayarre.

Las estrellas y los tenores del valor lírico que tienen los nombres que acabamos de citar son también tan raros y se hacen pagar cantidades tan inverosímiles, que no hay empresarios que se atrevan á contratarlos sin riesgo de perder trabajo y fortuna.

Por otra parte, la música francesa moderna ha contribuído á modificar de una manera muy marcada el gusto del público, y sin entrar en difíciles discusiones científicas, todo el mundo sale más contento después de haber escuchado *Mignon,* mientras se retira fastidiado y triste después de no haber entendido ni una jota de esa música del porvenir, que sin duda contribuyó mucho á volver loco á ese desgraciado rey de Baviera.

El maestro Goula, por un lado, con su acertada dirección á la orquesta y el maestro Bretón por el otro con *Los Amantes de Teruel*, han entusiasmado á los *dillétantis* barceloneses, que no se han cansado de aplaudir á estos distinguidos músicos. Muchas veces y en varias

partes he oído la deliciosa ópera *Mignon*, pero nunca, particularmente la introducción, tan bien tocada como por la orquesta del Liceo dirigida por tan distinguido profesor.

El *libreto* de la ópera nueva de Bretón es tomado del conocido drama de Harzembusch, uno de los más escogidos tipos del género romántico que floreció en Madrid en 1836 y 38. La música en su conjunto presenta mucha novedad. No es de la pura escuela italiana ni tampoco enteramente alemana, se inclina al nuevo método Wagneriano de enlazar los tonos y seguirlos de manera que tengan estrecha relación y digan en los instrumentos lo mismo que el poeta dice en el *libreto*. Esta es la gran reforma que intentó Wagner en lo romántico, que en lo jocoso ya Rossini había escrito el *Barbero* y toda la gracia, toda la sal española, toda la vieja historia de muchachas listas y tutores engañados, la toca la orquesta con tal precisión que cerrando los ojos no hay necesidad de saber que están Fígaro Rosina y don Basilio en la escena; pero volviendo al maestro Bretón, tiene su ópera trozos muy notables, melodías muy bien entendidas y rasgos valientes análogos á los lances que desarrolla el libreto, en todo lo que se reconoce, además de la habilidad, un bueno y prolijo estudio para elevar el arte á la altura todavía incomprensible que intentó el maestro alemán.

Al Teatro Principal han venido sucesivamente las mejores compañías de Madrid á dar su temporada, así es que Andrea Luna, la Concha Rodríguez, la Joaquina Baus, la Teodora Lamadrid, Matías Corcuera y Matilde Díez, Julián Romea, Argente, García Luna, Carlos Latorre, Lombía y los hermanos Catalina han sido admira-

dos y aplaudidos justamente por el talento con que han elevado el arte dramático al último grado de perfección. Ya se ve por estos apuntes que Barcelona ocupa un lugar muy distinguido entre las ciudades que se señalan por su afición á la música y á la comedia.

De los teatros que hemos citado están en actividad por lo menos cinco ó seis la mayor parte del año, y concurridos al grado de no encontrarse asiento si se toma á última hora. En una parte de ellos las representaciones son en catalán, señaladamente en el de Romea. Con motivo de la Exposición, durante más de seis meses han estado abiertos y llenos de gente todos ellos. Tres compañías de ópera á la vez, otras tantas de zarzuela y la completa y señalada compañía de la Tubau en el Principal, reemplazada por la no menos notable de Vico y Calvo; es menester asistir una noche de una pieza bien elegida. para quedar enteramente complacido y persuadirse que no ha muerto en España el arte dramático y que Matilde Díez, Romea y los Catalina tienen dignos sucesores.

El precio de las entradas es sumamente módico y al alcance, según la localidad, aun de la gente más pobre. Por medio peso mexicano se oye cantar *El Trovador* ó *Los Hugonotes,* en una cómoda butaca, á una regular compañía de ópera.

Por tres reales mexicanos se ven representar tres ó cuatro zarzuelas, y en el mismo Teatro Principal, por cinco reales, también mexicanos, se puede pasar una agradable noche aplaudiendo á Vico, la Calderón, Ricardo Calvo y Donato Jiménez. El Liceo es una excepción, y una noche de Gayarre cuesta á veces hasta cinco duros una butaca.

Lo que llamó mi atención, y prueba lo mucho que se cultiva el estudio de la música, fué la grande cantidad de orquestas, la mayor parte buenas y numerosas. Días festivos hubo, durante la Exposición, que los trece teatros dieron función tarde y noche, y además concierto en uno de los palacios del Parque, y en todos esos lugares había orquesta completa, sin faltar la de la escuela de sordos-mudos y la de los muchos cafés de todas clases que hay en la ciudad.

Los cafés cantantes, imitación en pequeño de los de París, son dos: El Edén Concert, y el Palacio de Cristal.

Por una peseta se ve lo siguiente: Magnífica *troupe française,* boleras y peteneras, escogida compañía de zarzuela, cante y baile flamenco. Comienza la función á las nueve y termina á la una ó dos de la mañana. No puede ser más barato. Las compañías francesas se reclutan en Marsella, Burdeos ó Tolosa y se renuevan cada uno ó dos meses. Bellezas aventureras y gastadas, algunas no cantan, sino maullan las picarescas canciones francesas, que se parecen las unas á las otras, sin que varíe mucho el tono de la música; pero los habituados aplauden frenéticamente y hacen repetir las canciones y bailes, con lo cual la función es duplicada.

Estos cafés, aseados, alumbrados con gas y luz eléctrica, tienen su pequeño foro, y bien podían contarse entre los teatros de cuarto ó quinto orden. El negocio verdaderamente consiste en el restaurant, que está anexo; las pensionistas francesas y flamencas tienen que permanecer hasta las cuatro de la mañana en el restaurant y de aquí la hambre y la ocasión para cenar en buena compañía. Lo singular, á pesar de esta ligereza de costumbres, es el orden, la buena inteligencia y

la armonía que reina entre los concurrentes. Jamás un borracho, ni un desorden, ni un pleito, y cuando suele excederse alguno en sus elogios en voz alta á las actrices, el público mismo se encarga de corregirlo.

Barcelona, como Madrid, es la ciudad de los cafés, que no solamente son el refugio de los ociosos, sino el lugar de descanso de las gentes ocupadas. Casi no hay calle de las más principales y transitadas donde no se encuentre un café, y en la Rambla los hay con pisos de mármol, grandes espejos, cúpulas de cristal y en todo tan lujosos como los de París ó Madrid, y llenos constantemente hasta las dos y tres de la mañana de una concurrencia pacífica oyendo tocar un buen piano ó un cuarteto de hábiles profesores. Por cinco centavos que cuesta una copa de café pasa medianamente la noche el que no quiera ir á los teatros ó no tenga con que pagar la entrada.

Para concluir diremos dos palabras del Circo Ecuestre, y quisiéramos bien copiar lo que sobre esta diversión dice el distinguido crítico señor Ixart.

Payasos diciendo todo el año las mismas necedades que divierten á los niños y que suelen hacer reir también á los mayores; muchachas de formas escultóricas subiendo por las cuerdas y trapecios y haciendo suertes que dejan hueco el estómago; círculos de papel que rompe intrépidamente la cirquera; equilibrios y alardes de fuerza prodigiosos; en suma, lo mismo de todos los circos en un salón bien decorado é iluminado y concurrido en los días de gala por las más hermosas damas de Barcelona.

XX

El puerto, comercio é industria

Desde que el viajero se acerca á Barcelona, viniendo por el ferrocarrill del Norte, nota que no es una ciudad muerta y triste como algunas otras de España. La campiña verde, bien cultivada y como salpicada aquí y allá con huertas, con torres, con caseríos, presenta un variado panorama que aumenta su interés con vastos edificios, cuyas chimeneas, despidiendo columnas de humo, atestiguan que están destinadas á diversas y productivas industrias. La estación del ferrocarril está llena por lo común de viajeros que llegan ó esperan la salida de los trenes, y en el movimiento de equipajes y mercancías se reconoce también que, aun en tiempos ordinarios, es visitada la ciudad, no sólo por gente de Cataluña, sino por individuos de otras provincias, y por italianos, franceses ó ingleses, que vienen de paseo ó con motivo de los asuntos á que dan lugar los diferentes ramos de industria acreditados desde hace buenos años en este centro mercantil de España. No es, pues, exagerado el asentar que, aunque en menor escala, Barcelona ocupa en la península el lugar que Birmingham ó Manchester en Inglaterra.

La naturaleza dotó á Barcelona de un buen puerto, abriéndose paso el Mediterráneo al pie de la alta montaña de Montjuich, bien escarpada por la parte de tierra y casi á pico por el lado del mar; pero el río Llobregat, desembocando á corta distancia, llenaba de arenas el puerto hasta el grado de convertirlo en una pequeña y

peligrosa rada, y han sido necesarios largos años y obras que han costado mucho dinero para hacerlo fácil para la entrada de grandes navíos, y seguro y cómodo para que puedan fondear y descargar sus mercancías en los mismos muelles. Las obras que produjeron ya un resultado visible comenzaron desde 1474, conforme al plan de un ingeniero de Alejandría y esos primeros gastos se hicieron con el concurso de las Cortes de Cataluña, los donativos de gran número de particulares y el producto de las indulgencias que concedió el Papa, y sin embargo, no se acabó el muelle principal que ahora se llama viejo, sino hasta 1697, y se prolongó más tarde hasta la torre del faro, continuándose las obras en 1844, hasta la fortaleza de las Atarazanas á la extremidad de la Rambla de Santa Mónica. Finalmente, en 1859, el ingeniero en jefe de la provincia, don José Rafo, trazó un grandioso proyecto que se sigue ejecutando bajo la dirección y vigilancia de una junta especial creada para este objeto. Faltan que terminar los muelles de España, la Esperanza, Fortuna y Levante; los muelles de depósito y algunos almacenes generales.

Tal como está ahora, y aparte las vistas magníficas desde la Barceloneta, Muelle de la Paz, sobre todo desde el restaurant de Miramar, presenta un aspecto imponente, con sus muelles sólidos y anchos, de piedra, una serie de potentes grúas y los trasatlánticos y navíos de Levante descargando los frutos tropicales y cargando para llevar á lejanas tierras las producciones naturales, no sólo de Cataluña sino de muchas otras provincias de España.

Las entradas y salidas de barcos pueden estimarse en 3,500 cada año, siendo de ellos cosa de 1,800 españoles

que hacen el comercio de cabotaje; cosa de 700 de la misma bandera, vapores y de vela que vienen de diversos puntos de Europa, Antillas y Filipinas, y cosa de 1,000 italianos, franceses, ingleses y noruegos que hacen escala de ida y de vuelta en sus viajes por el Mediterráneo y por el Atlántico; así es que por un motivo ó por otro siempre hay en la bahía de 150 á 200 embarcaciones. Las líneas españolas, francesas é italianas proporcionan al viajero el trasladarse con muy pocos días de espera, ya á todas las estaciones de Levante, ya á las Antillas, golfo de México, imperio del Brasil y puertos de América del Sur, y lo que he extrañado es que no haya una línea directa y regular entre Barcelona y New-York. La consecuencia de este tráfico activo es que Barcelona sea el puerto más importante de España y que esté surtido de mercancías inglesas, alemanas é italianas, dominando siempre en lo relativo á tejidos finos, modas y objetos de arte el comercio francés. La Aduana, por término medio, produce medio millón de pesos cada mes.

Casi no hay industria de las conocidas que no tenga en Barcelona, aunque sea una pequeña fábrica; pero descuella entre todas la industria algodonera, que no ha llegado todavía á competir con la de Inglaterra en calidad y baratura, pero que sostiene bien la competencia con otros países, y sobre todo abastece á Cataluña y la mayor parte de las provincias españolas, y se comprende bien el interés que tienen todas las cuestiones arancelarias y la capital y latente entre los proteccionistas y los librecambistas. Sea como fuere, la industria algodonera

no creo que ha decaído, y por el contrario, nuevas fábricas se han establecido de algunos años acá que proporcionan ocupación á muchos operarios y buenas utilidades á los que emplean su dinero en este ramo. Hay en Barcelona 300 fábricas de tejidos de algodón, 5 de estopa y yute, 46 de tejidos de hilo, 5 de sábanas y tohallas rusas, 38 de tejidos de lana y 48 de diversas manufacturas de seda y terciopelo y 4 de balletas. En total 452 establecimientos industriales, algunos de gran importancia y magnitud y proporcionando trabajo á la mayor parte de los operarios que habitan la capital y las pequeñas poblaciones vecinas.

Esto es lo más saliente y valioso; pero además, y como comprobación de lo que se ha dicho al principio, hay cinco fábricas de azulejos ó ladrillos llamados de Valencia, en lo que se ha logrado la perfección, pues se forman con ellos variados mosaicos que se aprovechan en los pisos de las casas, dándoles un aspecto de aseo y de elegancia; 15 fundiciones de bronce y cobre, una de bronce y oro, una especial fundición de estatuas, y no como quiera, sino muy dignas de mencionarse y que han dado testimonios de su habilidad y buen gusto en el monumento de Cristóbal Colón, estatua del general Prim, vasos y decoraciones artísticas en los paseos y en las casas particulares; 12 fábricas de botones de hueso y de nácar, dos de bolas de billar y objetos de marfil, 22 de camas de hierro, 20 de velas esteáricas, 16 de aguas gaseosas, 145 de cintas, pasamanerías y objetos de seda, lana y mezclas, 54 carrocerías, 226 cerrajerías, 8 de cepillos y por ese estilo de otra porción de objetos que, aunque de menor importancia, aparentemente tienen como los abanicos, bastones y paraguas

constante consumo. Antes de concluir, es como de rigurosa justicia hacer mención de las blondas y encajes; hay registradas nueve fábricas, pero infinidad de obreras se dedican á esta industria con tal esmero y perfección que esta clase de artefactos de Barcelona ha logrado una fama justamente adquirida como el punto de Alençon, de Viena, de Venecia y otros. En Barcelona se han hecho mantillas para personas reales tan acabadas y exquisitas que parece imposible hayan sido trabajadas á mano, demostrando, además de paciencia, una especial habilidad para servirse del sencillo aparato que consiste en un cojín redondo, alfileres y bolillos.

Muchas otras industrias pequeñas se podrían mencionar, pero lo indicado es suficiente para apreciar el carácter industrioso y constante de los barceloneses y la aptitud especial para el desarrollo de toda clase de artefactos y de mecanismos por difíciles que sean.

LA EXPOSICIÓN

I

Aspecto general

Huelgas, manifestaciones, congresos, exposiciones, hé aquí como quien dice la fruta del tiempo. De todas estas costumbres modernas, la de los congresos es inocente y útil; la de las exposiciones á la vez útil y divertida; las huelgas son la guerra de unos cuantos días entre el trabajo y el capital, entre el pobre y el rico. La economía política en acción armada con piedras y con palos y á veces con la tea del incendio. La mayor parte de las veces el capital recibe una herida, una ligera herida de que pronto sana y el trabajo una derrota de que nunca se consuela.

Las manifestaciones políticas son el pretexto de los vagos y cavilosos para gritar cualquier cosa en la calle, romper los vidrios de los cafés y marcharse á su casa, en cuanto la policía se pone seria y se decide á sacar el sable.

Los congresos reasumen las aspiraciones políticas ó literarias, disfrazadas con la careta de la beneficencia, de las ciencias ó de las artes.

No es fácil ser diputado ó senador de una República

ó de una monarquía constitucional, pero es muy fácil ser miembro de un congreso para propagar el alumbrado eléctrico, para contener la blasfemia, para exterminar á los perros, para socorrer á los negros, para educar á los niños abandonados, para cualquier cosa, y así vemos congresos en todas partes y diputados en número incontable, figurar en esas venerables asambleas, que durante el día y la víspera y de las cuales nadie se acuerda después de una semana. No pasará mucho tiempo sin que se reuna un congreso para la propagación de estatuas para perpetuar la memoria de los grandes hombres, porque los insignificantes, inútiles ó malévolos que murieron están desde sus tumbas azorados de verse reproducidos en piedra ó en bronce y elevados en un pedestal en medio de las plazas principales de Europa y América.

En cuanto á las exposiciones es ya otra cosa más seria. Tienen diversos y múltiples aspectos, más ó menos útiles; se derriban edificios para levantar palacios en sus ruinas y demolerlos antes de un año; donde había una roca desnuda y seca aparece una fuente cristalina; la tierra eriaza y árida de la noche á la mañana se transforma en un bellísimo jardín, y al rincón más solitario de la ciudad se dirige, durante meses enteros, lo más granado de la población nacional y extranjera. Parece, en una palabra, que una maga del Oriente va tocando con su varita misteriosa los árboles, las flores, las aguas, las fábricas, los almacenes, los museos, las bibliotecas, los gabinetes de los ricos y las alcobas de las bellas, y va transportando y reuniendo en un punto dado cuantas maravillas y bellezas tiene la naturaleza de Dios y la industria del hombre. Y en pos de estas grandezas

camina arrastrándose penosamente la miseria representada en las ambulantes barracas por los hércules de prodigiosas fuerzas, por las mujeres gigantes, por los niños entecos y diminutos, por las repelentes figuras de cera, por los acróbatas y enanos, por las colecciones de fieras, por los panoramas de cartón, por mil y mil industrias pequeñas que circulan todo el año por el mundo sin que los que las ejercen puedan salir nunca de su miserable barraca, que tan pronto está en España, como en Francia ó como en Inglaterra. Todo lo reune una exposición; cerca ó lejos de ella, lo grande y lo pequeño, lo serio y lo ridículo, lo maravilloso y lo insigficante.

¿Qué número de gente se ocupa, cómo vive y se enriquece con motivo de una exposición? No es fácil fijarlo. Ingenieros, arquitectos, albañiles, carpinteros, maquinistas, pintores y escultores tienen mucho ó algo que hacer en este trabajo extraordinario que remueve de arriba abajo una ciudad y que saca las cosas de su método habitual y ordinario.

Las exposiciones datan de una época muy remota. Desde el momento que una población se aumenta y progresa y tiene diaria ó semanariamente su mercado, ya hay una exposición de frutas, de flores, de legumbres y de animales; pero una exposición á la que concurran las producciones naturales y artefactos de diversas naciones ya requiere la varita mágica de que se ha hablado, que no es otra en nuestros días y en el mundo positivo más que el oro, y ese oro no lo puede prodigar, como se necesita, más que el gobierno de una nación que esté en condiciones de paz, de riqueza y de prosperidad. Por más que eruditos escritores se empeñen en

señalar exposiciones más ó menos lucidas en remotas fechas, la verdad es que la primera Exposición Universal fué la de Londres en 1851. Nada de palacios ni departamentos, ni casas de máquinas, ni asomos en las cercanías de barracas, de bohemios y saltimbanquis, sino una cosa seria, original, como es el carácter inglés. Un enorme capelo de cristal donde pudieron caber sesenta mil personas y millones de kilos de mercancías y objetos diversos. Jardines, fuentes, restaurants, teatros, museos... todo estaba allí reunido, ordenado, listo y acabado el día que se señaló para la apertura, á la que asistió la reina y los príncipes y reyes de Europa. Y esa misma exposición con todo y su magnitud y originalidad no puede decirse en la acepción completa de la palabra que fuese universal, porque para esto hubiese sido necesario que concurriesen, sin excepción alguna, todos los pueblos civilizados y no civilizados que existen en la faz del mundo, y fácilmente puede concebirse que esto no sucedió. Faltaron, por ejemplo, las Américas del Sur.

Después de esta Exposición, las ha habido en París, Viena, Filadelfia, Nueva Orleans y Amsterdan y recientemente en Barcelona, y de la cual vamos á hacer un recuerdo, porque ya pasó, y ha seguido la de París, que por este momento, y con mucha razón, ocupa la atención de todo el mundo.

La idea de una Exposición española fué una idea particular iniciada por don Eugenio Serrano de Casanovas, el que se dirigió al Ayuntamiento, pidiéndole permiso y terreno, todo lo cual le fué concedido en Junio de 1885; pero el señor Serrano no reflexionó que el esfuerzo de

un hombre solo y aun el de muchos reunidos no era bastante para tamaña empresa, la que quedó á cargo de la municipalidad en Septiembre de 1886 y sin perder tiempo dió sus disposiciones, solicitó y obtuvo una subvención del gobierno y señaló la apertura para el 8 de Abril de 1888. Este solo paso demuestra un atrevimiento y una audacia que no había tenido ejemplo antes en ningún otro país. Se formaron los presupuestos, que fueron aprobados por el Ayuntamiento en 27 de Octubre de 1887, importando

los gastos de construcción. . . .	5.624,657 pesetas
y los de explotación y liquidación. .	2.609,783 »
y en total. . . .	8.534,441 pesetas

que debían cubrirse con el producto de las entradas, la subvención de Madrid y un empréstito de 3.500,000 pesetas.

Concluídos estos indispensables preliminares, el Ayuntamiento, y á su cabeza el alcalde don Francisco de Paula Rius y Taulet, dijeron: *¡á trabajar!* y trabajaron de una manera tan prodigiosa, no sólo en la Exposición sino en diversos lugares de la ciudad, al grado que el 8 de Abril estaba sino todo concluido, sí á punto de terminar, faltando únicamente detalles y decoraciones, que eran ya más bien de gusto que no de verdadera necesidad, para proceder á la apertura.

Se eligió para las construcciones el paseo llamado del Parque. Cuando Felipe V se apoderó de la ciudad, según se ha dado idea en los capítulos anteriores, mandó construir una fortaleza que coronó de cañones y dotó de una fuerte guarnición para tener á raya á los

barceloneses; pero esta fortaleza fué demolida en 1868, y en su lugar se plantaron árboles y flores, se construyó más adelante una fuente monumental y se hizo, en fin, un extenso y hermoso paseo que con razón forma el orgullo de los habitantes del puerto. No es comparable al *Bois de Boulogne*, ni al *Grossen Garten* de Viena, ni el *Central Park* de Nueva-York, pero sí muy semejante al paseo más notable de Marsella. Cipreses, *plátanos*, magnolias, palmeras, álamos, tilos, cedros y otras especies forman bosquecillos y calzadas, y los jardines de estilo inglés bien matizados de variadas flores forman un conjunto, que en los meses de la primavera y del verano, es delicioso. Fué trazado por el arquitecto Fontseré y se construyó bajo su dirección y la del jardinero municipal Oliva. Tiene 2,261 metros de perímetro, ocupa 30 hectáreas, y por el lado del paseo de Pujadas y la Industria, está cerrado por una elegante reja de hierro de 854 metros. Las dos puertas principales están al terminar el paseo de la Aduana y las dos grandes estatuas que sostienen las extremidades de las rejas han sido ejecutadas por el escultor don Agapito Vallmitjana. Las otras dos puertas están junto al salón de San Juan y tienen también dos estatuas que representan la Industria y el Comercio, ejecutadas por don Venancio Vallmitjana. Más adelante se adornó el Parque con una gruta, una cascada, un lago y la estatua de bronce del general Prim, ejecutada por el escultor Puiggener, y por la de mármol de Buenaventura Carlos Aribau. En resumen, el Parque de Barcelona es un paseo elegante, extenso y bien trazado por las variadas perspectivas que presenta, por el buen cultivo y por la comodidad para los carruajes y gente de á pie.

Ese fué el lugar que designó el Ayuntamiento para la Exposición Universal. En el principio del Paseo de San Juan, y para darle un aspecto imponente, se construyó un arco triunfal al estilo romano, y en los lugares convenientes, el palacio de la Industria, el de Ciencias, el de Bellas Artes, la galería de máquinas, el pabellón de las colonias, el del servicio de Aduana, el Umbráculo, el Invernadero, un magnífico café-restaurant semejante á un castillejo inglés y algunos otros edificios de menor importancia para el servicio del alumbrado eléctrico, y además el pabellón de tabacos de Filipinas, el kiosko del marqués de Campo, el primoroso edificio árabe de Sevilla, y cafés, restaurants, aguaduchos y multitud de otras instalaciones particulares en el fondo de las calzadas y bosquecillos y en las cercanías del cristalino lago.

Lo que era tan digno de atención como los palacios era la sección marítima, compuesta de un elegante puente de hierro debajo del cual atraviesa el ferrocarril de Tarragona á Barcelona y Francia. Por una ancha escalera de piedra artificial se descendía á la instalación morisca de la Compañía Trasatlántica, á la marítima general y á la suave playa del Mediterráneo donde se erigió un alto faro con cuadrados de carbón de piedra. Y para que nada faltara al atractivo de aquel hermoso y pintoresco lugar, un puente ó muelle se adelantaba al mar y proporcionaba el fácil embarque á los que querían hacer en bote una excursión marítima. Encima de este muelle estaba un café y restaurant, limpio y elegante, donde podían pasarse algunas horas agradables mirando á la vez los jardines, las instalaciones, los vapores que salían ó entraban del puerto y los trenes que sin cesar iban y venían cargados de viajeros.

No ha tenido Barcelona un pedacito tan seductor como este, que en realidad era un rincón apartado del movimiento central de la Exposición.

De los edificios que acabamos de mencionar el palacio de la Industria era el que presentaba un aspecto á la vez que agradable, imponente. La armoniosa y elegante fachada semicircular, con sus ligeras columnas y sus cuatro torres le daban el aire de uno de esos antiguos Liceos griegos que vemos reconstruídos en los lienzos y grabados y no era del todo absurdo formarse la ilusión de que se hallaba uno como por encanto en una de esas ciudades de que se conserva el recuerdo en la historia y las truncadas columnas, en las ruinas. Una vez allí y al frente ó por la derecha ó por la izquierda era fácil encontrar los otros palacios de una arquitectura y de una solidez, como si se hubieran hecho para que durasen cientos de años, y bellos como eran no se borraba la alegre y grata impresión que se experimentaba al entrar al Parque y recorrer la artística galería del primero.

Todos estos edificios, de grandes proporciones, más bellos los unos que los otros, pero todos correctos y adecuados al objeto, se levantaron como por encanto, y los extranjeros que no tenían antecedentes, apenas podían creer que hubiese esas edificaciones donde pocos meses antes no había más que terrenos vagos. Y el trabajo no se limitó á esto sino á otras partes de la ciudad, como por ejemplo, la Plaza de Cataluña, donde apareció de repente una gran fuente circular, y el Paseo de Colón donde en cincuenta y tres días se levantó una especie de castillejo feudal con sus torrecillas, sus ventanas ojivas, su pórtico de honor y su jardín, tal fué el Hotel Internacional. Sólo los americanos realizan el milagro de

edificar un hotel ó una gran casa en un corto espacio de tiempo todavía mayor que el que se empleó en Barcelona en levantar este pasajero palacio que dió asilo á distinguidos personajes y que está desapareciendo en estos momentos bajo la destructora barreta de los mismos albañiles que se afanaron en levantarlo. ¡¡Triste fin de muchas de las maravillas de las Exposiciones!!

El 20 de Mayo la amplia bahía de Barcelona estaba ocupada por las escuadras extranjeras; los príncipes de la cristiandad habían desembarcado y la artillería hacía estremecer los edificios y su estampido aterrador ahogaba el murmullo de una multitud compacta que ocupaba plazas, calles, avenidas y paseos y se dirigía presurosa al hermoso Parque, donde antes se enseñoreaba la sombría y terrible fortaleza de Felipe V.

El alcalde, don Francisco de Paula Rius y Taulet, rebosando de alegría y de satisfacción y pintada en su semblante la salud y la fuerza, presidía á toda esta bulliciosa concurrencia, más afortunado y en mejores tiempos que los que tocó á los concelleres que tenían que agruparse revestidos de sus gramallas encarnadas bajo la sagrada bandera de Santa Eulalia y acudir al frente del pueblo armado y afrontar las bombas y las balas de las escuadras enemigas.

No era la flota francesa de Luis XIV, ni las galeras de la República de Génova, ni las fragatas de la reina Ana, las que venían á bloquear y bombardear á los barceloneses, no, estos son otros tiempos en que la guerra cierne sus alas negras sobre toda la Europa, pero hasta ahora ha triunfado la inefable y blanca figura de la Paz.

La reina Victoria enviaba á uno de sus hijos Almirante y jefe de una escuadra, el rey Humberto, á su hermano el Duque de Génova, la República francesa, á uno de sus más viejos marinos, sucesor del terrible Armimus, y sus naves acorazadas, y no faltaron tampoco á esta cita, ni la República Norte-Americana, ni el Portugal, ni la Rusia, ni la Austria, ni la Holanda. Sesenta y ocho navíos de guerra de alto bordo con quinientos treinta y ocho cañones y diez y nueve mil hombres de tripulación, disparaban su artillería sin cesar para saludar la paz, el progreso, la industria, las artes, el comercio y á la reina Regente de España, que con su hijo Alfonso XIII, rodeada de sus Ministros y hombres de Estado y de los Embajadores y Cónsules de todas las naciones, entraba ufana y majestuosa, precedida del Alcalde, Ayuntamiento y autoridades de la ciudad, á inaugurar la Exposición Universal de 1888. La pequeña semilla que arrojó al acaso don Eugenio Serrano Casanova había germinado y contra viento y marea, contra todas las probabilidades humanas, contra la oposición más ó menos fundada, contra los pronósticos de los que todo lo ven negro y triste, se realizaba radiante y espléndida en una ciudad de España la Exposición Universal.

El carácter tenaz, constante y decidido de los barceloneses en la guerra de 1714, reapareció para realizar una obra de paz y de progreso en 1888. Memorable y completo triunfo para Barcelona.

II

En el interior de la Exposición

El que quiera tener una idea de lo que contiene un palacio de Industria en una exposición, no tiene más que leer una obra notable y nada pornográfica de Emilio Zola titulada *Le bonheur des dames*. Es una admirable y minuciosa descripción de los mil objetos que contiene el *Louvre*, el *Bon-Marché*, le *Primtemps* y otros grandes almacenes de París. En una escala mayor y con una decoración más variada y grandiosa, el palacio de Barcelona encerraba verdaderas curiosidades y presentaba á un golpe de vista un sorprendente conjunto bastante para dar idea de los adelantos de las artes y la industria en fines del presente siglo.

Si fuera yo á decir todo lo que había de telas de seda, de lienzos de lana, lino y algodón, de bordados, de objetos de platería, de muebles, de manufacturas de hierro y bronce, de botellas de vinos y licores, de jarrones y porcelanas, de calzados, de encajes, y de mil otras cosas de lujo, no acabaría nunca y sí fastidiaría, más de lo necesario al lector, pretendiendo hacer descripciones é inventarios que no tienen interés sino cuando se examinan y se ven los objetos. Generalidades y nada más. Basta decir que el catálogo oficial, incluso el suplemento, contiene 12,223 números. El palacio de la Industria se componía de una nave central y doce galerías de cada lado, ocupadas por España (Barcelona especialmente), Portugal, Francia, Bélgica, Austria, Hungría, Alemania, Italia, Inglaterra, Rusia, Suiza,

Turquía, Suecia, Noruega, Japón, China, la República de los Estados Unidos del Norte y las de Chile, Bolivia, Ecuador, Uruguay y Paraguay.

Se ve, pues, que prestaron su concurso la mayor parte de las naciones enviando en más ó menos cantidad las muestras de su industria y que hasta donde es posible se salió bien con el intento de llamarle, Exposición Universal, que fué convocada y llevada á cabo por una sola provincia española.

Cada uno de los países mencionados adornó la nave ó naves, con gallardetes, banderas, cortinajes, franjas y otros adornos alusivos á su nacionalidad. La variedad de instalaciones llamaba la atención. Las de Francia y Bélgica eran sencillas, de un gusto simple pero concreto, generalmente en la forma de estantes, con vidrieras ó sin ellas. Las de España en general y de Barcelona en particular, por su altura y por su extraña composición, eran dignas de verse por sí solas, aparte del contenido más ó menos importante. Organos formados con carretes de hilos de colores, templetes y tronos construídos con botellas ó vasos de cristal; armazones tallados al estilo de la Edad media, otros del gusto del Renacimiento, en fin, formas y gustos, á veces extravagantes y que han sido criticados por el señor Ixart, pero que en conjunto, lejos de desagradar, daban un tono alegre y un aspecto variado, que entretenía horas enteras á todos los visitantes.

La Francia se portó admirablemente con los catalanes y les envió cuanto pudo de sus curiosidades, de sus mil artículos de París, de sus muebles y de sus joyerías. Casi era el palacio de la industria de París trasladado en extracto á las naves del de Barcelona, é inútil

es decir, lo acabado, lo primoroso de todos los objetos franceses, que, quiérase ó nó, dan el tono á la moda y circulan por todo el mundo.

Después de Francia, la Bélgica, que es una Francia en miniatura, ostentó allí é hizo alarde con sus variados productos de todo lo que es capaz una nación pequeña pero perseverante, inteligente é industriosa.

Los artículos de Austria hacen una competencia muy seria á los artículos de París, y allí mismo se buscan y se compran con estimación. No había, en verdad, todo lo que el Austria produce en objetos de arte, en muebles, en telas magníficas de estilo antiguo y en insignificantes curiosidades que se han hecho necesarias entre las gentes de gusto y buen vivir; sin embargo, sus escaparates presentaban modelos muy acabados, especialmente en las porcelanas y cristales, que detenían á los curiosos y que en una gran parte fueron vendidas con estimación.

La Alemania introduce en España cristal, porcelanas, tejidos de lana, algodón y cáñamo, alfombras, papel, pianos y sobre todo alcoholes y productos químicos, por un valor total de 94 á 95 millones de pesetas anuales, y sin embargo de ese tráfico importante y activo, ni concurrió oficialmente ni concedió subvención alguna á los comerciantes ó comisión especial; así es que los objetos que aparecieron en la nave que se le destinó estaban muy lejos de representar el desarrollo inmenso que hace años se viene observando en el comercio alemán que tiene representantes, casas de mucho capital y factorías en los lugares más apartados del mundo. En México, por ejemplo, el comercio alemán se ha sustituído en influencia en todos los Estados de la Federación al comercio inglés y el puerto de

Hamburgo envía buques y mercancías representando un valor tal vez mayor que las que proceden de Liverpool. En París mismo multitud de artículos y con especialidad los juguetes hacen una competencia seria á la industria francesa, y de esto se han ocupado ya los periódicos. A lo que sabemos, se debió al afán y al trabajo del señor cónsul general don Ricardo Lindau el que algo pudieran ver de Alemania los curiosos que visitaron la Exposición, y yo entre otros, esperaba encontrar maravillas de ese gran país que ha conquistado su hegemonía entre las naciones del continente europeo. A doscientos expositores se redujo la industria alemana; poca cosa como se ve desde luego, y la mayor parte de ellos de alcoholes y productos químicos, y lo notable era la cantidad de pianos de diversos fabricantes que proveen á todo el mundo á un precio muy módico de estos civilizadores instrumentos.

El gobierno italiano, según creo, no concurrió tampoco oficialmente, y los esfuerzos privados no bastaron para llevar al local que se le designó sino una pequeñísima parte de lo que produce el trabajo artístico de esta nación. Algunos mosaicos de Roma y de Florencia, piezas cerámicas, imitación antigua, de Nápoles y de Génova y la peculiar industria de vidrio y de *negros* de Murano, joyería ó mercería fina, como se le podría llamar, y alguna que otra estatua de mérito de mármol de Carrara.

Algunos de los que han escrito sobre la Exposición han criticado el que todo se ofreciese y se vendiese en la sección italiana. Yo creo que precisamente la crítica debía fijarse en censurar las severas prohibiciones fiscales que impedían la venta de las mercancías y objetos expuestos. Enhorabuena que no se entreguen sino

cuando termine lo que se han empeñado en llamar *certamen*, pero si una exposición tiene por objeto principal dar á conocer la producción de todo el mundo para que en el sentido económico sea susceptible de cambio y produzca el desarrollo de la riqueza, son contraproducentes cuantas disposiciones tiendan á obligar á los expositores á tener, durante un semestre, su capital improductivo.

No quisiéramos, tratándose de la Exposición de Barcelona, ni mentar á Inglaterra. Esa nación sola podía haber llenado el palacio de la Industria. Unas cuantas muestras de alfombras muy ricas en verdad, velocípedos, muestras de carbón, cristalería corriente, cuatro ó cinco carruajes, otros tantos pianos, latas de carnes y vegetales conservados y algunas otras cosas más, pero en sustancia poquísimo con relación á la tradicional y colosal industria inglesa. Se comprende bien que no habiendo el gobierno tomado una parte oficial porque exige gastos que no están en el presupuesto ó por otras razones, los ingleses en lo privado no manifestasen mucho entusiasmo en concurrir á Barcelona. Las casas y fábricas son tan antiguas, sus manufacturas tan conocidas, su comercio en una grande escala tan sólidamente sistemado, que no tienen ningún empeño en concurrir á *certámenes* de los que no sacarían más que el empleo inútil del tiempo y del capital.

La Rusia tiene una industria típica que se distingue por su originalidad de la de otros países, especialmente en la platería y joyería, pero es muy poco conocida y se desarrolla seguramente en una escala pequeña para el consumo interior, teniendo ese extenso país otros muchos artículos de producción natural que son de forzosa

necesidad, como las maderas, el trigo, el cáñamo, las pieles, etc.

Así su exposición se limitaba á unas cuantas muestras de alcohol, tejidos de lino y azúcar refinado de remolacha. Llamaba la atención un escaparate lujoso y de artística forma que contenía piezas de filigrana y esmalte, y cafeteras, teteras y bandejas de plata esmaltada y dorada, que por su forma y grabado no tenían igual en el palacio de la Industria. La casa Ovtchinnikoff hermanos, de Moscou, hace un comercio de estos objetos que llega á un millón de pesos al año.

La exposición suiza, se componía únicamente de treinta y un números. Máquinas para hacer aguas minerales, tapones mecánicos, limas y buriles, confitería, objetos de fantasía de madera, productos químicos y algunos relojes de las famosas casas de Haas y Hugenin é hijo, y en verdad que no vimos allí muestras de relojería tan acabadas y perfectas como las hemos visto en poder de particulares.

La de Turquía era la más variada y alegre á la vista, pero también la más insignificante. Se componía en lo general de lo que se llama *objetos del Oriente,* á saber: pipas de ámbar, frasquitos de olores, rosarios de Jerusalém, pedazos de tejidos, collares falsos de pequeñas monedas, en sustancia y excepto algunas ricas alfombras, baratijas que hacían comprar los turcos casi por la fuerza á los visitantes. Este comercio está en manos de turcos que podríamos llamar falsificados, porque ni son creyentes en el Profeta, ni católicos romanos. La mayor parte hablan español y parece que son descendientes de judíos y moriscos expulsados de España.

La de Suecia y Noruega muy diminuto, cincuenta

números entre los dos estados. Modelos de estufas y de algunos instrumentos de agricultura, cerveza, licores, sillas de hierro y de madera, dos máquinas de vapor, clavos, unas muestras de papel, dos violines, esto era todo y de verdad nada llamaba la atención.

De lo que se lee en el catálogo general, se deduce que el gobierno japonés concurrió oficialmente á la Exposición, y en el catálogo particular consta que el Ministerio de Agricultura y comercio de esa nación remitió diez y siete muestras de aceite refinado de ballena y de sardina, una colección completa de cañas y artes de pesca, y cuarenta y ocho ejemplares de pájaros disecados útiles para la agricultura, la dirección de maestría, unos cuadros de laca, una vajilla completa de porcelana, un cuadro *cloisonné* y algunos otros artículos. Lo más importante de la sección oficial era cuarenta y siete memorias de los fenómenos atmosféricos y un ejemplar de la relación sobre los temblores de tierra del año de 1855 en el Japón. Los demás objetos, consistiendo en jarrones, vasos, platos, vajillas, juegos de café y chucherías, eran de expositores particulares, y se encontraban piezas exquisitas y de un valor de ocho, diez, doce y veinte mil pesetas que daban una muestra del grado de perfección á que ha llegado el arte japonés y sobre el cual se están precisamente publicando en París obras muy curiosas para todos los entusiastas por la porcelana y el bronce artístico; pero la colección en conjunto no daba ni idea de todo lo que puede lucir en una exposición ese país tan industrioso y cuya civilización especial es todavía un enigma.

La sección de China era debida al esfuerzo de alguna casa de comercio ó compañía de Cantón que se propuso

venir á Barcelona y reunió lo que ya es conocido. Bordados de seda, de oro y de plata, objetos de marfil y de madera, sombrillas, abanicos, veladores, sedería, juguetes, etc. Cualquiera colección de las que hay en París contiene seguramente mayor número de artículos y de cosas curiosas que las que se hallaban en el palacio de la industria. ¿Qué hay que decir del bordado tan admirable, del marfil tan bien labrado y de los tibores que no ha sido posible todavía fabricar en Europa, cuyas imperfectas imitaciones se conocen desde luego? Allí había muestras de esa industria secular china que comienza otra vez á ser de moda para la decoración de los palacios y de los hoteles de la gente rica. Seis ó siete chinos con sus trajes característicos y hablando regularmente inglés, francés ó español, atendían su negocio, porque era materialmente un almacén y vendían tan caro como les era posible sus variadas y originales mercancías.

¡¡La cosa más singular!! El reino vecino, podríamos decir hermano, no concurrió oficialmente á la Exposición, ni subvencionó á su comercio para que lo hiciese y nunca hemos podido comprender esta especie de desdén, cuando las dos naciones están en la mejor inteligencia. En compensación, el rey don Luís I, de regreso de sus viajes en busca de su salud, asomó su faz benévola en Barcelona, donde residió dos días y fué recibido con todos los honores debidos á su rango, y al visitar la Exposición, que admiró mucho, no dejaría de sentir que no figurasen muchos de los interesantes productos de su pequeño pero feliz y tranquilo reino. El cónsul de esta nación don José de Susarte Wrem, vizconde de Wrem, ocupó en cuanto pudo el local con algunas muestras de excelentes vinos y aceites, una variada colección de

mármoles y una interesante instalación de fotografías y grabados representando paisajes, retratos y el arte monumental de Lisboa, obra toda de don Carlos Relvas de Gallego.

Se me preguntará si en las localidades donde se instalaron los productos naturales y muestras de la industria de las naciones de Europa que concurrieron ya oficial ya extraoficialmente á la Exposición había alguna cosa maravillosa y sorprendente, responderé que no. Lo que allí se encontraba era conocido más ó menos en el comercio, y los que han visitado París, Londres y Viena no tenían motivo para asombrarse ni que admirar objetos que fueran enteramente nuevos, pero el conjunto, de verdad, era agradable y sorprendente para los que reflexionasen con que pocos elementos podía contar una sola ciudad para una empresa tan grande y cuántos fueron sus esfuerzos para quedar bien y no ser desairada, como no lo fué realmente por ninguna nación del mundo. Y no dejaba también de haber cosas extremadamente curiosas, como por ejemplo, unos cristales de Bélgica de un tamaño tan extraordinario que habiéndose regalado uno de ellos á la reina Regente, no pudo llevarle á Madrid, por no caber á lo largo ni á lo ancho por ninguno de los tuneles del ferrocarril. Unas vidrieras de colores también de Bélgica, imitación perfecta de las antiguas de los siglos XII y XV. Lo que se llamó *salón de honor* de la sección francesa, formada con tapicerías antiguas, bronces de arte y vasos y jarrones de Sevres. Los tronos en la sección de Austria y de Hungría, compuestos de un rico pabellón de dobles y pesadas telas, su ajuar correspondiente y dos espléndidos jarrones á la entrada. El de Hungría fué regalado á la Reina Regente, que más fácil

de transportar que el colosal espejo de Moustier, estará colocado en alguno de los salones de los palacios españoles; las alfombras inglesas de Mortou, imitación de las de la India, y tan grandes, que con una sola se puede tapizar cualquier salón. Así en joyería, en bronces, en esculturas, en modelos de muebles franceses, belgas y austríacos, había piezas de un gusto exquisito y dignas de figurar en palacios regios por su especial construcción y su alto precio. España en lo general y Barcelona en particular, merecen un capítulo que por largo que sea no bastará para dar cuenta de lo que era digno de llamar la atención.

III

España

La Exposición comenzó por la iniciativa de un particular y concluyó por ser realmente una exposición española que ha dado á conocer de una manera práctica, no sólo á los extranjeros sino á los españoles mismos, cuántos y qué variados son los productos naturales que encierra la Península y cuántas y qué variadas son también las industrias que se ejercen en las diferentes provincias, que si no tienen tanto renombre como las de otros países, son en sí muy importantes y representan elementos vivos, susceptibles un día ú otro de un gran desarrollo. Todo esto se sabía y se ha dicho con repetición en periódicos y libros, porque nadie excede en patriotismo á los españoles, cualesquiera que sea su opinión, cuando se trata de cerca ó de lejos de cosas de su país; pero era necesario que esta Exposición de mate-

riales, que deben servir para un gran edificio, estuviese junta, adornada, clasificada metódicamente de modo que se pudiera ver despacio, examinar, *tentar,* por decirlo así, con las manos, como santo Tomás, para poder creer y en lo de adelante no dudar más.

Por lo poco que he viajado en España, creo que las provincias pudieron estar mucho mejor representadas, que hay en ellas muchas cosas, ya naturales, ya industriales, que no figuraron en las secciones respectivas, y así y todo, como se ha dicho al principio, era muy buena exposición española y ha sido un casual y feliz ensayo para que de aquí á algunos años, y si los tiempos son bonancibles, se piense en una Exposición Universal en Madrid con la seguridad de que si la Francia ha presentado maravillas dignas de los más grandes elogios, no quedaría muy atrás España, si todos sus hijos hicieran un esfuerzo supremo para una gran fiesta de la paz como lo han sabido hacer para los lances extremos de una guerra. Juzgada la Exposición de Barcelona bajo este punto de vista, tiene mayor importancia todavía que la que le han dado los que han escrito sobre ella, y que por cierto no han andado escasos en elogios.

La exposición española comprende siete mil doscientos treinta y un números del Catálogo, de los que corresponden á Barcelona mil novecientos setenta y seis. Ocupa en el palacio de la Industria la nave central y ocho laterales, y además la mayor parte del local de los otros palacios. Como se supone, vista la extensión limitada que debe tener este libro, apenas es posible dar una ligerísima idea de los principales objetos que comprende tan grande numeración.

La nave central, que es quizás la que menos aparien-

cia tiene á primera vista, es, sin embargo, la más importante. No llama de pronto la curiosidad de un viajero que apenas puede disponer de una ó dos semanas, un escaparate ó aparador lleno de libros de difícil manejo y sin esmero y primor alguno en la encuadernación, pero esos libros contienen el trabajo científico de muchos años, donde los geólogos, los naturalistas, los astrónomos y los ingenieros de los diversos ramos que comprende el estudio han depositado sus trabajos y sus observaciones para formar un conjunto que conduzca á conocer científicamente bajo todos sus aspectos la península española. No hay idea, generalmente hablando, ni entre la gente de España ni en la extranjera, del valor real de semejante estudio, ya muy adelantado, y que concluído dentro de algunos años hará honor al gobierno que lo publique y saldrán á luz nombres de personas muy modestas y conocidas sólo en determinados círculos. Bastan estas generalidades para expresar nuestra opinión respecto de la instalación oficial, sin entrar en el pormenor de los trabajos geodésicos, topográficos y geológicos por no ser competentes en tan altas materias. No es posible concluir este párrafo sin mencionar al señor general don Carlos Ibáñez é Ibáñez que ha consagrado tóda su vida á la ciencia y es inventor de un aparato para medir las bases geodésicas y si es permitido decir, *el alma* de los trabajos científicos á que hemos aludido.

Curiosos como son, hubiéramos deseado no ver allí ciertos maniquíes que divertían mucho á los niños y no correspondían al valor y seriedad de las otras cosas expuestas.

Hay producciones naturales y únicas de España, como el hierro de Vizcaya, el azogue de Almadén, el azafrán de Albacete, la aceituna de Andalucía, los vinos secos de Jerez y el vino de mesa en general que constituyen una positiva riqueza territorial, y causa asombro el que no haya habido un acuerdo unánime para proporcionar á los vinos un consumo mucho más provechoso.

El insecto que daña la viña y el consumo que es mayor cada día han hecho que la demanda sea superior á la oferta, y Francia, para satisfacer los pedidos, tiene que comprar relativamente á un precio ínfimo considerables cantidades de vino á España. ¿Si la España elaboráse sus vinos de la misma variedad, calidad y gusto que el vino francés, sin falsificación ni sustancias extrañas, ¿no duplicaría ó triplicaría su riqueza? ¿Por qué no se hace esto? ¿Por qué no se clarifica el aceite lo mismo que el aceite del comercio francés? ¿Por qué las latas y conservas de Nantes son preferidas á las de Laredo y Santander, que es el puerto donde se hace la pesca tan variada y abundante como en cualesquiera otro puerto del Golfo de Gascuña? No lo sé, el caso es que no se hace, no será posible tal vez, pero no puedo impedirme de hacer este género de reflexiones al recorrer las naves de la exposición española.

Increible es la diversidad de aguas minerales propias para toda clase de enfermedades que llenaban casi todo el palacio de mineralogía, así como la de mármoles y carbones; pero esto quedará como muestras curiosas para un museo mientras no sea en el sentido económico un valor susceptible de cambio. Cuando lo sea, una nueva fuente de productos atraerá los capitales inactivos y las

casas y palacios serán de mármol nacional en vez de ser de piedra ó de mármol de Italia y así hay una multitud de producciones ignoradas de la generalidad y que aparecieron por primera vez en la Exposición como si hubiesen sido descubiertas recientemente, y considerada la Exposición de Barcelona bajo este aspecto también aumenta su importancia.

Distinguíanse en la sección española las vajillas, tibores y jarrones de la fábrica de la Cartuja de Sevilla (Pickman y Comp.ª). Han pretendido estos inteligentes industriales fabricar en España algo parecido á Sevres. No lo han conseguido, porque Sevres es una especialidad que no admite ni competencia ni imitación; pero han conseguido otra cosa mejor, que es crear un tipo especial de cerámica española, de manera que sin darse razón de porqué, lo que tiene la marca de la Cartuja no se confunde con ninguna otra, sea de la misma España ó sea del extranjero. Gusto en el dibujo, buen esmalte y formas y recortes sin defectos y colores bien combinados y un *no sé qué* que le da cierta originalidad.

La industria de camas de hierro se ha generalizado en varias provincias. De modelos diversos y de un gusto más ó menos correcto forman en conjunto un tipo especial que distingue este mueble dedicado al descanso de los de Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos del Norte.

El mosaico llamado de Valencia y que también se fabrica en Barcelona, no deja de tener un tipo especial, lo mismo que los azulejos, que constituyen una continuación del antiguo estilo árabe.

Antigua es la fama de los cueros de Córdoba. Víctor Hugo decía: que sólo cuando estuviese en la última miseria vendería el tapiz de su gabinete de estudio y los sillones de cuero de Córdoba. No se ha desmentido su fama y se encontraban muestras é instalaciones de pieles gruesas curtidas que no tenían igual en los departamentos extranjeros, la mayor parte procedentes de las curtidurías de Barcelona.

¿Qué decir de Barcelona? Tejidos blancos y de colores, de lino, seda, lana y algodón, abanicos, bastones, joyería, maquinaria; de todo había en las costosas instalaciones que ocupaban más de la tercera parte dedicado á las provincias. Ya hemos hablado de la activa y floreciente industria de la ciudad y es imposible mencionar sus variadas producciones, que no dejarán de figurar otra vez en la grande Exposición de París.

INSTALACIONES DE LA REAL CASA

Es increible la cantidad de preciosidades de pinturas, de objetos de arte y de valiosas antiguallas que tienen los palacios y museos de España. El de pinturas de Madrid es tan abundante, tan variado, tan escogido, y contiene tal número de cuadros de los grandes maestros de la pintura de todas las naciones, escuelas y épocas, que creo que no hay otro en Europa que pueda excederle. Lo mismo sucede con la colección de tapices que pertenecen á la Corona; pero todo esto está como oculto á las miradas del público, guardado ó adornando salones á los que no pueden penetrar más que los grandes y los poderosos, y los museos mismos tan interesantes y tan ricos necesitarían de otro local más espacioso y dispuesto

convenientemente para que resplandecieran esas maravillas de otros siglos, á las cuales no se puede asignar ningún precio por exagerado que parezca.

La Exposición de Barcelona proporcionó á infinidad de personas el ver de cerca y convencerse de la existencia de una pequeña parte de esas *preciosidades artísticas,* como las llaman, con mucha propiedad, las entendidas personas que formaron el catálogo de la instalación de la Real Casa.

No cabe duda que con la gloria de las armas llevó la monarquía austriaca á España lo más selecto de la industria flamenca, y Carlos V, sea porque los recibiese de regalo ó porque los comprara, reunió la colección más exquisita de tapices, cuyo mérito, por el dibujo, por la composición del asunto y por la delicadeza del tejido, no es posible conocer si no se examinan muy de cerca, detenidamente y con una intención artística. La colección que se podía admirar en el palacio de Bellas Artes, al cual nos hemos trasladado para concluir de una vez los breves apuntes sobre España, consta de diez y siete tapices flamencos del siglo XV, principios y mediados del XVI. Casi todos ellos son tejidos con oro, seda y lana y representan los Misterios de la vida de la Virgen, el Nacimiento de San Juan Bautista, el Monte Calvario y otros asuntos religiosos. Los que tienen los números 11, 12 y 16 fueron tejidos por los tapiceros de Bruselas Pedro y Guillermo Pannemacker; los otros son anónimos, como muchas cosas admirables que no se sabe quién las ejecutó.

Hay además cuatro paños y frontaleras de altar bordados al matizado en sedas sobre fondo de oro. Los dibujos son del pintor Pelegrino Tibaldi y ejecutados

por bordadores españoles vecinos del Escorial, bajo la dirección de un jaecero, vecino de Salamanca, llamado Francisco Alvarez.

Carlos V tenía tantos vestidos de hierro y acero como tiene hoy uniformes de finísimo paño el emperador Guillermo II, y en el salón donde están reunidos estos antiguos restos de la caballería se pueden examinar de cerca cinco armaduras de construcción alemana y milanesa y la ligera de guerra que usó en la batalla de Mulhberg en 1547. Siguen las armaduras de Felipe II, Felipe III y Felipe IV, cascos, rodelas, testeras y otras piezas de trofeo pertenecientes á esos reyes. Son obras tan delicadas por el dibujo y cincelado, que atraen la admiración del menos inteligente, aún prescindiendo del atractivo y de la importancia por los históricos personajes á que pertenecieron.

En cuanto á espadas se encuentran las del santo rey Fernando, la del Gran Capitán, la de Carlos V, la de Felipe II y la que el cuerpo de Artillería regaló al finado rey Alfonso XII, construída en 1875 en la fábrica de armas de Toledo. Hay asimismo curiosísimas muestras de alabardas, espontones, partesanas y otras armas de los siglos XV y XVI, así como de arneses y sillas de montar. En materia de bronces de arte, el palacio Real de Madrid, de los muchos que tiene, envió candelabros y relojes firmados por *Gouthiere, Martincourt, Thomire; Caffiere* y otros famosos broncistas franceses del siglo XVIII.

Ningún cuadro de los que existen en el Real Museo de Madrid fué enviado á la Exposición en lo que creo se hizo perfectamente, porque joyas de tan alto precio no deben salir del Palacio que se les tiene destinado, pero

en compensación el Gobierno envió una pequeña, pero preciosísima, colección procedente del Monasterio del Escorial y del Palacio de Madrid. Se compone de cuatro trípticos pintados por Gerónimo Bosch y Juan Van-Eick; dos lienzos de la escuela italiana; un retrato atribuído á Alberto Durero procedente de la colección de la reina doña Isabel de Farnesio; un retrato del conde-duque de Olivares, por Velázquez; dos tabernas de Teniers; un Van Ostade; un Mateo Hellmont y un Wouwermans. ¡Qué riquezas!

La colección de objetos de plata, se componía de diez y seis números. Entre ellos se encontraban, un retablo de ébano y plata sobredorada del siglo XVI; un relicario en forma de templete, de plata, lapizlázuli, cornalina y cristal de roca, trabajo italiano del siglo XVI, que fué regalado por el duque de Mantua á Felipe II, y después relicarios esmaltados, medallones de oro, cajas de concha y mosaico, cuadros con marcos de plata cincelados y otras rarísimas curiosidades, obras de artistas desconocidos de los siglos XV al XVIII y perteneciendo todo esto al Monasterio del Escorial.

El mobiliario se compone de ocho números y es muy singular, porque los sillones, cónsolas, cómodas y mesas de escritorio fueron construídas en los talleres del Palacio Real de Madrid en el siglo XVIII con el gusto y primor con que en esa misma época se hacían en Alemania y Francia los muebles para los palacios y castillos y que hoy son un objeto de curiosidad é imitación, y cuando se suelen encontrar en colecciones privadas se venden á precios fabulosos.

Completábase tan histórica y curiosísima instalación con el libro de horas de la reina doña Isabel la Católica,

el breviario del emperador Carlos V y el de Felipe II con sus páginas orladas con singular gusto y delicadeza, jarrones, jardineras, y cuadros de porcelana policroma hechos en la fábrica del Retiro durante el reinado de Carlos III, y por último marfiles y abanicos. Estos últimos, regalo del rey don Alfonso XII á la reina doña María Cristina, formaron parte de la célebre colección de mil seiscientos treinta y seis abanicos que dejó á su muerte la reina doña Isabel de Farnesio.

La buena oportunidad que se presentó para que la corona de España hiciese admirar al público una parte de las riquezas artísticas que posee, estimuló á varias personas particulares á hacer lo mismo y demostraron con esto el gusto y el interés que una parte de la gente ilustrada de Barcelona tiene por esos múltiples objetos que se distinguen con el nombre de *bibelots* y que pareciendo á primera vista insignificantes son una muestra del estado de las artes en esos siglos en que por los hechos brutales en las batallas y por las guerras religiosas parecía que la sociedad estaba hundida en la más oscura ignorancia, y mientras por un lado se registraban hechos monstruosos, resultado de la efervescencia de las pasiones, por el otro los plateros seguían las huellas de Benvenuto Cellini, los pintores, la de Miguel Angel y los tapiceros, escultores y carpinteros trabajaban con una tranquilidad y paciencia que formaba contraste con las agitaciones políticas y religiosas. Bajo este punto de vista es como se deben juzgar esta clase de objetos que no se ven sino de tarde en tarde en los palacios, museos y exhibiciones.

Un gran salón, en el mismo palacio de Bellas-Artes, estaba lleno con mesas, cómodas, cónsolas, escritorios,

cajas y otros muebles flamencos, milaneses y florentinos, obras de los siglos XVI al XVIII, de una variedad, de un primor y de un gusto que engendraba, al menos en mí, apasionado á estas cosas, el reprobado deseo de llevarme siquiera un par de esos preciosos muebles y reprobado naturalmente tan ilegal pensamiento, es el mayor elogio que puedo hacer á los barceloneses que llenaron el salón con estas curiosidades.

A propósito y á falta de un museo público, existen en Barcelona varios privados, de donde probablemente salieron estos objetos. Entre otros citaremos el de don Baudilio Carreras, el del conde de Bell-lloch, los de don Juan y don Francisco Soler y Rovirosa, la colección de armas de don José Estruch, y las de varios monetarios y de alguno de ellos se hará una mención especial.

IV

Museo de pinturas y palacio de Ciencias

Antes de salir del palacio de Bellas Artes, donde quedé complacido al examinar de cerca el primor de los labrados y adamasquinados de las armaduras, escudos y armas antiguas, me dirigí á otros salones y fué una nueva sorpresa, pues me hallé de improviso en un verdadero museo de pinturas y para juzgar de ellas y tener aproximada idea de las mejores, seguramente no hubiera bastado una semana. Cinco salones con cerca de setecientos cuadros de las escuelas española, francesa, belga y alemana. No se encontraban allí, por supuesto, ni la Virgen de San Sixto, ni el San Antonio de Murillo, ni

la Virgen de Holbein, ni el Angelus de Millet, que acaba de venderse en París en el módico precio de quinientos cincuenta mil francos, no; no figuraban ni aun las copias de esas maravillas, pero sí cuadros modernos de indisputable mérito y que tal vez no despertaban tanto la curiosidad de los visitantes, deslumbrados con otros mil objetos, que aunque de menos importancia artística, llamaban por su apariencia la atención.

La sección española era la más abundante y tal vez la más selecta, como era natural, no sólo porque no ha decaído el gusto ni se han borrado las tradiciones, ni la memoria del Mudo, del divino Morales, de Alonso Cano, de Velázquez, de Murillo y de Ribera; algo se veía allí sin particularizar, sin fijarse, sin detenerse en detalles, del genio, del dibujo y del colorido de esos grandes maestros.

Más bien por indicaciones de alguno que había visitado durante dos meses consecutivos las galerías, me fijé en algunos cuadros que habían ya merecido honrosas distinciones y los elogios de la prensa y de las personas inteligentes. Pueden citarse entre otros: un San Francisco de Asís y sobre todo un cuadro titulado, «¿Cuántos dioses hay?» de don José María Marqués, de Tortosa, cuyo cuadro fué adquirido por el Ayuntamiento de Barcelona; «Cristo apaciguando las aguas,» de don Eliseo Meifrén; «Nerón ante el cadáver de su madre,» de don Arturo Montero Calvo; «La mujer adúltera,» de don José Echena Errazquin, de Fuenterrabía; «Los amantes de Teruel,» lienzo ya famoso de don Antonio Muñoz Degrain; «Doña Inés de Castro,» de Martínez Cubells; «La muerte de Lucano,» de Garruelo; «San Antonio de Padua,» de Palmaroli, y otros muchos que

realmente formarían una valiosa y apreciable colección de pinturas de la escuela moderna española.

¿Qué decir de la escuela francesa que adelanta y mejora de año en año y que presenta periódicamente en París admirables telas? Algunos de esos cuadros, calificados ya y premiados, figuraban en la Exposición de Barcelona. Citaremos así al acaso: «La muerte de Pichegrú,» de Moreau; «La barca de San Juan el hospitalario,» de Dawan, y «La Primavera de la vida,» de Perret.

La Bélgica, sin que merezcan crítica sus cuadros, no presentó ninguno que llamase especialmente la atención. Los de Alemania eran muy pocos, y los que representaban costumbres y escenas españolas de un dibujo incorrecto, en el que se reconocía desde luego que no se habían tomado los asuntos del natural.

En un salón de la planta baja y en el de conciertos del mismo palacio, se hallaban expuestas las obras de escultura, y á la verdad el salón no presentaba ese golpe de vista de las exposiciones anuales de Roma y de París. La falta de luz, por una parte, y las figuras de personajes modernos con vestidos usuales hacían un mal efecto. En la escultura, según la opinión de muchos, es preferible el desnudo, en que se admiran las suaves formas del cuerpo de la mujer y la vigorosa conformación del hombre; sin que vengan á turbar la legítima contemplación de las obras de arte, pensamientos ligeros y poco castos. ¿Cómo no mencionar algunas de las notables y acabadas esculturas de los artistas españoles? El grupo de «La Tradición,» de don Agustín Querol, de Tortosa, que ya había obtenido medalla de oro en la Expo-

sición de Madrid; «La Veneciana,» que es una pequeña maravilla del mismo autor; «El Monaguillo,» de don Mariano Benlliure; «La belleza dominando á la fuerza» y la estatua de Vifredo el Velloso, de don Venancio Vallmitjana; la colección de retratos, de Carbonell; «La Fortuna,» de Gandarias, las *terras cottas*, de Susillo Fernández, de Sevilla, gustaron extraordinariamente y cuantos visitaron la Exposición se detenían á admirar y á elogiar «La Maja,» y «La última gota.»

¿Por qué no decir con toda verdad, que al palacio de Ciencias le faltaba mucho de lo que significa el nombre que tenía? Esperábamos encontrar allí, sino en grande extensión, al menos en compendio, un método que condujese al visitante indagador, desde los primeros elementos de lectura y escritura, hasta los más elevados de la química, física, historia natural y astronomía, ó para explicar con más claridad nuestro pensamiento, un programa palpable y demostrativo del orden de los estudios y de los diversos aparatos necesarios para ellos según los más modernos descubrimientos. No encontramos nada de eso. Ni la España ni las naciones amigas concurrieron al palacio de Ciencias, ni con la mínima parte de lo que tienen en sus escuelas, liceos y establecimientos de enseñanza superior.

Los señores don Adolfo de Castro, médico y redactor del *Diario Mercantil* y el licenciado Just, no se muestran muy satisfechos, en el bien escrito artículo que forma parte de los *Estudios sobre la Exposición Uni-*

versal, del resultado de las instalaciones de Medicina y Farmacia en el palacio de Ciencias; sin embargo, creemos que no era tan escasa como la de que acabamos de hablar. Encontrábanse allí, la instalación inglesa de Mayer y Metze; la de Carlos Dubois, de París; la de Odelga, de Austria-Hungría; de Pablo Hartmann de Alemania, y sobresalía como único español constructor de apósitos antisépticos, algodón, gasa y seda fenicadas, etc., el doctor Cea, de Valladolid, y todas ellas reunían una colección horrorosa de instrumentos de todas formas y tamaños para despedazar y torturar el cuerpo humano, torturas necesarias para curar las enfermedades, cortar los miembros dañados, extraer los humores dañosos y prolongar, en resumen, la vida del hombre.

En los aparatos de aplicación médica y ortopedia, sobresalían los de José Clausolles, José Vila é hijos, Miguel Cortacáns y Andrés Palou, de Barcelona; y Enrique Blondeü y Waersegeer, de Bélgica.

De las cosas útiles y de cierta novedad, había un aparato obturador de la bóveda palatina del señor Criado y Soria, de Madrid; un corsé higiénico, digno de recomendarse á las señoras, de doña Ana Alove, de Santa Cruz de Tenerife; un colchón muy cómodo fabricado con algas marinas y plantas aromáticas, propio para los enfermos escrofulosos, de don E. Guibout, de Barcelona, y ojos artificiales de acabada perfección de Daniel Morilarde, de París, y Muller Kuller, de Turingia. En cuanto á sillones y camas para operaciones había modelos de lujo á la vez que de ingeniosa construcción.

Los dentistas americanos, que tienen merecida fama y que andan por todo el mundo, no aparecieron en Barcelona ni en la sección americana, ni en el palacio

de Ciencias; pero en compensación, don José Boniquet, don José Bau, y doña Enriqueta Bau (de edad de 12 años), presentaron una colección de piezas anatómicas y dentaduras de esmerada construcción.

El doctor don José Coll y Soler, preparador de la Facultad de Medicina de Barcelona, fué elogiado por todos los inteligentes por su magnífica colección de modelos para el estudio de la anatomía humana.

La hidroterapia estaba representada por aparatos muy vistosos y pulidos, á la vez que ingeniosos para el objeto, expuestos por los señores Díaz de Liano, Marsillach y Francisco Valenzuela, de Barcelona, y Waeter Lecuyer, de París, y Callarotti, de Turín.

La Dirección general de Beneficencia y Sanidad presentó una interesante colección de todas las aguas declaradas de utilidad pública; las célebres estaciones de baños de Caldas de Montbuy y de Oviedo; Mondariz de Galicia; Alhama, de Murcia; Panticosa, Carratraca, Lierganés, Rubinat, Monte Mayor, Vallfogona, etc., en total 58 estaciones de baños y otras tantas botellas de sus salutíferas aguas.

Las extranjeras de Austria, Bohemia, Alemania, Hungría, Francia, Córcega, Uruguay y Portugal estaban representadas por veintiuna muestras y no hay para que decir, que figuraban en primer término las muy saludables bebidas de San Galmier y Vichy.

La farmacia, por más que se diga, figuraba muy dignamente en la Exposición y contribuyó mucho á darle importancia al palacio de Ciencias. Sus instalaciones tenían más de útiles que de vistosas, sin que dejara por esto de notarse ingenio y gusto en la colocación de los frascos, botellas y sustancias medicinales.

En otra parte hemos dicho que los catalanes en general y los barceloneses en particular son muy afectos á la química, á la medicina y á la farmacia, y que se dedican, como los franceses, á la confección de específicos para la curación de una ó varias enfermedades; y la prueba de esta afición se puede encontrar en los 376 médicos, 26 almacenes de drogas y las 126 farmacias que hay en Barcelona, pertenecientes á hijos de la ciudad, y sobre todo, en las instalaciones donde se mostraban sustancias y preparaciones ya acreditadas, y de las que sólo mencionaremos algunas:—La emulsión de aceite de hígado de bacalao, con hipofosfito de cal, y el vino tónico nutritivo, del doctor Amargós; los jarabes y vinos medicinales, del doctor Ramón Marqués; las cápsulas gelatinosas y las pastillas y conserva de Terpina y vinos de quina del doctor Jimeno; los jarabes medicinales con base de fosfato de cal, del doctor Poquet; las cápsulas antiblenorrágicas de morrhuol, del doctor Piza; el azufre líquido vulcanizado, del doctor Terradas; los vinos de quina simples y compuestos, del doctor Cuchi; el jarabe dinamizado del doctor Artigues de Játiva; los gránulos, de don Felipe Comabella, y multitud de otros específicos que sería muy largo mencionar.

V

Palacio de Agricultura y Museo Martorell

Nada sería tan interesante, tan útil, tan benéfico, tan social, por decirlo así, como hallarse en una Exposición Universal con un edificio, llámese Palacio, Galería ó de cualesquier otra manera, donde se encontrasen descri-

tos, clasificados y completos los sistemas de agricultura de los diversos países habitados en el mundo, porque con excepción de las tribus errantes y cazadoras, los pueblos más atrasados é insignificantes tienen que sacar de la tierra los elementos de su vida. ¡Qué campo tan grande para un observador poder conocer y comparar los instrumentos de labranza usuales en cada pueblo; distinguir las modificaciones que sufren los productos según los climas; fijar cuál es la base de la alimentación en cada región de la clase menesterosa, que se designa con el nombre general de pueblo; estudiar los beneficios de que son susceptibles los terrenos eriazos é improductivos, y calcular la economía que resulta de la buena aplicación de la maquinaria moderna; palpar, por decirlo así, las semillas, los granos, las maderas, las flores, los frutos todos y de todas partes, estar rodeado, en fin, de las maravillas que está produciendo constantemente esta madre común que nos mantiene y que con razón consideraron los primeros economistas franceses como la base de toda riqueza y como el origen único de la industria! Porque bien mirado, los elementos primitivos no provienen más que de la tierra para ser después aplicados y transformados de mil maneras por la habilidad del hombre, no sólo para los simples usos de la vida, sino para los más exquisitos placeres y el más refinado lujo. ¿Cómo podrían adornarse las hermosas mujeres con la seda y el terciopelo si no fuera por el cultivo de la morera? ¿Cómo podrían abrigarse los pobres y cubrirse deliciosamente los ricos sin la producción del algodón y del lino? ¿Cómo se mantendrían millones de gentes sin el trigo y sin el maíz? La ciencia de hacer producir la tierra puede decirse que es por excelencia la ciencia de

la vida, y el palacio donde se pudiese mostrar esta enseñanza completa y objetiva, sería casi maravilloso como los de los cuentos fantásticos que escuchamos cuando niños.

Pero mientras en las Exposiciones los palacios dedicados á las artes y á la industria han estado de tal manera repletos de producciones que han podido proporcionar un estudio completo, los dedicados á la agricultura han quedado á poco más ó menos vacíos. No sé hasta ahora si podrá notarse esto en la gran Exposición de París, pero se echaba de ver desde luego en la de Barcelona.

En la obra titulada *Estudios sobre la Exposición Universal,* y la cual nos ha servido de guía en muchas de nuestras indagaciones, apenas encontramos cinco páginas relativas al palacio de Agricultura. El edificio, bello como todos, con el mérito de haber sido construído rápidamente como los otros y adecuado á su objeto, no contenía dentro sino muy poco de lo que debiera haberlo llenado con sólo un esfuerzo de las provincias españolas.

La maquinaria agrícola estaba representada más bien por expositores extranjeros, la mayor parte franceses, contándose algunos catalanes, como Valls hermanos, con turbinas, bombas y prensas hidráulicas; la de don Basilio Miret, de Tarragona, con arados y variedad de maquinaria; la ciudad de Reus, con prensas, arados y cernedores; Manresa y Villafranca, también con prensas y bombas de diferentes modelos. La casa Alexander, de Barcelona, presentó el invento de una pequeña máquina de vapor con caldera que mueve una bomba y en conjunto constituye un aparato muy útil y económico y esto es lo que podía señalarse de notable.

En el paseo de Pujadas se encontraba la instalación de maquinaria agrícola de la casa Rustón, Proctor y Compañía, de Lincoln, y era lo más surtido é importante. La de don Alberto Ahles, de Barcelona, Brouhot y Compañía, de Vierzon, y la de Decazeville y Paupier, que presentaron un sistema especial de ferrocarril económico, con sus wagones, wagonetas, vías y todo el material usual, llenaban afortunadamente el terreno.

«Resulta, dice el autor de los *Estudios*, que en agricultura se ha hecho un gran papel por el número de máquinas que se presentaban y por las firmas que han asistido; pero que en productos agrícolas apenas se ha conocido tal Exposición.»

Don Francisco Martorell y Peña, distinguido filántropo de Barcelona, fundó el museo que tiene su nombre y un premio quinquenal de 20,000 pesetas para la mejor obra de arqueología. El edificio no es muy grande, la portada de orden dórico, con su ancha cornisa y su gran tímpano, es bellísima y adorna mucho todo ese rumbo del Parque.

En el interior se encuentra un poco de todo. Como 400 volúmenes en el gabinete del director, cristalizaciones de sal gema, algunos instrumentos de la edad llamada de piedra, sobre 1,700 monedas, una colección de armas curiosas, entre las que hay las que el general Prim trajo á su regreso de la campaña de África.

«La moneda del comercio no puede considerarse ofendida de que la froten, la pesen, la arrojen para que suene sobre la mesa de mármol de un mostrador, la moneda de la caridad tiene derecho á mayores consideraciones.»

Como donación á la ciudad, el museo Martorell es bueno. Si fuera institución fundada con los grandes recursos de un gobierno, sería necesario hacer otra clase de crítica, y el señor Ixart, en las líneas que se han copiado, da una saludable lección que basta para abstenerse de todo juicio desfavorable cuando se trata de cosas útiles y benéficas.

Pero este museo, pequeño, adquirió una grande importancia durante la Exposición porque el señor don Manuel Vidal y Cuadras y Ramón tuvo la oportuna idea de colocar allí la colección de monedas y medallas que posee, y que seguramente es una de las más completas que existen. Forman la colección 14,699 piezas, de las cuales 2,187 son de oro, 7,394 de plata y vellón y 5,118 de cobre y vellón.

La antigüedad de las monedas y medallas, el orden histórico y cronológico de ellas, y el ser muchas de oro y plata, que rara vez se encuentran, cuando se trata de remotos siglos, dan á esta notable colección, obra de una paciencia y una constancia de años, un valor que no sería posible designar. Bastará, para comprobación, hacer un ligero extracto.

Hay como 55 monedas púnicas de Cartagena, Cádiz, Málaga, etc., siendo de ellas 8 de plata, 5 lidio-fenicias, de Medina Sidonia y Melgarejo; 33 griegas de Rosas y Ampurias; 51 ibéricas de Ampurias, Sagunto, Urgel, Medinaceli, Huesca, Játiva; etc. Las latinas son abundantísimas, siendo 120 de plata, de modo que estas piezas son una comprobación irrecusable del paso y dominación, más ó menos duradera, de esos pueblos antiguos en las tierras españolas.

Entre las monedas romanas las hay desde el año 416

de Roma, consulares anónimas hasta el año 123, consulares con nombres de familia, é imperiales hasta César y el reinado de los tiranos hasta Justiniano y Heraclio I, siendo de éstas 360 de oro y más de 2,000 de plata.

Después viene la de los reyes godos y visigodos, desde Amalarico hasta Rodrigo, las carlovingianas de Carlo Magno, Luís el Piadoso y Carlos el Calvo. Después las hispano-cristianas, desde Berenguer Ramón I, hasta Isabel y Fernando el Católico, y desde Carlos V, (I de España), hasta Alfonso XIII.

Continúa la colección con los grandes maestres de Malta, papas, medallas y guitones de los siglos XV, XVI, XVII, XVIII y XIX, hasta Agustín I y Ana, emperadores de México: Alfonso XII y María Cristina, reyes de España, y León XIII, papa.

La Exposición, pues, de Barcelona tenía en el museo Martorell algo de muy importante para la ciencia numismática.

VI

Las Colonias

El local que se destinó para los productos de las Colonias españolas era reducido y nada tenía de particular. Un simple *jacalón,* como se diría en México. Los productos de Manila estaban en un ángulo de la nave central del palacio de la Industria y consistían en una colección de minerales, ningunos de plata ú oro en trescientas cuarenta y ocho piezas de maderas de construcción y ebanistería, muestras de maíz, cacao, algodón, azúcar y café, y señaladamente el *abacá* y el tabaco.

El abacá, como se sabe, es una planta de la que se saca una fibra propia para cuerdas, cables y tejidos, que los conocedores dicen que es superior al *henequén* de Yucatán por su finura y resistencia.

La manufactura y no sé si el cultivo del tabaco lo ha aprovechado la «Compañía de Tabacos de Filipinas,» cuya dirección se halla en Barcelona. Fumador de más de cuarenta años, mi opinión privada es que los puros de la Habana y Veracruz, aun los más inferiores, son preferibles á los de Filipinas. Dejo esta cuestión á los fumadores. Algunos escritores españoles que publicaron artículos relativos á la Exposición, criticaron severamente al Gobierno por el abandono en que, según dicen, tiene á las Colonias. Me abstengo de hacer cualquiera observación en este sentido, reduciéndome á indicar que la exposición filipina, cuyos armazones y escaparates eran ó imitaban la caña de bambú, por las panoplias de armas extrañas y por sus pañuelos y tejidos de fibras diversas, presentaban carácter típico y especial bastante curioso, lo mismo que la casa que estaba en el Parque.

El edificio de que hemos hablado al principio contenía las producciones de las islas de Cuba, Puerto Rico y Baleares, que en compendio eran muestras de azúcar, de ron, aguardiente, licores, café, piedras minerales, calzados y algunos productos químicos. Una de las instalaciones era ingeniosísima y consistía en una carreta cargada de cajas y barriles que se suponía llenas de licores con un fácil mecanismo para la carga y descarga.

En el instructivo libro *Estudios sobre la Exposición Universal,* que ya hemos citado, se encuentran los siguientes datos sobre Puerto Rico:

Esta pequeña antilla tiene 3,000 casas de mampostería, 30,000 de madera y 80,000 de paja y *yagua*. La riqueza rústica consiste en 800 fincas de caña con 40,000 hectáreas cultivadas, 6,000 fincas de café, 800 de tabaco y 21,000 ranchos dedicados al cultivo del maíz, arroz, plátano, habichuelas y batata, quedando 400,000 hectáreas dedicadas á pastos, calculándose la riqueza pecuaria en 400,000 cabezas de ganado vacuno, 83,000 de caballar, 40,000 de cerda y 4,000 de ganado lanar. Estos datos estadísticos, aunque sean tomados al vuelo, son siempre interesantes.

Como debe suponerse, el producto principal de la Isla de Cuba consiste en el tabaco, y para los aficionados á fumar no había en todo el Parque instalaciones que llamaran más su atención. Eran, en efecto, no sólo bonitas sino ingeniosas y de lujo y lo que encerraban es imposible describirlo y no tenía atractivo sino para los viciosos. ¡¡¡Qué variedad de puros, como les llamamos en México!!! ¡Qué capas tan finas y sedosas! ¡qué perfección en la manufactura! ¡qué colores tan graduados indicando para los conocedores el aroma y el sabor! ¡Maravillas elaboradas con esa planta venenosa, que ha merecido las excomuniones del Papa y la reprobación de todas las inglesas, y cuyo uso, sin embargo, se ha propagado por el orbe entero!... pero trabajo perdido y deseos malogrados: no podía extraerse uno solo de aquellos envidiados tabacos; la Administración, que se ha reservado el monopolio, había sólo tenido la generosidad de permitir á los fumadores que recrearan la vista y... nada más.

La España, la Francia y la Italia obtienen grandes productos anuales del monopolio del tabaco, pero aún hay

que resolver esta cuestión económica, que ya ha resuelto México.

¿Es más productiva y más benéfica la libertad del cultivo, venta y elaboración del tabaco que el monopolio por cuenta del Estado? En México, que estuvo estancado durante siglos este ramo, ha resuelto en mi juicio favorablemente la cuestión. Los productos de la contribución sobre la elaboración y venta son á poco más ó menos iguales á los que le daba el monopolio, más de un millón de familias se mantienen por la elaboración y el expendio, y la agricultura ha recibido un impulso increible dedicando tierras al cultivo de esta planta, no solamente para el consumo interior sino para la exportación, que va aumentando gradualmente todos los años. España, Italia y Francia seguramente tienen regiones donde el tabaco se cultivaría con éxito y el interés particular y la industria tan adelantada pondrían en el comercio tal variedad de labrados que el consumo duplicaría y los rendimientos fiscales serían mayores. Esta es cuestión ardua y grave que me atrevo apenas á iniciar, declarando, para concluir este capítulo, como fumador viejo: que los tabacos de la Vuelta de abajo de la Habana no tienen igual en el mundo y que después de ellos no hay otros superiores á los de Tabasco y San Andrés Tuxtla, en la República Mexicana.

VII

Las hijas rebeldes

Fueron educadas en el más estrecho recogimiento, y desde su más tierna edad se procuró inspirarles las

más saludables máximas de la religión y de la moral cristiana é infundirles, á la par que el temor de Dios, el más profundo respeto á sus mayores; pero crecieron las muchachas con cierto vigor y lozanía, porque vivían en un clima delicioso lleno de flores, de plantas, de luz y de aromas. Con la edad les vinieron, como á todas las mujeres, las ideas locas de libertad, de independencia, de goces y de placeres.

El día menos pensado se apartaron á todo riesgo del dominio maternal, y caminaron por el mundo en pos de aventuras y de novedades. ¡¡Lo que la madre patria, indignada de esta temprana sublevación, hizo para atraerlas al hogar doméstico y hacer que volviesen al redil estas ovejas extraviadas, no está para escrito!! Consejos, amenazas, castigos, todo fué inutil, nada valió, y continuaron años y años su vida aventurera y loca.

Entre las cóleras é indignaciones históricas no hay ejemplo de una tan grande y persistente como la de los parientes y sobre todo la de la madre de estas desatentadas criaturas. Muy serios y sentenciosos con sus coronas en la cabeza y sus cetros en la mano, no se cansaban de predecirles males sin cuento, y enfermedades incurables á consecuencia de su vida siempre agitada y azarosa, y de vez en cuando no dejaban de enviar á delegados, que más bien por la fuerza que no por la persuasión y mansedumbre, trajeran al orden á tan voluntariosas é independientes familias, porque en el curso de los años habían ya establecídose aquí y allá, y creado y multiplicado según el mandato de Dios.

Con los años también cambiaron las ideas y las cosas tomaron otro giro. Ninguno de los parientes ya ancianos que las anatematizaban con sus enojos, recordaba que

habían sido jóvenes y calaveras, y que no era sino por medio de la experiencia y de los golpes de fortuna, como habían llegado á ese grado de quietud relativa y de prosperidad admirable. Querían una cosa imposible. Que las jóvenes que no cumplían veinte años obrasen con la sabiduría y con la seguridad de las matronas de cincuenta.

Pero pasó todo eso, como todo pasa en la vida. Cambiaron las cosas, como cambian en el mundo en cada período. Los contratiempos y vicisitudes que necesariamente tuvieron que sufrir estas hijas rebeldes, les hizo pensar con detenimiento y organizarse con un poco de método para hacerse querer y respetar, entrando de lleno en el camino recto y bueno, para ir de concierto en el mundo, por esa senda difícil del progreso y de la libertad.

La madre, porque al fin madre era, no se negó á la reconciliación y los viejos parientes coronados unos, y con la bandera de la República otros, aplaudieron, y hé aquí, vueltas ya al hogar materno, libres, independientes, ricas y hermosas, las vírgenes locas que lo abandonaron hace algunos años.

El Paraguay, el Uruguay, Chile, Bolivia y el Ecuador, estaban allí presentes. México no asistió porque no se le invitó oficialmente sino hasta el mes de Octubre anterior y ya no había tiempo para preparar y hacer los envíos oportunamente.

El Paraguay remitió plantas medicinales, tintóreas y textiles, seda vegetal, muestras de vinos, pieles, labores de mano de bastante mérito, índigo y una esencia alcohólica de *texteya*.

El Uruguay una notable colección muestrario de lanas, la industria ganadera con sus derivados, peletería, colección de muestras de maderas, tasajo y algunos otros productos naturales.

Chile, colección de minerales, muestras de vinos, y muy pocas cosas más.

Bolivia, colchas de vicuña, pañuelos bordados, tejidos de alpaca, plantas raras medicinales como la *choticaya cocas, guarana, chuno, quina,* etc., y colección de piedras de las minas de Pedacayo y Huanchaca.

El Ecuador, muestras de cacao y de café, cochinilla, ipecacuana, vainilla, quina, etc. La sección mineralógica bien representada por notables ejemplares de oro, cinabrio, plata, cobre, hierro, manganeso, etc., y como cosa notable una pieza de caoba cortada transversalmente de cerca de dos metros de diámetro propiedad de don Román Romano, que no era del Ecuador sino de los bosques de Tabasco en la República mexicana.

Las instalaciones en lo general estaban muy bien arregladas por el cuidado especial de los cónsules y personas encargadas de ellas, pero muy modestas comparadas con las barcelonesas, y contenían por lo general muestras de productos naturales. Esos países son esencialmente mineros y agrícolas, productores de frutos muy estimados en Europa, que no se cosechan sino en determinados climas y sobre todo de metales, dominando el oro y en abundancia la plata. Comienzan ya á ensayar diversos ramos de industria pero sólo con el transcurso de muchos años podrán figurar algunas de esas Repúblicas como países industriales y competir con uno ú otro de los centros de Europa; por ahora producen materias primas, frutos exquisitos y el signo de cambio y con esto sobra y basta.

Pequeñas y deficientes, como se ha dicho por algún escritor, las instalaciones que representaban la América, consideradas bajo un aspecto filosófico, eran las de más importancia.

Malthus, el filósofo fatalista que ha contado los asientos del gran banquete humano en el que muchos no tienen señalado lugar, dice que los pueblos pobres son siempre bárbaros y que la riqueza es el alma de la civilización.

En el sentido económico lo mismo es un trozo de carbón mineral que un trozo de plata, lo mismo una pepita de oro que un saco de trigo, todo son valores susceptibles de cambio y todo valor constituye una riqueza; pero sea de esto lo que fuere, el oro y la plata han dado la medida de todos los valores y han sido y son el signo de cambio; así mientras más oro ó plata circule en cualquier país, ese país es rico en la extensión de la palabra.

Con el descubrimiento de América cambiaron sucesivamente todos los negocios de Europa y han concluído por una maravillosa transformación.

La América, incluyendo los Estados Unidos del Norte, ni en política, ni en sus pocas ó muchas influencias, ni en sus guerras y alianzas, ni en sus combinaciones financieras ha hecho jamás el menor daño á la Europa.

La América, le ha dado á la Europa el maiz, que es una admirable planta propia para la alimentación del pueblo pobre y de los animales domésticos; el tabaco, que produce cantidades muy fuertes á diversos gobiernos; la quina y otras hierbas medicinales, que han servido para disminuir ó quitar enfermedades incurables; el cacao, planta no solamente alimenticia sino de un

gusto exquisito y ya de un uso general, y sobre todo, la ha inundado materialmente de plata y oro. Desde 1550 se estableció ya una remesa periódica de México á España y depués á Francia é Inglaterra que puede estimarse en una cifra de veinte millones anuales en monedas de oro y plata, pasta y labrada, así en ese período de 339 años sólo de México se ha puesto en circulación en Europa la suma de 6,780 millones de pesos. Si á esta suma se añaden las bonanzas del fabuloso Potosí, la fiebre de oro de California y los productos inagotables de las minas de Constock y Nevada, se formará una cantidad tan increible de oro y plata que si se llegara á poder formar una cuenta probable, parecería fabulosa.

Bien que la España no fuese desde un principio ni aun después la más aprovechada de las riquezas de las que fueron sus colonias, el hecho es, que en general la Europa no puede negar que ha sido regenerada y fecundada con esos ríos de oro y plata, como lo es una tierra seca, que repentinamente recibe las frescas y copiosas aguas de los cielos.

Esto explica las increibles fortunas en metálico de los judíos, las existencias en oro y plata de los muchísimos Bancos; esto explica como el patriotismo francés pudo pagar casi al contado y en especies 5,000 millones á la Alemania; esto explica la tupida red de caminos de hierro de que está revestida la tierra de toda la Europa; esto explica también la Exposición universal de Barcelona, la admirable Exposición de París y la altísima torre Eiffel de 300 metros de altura. Sin dinero nada se hace en esta vida.

Esta es la importancia de esas pequeñas y modestas instalaciones casi vacías de las hijas rebeldes que se

presentan ya dignas y engalanadas en la capital de la Francia ó en la capital del mundo, como decía Víctor Hugo.

VIII

Estados Unidos del Norte

Strips and Stars.—Rayas y estrellas.

Todo el departamento asignado á la gran República, estaba tapizado con la bandera de la libertad, ostentando cada día más número de estrellas que representan otros tantos Estados formándose en ese interminable *far-west.*

La proa de un barco con su bauprés y sus cuerdas y una pacas de algodón. Esto era todo, porque lo demás no valía gran cosa, pero esto era bastante. ¿Qué necesidad tienen de exponer nada los inventores del revólver y de los navíos de fierro?

¡¡¿Que yankees? como ellos mismos se dicen. Compitiendo con la Francia, para llevarse por más de medio millón de francos una tela de Millet del tamaño de una servilleta!!

IX

Seis meses de fiestas

Con motivo de la Exposición se hicieron en la ciudad varias obras permanentes, se urbanizaron algunos rumbos, se abrió la Rambla llamada de Cataluña, se inauguró el monumento de Colón y las estatuas de Clavé y Güell y los vecinos mismos se apresuraron á ter-

minar sus construcciones y pintaron las fachadas de los edificios, en fin, todo el mundo, y señaladamente los dueños de hoteles y casas de huéspedes se prepararon generosamente á otorgar la hospitalidad á los extranjeros, mediante precios duplicados y peor servicio que el ordinario. Los teatros abrieron de par en par sus puertas, y para todos hubo compañías de zarzuela, de ópera italiana y de comedia.

En la Rambla se colocaron una serie de globos de gas de colores y focos de luz eléctrica; la iluminación de la calle de Fernando VII, Plaza de Çataluña y Gran Vía se duplicó ó triplicó; racimos de luz y arcos aquí y allá daban á estos rumbos un aspecto mágico. En las noches, las calles y plazas, muchos edificios particulares, las fachadas de los teatros y circo, el paseo de Colón, el rumbo de la Aduana, los palacios de la Exposición y el extenso Parque, se iluminaban *á giorno*, y la multitud, ávida de placeres y de diversiones, admiraba la realización espléndida de la obra del alcalde don Francisco de P. Rius y Taulet, se precipitaba á los tranvías y carruajes de toda especie, ó corría á pie y llenaba cuantos lugares había de diversión.

En el Parque la fuente mágica y los fuegos artificiales, el globo cautivo, el gran restaurant iluminado, los pequeños cafés y fondas, la horchatería valenciana, el café turco, los diversos kioskos y los palacios abiertos y claros con la luz eléctrica como si fuera de día, no tenían el aspecto, sino que realmente eran, una especie de ciudad pequeña y lujosa, llena de atractivo, concurrida por lo más selecto de Barcelona y por buen número de extranjeros, agradable en las tibias noches del verano y donde siempre había algo nuevo que ver.

Con motivo también de la Exposición, después de descansar en las estaciones de baños, fueron llegando sucesivamente á Barcelona los grandes hombres de Estado y las notabilidades madrileñas, y con ellas lo que podremos llamar la exposición del *espíritu* ó la manifestación y gala del talento aplicado por algunos personajes más especialmente á la política.

Los congresos abrieron también las puertas, como los teatros; y los actores improvisados y fugitivos desempeñaron su papel tan bien como pudieron. A la memoria recordamos el congreso pedagógico, el económico, el de comercio y navegación, el de agricultura, el de industria, el de ferrocarriles y canales, el de impuestos, el jurídico, el de arquitectos, el de ingenieros, el de médicos y farmacéuticos, y por último el espiritista, en el que estuvieron representadas noventa y cinco sociedades nacionales y extranjeras.

Olvidando por un momento tan disímbola variedad de objetos materiales y de diversiones más ó menos selectas y dedicándose á observar este movimiento del *intelect* español, Barcelona presentó un aspecto extraño y se convirtió en una especie de grande academia, donde entraron todas las ideas de adelanto, de política, de legislación, de literatura, de ciencias, de progreso y hasta la comunicación de los seres vivientes con los que ya desaparecieron del mundo, y todo esto tuvo momentánea boga y aceptación en grupos numerosos, por más disímbolo que pareciese.

Llegó Pí y Margall, ¡qué recepción! medio Barcelona, ya en coche, ya á pie salió á encontrarlo, se le alojó en una casa principal de la Rambla, se iluminó la fachada y las gentes permanecían horas enteras esperando que

saliese para verlo, como si fuera un habitante de otro mundo, que no hubiese nacido en Cataluña, donde es demasiado conocido.

«¡Queridos correligionarios! les dijo á los barceloneses, con un aplomo, una seguridad y una convicción profunda. ¡Queridos correligionarios! de tan alto poder goza (el rey), que si llegara á cometer el mayor de los crímenes, no habría ni tribunal para juzgarle... Se dice que este poder del rey tiene por contrapeso el de las Cortes, mas esas Cortes el rey es quien las convoca, el rey quien puede suspenderlas, el rey quien las disuelve cuando cuadra á sus opiniones ó á sus intereses.»

Y por este estilo pronunció un magnífico discurso en un sentido republicano federal, que entusiasmó y llenó de orgullo á todos sus queridos correligionarios. Pí y Margall fué paseado en triunfo, entre palmas, hachones y banderolas por Barcelona, y conducido y obsequiado con una jira al Tibidabo y un banquete opíparo. Decididamente se hubiera creído que Barcelona era completamente federal.

Llegó don Antonio Canovas del Castillo. Más grave que Pí y Margall, comenzó diciendo ceremoniosamente; «Señores: no hace muchas horas que tuve el honor de dirigir la palabra á una gran parte, al menos, de las personas que en el día de hoy están aquí congregadas...

»Para mí el principio de la soberanía reside en el rey con las Cortes. El rey tiene el derecho de convocar las Cortes, el rey tiene el derecho de proponer á las Cortes cuanto tuviera por conveniente. El rey tiene el derecho de sancionar ó no los decretos de las Cortes, pero el rey no tenía ni tiene el derecho de decidir por sí solo la formación de las Cortes. Y aunque encontré una fórmula

que consideraba mala, la respeté y mantuve hasta que el rey y las Cortes modificaron el sufragio universal.

»Creen que es por terror, por miedo al sufragio universal, por lo que nosotros lo combatimos. ¡Si lo conocemos! Nosotros combatimos al sufragio universal, porque es hora de establecer en España la verdad y la sinceridad del sufragio, y ésta sí que es necesidad sobre todas las necesidades políticas.»

Y por este estilo continuó el señor Canovas su notable discurso diametralmente opuesto al de Pí y Margall... ¡qué aplausos, qué vivas, qué aclamaciones tan entusiastas al jefe del partido conservador español! Los banquetes y brindis no escasearon, y el señor Cánovas fué conducido á la estación del ferrocarril por un selecta y numerosa reunión y el pueblo formaba valla en las calles para verlo, como si llegase de la luna y no de la estación veraniega.

Llegó don Emilio Castelar. Ese, alegre, afable, deseando complacer á todo el mundo y encantar á sus oyentes, subió á la tribuna saludando al numeroso concurso que lo rodeaba y dándole el título de «amigos y correligionarios.»

Comenzó su discurso el fecundo tribuno español, con el recuerdo de dos amigos y lo enderezó, con arte y sembrando flores á manos llenas, á preconizar ante su ya bien prevenido auditorio las excelencias del sistema republicano y del ejercicio del sufragio universal, de que tan desconfiado se mostraba el señor Canovas.

«Nuestros enemigos del alma, decía el señor Castelar, proceden como si no supiesen que la República tiene, antes que el triunfo, una profunda y larga educación, después del triunfo, lento desarrollo. La segunda

República francesa, con estar fundada tras una monarquía constitucional muy larga y ser de suyo muy buena, digan lo que quieran sus detractores, se perdió por no haberla precedido el sufragio universal, y la tercera, con venir tras larguísima dictadura y un mal régimen, se salvó porque se había educado en veintidós años de saludables ejercicios en el sufragio universal. En los Estados Unidos se fundó la República sin que pasara por ninguna reacción imperial y en los Estados mexicanos nuestros no pudo fundarse ni establecerse definitivamente, como ya está fundada y establecida, sin pasar por dos reacciones imperiales y por revoluciones armadas. En cambio los Estados Unidos no pudieron abolir sino muy tarde su esclavitud, y pasando por una horrible catástrofe, mientras los Estados mexicanos abolieron su esclavitud en paz y en armonía, ¿por qué los Estados Unidos establecieron y desarrollaron su República sin las catástrofes de México? Porque en los Estados Unidos se hallaba muy educado el sentimiento de libertad, y muy establecido el gobierno de sí mismo, por una larga educación parlamentaria y liberal á la inglesa. ¿Por qué México abolió la esclavitud sin la catástrofe horrible de los Estados Unidos? Porque México tenía muy educado el sentimiento de igualdad por una larga educación española casi desconocida de los anglo-sajones.»

Y por este orden, el inagotable orador siguió ensalzando el sistema republicano y el sufragio universal y no hay para qué decir que los aplausos fueron estrepitosos, que el señor Castelar era elogiado y recibido en todas partes y seguido de la multitud como si fuese la primera vez que hubiese venido á Barcelona.

Llegó su turno al señor don Francisco Romero Ro-

bledo. Habló ante un auditorio donde se encontraba el bello sexo y correligionarios y amigos venidos de lejanas tierras para oirle y cumplimentarle. Habló en un sentido menos enigmático y florido que Castelar, pero más práctico y de más interés individual.

«Yo soy proteccionista,» dijo, y no hay idea de los aplausos, de las aclamaciones, de los extremos á que llegó el entusiasmo por ese distinguido hombre de Estado, que colocó la cuestión económica en primer lugar, sin que le asustase ningún género de libertades, admitiendo el sufragio y todas las libertades posibles, colocando sin reserva la afirmación monárquica.

¡Qué entusiasmo en la ciudad por el señor Romero Robledo! Cuando se le dió su banquete de honor, esperaban su salida en la calle, nó sólo sus partidarios, sino infinidad de personas.

De modo que en Barcelona había partidarios y entusiastas por la federación homeopática de Pí y Margall, por la monarquía sin necesidad del sufragio universal de Cánovas; por la República moderada de Castelar, y por el proteccionismo de Romero Robledo y si hubiese venido el barón de Sangarrén hubiese tenido igualmente banquete opíparo y jira al Tibidabo.

Y es que en Barcelona hay una diversidad de opiniones, como hemos indicado en otra parte, desde el más avanzado liberalismo hasta el más absoluto monarquismo, sin que esto produzca colisiones ni rencores, al menos visibles, lo cual da una idea de una tolerancia práctica que acusa en el fondo un buen carácter.

En una Exposición cualquiera es preciso, para que no decaiga, que haya sorpresas y fiestas continuas que tengan el ánimo del público en suspenso y esperen algo

nuevo. En el jardin tocaba todas las tardes la excelente y bien dirigida banda municipal. En el inmenso salón del palacio de Bellas Artes se daban con frecuencia conciertos, ensayándose el efecto de dos órganos eléctricos, que no dieron muy buen resultado, pues el mucho ruido que hacían, opacaban á los otros instrumentos y las malas condiciones acústicas del local. Orfeones vinieron de las provincias y de Francia, músicas y orquestas extranjeras entraron también en ése salón, y cada uno de estos grupos filarmónicos, que es tan conveniente hasta para lo moral y buenas costumbres que se organicen en las pequeñas poblaciones, se esforzaba en obtener el aplauso y el premio y todos estos certámenes tan concurridos y buscados, que á veces las olas de gentes envolvían á los guardias municipales y forzaban las puertas.

Cualquier pretexto era bueno para festejos, almuerzos, comidas y excursiones á las cercanías pintorescas de la ciudad, y la venida de las infantas, el tránsito del rey de Portugal, y aun cosas menos importantes, bastaban para renovar el espíritu de diversión y espantar el sueño de los que llevaban meses de salir de su casa á las ocho de la mañana y no volver sino á las tres ó cuatro del día siguiente.

Seis meses de una prolongada orgía, no en el sentido báquico y desordenado, sino en el de entusiasta y alegre. Por el contrario, en todo ese período ni un desordén público en los espectáculos, ni robos rateros en las apreturas, ni un solò borracho en la calle. No he visto un pueblo que se divierta tanto y con tanta tranquilidad como el de Barcelona.

El alcalde don Francisco de P. Rius y Taulet es un hombre de estatura mediana, robusto, de anchas espal-

das, de faz colorada y sana, de grandes patillas que le vuelan al viento, y de una mirada y ceja persistente, que indican que el día que él se propusiera perforar con la cabeza la montaña de Montjuich saldría sin remedio al otro lado, y á tanto equivalió el llevar á efecto la Exposición Universal.

Durante los seis meses, el alcalde fué infatigable; presidía los banquetes, pronunciaba discursos y contestaba los brindis; asistía á las funciones religiosas, cumplimentaba á las personas distinguidas; tributaba los debidos honores á las infantas y al rey de Portugal, en una palabra, se le veía á todas horas y en todas partes; parecía que había hecho varias ediciones de sí mismo para que en donde quiera se le viese y la solemnidad estuviese autorizada y animada con su presencia. Estómago y salud tan fuerte como su cabeza, sólo él pudo haber, sin descanso, asistido á esta prolongada festividad de cerca de medio año.

Coincidió con la Exposición Universal la solemne coronación de la Virgen de las Mercedes, que con Santa Eulalia, ha sido la patrona venerada de los habitantes piadosos del puerto. El gobierno local, el obispo y los canónigos prepararon con todo esmero esta función é invitaron á los obispos y dignidades eclesiásticas de España y de Francia. Para el día de la Virgen se dispuso una solemne función en la catedral y de allí fué llevada en procesión, colocada y coronada en su antiguo é histórico templo.

La procesión salió ya á la caída de la tarde, recorrió las calles principales y la Rambla, y ya cerrada la noche

regresó por el muelle de la Paz y la calle Nueva, hasta las puertas de la iglesia.

La gente que formó valla en toda la carrera era tan compacta que se puede asegurar que pocas familias quedaron en su casa. Quizás dos ó tres mil personas alumbrando con vela en mano, el numeroso clero, las autoridades civiles y militares y seis ú ocho venerables obispos ya ancianos llevando con trabajo sus pesadas capas de oro y plata y sus grandes mitras relucientes.

Pi y Margall con su federación, Cánovas con su dinastía, Castelar con su República y Romero Robledo con su proteccionismo, quedaron por un momento borrados de la memoria de los barceloneses. La ciudad piadosa y cristiana olvidó también hasta las maravillas de la Exposición y tornó á los sentimientos religiosos de la Edad Media. Era la procesión solemne y misteriosa de otros tiempos en que se imploraba á esa misma Virgen para que librara á Cataluña de sus encarnizados enemigos. No faltaban más que el Veguer, el Bayle y los Concelleres con sus gramallas encarnadas, pero en su lugar marchaba presidiendo devoto y recogido el monumental alcalde don Francisco de P. Rius y Taulet.

MÉXICO

MÈXICO

I

Rápida ojeada histórica

Hemos dicho sobre el origen, historia, comercio y situación actual de Barcelona lo que nos ha parecido de más interés para que sea conocida en México esta importante población de España, y vamos á hacer otro tanto respecto de México para que también se tengan, aunque sea ideas generales de él, tanto más cuanto que de poco tiempo á esta parte se han aumentado de una manera notable las relaciones mercantiles y literarias que eran antes absolutamente nulas.

Algo de lo que va á seguir parecerá vulgar y es generalmente sabido, pero como quien dice, es menester comenzar por el principio.

Preocupado Colón con la isla maravillosa de la Especiería, no llegó á penetrar en el Golfo de México ni conoció ningún punto de la costa mexicana. Fueron Francisco de Montejo y Juan de Grijalva los que recorrieron después la península de Yucatán y Tabasco, descubriendo ese país y entrando por un ancho río que tiene todavía el nombre del Grijalva.

En la Isla de Cuba, se proyectó la exploración de esos nuevos países, y Fernando Cortés, que á la sazón estaba allí al servicio de Velázquez, se encargó de esta expedición, y con once barcos pequeños, cosa de seiscientos soldados y marineros, doscientos indios de las islas y cuatro falconetes, se dió á la vela para el Golfo. Fué asaltado por una tempestad, recaló en la isla de Cozumel, continuó su camino cuando hubo cambio de tiempo, y llegó á Tabasco, donde venció á los indígenas que se resistieron, y cautivó á la célebre *Malinche*, y por fin llegó al lugar que nombró la Vera-Cruz, el Jueves Santo, 21 Abril de 1519.

Cortés tomó posesión de la tierra en nombre del Rey de España, que era Carlos V. Trató de formar alianza con la República de Tlaxcala y asegurarse de la amistad y aun del concurso de estos valientes indígenas, resolvió seguir al interior y posesionarse de una gran ciudad llamada *Tenoxtitlán,* capital de un vasto imperio que había estado en constante guerra con la República de Tlaxcala.

Toda esta campaña duró cosa de ocho meses, y el sitio de la ciudad, que estaba fundada en medio de unos lagos, duró ochenta días, y la resistencia de los habitantes fué tan tenaz y tan heroica como la de los judíos cuando los romanos sitiaron á Jerusalén. Por fin los españoles triunfaron y tomaron posesión de una ciudad llena de cadáveres y de ruinas el 13 de Agosto de 1521, día de San Hipólito, mártir. A esta guerra concurrieron 50,000 indígenas aliados y cosa de 900 españoles, provistos de caballos, cañones y armas de fuego, lo que por no haberlo nunca visto, causó gran sorpresa en los naturales y contribuyó eficazmente á la victoria de los conquis-

tadores. El monarca mexicano que entonces reinaba se llamaba Moctezuma y fué muerto de una pedrada por sus mismos súbditos que desconfiaron de él.

Este país, que se llamó la Nueva España, acabaron de explorarlo y conquistarlo Cortés y sus sucesores, y de sus habitantes, costumbres, riqueza y religión se han escrito desde esa época acá muchas y curiosas narraciones, siendo una de las más verídicas la del mismo Conquistador en sus cartas dirigidas á Carlos V, y la de Bernal Díaz del Castillo, soldado que acompañó á Cortés y participó de todos los sucesos y aventuras de la Conquista.

Fué gobernado de 1521 hasta 1534 por el mismo Cortés, por delegados españoles y por la Audiencia. En 1535 llegó el primer virrey, que se llamaba don Antonio de Mendoza, al que le siguieron sesenta y tres virreyes más, hasta don Juan O'Donojú, en 1821.

En 1810 un oscuro párroco del pueblo de Dolores, en el Estado de Guanajuato, proclamó la libertad, y la lucha duró cerca de once años, hasta que se consumó la independencia el 27 de Septiembre de 1821, que entró en la capital el ejército que se llamó trigarante por los colores que adoptó en la bandera, á cuya cabeza estuvo el general don Agustín de Iturbide, el cual fué proclamado emperador en 1822; pero duró muy poco tiempo, pues abdicó en el año siguiente y se marchó á Europa, y á su regreso, poco tiempo después, suponiéndose que volvía á reconquistar su corona, fué fusilado en Padilla (Estado de Tamaulipas).

Se proclamó el sistema republicano por el general Santa Anna en Veracruz. El primer presidente fué nombrado en 1824; se llamaba don Guadalupe Victoria, y le siguieron hasta 1859 cuarenta y cinco presidentes más.

El tratado de Londres y la invasión de los franceses, de que se ha hablado al principio de este libro, cambiaron temporalmente el gobierno del país, y se erigió un imperio. El partido conservador, apoyado por Napoleón III, ofreció la corona al archiduque Maximiliano de Austria, que comenzó á gobernar en la capital en 1864. El partido liberal, á cuya cabeza estaba don Benito Juárez, como Presidente constitucional de la República, y que nunca abandonó su puesto, opuso una tenaz resistencia y luchó durante cinco años con suerte varia; pero al fin logró triunfar y vencer en Querétaro al Emperador, encerrado allí con las tropas y partidarios de la monarquía. El desgraciado príncipe, que por un momento tuvo la idea de regresar á Europa y tenía ya el buque preparado en Veracruz, fué fusilado en el cerro de las Campanas en unión de sus generales adictos don Miguel Miramón y don Tomás Mejía, el 19 de Junio de 1867.

Restablecida la República, la siguieron gobernando: don Benito Juárez, hasta que falleció; el licenciado don Sebastián Lerdo de Tejada hasta 1867; después el general don Porfirio Díaz hasta 1880; el general don Manuel González hasta 1884, y desde entonces hasta la fecha el mismo general don Porfirio Díaz, que ha sido reelecto.

México ha tenido la guerra de independencia que, como va dicho, duró once años; primera guerra con Francia en tiempo del rey Luis Felipe. El castillo de San Juan de Ulúa fué bombardeado y se pagaron seiscientos mil pesos á la Francia, que en una gran parte no se repartieron en París á los interesados que no pudieron justificar sus reclamaciones. Esto pasó en el invierno de 1838, y á poco se hizo la paz con Francia.

Otra guerra más seria tuvo México que sostener con

motivo de la antigua provincia de Texas, que se agregó á los Estados Unidos del Norte en 1845. El gobierno de ese país sostuvo con las armas este acto é invadió el país por diversos puntos ocupándolo con sesenta mil hombres, doscientas piezas de artillería y tres mil carros, gastando una suma que pasó de doscientos millones de pesos. México, á pesar de sus pocos recursos, de la inferioridad de sus armas y de no estar preparado para resistir una invasión tan formidable, luchó sin descanso cerca de tres años, defendiéndose en las plazas y costas y aun dentro de las mismas casas de la ciudad de México, hasta que vino á convenir en un tratado de paz, recibiendo quince millones de pesos como indemnización de los terrenos que perdía al fijarse una nueva línea fronteriza.

Entre estas guerras extranjeras se mezclaban pequeñas guerras civiles más ó menos durables, hasta que fué necesario que llegase la grande y obstinada guerra de la Reforma, y á la que habiendo estado mezclada la invasión extranjera, se le ha llamado de la segunda independencia, que realmente comenzó con la presidencia de don Ignacio Comonfort en 1855, y terminó con la desocupación de México por las tropas francesas y la muerte de Maximiliano en 1867. Habiéndose logrado, bien que á costa de mucha sangre y de enormes sacrificios, consolidar el sistema republicano; la separación de la Iglesia del Estado; la tolerancia religiosa; la libertad del comercio en el sentido económico, y sobre todo, echar los fundamentos de una paz sólida, que sin una sola transición, dura ya hace veinte años, y es casi seguro que así continuará la nación por haber logrado ya sus reformas civiles y religiosas, y porque han desaparecido los elementos é intereses que antes estaban en

efervescencia y hacían incierta y precaria la acción del gobierno.

En las menos líneas posibles, y con entera verdad é imparcialidad, hemos procurado dar idea de los más notables acontecimientos históricos. Los pormenores forman la extensa obra de la conquista y civilización española y las de las guerras civiles de la República. Complicada como sea, representa el laborioso trabajo de un pueblo nuevo para constituirse y entrar de lleno en el camino de la civilización y del progreso material, y por lo que han tenido que pasar forzosamente las naciones que hoy ostentan un gran poder, una admirable fuerza de civilización y de influencia en el mundo.

II

Constitución y Estados de la República

De la misma manera y en las menos líneas que se pueda trataremos este asunto, á fin de que el que leyeré este libro se forme una idea de generalidades, sin gran trabajo, ni la dificultad que ocasiona el recorrer obras extensas.

Lo que se llamó entre los indígenas mexicanos el *Anahuac* y entre los españoles la Nueva España y que formó el virreinato de México, era un país muy extenso; comprendía por el Sur el reino de Guatemala, dividido hoy en cuatro Repúblicas; por el Norte la provincia de Texas hasta la Luisiana, el Nuevo México y la Alta California, que por el tratado con los Estados Unidos pertenecen hoy á ese país. Las ciudades principales están fundadas en la gran mesa de la cordillera de la

Sierra Madre; se disfruta en lo general de un clima templado y sano en todo el año, con excepción de las costas en ambos muros, donde se hace sentir el calor en el verano. Las del Golfo eran sanas, pero el comercio de los negros y el tráfico con lugares insalubres del Africa produjo la introducción de la fiebre amarilla en las islas y en las costas del Golfo, y es averiguado que los sucesores de Colón y los primeros conquistadores ninguna enfermedad endémica notaron sino sesenta ó setenta años después de los descubrimientos. La situación topográfica del país hace susceptible el cultivo de toda clase de semillas y frutos y se encuentran á corta distancia los propios de las zonas tropicales y las de las templadas. En Toluca, por ejemplo, se cultiva el trigo, se producen las manzanas y las peras, y á seis ó siete horas de distancia, por ferrocarril, se encuentra Cuernavaca, donde nace en abundancia la caña de azúcar y el naranjo, y así sucede en diversos lugares del país. En las montañas, desde los primeros tiempos de la ocupación española, se encontraron bosques inmensos de maderas de ebanistería y minas de oro, plata, cobre, plomo y criaderos de sal, que se comenzaron á explotar é hicieron la riqueza de muchos de los colonos, como por ejemplo, la de los condes de Regla. La explotación de las minas de plata ha continuado y continúa en estos momentos con grande actividad, como diremos después, y además se emprende el trabajo en las minas de hierro, cobre y carbón de piedra.

El gobierno colonial, como lo dice extensamente el señor Riva Palacio en la introducción á su historia de México, dictó en su legislación de Indias disposiciones muy humanas y aceptables, y con las ordenanzas de

minería, de intendentes y otras disposiciones logró un excelente sistema administrativo adecuado á la época, y que no es todavía bien conocido, pero que producía un gobierno mejor que el que tenía la misma metrópoli. Las rentas consistían en el monopolio del tabaco, que producía de cuatro á cinco millones de pesos líquidos; en las alcabalas interiores y *pulques* que recaudaban de tres á cuatro millones y en multitud de otras contribuciones y gabelas pequeñas que en total rendían de siete á nueve millones de pesos que se remitían á España en los galeones que eran presa algunas veces de los diferentes piratas, argelinos, ingleses y franceses que surcaban impunemente los mares sin ser perseguidos á causa de las continuas guerras de que era presa la Europa.

Este sistema hacendario y el sistema administrativo han sufrido grandes modificaciones desde el año de 21 á hoy, como veremos después.

La reforma y progreso de México puede fijarse prudentemente desde mediados de este siglo durante las administraciones de los generales Herrera y Arista y que tuvieron que continuar en medio de grandes dificultades los demás funcionarios que han influído en los destinos de México, guiados por esa fuerza invencible del progreso que empuja á todas las naciones á su mejora y engrandecimiento.

La República Mexicana está hoy regida conforme á la Constitución de 5 de Febrero de 1857, que con sus adiciones y reformas ha subsistido desde su promulgación hasta hoy y se irá modificando y mejorando por el orden que ella misma establece.

El Ejecutivo consta del Presidente, que es el jefe del

Estado y de seis ministros responsables de sus actos ante el Congreso de la Unión.

El poder legislativo se compone de la Cámara de diputados elegidos popularmente á razón de uno por cada ochenta mil habitantes, y la de senadores de dos por cada Estado. Estos cargos duran dos años y el período presidencial es de cuatro años. La Cámara de diputados se erige en Gran Jurado para declarar ó no culpables á los ministros y otros funcionarios en delitos oficiales y aun en los del fuero común. El Senado dirime las cuestiones que se suscitan entre las legislaturas de los Estados y sus gobernadores. Las leyes se inician ó por el Ejecutivo ó por los diputados en la Cámara, son aprobadas ó reprobadas por mayoría y pasan para su revisión al Senado y para su sanción al Ejecutivo.

La justicia se administra por jueces, cuya profesión sea la de jurisconsultos, precediendo en los delitos comunes la calificación del Jurado popular. En segunda instancia pasan al tribunal superior del distrito y en revisión ó apelación á la Corte Suprema de Justicia, la cual se compone de once ministros elegidos popularmente y que forman para el despacho tres salas. Se ha introducido también el juicio de casación, en cuyo caso, si es favorable á la parte, se repone el procedimiento.

En los Estados, para los asuntos federales, hay en cada uno un juez de Distrito y uno de Circuito que comprende cierta zona y que juzga en segunda instancia.

Cada uno de los poderes tiene claramente marcadas sus atribuciones en los capítulos respectivos, y toda la Constitución, de la cual se ha dado una rapidísima idea,

no llega á doscientas páginas, inclusas las reformas, y es de fácil inteligencia, aun para las personas menos versadas en la política.

La República Mexicana está dividida en el Distrito Federal, capital de la República y residencia de los supremos poderes, en dos territorios y en veintisiete Estados, que con pocas excepciones tienen los mismos nombres que tenían las capitales de provincia en tiempo de la dominación española.

Cada Estado es libre é independiente en el ejercicio de su administración y gobierno interior, el cual se compone del gobernador, elegido popularmente cada cuatro años, de una legislatura de pocos diputados y de jueces y un tribunal de justicia.

En tercera instancia los asuntos civiles vienen en revisión á la Suprema Corte de Justicia.

Los puertos abiertos al comercio extranjero, los castillos y fortalezas se consideran federales, y manda directamente en ellos el presidente de la República en lo relativo á los ramos federales y sin perjuicio de la acción de las autoridades locales del Estado.

Sería largo consignar el catálogo de esos veintisiete Estados y dar idea de su situación geográfica, producciones y riquezas naturales; así nos reduciremos á decir algunas palabras de los más principales.

El de Veracruz, que hemos mencionado al principio de este libro, es de los más fértiles y ricos. Produce en abundancia excelente tabaco, café exquisito de Córdoba y Orizaba, que compite con el de Moca, vainilla, caña de azúcar y algodón.

El de Tabasco, que produce también café, pero sobre todo cacao en abundancia, y que los aficionados á la

bebida que con él se hace consideran igual ó mejor que el de Costa firme y el Brasil.

Yucatán y Campeche son Estados sumamente industriosos con una población trabajadora y semejante en la actividad en los negocios á los barceloneses, y bajo este punto de vista bien podría llamárseles los catalanes de América. El producto de la planta textil, que es una variedad del Agave de Linneo, ha tomado tal desarrollo que importa millones anuales la exportación para los Estados Unidos, Inglaterra y Barcelona, sin contar la antigua explotación del conocido palo de tinte que tiene el nombre de Campeche.

Oaxaca es un Estado tan privilegiado que podría ser una nación. Es minero, agricultor é industrial, y por su situación topográfica produce los mejores frutos tropicales, lo mismo que los de las tierras templadas. Su situación entre las espesas y altas montañas de la Sierra Madre y la dificultad consiguiente de los caminos, han sido causa de que no se conozca ni se explote como debiera haberse hecho; pero en cuanto se concluya la construcción de los ferrocarriles, lo mismo que el Estado de Guerrero, serán objeto de comercio las abundantes y variadas riquezas que encierran.

De los Estados centrales, el de Morelos produce tanto como se quiera, excelente caña de azúcar, café en menores proporciones y naranjas como en Valencia, que á veces quedan tiradas y podridas en las huertas por falta de consumo.

Puebla y el Distrito federal son esencialmente industriales, y especialmente la primera ciudad, donde hay á las orillas del río Atoyac grandes fábricas de hilados y tejidos de algodón de todo género, que han llegado á

competir con los de Manchester y Birmingham. Puebla es la primera ciudad donde hace muchos años se comenzó á fabricar el vidrio y la loza y hoy esas muestras de una industria primitiva se venden con estimación en París.

Guanajuato, Zacatecas, Durango y Chihuahua son Estados mineros y hace siglos están produciendo cantidades fabulosas de oro y plata, sin descuidar por esto el cultivo de las tierras que producen con facilidad el maíz, que es la base de la alimentación de la raza indígena. El Estado de Hidalgo, cuya capital es Pachuca, es célebre y muy conocido en Londres por sus minas de Real del Monte, que hicieron la fortuna de los condes de Regla y las de las casas de Escandón y Béistegui.

Nada hay que exagerar las riquezas de los Estados de Sonora, Sinaloa y Baja California, en donde precisamente se hacen hoy exploraciones científicas y se forman compañías en México, Londres, París y Nueva-York para trabajar minas de cobre, plomo y plata y placeres auríferos.

Los Estados fronterizos son criadores de ganado, y exportan para Nueva-York, Liverpool, Santander y Barcelona cantidades no despreciables de cueros al pelo.

Generalmente el clima en todos esos Estados es sano y agradable. Las gentes son afables y hospitalarias y la raza indígena sobria y fuerte para las labores del campo, y en los distritos de minas muy inteligente y acostumbrada á las peligrosas labores y penosa residencia de muchas horas diarias en las profundidades de la tierra.

Los puertos principales del Golfo son Campeche y Progreso, en la Península de Yucatán; Frontera en el Estado de Tabasco; Veracruz, en el de su nombre, y Tampico y Matamoros en Tamaulipas.

Para Veracruz y Progreso salen de Barcelona cada mes tres vapores de la Compañía Trasatlántica (antes Antonio López y Comp.ª), y de Santander uno de esta misma Compañía y dos de la Trasatlántica francesa. Además van cada mes un vapor de Liverpool, el antiguo Paquete inglés, otro de Hamburgo, dos de Nueva-York y otro de Nueva Orleans, sin contar con los vapores extraordinarios, trasbordes y buques de vela.

En el mar del Sur los puertos principales son Puerto Angel en el Estado de Oaxaca, Acapulco en el Estado de Guerrero, Mazatlán en el Estado de Sinaloa y Guaymas en el Golfo de California. En todos estos puertos se hace el comercio por las líneas de vapores que navegan desde San Francisco de California hasta Valparaíso y por buques menores mexicanos dedicados al cabotaje.

Las capitales de los Estados son en lo general dignas de atención, señaladamente Puebla, Guanajuato, Guadalajara, Morelia (antiguamente Valladolid), Aguas Calientes, Zacatecas, Durango y Chihuahua, y con razón el conde Beltrami decía hablando de México y de sus principales ciudades, que eran más bien de palacios que no de casas, y en efecto, si los suburbios en lo general son de mezquinas construcciones y de no muy buena apariencia, los centrales, por la forma plana de sus terrados y por sus patios con arquerías y amplios corredores, tienen el aire de lo que por Europa se llama hotel ó palacio. A la capital de la República le dedicaremos un capítulo.

III

Progresos modernos

Vamos ya á tratar del estado actual de la República, y es necesario, para que se conozca mejor lo que ha adelantado en todos los ramos, tener un término de comparación. Elegiremos los años de 1850 á 1853, en que el gobierno estuvo en manos de personas de reconocido patriotismo y honradez, y relativamente se disfrutó de una época de tranquilidad que no cupo á otros gobiernos, cuyo primer cuidado era combatir la revolución.

Las Aduanas marítimas producían de ocho á nueve millones de pesos, las alcabalas interiores millón y medio, el papel sellado y contribución sobre la propiedad un millón y con las loterías y otras rentas pequeñas apenas se juntaba un total líquido de catorce á quince millones de pesos anuales. El deficiente tenía que llenarse con empréstitos onerosos que no sacaban al gobierno de ningún ahogo y que hacían más estrecha á pocos meses la situación del erario. Si á esto se añadía ó la guerra extranjera ó las turbaciones interiores, los gastos crecidos que no era posible hacer, ocasionaban la caída estrepitosa del gobierno ó la renuncia pacífica del presidente, como lo hizo el inolvidable general Arista.

De asombrarse es cómo pudo vivir esa sociedad años enteros, haciendo frente á sus enemigos por poderosos que hayan sido, y saliendo al fin airosa de dificultades que parecían invencibles.

La agricultura era en una escala tan limitada, que apenas bastaba para el consumo interior, y el año que se

perdían en una ó dos provincias las cosechas, subían las semillas á un precio tan excesivo que no estaban al alcance de la clase pobre, y este era otro origen de las revueltas. La exportación se reducía, pues, á quince ó diez y seis millones en plata y oro amonedados y cuando más seiscientos ú ochocientos mil pesos de productos agrícolas.

La instrucción pública se había concretado en el antiguo sistema, sin poderse establecer nuevas cátedras ó establecimientos para el perfeccionamiento de los estudios en relación con los progresos y nuevos conocimientos de la época. Salían de los colegios muy buenos abogados y canonistas, y del Colegio Militar valientes jóvenes que murieron en su mayor parte defendiendo á su patria, pero se necesitaba de mayor amplitud, señaladamente en las escuelas primarias.

La administración de justicia, aunque en manos de abogados de saber y probidad, era tardía y más difícil que lo ordinario por la complicación de las leyes españolas con las republicanas, por la falta de códigos, pues en esa forma complexa no existían más que las antiguas ordenanzas de Bilbao para el comercio y la de minería para los del ramo.

El comercio, por la falta de buenos caminos, por las rigurosas ordenanzas fiscales y por lo tardío de las comunicaciones marítimas, no podía desarrollarse ni pasar á manos de personas de poco capital y estaba sin poder hacerse otra cosa, monopolizado por señaladas casas inglesas y españolas y alguna que otra casa francesa. El menudeo estaba generalmente en manos de los españoles.

A Veracruz llegaba cada mes el paquete inglés y bu-

ques de vela procedentes de Liverpool, Burdeos y Hamburgo, que distaban sesenta y setenta días en la navegación; lo mismo sucedía con los pocos barcos que procedían de Cádiz; ninguno de Santander, y raras veces de Barcelona. No existía más que un tramo de ferrocarril de diez y ocho á veinte kilómetros de Veracruz á la Tejería, y el camino se hacía de la capital á Veracruz en diligencias americanas, con molestias y riesgo por el mal estado de las calzadas, y el transporte de las mercancías era á lomo de mula ó con pesados carros que dilataban tres semanas y un mes, ya bajasen á Veracruz ó ya subiesen á la capital. Los carros de Chihuahúa, que atravesando el interior del país, empleaban de dos á tres meses.

En tal estado de cosas ¿qué podía hacer el gobierno, por buenas que fuesen las intenciones de los que lo componían si en todo se encontraba con un camino sin salida? Las conmociones terribles interiores y la más terrible guerra extranjera vinieron, contra todos los cálculos y previsiones humanas, á sacar de este estado de languidez que, como á un enfermo que se le agota la sangre, lo llevaba lenta pero seguramente á la muerte. En lo escrito al principio de este libro con motivo del general Prim, se da una idea de esta crisis suprema y del inesperado desenlace que tuvo.

El progreso material y moral comenzó en la administración del general Comonfort, en 1855, con la expedición de las leyes sobre la desamortización eclesiástica, con la ordenanza de Aduanas marítimas, con la libertad de la siembra y manufactura del tabaco y con el contrato de

la línea de ferrocarril de Veracruz á México, concediéndole una fuerte subvención de los fondos que ya estaban destinados á las mejoras materiales por la misma ordenanza de aduanas. Este ferrocarril, que por la elevación y aspereza de la sierra se creía imposible, se concluyó en Enero de 1873, durante el gobierno del señor Lerdo de Tejada.

Todo el trabajo es comenzar. Reconocida la inmensa utilidad de la línea de Veracruz, que proporcionó al comercio economías y facilidades hasta entonces desconocidas y aumentó el tráfico y consiguientemente los productos de la Aduana marítima, la atención pública se fijó entonces en las mejoras materiales, y los proyectos y discusiones sobre ferrocarriles ocuparon casi exclusivamente la prensa periódica y la atención pública. Durante la primera administración del general don Porfirio Díaz tomaron incremento estas ideas, que desarrolló activamente el general don Vicente Riva Palacio, que ocupaba el ministerio de Fomento; celebró multitud de contratos para construcción de ferrocarriles, telégrafos, puentes, caminos y calzadas, y hasta ideó y comenzó á poner en planta una Exposición Universal.

POBLACIÓN

Cuando el barón de Humbolt visitó á México, á principios de este siglo, calculó la población en 7.500,000 habitantes, siendo de ella cosa de 5.000,000 de la raza indígena.

En 1878, según el censo formado por el gobierno, había 9.686,777 habitantes. En fines de 1883, según los datos de la Secretaría de Fomento, 10.249,152. Teniendo

en cuenta las investigaciones del señor García Cubas en fin de 1888, resultaron 11.736,852. Se puede asegurar, atendida la imperfección necesaria de esta clase de operaciones que en la fecha hay más de 12.000,000 de habitantes.

RENTAS FEDERALES

Por muchos años y por las razones que ya se han anunciado, las rentas federales, por término medio, no pasaron de 16.000,000 anuales.

En 1880 ya se marcó el aumento y produjeron 21.936,135 pesos. En el año fiscal de 1886-87 el producto fué de pesos 32.126,509, y en el año de 1887-88, según la cuenta de la Tesorería, el producto fué de $ 40.962,045. Se ve, pues, que del año 1851 á la fecha casi han triplicado las rentas federales, en las que no se encuentran las particulares de los Estados y municipios, que pueden bien ascender á 8.000,000 de pesos, lo que formará un total de 50.000,000 anuales, ó lo que es lo mismo, 250.000,000 de pesetas.

Para dar un ejemplo de alguno de los detalles, la renta del papel sellado ó timbre, que por término medio no producía más que 500,000 pesos, produjo ya en 1883 $ 4.213,234, y en 1888 $ 8.692,594. De 1851 á 1861 la producción de todas las Aduanas marítimas juntas no pasaba de $ 700,000 cada mes, mientras hoy la sola Aduana de Veracruz produce de 800 á 900,000 con todo y la competencia del comercio por la frontera de los Estados Unidos del Norte.

EXPORTACIONES

Las que hace México para el extranjero consisten en su mayor parte en oro y plata amonedadas y en barras, café, tabaco, vainilla, cacao, henequén, cueros al pelo, alguna azúcar, dulces y objetos curiosos de la industria indígena. Habíase mantenido estacionada por muchos años en un promedio de 17 á 18.000,000 de pesos. En el año fiscal de 1885-86 subió á cerca de 44.000,000 y en 1886-87 llegó á $ 49.191,930.

Los puertos de México están abiertos á todas las naciones del globo, haya ó no tratados de comercio, y los súbditos ó ciudadanos de cualesquier parte pueden entrar sin que se les exija pasaporte ni documento alguno. El valor de las mercancías que se importa cada año, procedentes la mayor parte de Inglaterra, Francia, España, Alemania y Bélgica, representa un valor por término medio de 55 á 60.000,000 de pesos. En las ordenanzas de Aduanas marítimas, se ha procurado evitar cuantas molestias son posibles á los capitanes de los buques y á los pasajeros, que, salvo en los casos de cuarentena, desembarcan y se les despacha su equipaje inmediatamente y pueden aprovechar la inmediata salida del tren de Veracruz para México.

DEUDA INTERIOR Y EXTERIOR

Una y otra estaban ilíquidas, gravaban al gobierno con el pago de réditos á un tipo elevado, y de amortizaciones periódicas que no bastaban para contentar á los acreedores ni producían más que dificultades al gobierno

sin levantar el crédito de la nación. La deuda interior se ha liquidado ya y con la exterior se hizo un convenio en Inglaterra para cambiar los títulos antiguos y con este motivo se levantó un empréstito en Londres, París y Berlín, que se cubrió cinco veces. Concluídas las operaciones no creo que la suma total de la deuda interior y exterior pueda exceder de 100.000,000 de pesos, suma que puede considerarse insignificante para un país que ya está en orden y encarrilado en el camino del progreso. Los Estados tienen poquísima ó ninguna deuda que grave sus rentas.

TELÉGRAFOS

Morse anduvo por Europa vagando como Colón sin que nadie quisiese creer en su telégrafo eléctrico. Fué á los Estados Unidos y el gobierno le concedió una subvención de diez y ocho mil pesos para que lo estableciera en un corto tramo y yo tuve la fortuna de asistir, en compañía de don Juan de la Granja, á las experiencias que se hicieron de una á otra acera de Broodway en Nueva-York. El mismo don Juan de la Granja, en 1850, habiéndose entendido con Morse, fué á México y estableció la línea de Veracruz.

De entonces acá se han ido aumentando los alambres al grado que en 1880 había 16,910 kilómetros, en 1888 44,612, y la red telegráfica que pone en comunicación á México por el Norte con los Estados Unidos y por el Sur con Yucatán y Guatemala, pasa de 51,000 kilómetros.

FERROCARRILES

Ya hemos dicho que en 1850 existía un imperfecto camino de Veracruz al interior que apenas tenía doce kilómetros. Posteriormente se construyó una pequeña línea de México al Santuario de Guadalupe de seis kilómetros; fué tan feliz este ensayo que produjo la formación de una compañía en Londres que llevó á cabo la empresa de construirlo hasta Veracruz y como se ha dicho también se inauguró en 1872. Su costo fué en total de 26.000,000 de pesos, sus rieles y durmientes en la parte de la sierra son de acero, y las locomotivas del sistema Fairlie, sin cuya fuerza no sería posible subir por la altísima cordillera, y cosa muy digna de notarse y de ponerse como ejemplo, que en diez y siete años que lleva de correr día á día no ha habido una sola desgracia, atravesando por altísimos puentes y á la orilla de profundos precipicios. Ya en 1877, siendo ministro de Fomento el señor general Riva Palacio, se acentuó el movimiento de los ferrocarriles y se levantaron diversas compañías animadas con las subvenciones de siete y ocho mil pesos por kilómetro que les concedía el gobierno, de modo que en 1880 había ya quince líneas en explotación, con una extensión de 1,055 kilómetros.

Pero el desarrollo sorprendente, que comenzó en la administración del señor general González, se determinó durante el segundo período presidencial del señor general Díaz, y en fin del año pasado (1888) había ya en explotación 8,153 kilómetros, continuándose activamente la construcción de líneas secundarias hasta completar la red, que sigue las más importantes ciudades y minerales

de la República, y la doble comunicación entre los dos Océanos por Acapulco y por el Istmo de Tehuantepec.

Resultado práctico: en 1851 el viaje de México á Veracruz era de tres días y medio, hoy es de doce horas. El viaje de México á Chihuahua era de dos ó tres meses, hoy se hace en menos de tres días. Hay dos líneas que ponen en comunicación á México con la República vecina. Por la Central en siete días se va de México á Nueva York, atravesando casi todos los Estados de la República y los del litoral de los Estados Unidos, y por la de Nueva Orleans en cinco días, que con ocho ó nueve que hacen de Nueva York al Havre los vapores de la Compañía Trasatlántica francesa no se necesitan más que catorce ó cuando más quince días para llegar á Europa atravesando México y toda la América del Norte (1). En 1851 era necesario cerca de un mes por los paquetes ingleses para hacer ese viaje de Veracruz á Southampton, y de sesenta á setenta días, lo mismo que ahora, en buques de vela.

Se creía, y no sin fundamento, que atendido el número de la población y lo reducido de los negocios, los ferrocarriles no tendrían ni los pasajeros, ni las mercancías necesarias para costear su tráfico; pero ha sucedido todo lo contrario; las líneas, en lo general, están muy concurridas y alimentadas con mercancías de toda especie, al punto que, independientemente de las subvenciones que tienen, hacen con amplitud sus gastos de administración y les queda un sobrante para aplicarlos á dividendos.

(1) Al escribir estas líneas hemos recibido periódicos de México y leímos que se había establecido un lujoso tren relámpago que tiene por nombre *Moctezuma*, y los viajeros que han salido para la Exposición de París han hecho felizmente el viaje desde México al Campo de Marte en ONCE DÍAS.

En un prolijo informe firmado en Londres en 28 de Enero del presente año, por los señores don Pablo Martínez del Campo y don Juan González Asúnsulo, encontramos importantes datos que á nosotros mismos nos parecerían increibles á no estar convencidos de su exactitud. Tomamos al acaso los siguientes:

IMPORTACIÓN

Movimiento del ferrocarril de Veracruz en los años que se expresan

AÑOS	PASAJEROS Número	EQUIPAJES Toneladas	MERCANCÍAS EN GENERAL Toneladas.
1883.	400,570	3,370	366,168
1884.	378,847	3,015	231,397
1885.	368,302	2,836	240,582
1886.	358,451	3,053	261,913
1887.	370,315	3,162	292,235
1888 (primer semestre). . .	195,997	1,722	175,586

EXPORTACIÓN

AÑOS	MERCANCÍAS EXTRANJERAS Toneladas	MERCANCÍAS NACIONALES DE EXPORTACIÓN Toneladas	PULQUE Toneladas
1883.	94,883	10,133	56,933
1884.	44,060	6,663	34,699
1885.	39,678	10,967	55,363
1886.	39,453	16,188	61,624
1887.	48,977	16,390	81,630
1888 (primer semestre). . .	31,740	11,840	43,882

INGRESOS EN LIBRAS ESTERLINAS

1883.	£ 1.142,454 5.0
1884.	751,343 16.1
1885.	664,621 19.6
1886.	664,207 0.3
1887.	738,359 3.2

Puede calculárse sin exageración el producto total en un término medio anual de 19.000,000 de pesetas.

Sentimos no tener otros datos recientes sobre las

demás líneas, que seguramente producirían un resultado análogo.

BANCOS

En 1851, como medio de que el gobierno percibiese con regularidad los pocos productos que tenía en sus Aduanas marítimas, se inició el establecimiento de un Banco; pero no fué bien recibida esa idea, ni se contaba tampoco con los capitales bastantes. Quedó, pues, abandonado este proyecto hasta la época de la administración del general don Manuel González, en que, con la aprobación del Congreso, se erigió el Banco Nacional, con capitales, franceses y mexicanos. A los pocos meses se estableció el Banco Mercantil, con capitales españoles que se refundió más tarde en el Nacional.

En la actualidad existen los Bancos que se expresan á continuación con las cifras de su balance del mes de Abril del presente año:

Banco Nacional de México.	$	47.121,675
Banco de Londres México y Sud-América. .		10.268,164
Banco hipotecario internacional..		6.234,679
Banco Mexicano, en Chihuahua..		1.465,035
Banco Minero, en Chihuahua.		1.264,790
Banco comercial en el mismo Estado. . . .		1.500,000
Suma. . . .	$	67.864,363
ó lo que es la mismo.	Ptas.	339.321,815

Existen, además, diversas casas de banco particulares, muy conocidas por la solidez de sus negocios y fuerte capital, en plata y oro, de que pueden disponer, tales como Esteban Benceke, sucesores Barron Forbes y C.ª, Manuel Ibáñez (española), Martín y C.ª (francesa), Ortiz de la Huerta (mexicana), Rapp Sommer y C.ª (alemana) y otras también de importancia.

MINERÍA Y AGRICULTURA

México es esencialmente un país minero, y lo primero que hicieron los conquistadores fué buscar minas de oro y plata, que no tardaron en encontrar. En 1550 trabajaban, como esclavos, más de ciento cincuenta mil indios, á quienes dió libertad el virrey don Luis de Velasco, con lo que de pronto cesó la explotación, que volvió á reanimarse algunos años después por medio del trabajo libre. En 1536 se acuñó la primera moneda llamada *macuquina* y hasta 1675 nó empezó la acuñación de oro en la Casa de Moneda, pues el que se producía, se remitía en *tejos* á España, lo que también se hacía con la plata La acuñación de moneda desde la primer época citada hasta fin de 1888, asciende á $ 3.312,723.266, siendo de esta suma $ 5.940,438 en cobre.

La producción minera, en la actualidad fluctúa entre quince y veinte millones anuales, y no será extraño que se duplique dentro de pocos años, teniendo en cuenta el entusiasmo que hay dentro y fuera del país para las empresas de este género.

En el informe del Presidente de la República, fecha 30 Noviembre de 1888, se encuentra el siguiente párrafo:

«Del extraordinario incremento que ha alcanzado la minería, puede formarse concepto al saber: que en los diez y siete meses corridos de Abril de 1887 á Septiembre de 1888, se registraron 2,077 nuevos denuncios de minas y 33 de haciendas de beneficio, siendo de notable que en ese mismo período se pusieron en explotación 682 minas y 33 haciendas de beneficio.»

En Londres, que es la plaza por excelencia donde se

sacan los capitales para todas las empresas del mundo, no ha pasado desapercibido el movimiento mercantil y minero de la República Mexicana, y se han formado diversas compañías, emitiendo acciones para llevar á cabo negocios diversos. Ponemos á continuación la lista en los idiomas inglés y francés, tal como se encuentran en el *Correo de México* del día 25 Marzo del presente año:

EMISIONES

DE VALORES MEXICANOS EN LONDRES EN 1888

Durante el año de 1888, han sido registradas en Londres las emisiones de valores mexicanos que á continuación se expresan:

	LIB. ESTERL.
Interocéanic Railway Co. of Mexico Ld.	2.500,000
Mexican Mortgage Co. Ld.	2.000,000
Mexican Loan & Agency Co. Ld.	1.000,000
Mexican Mortgage, Trust & Agency Co. Ld. . . .	1.000,000
Mexican Pacific Railway Co. Ld.	900,000
Mexican Coal & Iron Co. Ld.	800,000
City of Mexico Junction & Pachuca R'y Co. Ld.. .	570,000
New San Acasio Mines & Freebold Land Co. Ld. .	400,000
Emprunt Municipal de México, ...	400,000
Anglo Californian Plantation & Trading Co. Ld. .	200,000
El Padre Co. Ld.	200,000
North Mexican Milling & Mining Co. Ld. . . .	200,000
Reyd Syndicate Ld.	160,000
Cerro Blanco Mines Co. Ld.	150,000
La Gloria Silver Mines Co. Ld.	150,000
Mina Grande Mining Co. Ld.	100,000
Mexican Mineral Co. Ld.	75,000
Arizpe Gold Mines of Mexico.	50,000
Quintera Mining Co. Ld.	40,000
Marine, Land Irrigation Syndicate Ld.	20,000
Anglo Syndicate Co. Ld.	20,000
Californian (Mex.) Land Co. Ld.	10,000
Sinaloa Mining Syndicate Ld..	10,000
Veracruz Segar & Tobacco Co. Ld.	1,000
Mexican Mines Development Co. Ld.	20
TOTAL.	£ 10.956,020
ó sea un valor nominal de.	$ 54.780,100
pesos mexicanos.	

Para que se pueda igualmente apreciar el movimiento producido en los círculos financieros ingleses, en favor de México, publicamos la siguiente tabla comparativa:

Años	Emisiones de los valores mexicanos en Londres	Capital nominal
1886.	11	£ 2.555,000
1887.	15	5.135,800
1888.	25	10.956,020

Cuatro ramos de agricultura van tomando incremento de una manera ya muy notable, y son: el henequén (que como se sabe es una fibra resistente, propia para cables de marina y otros usos), el café, el tabaco y el algodón.

La planta del henequén se cultiva de preferencia en la península de Yucatán, produce por término medio de cuarenta y ocho á cincuenta mil toneladas anuales, que se exportan para los Estados Unidos y Europa, y representan un valor de 4.000,000 de pesos.

El café se produce en los Estados de Veracruz, Michoacán y Colima. En 1851 estaba limitado al consumo interior y se enviaban al extranjero como regalo, por su buena calidad, cantidades insignificantes. Hoy la exportación pasa de dos y medio millones de pesos anuales, y consiguientemente se han hecho nuevas y extensas plantaciones, que serán más adelante de una riqueza inagotable.

El algodón se cultiva en las costas de Veracruz, en las de Acapulco y en las orillas del río Nazas en Durango.

En cuanto al algodón apenas basta para el consumo de las fábricas.

Pero con el tabaco se ha resuelto un problema económico que más tarde tendrá que resolverse en los países

donde subsiste el monopolio de la elaboración y venta por cuenta del gobierno. Mientras estuvo estancado el tabaco en México, en realidad no producía más que de millón á millón y medio de pesos anuales, hoy gravada la manufactura con timbres de ínfimo valor, se recauda mayor suma, y multitud de familias han encontrado en el ejercicio de esta industria medios honestos de vivir.

En la capital hay veintiséis fábricas de tabacos que ocupan cuatro veces más número de operarios que los que concurrían antiguamente á la única fábrica del gobierno. En Veracruz y otros puntos de la costa hay también excelentes fábricas de tabacos, tan apreciados por los fumadores como los de la Habana y andando el tiempo harán una fuerte competencia. De estas ventajas ha sabido aprovecharse en gran parte la industriosa colonia española que reside en México, y persona hay de ella que tiene una renta anual de más de $ 50,000. La siembra se hace en las costas del norte y en las del sur, con una abundancia tal, que basta para el consumo y sobra para la exportación.

Se hacen en estos momentos ensayos muy felices para el cultivo de la viña y la cría de los gusanos de seda. Son éstas industrias nacientes que protege eficazmente el ministerio de Fomento y Obras Públicas.

Para concluir con esta reseña muy rápida, pues podría bien llenarse un tomo si nos fuera dado extendernos, diremos algo sobre el comercio de México con España.

Nuestra opinión es, que deben ponerse por los dos

gobiernos cuantos medios prácticos sean posibles para que tome el incremento y actividad de que es susceptible, y mucho se ha avanzado ya con el establecimiento de la Compañía Trasatlántica española que el gobierno de México subvenciona, con cuanta amplitud ha podido, obteniendo en compensación la conducción del correo y un arreglo en las tarifas de fletes de mercancías y pasajeros. El consulado de Santander, que hace pocos años era de segundo orden, fué elevado á consulado general. Del puerto de Barcelona se despachaba cada dos ó tres meses un barco que tenía que ir á completar su cargamento en Cádiz. Hoy este consulado es de alta importancia. Despacha cada mes tres vapores para Veracruz y Progreso, y ocasiones ha habido en que, por su abundancia, se quede la carga para la expedición siguiente.

En el año de 1887 se despacharon del puerto de Santander 20,146 bultos con un peso de 912,356 kilos y un valor de $ 252,950.

De Barcelona se despacharon las mercancías que se expresan en la siguiente noticia:

TOTAL DE LA EXPORTACIÓN

AÑOS	BULTOS	KILOS	VALOR $
1884.	56,673	2.375,400	515,594
1885.	133,731	2.703,639	542,001
1886.	196,806	2.066,684	485,157
1887.	41,357	2.738,776	623,517
1888.	159,314	3.098,530	674,361

Lo que nos da un total de 577,881 bultos, 12.983,029 kilos, 2.839,630 $ en el último quinquenio.

Se puede calcular con las mercancías que salen de Cádiz, que el movimiento del comercio de España con México es de 80,000 bultos anuales con un valor en

España de 1,200,000 pesos y un valor en el mercado de México de cerca de 3.000,000 de pesos. Es más que doble del tráfico qne había en 1851, pero susceptible en pocos años de llegar á 20 ó 25.000,000 de pesetas, si, como es seguro, México sigue en prosperidad y se conservan las buenas relaciones con este reino.

IV

La ciudad de México

El nombre de México se deriva, según unos autores, de *Metzitzin,* que así se llamaba el caudillo que guió á los aztecas en su peregrinación desde la lejana tierra *Aztlán,* hasta el Valle de México. Otros dicen que procede de la palabra *Meztli,* que quiere decir: *mes ó luna.* Los conquistadores le llamaban también *Tenoxtitlán,* derivado del nombre de la planta que llamaban *tenuch,* que en Andalucía llaman *chumbo* y en Cataluña *figuera de moro.* En una de esas plantas de la familia *cactus,* que en México se llaman *nopal,* miraron los aztecas una águila que devoraba una serpiente, y allí les dijeron sus sacerdotes que debían detenerse; y en efecto, se detuvieron, fundaron una ciudad, llamando *Anahuac* al país, que quiere decir *en las orillas del agua.*

Hernán Cortés fué el que echó los fundamentos é hizo la traza de la ciudad nueva española, en el mismo lugar donde estaba la antigua, y la catedral fué edificada expresamente en el sitio que ocupaba el Templo Mayor que fué destruído. No hay que figurarse que la ciudad indígena fuese comparable á uno de los pueblos ó aldeas modernas. Era inmensa, con más de 400,000 habitantes,

con suntuosos palacios y edificios de piedra, templos, mercados, acueductos y paseos, y si el origen del nombre de México es incierto y quizás fabuloso, la descripción de la capital del imperio de Moctezuma y su importancia y grandeza es evidente, pues lo refieren minuciosamente los conquistadores que enviaron sus relaciones á España, y muy señaladamente Hernán Cortés en las interesantes y curiosas cartas que escribió al emperador Carlos V. Durante el sitio de México, el mismo Cortés tuvo que destruir con la artillería varias calles para proporcionarse, en caso de un nuevo revés, una fácil retirada, y empleó más de una semana en demolerlas. La situación de la ciudad, dominada por las aguas de los lagos, dejó mucho que desear á los nuevos pobladores y promovieron algunos años después su traslación á unas lomas boscosas y fértiles que se llaman hoy de Tacubaya, pero ya era tarde; las nuevas edificaciones se estimaban ya en más de 30.000,000 de pesos y se quedó definitivamente en el lugar en que está.

El peligro constante de las inundaciones se hizo sentir muy pronto y se determinó por el virrey se hiciesen grandes obras para el desagüe que desde esa época han continuado costando cuantiosas sumas y precisamente prosiguen hoy con actividad y concluídas, como es casi seguro, en el actual período de la presidencia del general Díaz, harán que México sea una de las ciudades más salubres y más hermosas del mundo.

Está formada de cuadrilongos de doscientas varas de largo por ciento de ancho; las calles tiradas á cordel de norte á sur y de oriente á poniente. Los edificios son de piedra y cantería y terrados planos y una buena parte de ellos con grandes patios cuadrados, arquerías y co-

rredores al estilo morisco. No hay ciudad de España con la que pueda con exactitud encontrársele semejanza. Unicamente tiene analogía con las construcciones andaluzas.

Está situada en medio de un extenso y ameno valle, circundada de altas montañas, su temperatura media es de 15 á 18 grados y son tan raras las excepciones en el año, que se puede asegurar que no hay invierno. La población, que no llegaba cien años después de la Conquista á 80,000 habitantes, contaba en 1810, 160,000. De 1820 en adelante 230,000, en 1885 426,000, y hoy, según los últimos datos, excede de 560,000.

La capital está rodeada de pueblecillos fértiles, pintorescos y abundantes de agua clara y de sana y agradable temperatura como la Piedad, Ascaputzalco, Mixcoac, San Angel, Tizapan, Tlalpan y otros. Tacubaya es ya una ciudad que, como *Gracia,* en Barcelona, estará unida á México quizás dentro de dos ó tres años. En estas agradables villas, ligadas á la capital por tranvías ó ferrocarril, pasan las familias la temporada de verano y tienen además cierto movimiento diario, porque en sus cercanías hay fábricas de hilados y tejidos de algodón, de papel, y de casimires, paños y mantas de lana.

No es posible en estas pocas páginas dar una idea completa de México, ni aun de la capital, ni menos hacer lo que pudiera llamarse una guía del viajero. Nos hemos ocupado de generalidades, sin orden metódico, que sólo podrán servir como contestación á preguntas que frecuentemente se nos han hecho por diversas personas que han querido saber algo relativo á esa parte de la América. Vamos á terminar así, lo más breve posible, para no fatigar la atención de los que pasen los ojos por estos desaliñados renglones.

VALOR DE LA PROPIEDAD

Se estimaba la de toda la República en 1885 en $ 368.357,762, en 1888 se valuó ya en $ 473.519,871, y como esta apreciación es para el pago de contribuciones, en que se disminuyen siempre los valores, puede asegurarse que tiene un valor efectivo de más de 500.000,000.

El valor de la propiedad en la capital se estimaba en 1885 en $ 55.000,000, hoy se puede asegurar que el valor para la venta es por lo menos de $ 100.000,000, pues la construcción de los caminos de hierro, que vienen de la costa y del norte á terminar á la capital, han hecho aumentar mucho el precio de la propiedad raíz.

INDUSTRIA

La de hilados y tejidos de algodón tuvo principio en 1832, estableciéndose un Banco, que se llamó de *Avío,* para auxiliar á los que emprendiesen este género de trabajo. Fué don Esteban de Antuñano el primero que estableció en Puebla en grande escala una fábrica de hilados y tejidos blancos, que se llamó *La Constancia.* En 1851 se había ya desarrollado esta industria en el Estado de Puebla, pero de entonces á la fecha se ha propagado por todo el país, de modo que actualmente hay noventa y dos fábricas, de las cuales hay seis en los pueblos cercanos á la capital, como ya hemos dicho. El valor que representan todas en suma redonda es de 12.000,000 y elaboran anualmente sobre 4.000,000 de piezas de estampados y blancos y 3.000,000 de kilos de hilaza. Se mantienen más de 50,000 familias, que con las que hemos dicho se

ocupan en la manufactura del tabaco, forman un total muy respetable de personas que viven con cierta comodidad y no están sujetas á las eventualidades y á la miseria.

La capital no es sólo una ciudad de empleados y de militares, sino, por lo contrario, trabajadora é industriosa. Hay, además de las fábricas de hilados, otras muchas de tejidos de lana, camas de bronce y fierro, de máquinas, de agricultura, de pianos, de tejidos de seda, de almidón, de jabón, de loza y otras de menor importancia, sin contarse el sinnúmero de objetos curiosos que con imperfectos instrumentos labra la clase pobre y que van formando ya, como las figuras de barro y de cera, un artículo de exportación.

PALACIOS

Existen dos dentro de la ciudad y uno en Chapultepec. El que se ha elegido para la residencia del Presidente, Secretarías de Estado, Archivo y Tesorería general es un vasto edificio que tiene más bien el aspecto de un castillo. Hernán Cortés tenía empeño en reemplazar los edificios aztecas con edificios españoles, así es que en el mismo lugar donde estaba el gran palacio de Moctezuma edificó una casa para vivir, que se le compró por el rey en 1562, se aumentó con algunas construcciones y se destinó para la residencia de los virreyes. El palacio del Ayuntamiento es de más moderna construcción, con una elegante portalería al frente y local en el interior para las oficinas y servicio municipal. En el salón de cabildos existe una curiosa colección de retratos de los gobernantes de México desde Hernán Cortés hasta el actual Presidente.

El palacio de Chapultepec es digno de llamar la atención del más indiferente viajero. Está situado en la cumbre de un cerro aislado, circundado de árboles antidiluvianos *(cupresus moctezuma,* de Humboldt) de una altura, de un grueso y de una majestad aumentada con las parásitas adheridas á su ramaje, que no creo pueda encontrarse sitio igual en ninguna parte del mundo. Este frondoso y singular parque está refrescado y humedecido constantemente por una fuente de agua pura y cristalina, donde según la tradición se bañaban las bellas esposas de los monarcas aztecas. Este lugar era una de las residencias de campo del emperador Moctezuma, que tenía allí un palacio que fué arruinado en el ataque de México. En 1786 el virrey don Bernardo Gálvez mandó construir una fortificación en la cumbre del cerro y después un castillo en toda forma. En el corto tiempo que el archiduque Maximiliano estuvo en México, mandó tirar paredes, levantar otras y hacer nuevos salones, transformándolo completamente en un palacio de estilo pompeyano. Los gobernantes que le sucedieron han hecho también modificaciones, de modo que poco existe ya del castillo primitivo. Está destinado una parte de él para el Colegio militar y otra para la residencia de verano del Presidente de la República.

TEMPLOS

La catedral, aislada, formando un costado de la gran plaza Mayor, es un suntuoso y severo edificio de una cantería color ceniciento, con su alta cúpula que se desprende de la nave del centro y dos anchas, aunque no muy altas torres, cubiertas y terminadas

cómo con una campana, con su cruz encima. Tiene la singularidad de no parecerse á ninguna otra catedral ni de España ni de otras ciudades europeas. Aunque no se pueda precisar el orden de arquitectura de la fachada y de las torres, no adolece de ninguna incorrección y es análogo al sistema italiano del Renacimiento. El interior es de orden dórico de cinco naves, sostenidas por veinte columnas estriadas formando en su conjunto una cruz latina. El tabernáculo es obra moderna de mármol y escayola de diversos colores de pésimo gusto y que desdice de la majestad del edificio. Lo que hay de notable, y tampoco se encuentra en ninguna otra catedral, es la reja, las tribunas del coro y la balaustrada que va hasta el altar mayor, que son de un metal llamado *tumbago,* en cuya composición entra cobre y oro, y asi parecen cuando están limpias. Fué fabricado todo esto en Macao y el fundidor ó ingeniero probablemente fué chino. El altar de los Reyes es muy notable por su retablo esculpido y dorado, y se asegura que fué obra del mismo artista que hizo el de la catedral de Sevilla. Tiene catorce capillas y en la de las reliquias están los restos de fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, y las del beato Gregorio López, que se asegura que fué hijo natural de Felipe II. Encuéntranse en la sacristía y en las capillas, grandes lienzos con pinturas alegóricas, obras de los pintores mexicanos. En la sala capitular hay una Virgen original de Pedro de Cortona, otra de Belén, de Murillo, y otra muy buena de la escuela italiana, que representa á don Juan de Austria implorando el auxilio de la Virgen antes de la batalla de Lepanto. La primera catedral fué fundada en 1530 por Carlos V; Felipe II la mandó derribar en 1552 para hacer

otra más suntuosa, que principió en 1573 para terminar en 1667. El costo fué de más de dos millones de pesos, sufragado por los Felipes II, III y IV, y por Carlos II.

Hay además, cosa de treinta templos, que no obstante las leyes de reforma han continuado, por disposición del gobierno, dedicados al culto católico, y merecen mencionarse por su sólida construcción y belleza los siguientes:

La Profesa ú Oratorio de San Felipe Neri, donde llaman la atención las pinturas que embellecen la cúpula, que representan los siete Sacramentos y la adoración de la Cruz. Fueron ejecutadas por el pintor catalán don Pelegrín Clavé y sus discípulos, pues fué muchos años profesor de pintura en la Academia de San Carlos.

Loreto, que es un grandioso templo de orden dorico, obra del insigne arquitecto Tolsa, y que es una copia de la casa de Loreto que existe en Roma, tiene la singularidad, que á causa de lo poco sólido del terreno, se ha hundido por la parte izquierda, presentando una inclinación, quizás igual á la de la torre de Pisa, sin que por esto haya sufrido el más leve detrimento, no obstante los fuertes temblores de tierra, de modo que no ha sido necesario hacerle ninguna reparación más que en el pavimento, desde el año de 1816 en que se terminó.

Jesús Nazareno, además de ser de una elegante y sólida construcción, es notable por haber sido fundado por el mismo Hernán Cortés, con un amplio hospital que le es anexo y que subsiste hasta el día, mantenido con fondos que dejó el propio Conquistador para esta obra de beneficencia. «En el presbiterio existe el sarcófago en que por mucho tiempo estuvieron depositados los restos del Conquistador, así como los de un célebre filólogo mexicano fray Juan Crisóstomo Nájera: los del historia-

dor don Lucas Alamán y los del escultor catalán don Manuel Vilar, que igualmente fué profesor en la Academia de San Carlos.»

San Hipolito, antiguo convento é iglesia de la Orden Hospitalaria. Es igualmente notable este templo porque en la esquina exterior de su atrio tiene una inscripción que recuerda que en ese lugar los aztecas hicieron una terrible matanza la noche del 1.° de Julio de 1520, conocida en la historia con el nombre de la Noche triste.

Santa Teresa, que llama la atención por su alta cúpula descansando en delgadas columnas, obra del arquitecto catalán don Lorenzo Hidalgo, que reconstruyó la que tenía en la misma forma y fué derribada por el terremoto del 7 de Abril de 1845 y por la piadosa tradición de haberse *renovado* un Cristo del tamaño natural, que existía en el altar mayor. Largo sería referir las bellezas arquitectónicas, la curiosidad de los retablos antiguos y de las tradiciones de otras iglesias como la de los Angeles, la Santa Veracruz, etc. Sólo haremos mención en su lugar respectivo de las pinturas de la escuela nacional que aún existen en México.

BIBLIOTECAS Y MUSEOS

Sin que para nada entren las preocupaciones y vanidad patriótica, la Biblioteca Nacional de México es una de las mejores del mundo, no tanto por los libros que encierra, sino por el grandioso edificio en que se estableció. Era antes la iglesia de San Agustín, pero se le hicieron tales reformas tan acertadas y elegantes, que hoy se olvida el primitivo objeto de esta construcción

y se cree que fué expresamente formado el plano para una gran biblioteca.

No podemos hacer mejor descripción que la que se encuentra en la obra del señor García Cubas titulada: *Cuadro geográfico de los Estados Unidos Mexicanos,* dice así:

«El atrio se halla embellecido con un jardín y con la estatua de Minerva colocada en un gran nicho, practicado en el centro de la hermosa fachada lateral del edificio. Una elegante puerta con su primorosa verja de hierro, da entrada á un vestíbulo con su pavimento de mármol, sobre el cual se levanta una bella columnata jónica que recibe la bóveda plana del antiguo coro, trasponiendo el vestíbulo la espaciosa y elevada nave se admira en toda su magnificencia, con sus esbeltas pilastras, compartiendo las naves de las capillas y sosteniendo un rico cornisamento del cual arrancan los arcos de las bóvedas, describiendo semicircunferencias perfectas, completando tan estético conjunto la graciosa ábside bajo la cual se abre una gran ventana con sus vidrios apagados, haciendo resaltar el águila y demás atributos de las armas nacionales que adornan la balaustrada de la misma ventana. Del lado opuesto y guardando cierta simetría se eleva el antiguo coro, y sobre la puerta central un arco, bajo el cual se levanta la estatua del Tiempo.—Los arcos de las capillas, con sus grandes ventanas cubiertas de cristales, distribuyen abundante luz en el salón, y contribuyendo al conjunto armonioso arquitectónico, se hallan cerrados por estantes de cedro, de manera que las capillas se comunican por la parte interior constituyendo otros tantos departamentos ó secciones destinados á la historia, bellas letras, jurispru-

dencia, filosofía, ciencias médicas, literatura, etc.—Cada libro tiene la letra del departamento á que corresponde, el número del estante, el de la división ó fila y el de la obra.—Al pie de las pilastras se levantan en sus pedestales diez y seis estatuas, mayores que el tamaño natural que representan á Confucio, Platón, Aristóteles, San Pablo, Dante, Alarcón, Cuvier, Humboldt, etc.»

La biblioteca posee más de 150,000 volúmenes. Las dos terceras partes proceden de los antiguos conventos de religiosos suprimidos, donde hay muchas obras duplicadas en latín, especialmente *patrologías*, pero en los 50,000 restantes hay manuscritos, obras raras sobre la historia de las Américas, ediciones ya agotadas de París, Madrid, Venecia y Amsterdam, que tienen hoy subido precio entre los bibliófilos ingleses y franceses. Algunos elzevieres y pocos incunables. La reparación y arreglo de tan magnífico edificio han sido obra del arquitecto mexicano don Vicente Heredia y las estatuas de los alumnos de la Academia de San Carlos, hoy Escuela de Bellas Artes.

Además de esta biblioteca, que está abierta todos los días de las nueve de la mañana á las seis de la tarde, hay la de la Escuela Preparatoria, con 8,000 volúmenes: la de Jurisprudencia con 14,000; la de Ingenieros con 6,000; la del 5 de Mayo con 9,000, todas cómodas para la lectura y de fácil acceso para el público.

El Museo Nacional, si bien no completo todavía en su sección de historia natural, tampoco tiene igual en el departamento de antigüedades mexicanas por las extrañas y colosales piedras que encierra. Se halla esta-

blecido en el edificio que fué antigua casa de moneda. En la parte alta están las secciones de zoología, mineralogía, paleontología y botánica y el amplio patio se ha aprovechado para formar un jardín con altísimas palmeras en sus cuatro ángulos. Colocadas entre el césped y las flores están distribuídas las estatuas antiguas y las enormes piedras labradas por los antiguos moradores de Anahuac, de Mitla, del Palenque y de Yucatán. En el Museo histórico, situado en uno de los salones altos, entre otros objetos curiosos, se encuentran: un ídolo antiguo de oro, el escudo de Moctezuma II, el estandarte de la Conquista, un retrato de Hernán Cortés, que se dice ser el más parecido de cuantos existen, la coraza y casco de Pedro de Alvarado, la colección de los retratos de los virréyes, el estandarte del cura Hidalgo cuando proclamó la independencia, la vajilla en que comía el archiduque Maximiliano y su coche de gala.

El Museo de pinturas está en la Academia de San Carlos, llamada así porque fué fundada por Carlos III. Este centro del buen gusto y refugio de las artes en los más calamitosos tiempos, ha sido respetado y protegido por todos los gobiernos que se han sucedido y cuando fué arreglado el sistema de instrucción pública, de que hablaremos en seguida, fué convertido en Escuela de Bellas Artes, aumentados sus salones, reformada su fachada y dotado de catedráticos para los diversos ramos necesarios á la completa instrucción de los artistas.

Aunque sus salones de pintura y escultura no puedan ser comparados á los grandes museos de Europa y con especialidad á la maravillosa colección de Madrid, sí

existen lienzos, bajo un punto de vista muy apreciables porque son *las pruebas* de la escuela antigua mexicana.

Mucho tiempo había yo mirado con cierta indiferencia las pinturas mexicanas, pero después de haber visitado con alguna atención los museos extranjeros, donde como es sabido, hay prodigios, me convencí que tenían una verdadera importancia relativa nuestros lienzos. Cuando los conventos de religiosos é iglesias se edificaron por la munificencia y piedad de los ricos, se encontró que les faltaba la decoración necesaria al catolicismo, que consiste esencialmente en las obras de pintura y escultura. Los frailes personalmente ó por medio de sus hermanos, mandaron pintar cuadros de imágenes, vidas de santos, retratos de obispos, priores y provinciales.

Murillo en su primera época y otros pintores de la escuela sevillana satisfacieron estos pedidos y los conventos é iglesias fueron adornando sus muros y patios con lienzos de grandes dimensiones y generalmente bien pintados. Murillo y los demás pintores que se ocupaban de estos trabajos, más bien retocaban que no pintaban los cuadros que encomendaban á sus discípulos, y de esta manera podían hacer grandes remesas á las Américas.

La buena escuela española sirvió, pues, de modelo y de estímulo á los artistas mexicanos, contribuyendo mucho á este renacimiento la llegada sucesiva á México de profesores de pintura y arquitectura como Rodrigo de Cifuentes, Baltasar de Echave, Rafael Jimeno y algunos otros. La pintura, especialmente, tomó un carácter determinado, hasta el punto de poderse decir que ya existía una escuela en la cual no es posible notar la originalidad, pero sí la analogía, generalmente hablando, con la

escuela sevillana. Baltasar de Echave, el joven Nicolás Correa, los tres Juárez, Antonio Vallejo, José Alcíbar, Carlos Villalpando y Miguel Cabrera, el más fecundo y quizás el más correcto en el dibujo que todos, comenzaron á trabajar y á llenar de cuadros los altares de la Catedral y los claustros de los conventos, formando un grupo de artistas de mérito que ha pasado años y años enteramente desconocido, y fué necesario que la desamortización eclesiástica y la exclaustración de religiosos hiciese que se fijase la atención en los lienzos que existían, y de los cuales se escogieron los mejores para los salones del museo. Siéndome imposible dar idea ni aun de los más notables, me limito á esta indicación. Además de esta colección hay pocas pero verdaderas joyas: San Jerónimo, de Alonso Cano; San Juan Bautista, de Zurbarán; San Isidro Labrador, de Ribera; retratos de Carlos III y Carlos IV, de Salvador Maella; la Virgen y el Niño, de Pedro de Cortona; un boceto, de Pablo Veronés; un tríptico, de Alberto Durero; San Juan Bautista, de Ingres, algunos de Van-Dick y originales de los alumnos de la Academia y discípulos de Clavé, el cual formó realmente, en unión de Landesio, una muy buena escuela moderna mexicana.

En el piso bajo está el museo de escultura, que contiene la colección de yesos que regaló el rey Carlos III, y cuyo costo fué de cuarenta mil pesos y los mármoles modernos, entre los cuales se encuentra el Fauno, de Tenerani; y la Ariadna, de Pradier. El escultor Vilar dejó modelados magníficos proyectos para estatuas, siendo los más notables las de Cristóbal Colón, Moctezuma y doña Marina *(la Malinche)*.

Para concluir lo relativo á tan útil establecimiento,

51

diremos que numerosos niños y jóvenes concurren de las seis de la tarde á las nueve de la noche á las clases de dibujo natural y de la estampa, y durante el día á las clases de pintura, escultura, grabado en hueco y en lámina, arquitectura legal, mecánica racional, construcción práctica y elementos de mineralogía y geología.

V

Instrucción pública

Extinguida la antigua Universidad española quedaron subsistentes: el colegio de San Ildefonso, el de Comendadores juristas de San Ramón, el Seminario conciliar que dependía de la Mitra y el colegio de San Gregorio destinado especialmente á los indios. En estos colegios se estudiaba latín, filosofía y derecho civil y canónico. Años después se estableció la Escuela militar, la de Agricultura y la de Medicina servida gratuitamente por una reunión de profesores.

En el curso de los años se ensayó este y el otro método de instrucción pública puramente laica, y con el triunfo de la reacción volvieron los establecimientos al carácter religioso que tuvieron desde su fundación durante el gobierno de los virreyes.

Restablecida la paz, después de la invasión de las potencias aliadas de que ya se ha hablado, en lo primero que se pensó fué en un nuevo plan de estudios dándole la forma adecuada á las necesidades de la época, y esto se logró en 5 de Diciembre de 1868, cuando ocupaba el ministerio un hábil jurisconsulto, don Antonio Martínez de Castro. El sistema es muy sencillo y fácil de com-

prender y ha producido hasta ahora muy buenos resultados. «*Una escuela preparatoria y escuelas especiales.*»

En la escuela preparatoria se estudia: primero y segundo curso de matemáticas, primero y segundo curso de latín, física, química y mecánica racional; mineralogía y geología. Hay, además, clases que pueden cursarse aisladamente por cualesquiera que se inscriba á ellas, como son las de francés, inglés, alemán é italiano, taquigrafía, música, esgrima, gimnástica, galvanoplástica, telegrafía teórica y práctica y dibujo de figura y ornato.

Los estudios duran tres años; los inscritos externos, pues el internado está abolido, están en absoluta libertad para cursar sucesivamente una ó más clases; reciben una instrucción general y útil para la vida y para las *gentes de mundo.* Si no quieren continuar los estudios siempre aprovecharon bien sus tres años, y si tienen inclinación por alguna carrera se presentan á examen y pasan á la escuela especial.

Las escuelas especiales son: Jurisprudencia, Medicina, Comercio, Bellas artes, Artes y oficios, Música, Ingenieros y Agricultura.

En la Escuela de Jurisprudencia se estudia: literatura y elocuencia, primero y segundo curso de derecho romano, primero y segundo curso de derecho patrio, derecho internacional y marítimo, legislación comparada, economía política y medicina legal.

En la Escuela de Medicina se estudia: anatomía descriptiva, farmacia teórico práctica, fisiología, anatomía general y topográfica, patología interna y externa en dos cursos, historia de las drogas, análisis químico, obstetricia, medicina legal, histología, higiene, patología gene-

ral, medicina operatoria y terapéutica y las clínicas internas y externas en primero y segundo curso.

En la de Comercio: aritmética y correspondencia mercantil, teneduría de libros en primero, segundo y tercer curso, geografía general y especial del comercio, estadística é historia del comercio, derecho mercantil, consular y marítimo, derecho administrativo y constitucional, química aplicada al comercio, francés, inglés y alemán, teoría del crédito, derecho de gentes y correspondencia mercantil y diplomática.

La Escuela de Bellas artes es la antigua Academia de San Carlos, de que ya hemos dado una idea y á la que se le han añadido algunas clases, como son: la de anatomía de las formas, geometría descriptiva, estereotomía y arquitectura legal, presupuestos, avaluos y topografía.

En la Escuela de Artes y oficios se estudia: francés é inglés, primer curso de matemáticas, dibujo natural, de ornato, ornato modelado y talla en madera, dibujo de máquinas, nociones de física y mecánica, química industrial, y además hay establecidos, con sus respectivos profesores, diez talleres de diversos oficios mecánicos.

En la Escuela de Música se enseñan: elementos y teoría musical y nociones de armonía, solfeo, orfeón popular, canto coral, vocalización y canto superior, piano, violín, violoncello, arpa, contrabajo, flauta y congéneres, oboe y corno inglés, fagot, instrumentos de sax, clarinete y trompa é instrumentos de latón en general, órgano, armonía, contrapunto y composición, acústica y fonografía, y además francés é italiano.

La Escuela de Ingenieros comprende las materias siguientes: geometría descriptiva, matemáticas superiores, topografía é hidromensura, teoría práctica de

dibujos topográficos y geográficos, arquitectura y dibujos de edificios y máquinas, mecánica analítica, mecánica práctica é industrial, construcción de establecimientos, mecánica celeste y astronomía física, geodesia y astronomía práctica, conocimiento y práctica de materiales de construcción, química analítica é industrial, construcción de ferrocarriles, construcción de puentes, canales y obrasen los puertos, mineralogía, paleontología y geología.

En la de Agricultura hay establecidas las clases siguientes: inglés, español, geografía y cosmografía, dibujo natural, paisaje y ornato, primero y segundo curso de matemáticas, geometría y perspectiva lineal, mecánica, conservación de máquinas, física y química general, tecnología, botánica y zoología, hidrología y zootecnia, patología externa de los animales domésticos, mariscalía y medicina operatoria, clínicas del departamento hípico, contabilidad administrativa rural y algunas otras clases más.

Existen, además, formando parte del mismo plan de estudios, la escuela secundaria para niñas, la de perfeccionamiento é instrucción primaria, la escuela de sordomudos, el Museo nacional donde se dan clases de mineralogía, paleontología, botánica y taxidermia y las escuelas prácticas de Minas y de Agricultura.

Como se ve, si acaso hay alguna crítica fundada que hacer, es la misma que podría convenir al sistema español, es decir: aglomeración de estudios que pueden ser origen de fatigar los cerebros no muy bien conformados, y repetición de unas mismas clases en las diferentes escuelas, cuando han debido cursarse en la preparatoria. El tiempo medio para obtener un título profesional

es de siete, nueve y once años, incluyendo dos años de práctica en el bufete de un abogado los estudiantes de derecho, en los hospitales los de medicina y en el mineral de Pachuca los ingenieros de minas.

Desde la fecha en que se puso en planta este nuevo sistema de instrucción hasta hoy se han formado buenos profesores y algunos muy distinguidos, de modo que por esa parte están muy bien servidas las escuelas. Los estudios se hacen en el idioma francés y los libros de asignatura son los mismos poco más ó menos que los que se señalan anualmente en los liceos y colegios de París y de Montpellier.

Tal es la instrucción oficial; pero además, como la enseñanza es libre, existen muchos colegios y escuelas particulares donde en menor escala se da á la juventud una enseñanza absolutamente moderna.

El sistema mexicano de instrucción ha sido estudiado de orden del gobierno francés por una comisión especial y los informes que dió fueron altamente satisfactorios y publicados en los diarios de París. Hay escrito un libro de más de mil páginas relativo á la enseñanza primaria y superior de la República mexicana, que siento no tener á la mano para dar una idea un poco más extensa de un ramo que tanto interesa al porvenir de las naciones, porque además de estas grandes escuelas hay en cada Estado un sistema análogo, aunque más en pequeño, de instrucción superior, señaladamente en Puebla, Oaxaca y Jalisco. Recientemente se ha establecido en la capital una importante escuela para la enseñaza normal de maestros.

VI

Teatros en México

No obstante la rigidez de costumbres que se conservó en la Nueva España durante el gobierno de los virreyes, las representaciones teatrales no fueron prohibidas sino antes bien protegidas y reglamentadas por el ayuntamiento. En el siglo XVII existían en México tres teatros pequeños y de madera, que se quemaron sucesivamente, el último en 1722, y no pudo ya reedificarse sino hasta 1753, y existe hoy con el nombre de Teatro Principal. Hasta 1824 estuvo administrado por los padres hospitalarios de San Hipólito y dedicados sus productos para ayuda de los gastos del hospital. Su construcción es de piedra pesada y defectuosa, por lo macizo de los palcos, que parecen nichos de un panteón. El propietario actual le ha hecho algunas reformas, y en el exterior una elegante fachada. Generalmente está dedicado este teatro á la representación de la comedia, y allí han ido compañías españolas y actores de mucho mérito como veremos después.

El Gran Teatro Nacional, situado en la calle de Vergara, fué construído por el arquitecto catalán don Lorenzo Hidalgo; se inauguró el año de 1844, y costó sobre 350,000 pesos. Le precede un pórtico sostenido por altas columnas corintias, con un ático defectuoso por su poca altura; se pasa á un patio cuadrado, cubierto de cristales y con elegantes corredores, y de allí sigue un ancho semicírculo con tres entradas, una al frente y dos en los costados. Esa misma galería precede también á los palcos primeros y segundos, los cuales tienen un tocador ó antepalco. Llama sobre todo la atención, por su majes-

tad y elegancia, el gran arco del proscenio, sostenido por dos gruesas columnas corintias y cuatro pilastras del mismo orden con bajos relieves sobre fondo de oro. Puede contener 3,500 personas, y cuando en una noche de gala está mejor decorado y alumbrado que de ordinario, presenta un aspecto majestuoso y cree uno hallarse en alguno de los más célebres teatros de Europa.

El teatro de Iturbide está dedicado provisionalmente á los diputados, por haberse incendiado la cámara que existía en el palacio. Es un salón elegante, cómodo y de un estilo igual á los teatros de segundo orden de París.

El teatro Arbeu, que está situado en la calle de San Felipe, y lleva el nombre de la infatigable persona que tenía una especie de monomanía por los teatros, pues por su iniciativa se construyó el Nacional y el de Iturbide. El salón Arbeu es cómodo, alegre, decorado un poco al estilo pompeyano, pero tiene el defecto de ser todo de madera. Está dedicado á la zarzuela española y á veces á la ópera cómica francesa.

El teatro del Conservatorio es el más pequeño, pero mejor decorado y lujoso que los anteriores. Dirigida la construcción por el inteligente ingeniero don Antonio García Cubas, procuró que fuese una obra de arte. El salón es al estilo del Renacimiento, con festones y relieves dorados y cuarenta medallones con los bustos de los músicos y autores dramáticos más notables. En el proscenio hay cuatro ménsulas destinadas á los bustos de los ingenios mexicanos, don Juan Ruiz de Alarcón, don Manuel Eduardo Gorostiza, don Ignacio Rodríguez Galván y don Fernando Calderón. El vestíbulo es de puro estilo pompeyano, y el conjunto todo una joya artística que es elogiada de cuantos la ven, aun sin el atractivo de la luz

artificial y de la concurrencia. Este pequeño salón está dedicado para los ensayos y funciones de los discípulos del Conservatorio de música.

Existen, además, el teatro de Guerrero, el de Merced Morales, el de los Autores, el de Morelos y el de Hidalgo, que sobresale por su aseo y extensión, y que es el que forma cabeza de los teatros de segundo y tercer orden.

De los teatros que se han mencionado por lo menos tres están constantemente abiertos todo el año, actuando una compañía de zarzuela y otra de comedia, compuesta de actores españoles y mexicanos.

Cada año va á México una compañía francesa con alguna de las notabilidades parisienses, ó una compañía de ópera ó de verso italiano, como la de Emmanuel, que está actualmente y que ha merecido tantos aplausos en Barcelona, de modo que se puede contar con una temporada anual de moda concurrida hasta no haber asientos de que disponer y que atrae á la capital á la gente rica de los Estados. En una noche de gala cualesquiera de los teatros, por la belleza de las damas que concurren, por el gusto de sus trajes, por las valiosas alhajas que ostentan y por la corrección y modo de conducirse de toda la concurrencia, cualquier extranjero, aun del gusto más difícil, no extrañaría ningún teatro de París ó Madrid, y tendría una idea de una parte de las apreciables familias que componen la buena sociedad de la capital.

Aquí hubiera concluído este pequeño extracto, pero vinieron á mis manos dos obras muy interesantes relativas al teatro. La primera se titula, *La ópera en Barcelona*, por don Francisco Virella Casañas, y la segunda, *El corral de la Pacheca*, por don Ricardo Sepúlveda. La primera contiene una tabla cronológica de las óperas

cantadas en el teatro de Barcelona desde 1788 hasta Enero de 1888. Esta tabla, excesivamente curiosa, redunda toda en honor del buen gusto de Barcelona y demuestra que se conoce la música desde Tozzi, Pasiello y Cimarosa hasta Meyerbeer, Verdi y Wagner, y que las compañías más completas y las *virtuosas* más notables han pisado el proscenio del magnífico teatro del Liceo, y en varias ocasiones el del Principal, Lírico y el que se llamó de Campos Elíseos.

Algunas de las celebridades que han actuado en Barcelona, han cantado también en México, y recuerdo entre otras á Marietta Albini, Galli, Beneventano Badiali, Padilla, Salvi, Tamberlick, y últimamente la Patti, sin contar á Angela Peralta, educada en el Conservatorio de música de México, que fué apellidada en Cádiz *el Ruiseñor mexicano,* y que escuchó con emoción y agradeció profundamente los aplausos de los barceloneses.

Pero México, á propósito de ópera italiana, tiene un recuerdo muy notable y que he extrañado no encontrar rastro de él ni en la obra del señor Casañas ni en alguna otra que he podido registrar. Este recuerdo es el del tenor español Manuel García, padre de la Malibrán, que fué, como todo el mundo sabe, una celebridad en el canto y ocupó la atención de la Europa entera en los años en que apareció realmente como una *estrella* en el teatro de París, compitiendo en sus gracias, en su arte y en su celestial voz con la Pasta.

Manuel García es el mejor tenor que ha habido en el mundo, y apenas podría admitir comparación con Tamberlick, con Mario ó con Gayarre. García era amigo íntimo de Rossini, cantó las primeras óperas de este insigne maestro, quien compuso para él el *Otelo,* y entre

los dos educaron á la Malibrán. Cuenta M. Legouvé en sus Memorias, que la primera representación en que García desempeñaba el papel de Otelo y su hija el de Desdémona, le dijo: «Cuenta que si haces mal la última escena, soy capaz de matarte,» y como García era de un carácter arrebatado, le sobrecogió un miedo tal á su hija, que estuvo á punto de enfermarse; pero no hubo remedio, en la noche salió al teatro, cantó bastante bien la aria del sauce, pero en la última escena estuvo sublime, de modo que el teatro se venía abajo de aplausos y fué llamada diez ó quince veces, y era, que con el miedo que le inspiraba su padre, y casi segura de que esa noche debía morir positivamente, lo hizo tan al natural, que era imposible pedir mayor perfección. Pues bien, este Manuel García hizo su *debut* en México en una plaza de gallos, que se habilitó para teatro de ópera, estando ocupado el Principal con una compañía de verso, y allí su hija cantó también con una tierna y dulce voz, que presagiaba lo que sería después, ligeras cancioncillas arregladas expresamente para ella, por un excelente músico mexicano, llamado don José Bustamante. Todos esos son vagos recuerdos en los que puede haber acaso falta de exactitud en el detalle.

En la obra del señor Sepúlveda se encuentra también una lista de las compañías que han actuado en el teatro del Príncipe, desde 1633 hasta 1888, que como se ve es tan curiosa como la del señor Casañas, y juntas las dos constituyen un documento importante para la historia del teatro en España.

De los actores y actrices célebres que han llamado la atención en Madrid y Barcelona, algunos también fueron al teatro de México, como Bernardo Avecilla, Pedro Vi-

ñolas, José Hermosilla, Francisco Arjona, José Valero, Manuel y Juan Catalina, Rosa Pelufo, María Corcuera, Matilde Díez, Salvadora Cairón, Carolina Fernández, Sofía Alverá y algunas otras que no recuerdo.

Las óperas que se han representado en México no son de maestros tan antiguos como los que figuran en el teatro de Barcelona, pero las partituras de Rossini, Bellini, Donizetti, Verdi, Meyerbeer, etc., son bastante conocidas, pues se sabe que el repertorio de las compañías es el mismo hace años, y el público sabe ya de memoria y se va cansando por mucho que sea el mérito que tienen. En cuanto á la comedia es el mismo repertorio de España, y las traducciones de dramas franceses, intercalándose algunas representaciones de comedias de autores mexicanos.

Para concluir este capítulo diremos; que el público mexicano ha sido, desde tiempo hace, muy aficionado á la música y á la literatura dramática, afición que se aumenta cada día, y que por el buen gusto adquirido, por la costumbre de oir á célebres cantantes y cantatrices y distinguidos actores, lo ha constituído en un juez severo, de modo que una compañía mediana, ya de ópera ya de verso, no tiene éxito completo á la vez que son aplaudidas, quizás demasiado, las notabilidades europeas, y los empresarios regresan satisfechos de la buena acogida del público y de las utilidades pecuniarias de la temporada.

VII

El periodismo en México

Hubo un tiempo en que el periodismo de México hacía materialmente ostentación de una furia y de un desentono extraordinario, y era esto muy natural en la época de la terrible lucha entre los dos partidos, y la prensa representaba las violentas pasiones de los contendientes; pero poco á poco fué entrando en calma, y hoy las polémicas entre el partido liberal y el conservador son más razonadas, menos ofensivas, y los escritos generalmente correctos en el estilo, y algunos, aparte las opiniones, modelos de buen decir y de facilidad en el ejercicio rápido y accidentado del periodismo.

En toda la República, según las noticias del señor García Cubas, se publican 258 periódicos, de los cuales se imprimen 73 en la capital, siendo de ellos 22 científicos.

En un periódico titulado: *El Ferrocarrilero*, del día 9 de Abril del presente año, encontramos una noticia de los periódicos políticos, con su respectiva clasificación, y dice así:

«Clericales: *El Tiempo, La Voz de México, El Heraldo*, *El Nacional*. Liberales: *El Siglo XIX, El Pabellón Nacional, El Ferrocarrilero, El Monitor Republicano, El Diario Oficial, El Municipio libre, El Partido liberal, El Diario del Hogar, La Política, El Monitor del Pueblo*. Españoles: *El Diario Español, El Pabellón Español*. Franceses: *Le Courrièr du Me-*

xique, Le Trait d' Unión. En inglés: *The two Republics* y uno en alemán.»

Después de ocho años de ausencia de la República y de no leer sino uno que otro periódico, no sería fácil entrar de lleno en la calificación y examen de todos los periódicos y me limitaré á generalidades por los pocos que llegan á mis manos.

El Siglo XIX es el decano de la prensa, lleva, creo, más de cuarenta años de publicarse día á día y continúa aún después de la muerte de su fundador, don Ignacio Cumplido, y ha representado las opiniones liberales moderadas. Después de *El Siglo* sigue *El Monitor Republicano*, que se ha publicado también desde hace cerca de treinta años, dedicando su fundador, don Vicente García Torres, todo su tiempo é inteligencia para hacerlo popular é interesante. Ha representado la opinión ultraliberal, es enteramente independiente, aún tratándose de sus propios partidarios, y tiene tal cúmulo de noticias extranjeras y nacionales, que lo hacen interesante y mucho más con las correspondencias mensuales del distinguido escritor don Emilio Castelar. De los periódicos conservadores, conocemos algunos de los que escriben en ellos. *El Tiempo*, por ejemplo, aparte de su política es razonado, enérgico, duro, quizás más de lo que debiera. *La Voz de México*, pocos números han llegado á nuestras manos, y *El Nacional* que leemos con frecuencia, representa en nuestro juicio la opinión conservadora moderada, y está tan lleno de noticias y de correspondencias de Europa que refieren hasta los más insignificantes sucesos, al grado que muchas veces nos ha sucedido leer en *El Nacional* algún suceso acontecido en esta ciudad de que no teníamos ni noticia. En

resumen, el partido conservador cuenta con un periódico importante, bien redactado y con la consiguiente influencia, y es tanto más imparcial este juicio, cuando sin saber por qué, no hemos sido bien tratados en esta publicación.

El Ferrocarrilero, redactado en inglés y en español, se ocupa exclusivamente de los progresos de México, con la construcción de vías férreas, y contiene noticias muy curiosas que nos han servido al escribir estos apuntes.

Los periódicos españoles y franceses llenan sus columnas con noticias diarias y circunstanciadas de sus respectivas naciones y preocupan á veces á los mexicanos á tal grado que se forman partidos en favor de Sagasta ó en favor de Cánovas, en favor de Boulanger ó de Carnot, y lo que pasa en Madrid y en París afecta tanto á cierto grupo de lectores como si se tratara de cosas que tocaran muy de cerca á México.

El *Diario Oficial* es también muy importante, porque contiene las disposiciones administrativas y legislativas, y se señala por la moderación con que contesta las interpelaciones y responde á la polémica de los periódicos de oposición.

No podemos concluir este artículo sin hacer mención de dos publicaciones que hemos recibido. La primera es del Instituto Médico Nacional, establecido por la iniciativa y empeño del general don Carlos Pacheco, secretario de Fomento. Tiene por objeto esta institución, que no sé yo que haya en otra parte, el hacer una indagación de todas las sustancias que en la extensión de la República se puedan encontrar y sean aplicables, ahora ó más adelante, á la terapéutica, y de aquí va á resultar la

formación completa de una flora mexicana y el examen científico de plantas oficinales de uso común entre los indígenas y sin aplicación hasta ahora por los que ejercen la medicina. Esta publicación, que será seguida de otras, así como la idea radical que contiene, ha sido muy elogiada por los distinguidos médicos don Bartolomé Robert y doctores Ferrán, Forns y Amigó y por varios profesores de la escuela de Farmacia.

La otra publicación, que se llama *Revista nacional de letras y ciencias,* y que se parece á *La España moderna,* que se comenzó á publicar en Madrid en principios de este año, contiene artículos muy serios bien escritos de crítica, de historia y de ciencias morales, que hacen honor á sus autores, sin que falte alguna que otra buena poesía para amenizarlo, concluyendo cada número con una juiciosa revista de las obras más notables nacionales y extranjeras. Un periódico como este hacía falta en la prensa mexicana, y de sentir es que no se haya podido organizar un periódico pintoresco como los de Barcelona á causa de lo mucho que cuestan el papel, la litografía y los grabados en madera.

Mucho sentimos no poder decir algo más de otros diarios, pero con lo expuesto se da alguna idea de la afición á la lectura, de la actividad de la prensa periódica y de la clara inteligencia de los que se dedican á la dura é ingrata profesión del periodismo.

VIII

Colonias extranjeras en México

Comenzaremos por la española, que es la más rica y más numerosa. No hay que hablar de su antigüedad, porque es también la más antigua, pues quedaron muchos españoles enlazados con familias mexicanas que no pudieron ó no quisieron regresar á la Península después de consumada la independencia, y sucesivamente ha ido renovándose (aunque sin la exageración que hoy se nota en la Argentina), y formando un núcleo respetable y enteramente unido en intereses, no sólo con la sociedad, sino también con el gobierno de la República. Dedícanse al cultivo de la caña de azúcar, panaderías, tiendas de abarrotes, fábricas de aguardiente. En los ingenios de azúcar han logrado hacerse respetar de la gente de *tierra caliente,* que es un tanto dura y levantisca.

En los últimos años se han dedicado también al giro de Banca y grandes negocios, y hablando generalmente, en todas esas empresas han tenido buena fortuna, y lo prueba el regreso de muchos á los pueblos donde nacieron con capitales muy floridos, dejando todavía en México establecida su casa y relaciones. La mayor parte de la colonia española se compone de asturianos y montañeses, muy pocos andaluces y castellanos, y por rareza catalanes, y esos han ido á ejercer alguna profesión científica, y ya los hemos señalado oportunamente. La colonia española tiene un magnífico Casino establecido realmente en un palacio, en el centro de la ciudad,

que da en el curso del año muy lucidos bailes y tertulias, y ejerce un influjo que á veces anda á la par con el de la Legación de España. Las quejas que suele haber, nunca proceden de esta buena sociedad, sino de aventureros que toman parte en las cuestiones políticas ó de *empeñeros* y contrabandistas que andan á las vueltas con la policía ó con el resguardo de las aduanas.

Colonia alemana. Después de la española, la alemana es quizás igual en número y tal vez en capitales, pues el comercio de almacén ó por mayor se halla en manos de casas de Hamburgo, de Bremen y aún de Liverpool. Tienen igualmente un Casino, no diremos mejor, pero sí que compite bien con el español, por su lujo y adorno y por lo grandioso del edificio en que se halla establecido.

Colonia francesa. Numerosa también y bastante rica, aunque diseminados los capitales en cortas porciones, es la que se distingue, como en todas partes, por el movimiento, por la alegría y por sus tendencias siempre crecientes á la civilización. Perfumerías, peluquerías, *restaurants,* modistas, sombrererías, mercerías, joyerías, quintas de recreo, *boliches,* gabinetes de lectura, mercerías surtidas con todos los *bibelots* de París, todo esto se halla en manos de los franceses y sirven al público con tal oportunidad, que con uno ó dos meses de diferencia se encuentra en México todo lo que hay en París, con excepción de objetos y telas de gran lujo, que se hacen venir por expreso encargo. La colonia francesa tiene también su elegante Casino, donde hay bailes, conciertos y representaciones teatrales. Un cementerio francés, quizás el mejor de la capital; un salón bien atendido en un hospital; una iglesia católica

con su capellán y dos ó tres periódicos en su idioma, de modo que no pueden extrañar nada de Francia, más que la Francia misma.

Colonia inglesa. Recién hecha la independencia, como fué la Inglaterra la primera que la reconoció, ocurrieron muchos ingleses, abarcaron con casi todo el comercio exterior y con la explotación de las minas, y dominaron, como quien dice, el país; pero poco á poco fueron retirándose, abandonando el campo á las otras colonias, y hoy apenas existen tres ó cuatro casas importadoras, de mucho crédito y recursos, y los directores y representantes de las empresas mineras, que han vuelto á estar en boga en estos últimos años, como lo demuestra la nota de las emisiones que se ha copiado íntegra.

Colonia italiana. Poco numerosa, y es ahora cuando comienza á aumentarse y á importar vinos, aceites, mármoles y otros artículos, que abundan en su bello país; pero mientras no se establezca una línea directa y fija, al menos cada mes, que recorra los puertos del Mediterráneo desde la Sicilia, pase por Barcelona, Tarragona, Cádiz y vaya directamente á la Habana y Veracruz, no es posible ni que la colonia aumente ni que las mercancías de Italia puedan venderse en México á un precio razonable.

México ganaría mucho, porque embellecería la capital, y los mexicanos afectos al arte y al lujo podrían adquirir diversos objetos para la decoración, que no son ni aun conocidos en la capital.

Colonia norte-americana. No obstante ser los dos países fronterizos, había sido siempre muy poco numerosa, y más bien de aventureros, que no buscaban más

que el momento oportuno para formular una exagerada reclamación y obtener *dollars* más tarde ó más temprano, hasta que al fin fué necesario firmar una convención para cortar ese grave mal y liquidar de una vez para todas, y no será por demás referir algunos casos.

La viuda de un Mr. Sloo, que se comprometió á hacer el camino de hierro de Tehuantepec, no lo hizo porque no consiguió los fondos necesarios, dejando caducar su concesión; reclamaba por este hecho, en que perjudicó á México y á los interesados mexicanos, *ocho millones de pesos.* Esta reclamación fué desechada por la comisión mixta.

El segundo caso es de una reclamación de más de 300,000 pesos, por el saqueo por mexicanos de unas minas. Fué admitida por las dos comisiones, y se ha averiguado después que esas minas sólo existieron en la imaginación del reclamante, y el gobierno de los Estados Unidos va á devolver á México el dinero que ya había pagado. Por este estilo eran los negocios y las cuentas de la colonia americana.

Estas cosas han cambiado mucho, porque las casas más fuertes de Boston y de Nueva York han tomado una parte muy activa en la construcción de los ferrocarriles, y al mismo tiempo la opinión se ha modificado mucho; la anexión no tiene ya lugar de ser, pues que el campo está ya libre y abierto á la incansable actividad de los vecinos, y México comunicado con los Estados Unidos y la California, como si fuese un mismo país, añadiéndose que el interés del Norte está cifrado en no adquirir más territorio ni dejar preponderar á los Estados del Sur. Las fronteras son peligrosas para todas las naciones, pero queda al valor y dignidad de sus

ciudadanos el defenderlas de todo ataque injusto, y así lo hará México en todo evento, estando como está en circunstancias más bonancibles que en 1846.

Inútil es decir que todas estas colonias son generalmente estimadas en México, que gozan de la más amplia libertad, y que raros casos acontecen, hace ya más de veinte años, que hayan dado motivo serio para una queja de los extranjeros, no obstante algunas fábulas que se inventan, como la de un periodista de la Habana, hace muy pocos meses, y que proceden de una malevolencia personal ó de especulaciones de Bolsa.

IX

Comunicaciones marítimas

Las líneas de vapores que en la actualidad hacen el comercio entre México, Europa y los Estados Unidos del Norte son las siguientes:

Compañía Trasatlántica, de Barcelona. —Los días 5 y 25 de cada mes salen del puerto de Barcelona los vapores de esta empresa con escalas en Málaga, Cádiz, Puerto Rico, Habana, Progreso y Veracruz, al cual llegan los días 4 y 24 para salir los días 8 y 28, de regreso por los mismos puertos el segundo. El primero regresa de la Habana á Santander, Havre y Liverpool.

El día 10 de cada mes sale otra expedición del puerto de Génova de los mismos vapores de la Compañía, haciendo escalas en Marsella, Barcelona, Málaga, Cádiz, Vigo, Puerto Rico y Habana, donde trasborda la carga para Progreso y Veracruz que lleva de los puertos que

ha recorrido, y además la que tomó en Vigo procedente de Liverpool, Havre, Santander y la Coruña. De Liverpool sale otra expedición que hace escalas en el Havre, Santander (el 20 de cada mes), Coruña, Puerto Rico, Habana, Progreso y Veracruz, á cuyo puerto llega el 14 y sale el 18 para Progreso, Habana, Cádiz y Barcelona.

Esta compañía tiene una combinación de sus vapores en la Habana, con New-York, para la carga de todas las escalas de sus buques, que salen de los puertos de la Habana y New-York los días 4, 14 y 24 de cada mes. El vapor que sale de Génova el 10 de cada mes, termina su viaje en Colón, después de haber recorrido los puertos antes mencionados hasta la Habana y los de Santiago de Cuba, La Guyra, Puerto Cabello y Cartagena. Para todos estos puertos recoge la carga y pasajeros en los que hace escala y como hemos dicho, en el de Vigo, de Liverpool, Havre, Santander y la Coruña, y en la Habana, los de los puertos mexicanos y New-York. Además conduce los destinados (carga y pasajeros), para los del Norte y Sur del Pacífico. Otra combinación tiene también con su línea de Filipinas, que recorre ésta los puertos de Port-Said, Adén, Colombo, Singapore y Manila, para cuyos puertos admite carga de todos los que recorren sus otras líneas.

Compañía Trasatlántica francesa.—El día 1.° de cada mes sale un vapor del Havre para Burdeos, la Coruña, Habana y Veracruz, y el 21 otro de San Nazario á Santander, Habana y Veracruz.

Línea Hamburgo-americana.—Procedente de Hamburgo salen dos paquetes cada mes para el Progreso, Veracruz y Tampico.

Mala Real inglesa.—Sale un paquete cada dos sema-

nas de Southampton á San Thomas, donde trasbordan carga y pasajeros para la Habana, Veracruz y Costa-Firme.

Linea Harrison de Liverpool.—Salen de ese puerto dos vapores cada mes para Progreso, Tampico y Veracruz. Es la linea que cobra más baratos los fletes á los efectos que se exportan de México á Inglaterra.

Compañia Limitada de West-India.—Llegan al puerto de Veracruz el 15 y 20 de cada mes; permanecen cinco dias en bahia y regresan á Liverpool y Londres con escala en New-Orleans.

Linea de Morgan.—Salen del puerto de Galveston (Texas), los dias 2 y 17 de cada mes con destino al puerto de Veracruz y regresan en ochenta horas á New-Orleans.

Linea de vapores americanos de James E. Ward.—Llegan á Veracruz cada semana procedentes de New-York y Habana, tocando, tanto á la ida como á la vuelta, en los puertos de Progreso, Tampico, Tuxpan, Campeche y Frontera.

Vapores americanos.—Los que hacen el comercio de cabotaje cada semana en el litoral del Golfo, son: *El Campechano, Tabasqueño, Fénix, Ibero* (de la casa de los señores Romano y C.ª, de Barcelona, y Tabasco los dos últimos), *Sofia*, *Laguna*, *Frontera* y *Ancona*.

Cada semana está, pues, establecida la comunicación por mar entre Europa y México y casi diariamente comunicados entre si los puertos del Golfo.

Ya se notará mejor la diferencia entre el tráfico de hoy y el muy limitado de 1851.

Comunicaciones en el Océano Pacifico.—Hay una linea regular de vapores americanos que salen cada mes

del puerto de San Francisco de California hasta Panamá tocando en los puertos mexicanos de Mazatlán, Manzanillo, Acapulco, Puerto Angel, Salina Cruz, Tonalá y San Benito. Existe, además, la línea inglesa, vía Colón y el comercio de cabotaje se hace por dos líneas de vapores mexicanos, de las cuales una pertenece á la compañía del ferrocarril de Sonora y la otra á don Joaquín Redo, y extienden sus viajes al puerto de Guaymas y la Paz en la Baja California.

No será fuera de propósito notar aquí que fué Hernández Cortés quien descubrió la Baja California, dándole su nombre al Golfo; gastó más de la mitad de su fortuna y sufrió tempestades, contratiempos y aventuras, con cuya narración se podría bien llenar un volumen.

X

Mejoras morales.—Reforma religiosa

A la breve narración de las mejoras materiales hechas en México durante los últimos veinte años, debemos añadir también otra de las mejoras morales, sin pretender mezclarnos en cuestión alguna religiosa, limitándonos á referir los hechos consumados.

Existía el fuero civil, el fuero militar y el fuero eclesiástico.

Vino una ley y abolió los fueros, de modo que militares, eclesiásticos y civiles quedaron sujetos á una igual jurisdicción ordinaria. Conservóse únicamente el fuero para el presidente de la República, Ministros, Diputados, Senadores y Magistrados de la Corte de Justicia durante el ejercicio de su encargo y los cuales son juzgados por

la Cámara de Diputados, erigida en Gran Jurado, y por la Corte Suprema de Justicia. Primer paso.

Los agricultores pagaban, obligados por la coacción civil desde el tiempo de los virreyes, la décima parte de las cosechas que producían sus fincas de campo. La mitad era para el rey y la otra mitad para los obispos. Una ley abolió el pago del diezmo y la agricultura quedó descargada de este oneroso impuesto. Segundo paso.

Los conventos de religiosos de ambos sexos se llenaban cada año de nuevos adeptos y pronunciaban votos, comprometiendo su libertad de acción por el resto de su vida. Una ley abolió los votos monásticos y cerró los noviciados. Tercer paso.

En el matrimonio existía la ceremonia religiosa, pero no el contrato civil que arreglase ante la sociedad la legalidad de la sucesión en la familia. Se estableció por una ley el matrimonio civil señalando claramente casos y causas para la separación de los cónyuges. Cuarto paso.

Los cementerios y las inhumaciones estaban al exclusivo cargo del clero. Una ley puso á los cementerios bajo la jurisdicción civil y abolió los derechos ó cuotas que se pagaban á los curatos. Quinto paso.

Las comunidades religiosas de ambos sexos poseían en toda la República una riqueza de gran valor que mantenía estancado el movimiento é impedía la reconstrucción y embellecimiento de los edificios, pués que los que se llamaban dueños de ellos, sólo tenían interés en sacar una renta módica, sin pretensiones de aumento ni de mejora que tienen las cosas cuando están en la general circulación. Sólo en la capital de México el clero poseía de 25 á 30.000,000 de pesos. Se publicó la ley de

desamortización y los inquilinos se convirtieron en propietarios reconociendo el capital al clero. Sexto paso.

Al llegar aquí estalló la gran revolución armada, la intervención y el ensayo de un segundo imperio. Se luchó por años, se derramó mucha sangre, los caudillos liberales murieron fusilados ó asesinados, y en definitiva se triunfó y se sancionó la reforma.

En virtud de las leyes la totalidad de los bienes del clero pasó al gobierno, las monjas y frailes fueron exclaustrados en toda la República y cerrados sus conventos. A las primeras se les dió la suma de tres mil pesos á cada una, cantidad que era la que habían puesto al entrar en la comunidad religiosa, para que pudieran seguir en lo privado, si así lo querían, la vida ascética del convento; de manera que hoy no existe asociación religiosa de ninguna clase en México, y todos los cultos cristianos son tolerados.

Por el período de reforma han pasado Inglaterra, Francia, Alemania, los Países Bajos y España con más ó menos violencia y con más ó menos crueldad con los vencidos. En México no hubo ni conventos quemados, ni frailes asesinados, ni monjas violadas, y por el contrario, se sacaron á las religiosas de sus conventos con el mayor respeto y orden; se las permitió llevasen consigo sus reliquias y objetos particulares, y fueron distribuídas entre las familias piadosas mientras podían establecerse por sí solas con su renta; pero lo que no ha obtenido todavía ni la Francia ni la España y que obtuvo ya México, es la separación de la Iglesia y del Estado.

México terminó sus relaciones diplomáticas con el Pontífice romano, pero le dejó la completa libertad y acción en la jurisdicción de la Iglesia católica y en las

leyes canónicas, de modo que nombra obispos y arzobispos sin que el gobierno tenga que ver en nada. El arzobispo y obispos de México á su vez ejercen su jurisdicción en las catedrales y curatos, predican sus sermones, hacen sus procesiones y ceremonias como siempre, dentro de la iglesia, y no mezclándose ni en la política ni en las cosas civiles, están como todos los ciudadanos, bajo el amparo de la Constitución y de las leyes.

El clero no tiene dotación alguna por el Estado. Subsiste con las limosnas voluntarias de los fieles, y el sentimiento religioso y benévolo de lo general de la nación acude á estas necesidades espirituales, al grado que si el clero no está hoy rico, tampoco puede decirse que esté miserable ni que el esplendor del culto haya decaído.

La suntuosa catedral edificada con fondos del erario de la Nueva España, así como otros templos y todas las casas curales, fueron entregadas al arzobispo y continúan abiertos y sostenidos por gratuitos donativos de particulares. Otros conventos fueron destinados á usos civiles, como la iglesia de San Agustín para biblioteca, el convento de la Encarnación para Escuela de Derecho y el de la Enseñanza para Palacio de Justicia. El antiguo Seminario Conciliar subsiste todavía á cargo del arzocispo y es el único establecimiento donde se enseña el Derecho canónico y los estudios complementarios para la carrera eclesiástica.

Los protestantes de las diferentes comuniones, que son todavía más propagandistas y celosos que los católicos, se apresuraron á establecer sus iglesias, no sólo en la capital, sino en pueblos habitados en su mayor parte por indios, y esto produjo colisiones y disputas, pero los ánimos se han ido calmando, llegándose ya á una

tolerancia mutua, y de consiguiente á un estado de tranquilidad que no es más que el reflejo de la que se goza en el país de algunos años á esta parte.

Yo no diré que el clero católico esté contento, probablemente lo estaría más con los bienes, las prerrogativas y la influencia de que gozaba, por ejemplo, en los años de 1830 y 1831; pero en definitiva los hombres de un carácter bueno y evangélico, como lo tiene el señor Labastida, actual arzobispo de México, se resignan con una situación que bajo muchos puntos de vista les es ventajosa, no teniendo ante la autoridad civil más sujeción que la que tiene el común de los habitantes. Dirige con talento y con acierto los asuntos de la Iglesia y con esta loable conducta ha logrado contribuir á la paz pública y no atraer más enemigos á la comunión romana. Si alguno mereciera el capelo de cardenal, sería el insigne prelado que gobierna hoy con entera independencia del Estado la Iglesia católica mexicana.

XI

Artes y letras

Por una feliz coincidencia, lo que hicieron los señores Pí y Arimón y Balaguer, y ha continuado el señor Elías de Molíns, se hizo y se hace también en México. Beristain, un compilador y literato del siglo pasado, publicó una biblioteca, por orden alfabético, de autores mexicanos. Encuéntranse en ella infinidad de nombres con la indicación de sus escritos. El registro de tal libro produce el convencimiento, que muy pocos tienen, de que la historia, la filosofía, la teología, la poesía y aun el arte

dramático se cultivaban con muy buen éxito en la Nueva España y en muchas de esas materias brillaban talentos especiales, cuya fama pasaba á Europa, no obstante la escasez de relaciones y la dificultad de los viajes.

Los señores Pimentel y Francisco Sosa han continuado este importante trabajo biográfico y bibliográfico, y merced á estos trabajos podemos decir que en México, desde hace muchos años no se descuida el cultivo de las letras. Siento no tener á la mano los libros á que me he referido, pero á la memoria puedo citar algunos nombres, entre ellos de *indios puros*, como el de don Fernando Tezozomoc y Cristóbal del Castillo Zapata, cuyas obras están traducidas al francés y forman parte de la ya rara colección de escritos sobre la historia antigua de México publicada en París por Ternaux de Compans.

Como poeta dramático antiguo tenemos á don Juan Ruiz de Alarcón, que aunque no en muy buena armonía con el gran Lope de Vega, conquistó un lugar muy distinguido entre los escritores de la época, y *El tejedor de Segovia* y *La verdad sospechosa* van á la par con *El desdén con el desdén, La vida es sueño* y *La estrella de Sevilla.* Sor Juana Inés de la Cruz, monja de San Jerónimo de México y célebre poetisa, á quien llamaron en España la Santa Teresa mexicana. Como poeta dramático tuvo y tiene grande fama en Madrid don Manuel Eduardo Gorostiza y *El amigo intimo, Indulgencia para todos* y *Contigo pan y cebolla* alternaban en los teatros con *El viejo y la niña* y *El café* de Moratín. Don Ricardo Sepúlveda, autor de la curiosísima obra *El corral de la Pacheca,* dice: «Desde 1810 hasta 1820 el teatro español arrastró una vida lánguida sin emoción ni entusiasmo y apenas sin obras originales, puesto que casi todas las

que se representaban en ambos coliseos en prosa y en verso eran francesas y por cierto no todas bien traducidas. La emigración de don Manuel Eduardo de Gorostiza, *verdadero sostén de la escena española* por aquel tiempo, puso en trance de orfandad á la misma y hubiera habido que declararla desierta á no haber aparecido en Octubre de 1824 Bretón de los Herreros con su comedia *A la vejez viruelas,* que no fué aplaudida cuanto merecía.»

En la época más moderna Rodríguez Galván, Fernando Calderón, y recientemente Juan Mateos, Roberto Esteva, el malogrado joven Acuña y el poeta Rafael Zayas Enríquez han dado muestra de una notable disposición y valor real para este género difícil de literatura (1).

Como historiadores tenemos: á Clavijero, á don Carlos de Sigüenza y Góngora, el padre Servando Teresa de Mier, y en la época moderna á don Lorenzo Zabala, á don José María Tornel, don Luis Gonzaga Cuevas, don Lucas Alamán (2) y don Manuel Orozco y Berra y en esta parte esencial de la literatura ha llamado mucho la atención en estos días la obra que acaba de salir de las prensas de la conocida y acreditada casa de Espasa y Compañía, titulada *México á través de los siglos.*

Nada más bien impreso, con caracteres nuevos y en papel satinado; nada más abundantemente ilustrado con

(1) La última composición dramática del señor Zayas, titulada *El juez de su propia causa,* fué representada con éxito en el teatro Calvo-Vico. Si el folleto que recientemente escribió el señor Zayas, titulado *Los ilotas del siglo* XIX, fuese traducido al francés y popularizado en Francia, haría una verdadera sensación por las ideas que contiene y las comparaciones que establece.

(2) Aparte las opiniones monarquistas de la obra de Alamán es de un gran mérito literario.

retratos de multitud de personajes, con vistas de edificios y ciudades, con artísticos cromos, y portadas de una feliz invención. Los cinco tomos en folio encierran un material importantísimo, testimonio evidente del trabajo y paciencia de cerca de diez años de la casa editora Ballescá y Comp.ª y de los conocidos literatos que la escribieron.

La dirección de toda la obra fué confiada al general don Vicente Riva Palacio, el que además se encargó de escribir el segundo tomo y lo hizo con la corrección, gala de lenguaje y criterio para presentar, de materiales disímbolos de diversas épocas y autores, un cuadro completo que da á conocer el gobierno colonial sin odio y sin pasión y con la precisión y referencia de hechos notables y de datos de gran novedad que no eran antes conocidos.

Alfredo Chavero, aun con perjuicio de su bufete de abogado, se apasionó hace algunos años por el estudio de las antigüedades mexicanas, adquirió, además de lo que ya tenía, la valiosa colección del finado don Fernando Ramírez y con este material, único en su especie en México, y una constancia digna del objeto histórico que trataba, llenó las mil páginas que le tocaron con un interés que comienza en las primeras líneas y se sostiene hasta las últimas.

Juan Arias, que había hecho ya felices ensayos históricos, se encargó del período en que comenzó el gobierno independiente hasta la guerra de Reforma. La muerte le sorprendió en este laborioso trabajo, que fué concluído con buen éxito por el señor Olavarría y Ferrari, bien conocido ya por las muchas obras que han salido de su pluma.

A don Julio Zarate cúpole la importante y difícil labor de dejar consignadas las acciones heroicas, la lucha desesperada, los esfuerzos increibles de los ilustres mexicanos que tuvieron la gloria de combatir por su libertad, y la tenaz resistencia de la madre patria, no queriendo apartar su dominio de la más rica y preferida de sus colonias.

Trabajo muy difícil; Zabala, don Carlos Bustamante, don Lucas Alamán y algunos otros habían escrito ya sobre este período sangriento; pero faltaba la unidad, el complemento hasta hoy, en fin, el cuadro acabado, que logró trazar el señor Zárate.

Tocóle á un laborioso jalisciense, á un excelente poeta, á un liberal sincero y á un infatigable estudiante, que desempeña hoy la dirección de la Biblioteca Nacional, terminar la obra con la modernísima historia de la Reforma, y este trabajo tiene una positiva originalidad, porque no existían sino folletos y libros apasionados, publicados por extranjeros que tomaron más ó menos parte en la expedición ó por obstinados partidarios del infortunado archiduque, como por ejemplo, la llamada Historia de México, de don Francisco de Arrangoiz. Terminó con el tomo V, escrito por el señor Vigil, que, sin exageración, bien puede llamarse magistral, que honra á las letras de México, es una parte esencial de la misma historia de España y demuestra al mismo tiempo la constancia, el método, el fructuoso trabajo personal de las casas editoriales de Espasa y Ballescá y Comp.

Tales son las reflexiones que me ha sugerido el simple registro de los cinco volúmenes. La lectura atenta podría sugerirme otras diversas, que tendré acaso ocasión de manifestar en un estudio especial.

Y hablando de historia no sería posible guardar silencio sobre las publicaciones de la casa editorial J. F. Parres y Comp.ª Verdaderamente estos editores han mostrado un loable empeño, digno de ser elogiado por los mexicanos, en dar á conocer y popularizar las cosas de México. Comenzaron con los *Episodios históricos mexicanos*. El correcto é infatigable escritor don Enrique de Olavarría y Ferrari se propuso con relación á la historia de México, lo que el señor Pérez Galdós había hecho ya respecto de la de España, es decir, crear un personaje novelesco que se mezcle y refiera los más notables acontecimientos históricos.

Aunque la idea del señor Olavarría no haya sido original, la imitación fué feliz y ha recorrido el largo periodo desde principios de la Independencia hasta nuestros días haciendo agradable y fácil el estudio de sucesos verdaderos y añadiendo también noticias y datos que no eran conocidos ni tenidos en cuenta por otros historiadores.

Alternando con esta obra daba también á luz la casa de Parres y Comp.ª, *La Historia de México*, desde los tiempos más remotos hasta la época actual. La familia española de Zamacois ha sido de artistas. Un pintor notable, un actor de brío y de fuego, una Elisa deliciosa, que no ha sido mejorada en la opereta española, y para honra de esta familia, Niceto, novelista é historiador, que vivió muchos años en México, fué muy estimado allí y cultivó buenas relaciones con personas las más ilustradas y entendidas de la capital. Natural era que como español dominara el sentimiento patriótico cuando tenía que referir alguna grave colisión entre España y la antigua colonia; pero en lo general su historia está escrita con

imparcialidad, con un fondo de buen criterio y de fácil y franca narración. Así, tal ha sido de pronto mi juicio al registrar los tomos publicados por el señor Parres, la lectura completa de la obra me sugeriria quizás otro género de ideas. Sea como fuere, es un material de positivo interés que servirá de punto de comparación con otros estudios de su clase.

El señor Rivera Cambas, infatigable también en sus trabajos, está publicando una serie de libros históricos. No he logrado ver ni uno solo y siento mucho que este motivo me impida dedicarle un recuerdo como lo he hecho de las obras anteriores.

Ausente hace ocho años de mi país, que ha progresado no solamente en el sentido material sino también en las artes y en las letras, carezco del conocimiento de lo que ha producido en ese período la clara inteligencia de los mexicanos. Muchos nuevos poetas y nuevos escritores en la capital y en los Estados. He leído alguna que otra poesía y algunos artículos en los diarios políticos, pero este es un limitado material que no basta para formar ni una mediana revista de la literatura mexicana, que merece un detenido y especial estudio.

REVISTA

Literatura, artes y ciencias en Cataluña

Los imperfectos apuntes sobre la literatura catalana, diseminados en algunos de los capítulos de este libro, no dejaban de ninguna manera satisfecha mi idea de dar á conocer en México, aunque sólo fuese por una indicación clara y seguida, el estado de la literatura y el progreso general de las artes y de las ciencias, porque luchaba, sin poderlo remediar, con la falta de tiempo y con mi incompetencia, ignorando el idioma y careciendo de los libros más indispensables.

El señor Yxart, tan entendido como bondadoso, y capaz, sobre todo, de juzgar con acierto y criterio de las cosas de su patria, se sirvió hacerme un valioso obsequio contestando á mis preguntas en la siguiente carta, que da á mi libro el valor que no tenía.

Dejo, pues, hablar al señor Yxart y recomiendo á mis amigos la lectura de su valiosa contribución, dándole yo aquí un testimonio de mi gratitud por haber hecho lo que para mí era imposible hacer, y que esta obra, que comienza con una memoria del general Prim, terminase con la de los hombres insignes y laboriosos cuyos trabajos son honra y gloria de España:

Sr. D. Manuel Payno

Barcelona, 1.° de Agosto de 1889

Muy señor mío y amigo:

Voy á reunir en brevísimas notas la historia del Renacimiento catalán en el presente siglo. Creyendo interpretar el deseo de usted, á esto me limito, prescindiendo de la historia de la literatura catalana desde la formación del idioma hasta su decadencia, y tratando muy ligeramente también los mismos comienzos del renacimiento moderno hasta llegar á los autores contemporáneos y que viven en la actualidad: de éstos principalmente quiere usted noticias, si no entendí mal.—Basta indicar, por lo que se refiere á la literatura catalana en la Edad Media, que fué esplendorosa, estrechamente relacionada con la provenzal y la italiana, y fecunda en poetas, (trovadores), historiadores, filósofos y escritores políticos: algunos celebérrimos y figurando en primera línea en el cuadro general de la civilización europea, ya que ésta tuvo su asiento y un florecimiento prodigioso en todo el litoral mediterráneo. Entre los poetas ¿quién no ha oído hablar de Ausias March y Jaime Roig, valencianos? Entre los filósofos ¿de Raimundo Lulio, mallorquín? Entre los historiadores ¿de Desclot, cronista de Pedro el Grande, rey de Aragón, de Jaime el Conquistador y de Pedro el Ceremonioso, que escribieron su propia crónica, y del no menos célebre Muntaner? Toda aquella civilización italo-provenzal-catalana fué completa y tuvo gran influencia en Europa. Con el renacimiento erudito de nuestras glorias, se ha escrito mucho acerca de ella y se han publicado muchas de aquellas obras,

que despiertan hoy universal interés. Entre nosotros han escrito interesantes trabajos relativos á aquel período, Víctor Balaguer, (*Historia política y literaria de los trovadores*); Milá y Fontanals, (*Los trovadores en España* y una reseña crítica de los antiguos poetas catalanes); Rubió y Ors (*Ausias March y su época*); Roselló, (*Obras rimadas de Ramón Lull*); Rubió y Lluch (Antonio), (*El Renacimiento clásico en Cataluña*, etc., etc.) No puedo ni debo prolongar estas someras indicaciones: cuanto se refiere á nuestra literatura y á nuestra historia política, es demasiado extenso é importante para condensarlo aquí en un par de líneas. Diariamente se hacen nuevos descubrimientos, y son ya muchos los historiadores nacionales y extranjeros que ya con relación á la total civilización ibérica, ya en lo tocante á la mediterránea y europea, vuelven los ojos á ese gran foco en que se concentró durante la Edad Media el saber é inteligencia de la raza latina, con su propia claridad de conceptos, precisión de forma y elegancia artística en los usos y costumbres.—Pero todo aquello pasó; cesó aquella influencia, y con la formación de las grandes nacionalidades en la Edad Moderna, y luego con el descubrimiento de América, tocóle el turno á la raza castellana, por antonomasia española, á tal punto que en el siglo XVII, los poetas catalanes, contagiados de culteranismo y gongorismo, apenas se diferencían en nada de los castellanos sino en el uso de un idioma tan corrompido que podía tomarse por un dialecto, y en el siglo XVIII el catalán ya sólo sobrevive como lenguaje familiar relegado al uso doméstico. Unicamente el clero en sus sermones en las parroquias rurales y los escribanos públicos redactando en catalán los documentos relativos á la

contratación y constitución de la familia, prestan todavía al idioma un postrer reflejo de su esplendor como lengua oficial de un antiguo reino.

Llegamos al siglo XIX y renace de pronto el cultivo literario de aquella lengua, al tiempo en que aún este último uso oficial desaparece para siempre. ¿A qué se ha debido este renacimiento? El problema es harto complejo para resolverlo aquí. Bastará indicar que no ha sido un hecho aislado en Europa ni en España: lejos de ello, algunos pensadores han dicho que será uno de los hechos característicos de la historia de nuestro continente en el siglo actual, esa resurrección simultánea de idiomas, razas y nacionalidades medio-evales que se creían extinguidos. Tomándolos en su conjunto, la primera causa de su despertar se atribuye al romanticismo. Del modo que el Renacimiento volvió los ojos á la antigüedad clásica, el romanticismo puso en predicamento la Edad Media y en cuanto en ella nos fijamos, naturalmente debieron surgir para las pequeñas nacionalidades todos los recuerdos de su vida anterior que en la Edad Media radicaban. Viniendo á Cataluña, el hecho es cierto; el renacimiento contempóraneo fué esencialmente medio-eval y aún lo es para muchos: fué romántico y erudito: romántico á la manera escocesa, esto es, arqueológico, profundamente cristiano y caballeresco. Walter-Scott fué uno de los ídolos de la primera generación literaria de este siglo en Barcelona, y la estética de los alemanes y particularmente de Schiller, la que se estudió y propagó aquí, como credo de la nueva escuela, en un periódico publicado en 1824 por Aribau con el título de *El Europeo*. El felibrige provenzal, producto de un renacimiento análogo en el Medio-

día de Francia, se ha querido atribuir la gloria de haber sido iniciador del nuestro, dadas las analogías que entre ellos y nosotros existen, como en la Edad Media; pero esta iniciación y prelación han sido controvertidas y negadas, principalmente por Rubió y Ors en su opúsculo *(Reseña del actual Renacimiento de la lengua y literatura catalana)* y por Menéndez Pelayo recientemente en el prólogo al tomo segundo de las obras de Rubió.

Lo que hay de cierto es que durante el primer tercio de este siglo se propagó aquí el conocimiento de los principales poetas y escritores románticos: Walter-Scott, Chateaubriand, Byron, Lamartine, Manzoni, etc., y que éstos enardecieron la imaginación de la juventud de entonces, convirtiendo sus ojos á los fantásticos castillos feudales, las damas y trovadores, las libertades políticas antiguas, las costumbres características del pueblo, etc., etc. Vióse que se podía imitar toda aquella literatura con materiales propios, con las viejas crónicas catalanas, con el escenario catalán de otros tiempos y por aquí se empezó. De algunos escritores consta positivamente que alguno de aquellos poetas les inspiraron proyectos fecundísimos que fueron el comienzo de una revolución literaria en España. Así, por ejemplo, el dibujante Parcerisa ideó su obra monumental *Recuerdos y bellezas de España,* después de haber leído *El último Abencerraje* de Chateaubriand. El mismo confiesa que leyendo en ella la descripción de la Alhambra, entró en deseos de conocer aquel maravilloso palacio, copiarlo y publicar sus dibujos. Luego tuvo que limitarse á admirar las ruinas de los monumentos góticos y bizantinos de Cataluña, y de aquí el primer tomo de la obra por él editada, redactada por Piferrer, célebre crítico catalán,

y luego continuada por Pí y Margall, Madrazo y Quadrado. Pues bien, esta obra empezada en 1839 y concluída en 1872, (obra arqueológico-artística) fué una de las que más contribuyeron á la evolución romántica en España, y después al fomento y al progreso de los estudios artísticos, arquitectónicos é históricos, que han resucitado todo el esplendoroso pasado de nuestra nación. Basta este ejemplo.

Pero continuemos apuntando algo sobre aquellos comienzos.

Otros quieren hallarlos también, no sólo en el romanticismo, sino en un acontecimiento anterior ó casi coetáneo: la guerra de la Independencia. En realidad, la aparición de las primeras poesías catalanas de algún valor es posterior á la guerra, pero tampoco cabe negar que aquella lucha, el desconcierto que trajo en la máquina del Estado y la transitoria autonomía de que hubieron de apoderarse las provincias españolas, abandonadas á sí mismas para hacer frente al enemigo por medio de la guerra de guerrillas, local, parcial; todas estas causas reavivaron en los catalanes el amor á su patria local, el uso de su lengua familiar y un no extinguido, aunque sofocado afecto, á aquella misma autonomía que un tiempo gozaron y que los azares de la suerte ponían de nuevo en sus manos. Hasta qué límite renació este afecto es punto histórico que todavía no se ha aclarado bastante, en su aspecto político. Conste, sin embargo, que Napoleón intentó halagar el espíritu provincial con algunos recuerdos de proclama y publicando un periódico *en catalán*. Otros historiadores han hecho notar que esta propaganda astuta de Napoleón no tuvo éxito alguno, y que aquel mismo periódico hubo de dejar el catalán por

el castellano. En general, la campaña contra Napoleón, que fué encarnizada en Cataluña (testigos Gerona, Bruch y Tarragona), se hizo con espíritu nacional, español. Pero sea de todo esto lo que fuere, es indudable que con aquel sacudimiento se removieron las antiguas energías, que la lengua del país se volvió á usar en proclamas, versos patrióticos, etc., etc., por poetas populares, ramplones desde luego, pero catalanes. Si esto influyó algo en la literatura artística é ilustrada de unos años después, no me atrevo á asegurarlo.

La primera poesía en catalán de algún valor fué la *Oda á la patria* de Aribau (1833). La habían precedido algunos ensayos ignorados y obras como la traducción de un poema de Grossi por don Juan Cortada, y *Llágrimas de la viudesa*, por Martí; pero estas tentativas no tuvieron el éxito de aquella oda, que ha sido considerada como el germen de todo el renacimiento. Y en efecto, aparte de sus bellezas, tiene, por rara coincidencia, la singular cualidad de contener como todo el programa literario de la revolución que le siguió; cada uno de sus versos, parece una divisa de nuestra bandera literaria; cada estrofa es como un artículo del programa. He dicho que la coincidencia es singular porque el autor ni se propuso hacer tanto, ni cultivó luego el catalán, ni vivió en Cataluña por aquella época. Fué el hombre de una sola oda, como le ha llamado Menéndez Pelayo comparándole á Hamilton. Después de ella, siguió su autor escribiendo en castellano, y él fué precisamente quien dió vigoroso impulso al estudio de la literatura castellana, editando la *Biblioteca de autores españoles*, obra clásica, que fué para la crítica é historia de las letras, lo que fueron los *Recuerdos de*

España para los estudios artísticos y arquitectónicos. De modo que las dos grandes obras nacionales del presente siglo se deben á dos catalanes.

La *Oda* de Aribau, repito, no hizo por de pronto prosélitos. El cultivo del catalán se consideraba aquí una locura: el idioma, relegado al uso doméstico, adulterado, corrompido, parecía á todos chabacano, vulgar, impropio de las bellas letras. Este prejuicio dura todavía. Los literatos catalanes escribían en castellano, ignoraban la ortografía de su lengua, y aun después de iniciado el renacimiento hasta hoy han sido muchísimos los escritores en castellano. Sin embargo, en todos ellos, de Campmany á Balmes, de Balmes á Pí y Margall, fácil sería distinguir, aun en el estilo, un carácter común que denuncia su origen: y no sólo en el estilo, sino en la índole de sus facultades y conceptos. Pero de toda esa pléyade de escritores provinciales no tratamos aquí. Sigamos.

La manifestación más fecunda de la latente evolución iniciada tímidamente y como quien dice por acaso, fué, después de la oda de Aribau, la publicación de las poesías de don Joaquín Rubió y Ors, *Lo Gayter del Llobregat.* Estas poesías (1839) inauguran la historia de la literatura contemporánea. Rubió dió también todo un programa en el prólogo que les puso. En él combate el prejuicio de sus propios paisanos de que el catalán no pueda ser lengua literaria, y determina con toda claridad el objeto y fin de sus aspiraciones de poeta, recibidas con cierta extrañeza, asombro y aun risa, por algunos, y con gran entusiasmo por otros. «Cataluña—dice—ha perdido su cetro de soberana en lo político, pero todavía puede aspirar á recoger del polvo su arpa antigua, su

cetro, en lo literario.» Este despertamiento tiene, pues, dos caracteres distintos en aquellas fechas; se trata de restaurar la lengua, pero no lo que vivió con ella: el poderío político; se trata de que esta restauración sea tal más que un reflorecimiento fecundo: esto es, un pasatiempo de literato, erudito, reaccionario, que se complace en imitar á los antiguos trovadores y cronistas. Recuérdese que esto obedecía á la corriente romántica de la época.

Bueno es hacer notar que ya desde un principio los primeros cultivadores de la lengua temieron que con ella no resucitara el afecto á ideas é instituciones no literarias, y que los adversarios vieron en el renacimiento literario un peligro: la relajación de los vínculos nacionales con el fomento del amor patrio provincial en todos sentidos. Tan cierto es que en la lengua y en su cultivo van involucrados todos los problemas que interesan á un pueblo, todos los sentimientos que le dan vida.

Rubió no quería ir tan allá, y protestaba ya de ello, antes que nadie le hiciera objeción alguna. Así empezó el movimiento, y apenas alcanzó algún desarrollo, ese problema latente en él había de producir dos corrientes diversas: la de los cultivadores de la lengua, puramente literatos, y la de los que con ella soñaban al propio tiempo con la patria.

La señal dada por Rubió no pasó ya inadvertida como la oda de Aribau. Bien pronto siguieron sus huellas otros poetas, ó salieron á luz algunos que se le habían anticipado en la tarea, solitaria é ignorada, y no en la publicidad. El movimiento se acentuaba, y se extendía á la historia, á la crítica literaria, á la publicación de las antiguas crónicas. Por otra parte, se

extendía también en el espacio: Mallorca tuvo sus Rubiós, sus iniciadores; los tuvo Valencia. No daré aquí una nota bibliográfica de aquel período; indicaré los nombres más salientes: entre los poetas, cabe citar á Camps y Fabrés, Bofarull, Mariano Aguiló (el Rubió de Mallorca); Jerónimo Rosselló; Milá y Fontanals, célebre después como crítico y estético eminente; entre los historiadores á Próspero Bofarull, á Antonio Bofarull, el poeta ya citado, y otros.

Hay que llegar, sin embargo, al año 1859, veinte después de las primeras poesías de Rubió, para percibir en conjunto el resultado de tantos esfuerzos. En 1859 publica Antonio Bofarull una antología de los poetas catalanes contemporáneos con el título de *Los Trovadors nous* y luego *Los Trovadors moderns*. Son ya muchos los poetas que figuran en ambos volúmenes, se han convertido ya en legión. Entonces nace el proyecto de instaurar la fiesta de los antiguos Juegos florales de la Edad Media; la fiesta poética, esencialmente catalano-provenzal. Nace esta institución, madre del renacimiento, en 1859, y da cuerpo y forma de realidad dramática y pomposa á los sueños románticos de aquellos poetas. Se instaura aquella institución copiando exactamente la forma que tuvo en la Edad Media (siglo XIV) y desde aquella fecha á ella, al estímulo de sus premios, y á su celebración anual, se ha debido la aparición de nuevas generaciones de poetas.

Entre los galardonados el primer año figura Víctor Balaguer, que se dió á conocer en 1857. Balaguer, liberal en política, nutrido en los principios de la revolución francesa y de la literatura ultra-pirenaica, viene á introducir un elemento nuevo en el renacimiento catalán; y

á imprimirle un rumbo diverso del que le dieron sus iniciadores; inaugura una campaña liberal y revolucionaria enfrente de la tendencia conservadora, arcaica y erudita de Rubió y su séquito; introduce en la poesía y la historia un criterio moderno y de progreso; acentúa mucho más la nota política del movimiento, extremando el concepto de odio á Castilla, y de amor á la patria, aspirando á la descentralización y casi á la autonomía. Antes que él, algunos poetas de ocasión, políticos de barricada, habían usado ya el catalán casi vulgar, en oposición al literario, en canciones callejeras con que se enardecieron los ánimos durante las revueltas políticas de 1842, 1843, 1848, etc., ocurridas en Barcelona entre el partido moderado y el progresista y demócrata, las cuales tenían por objeto la libertad constitucional, la defensa de los intereses industriales, la descentralización administrativa, y ciertas aspiraciones socialistas de las clases fabriles de Cataluña. Balaguer siguió mezclando la levadura de todas esas cuestiones políticas con la aspiración literaria, con asombro y dolor de los primeros poetas catalanes, que eran profesores, bibliotecarios, historiadores, etc., gente pacífica y docta. El movimiento cambia de rumbo. No obstante, en lo literario, Balaguer continúa siendo un romántico, un lírico fogoso, cantor de la vieja patria. Todos aquellos señores, por una convención literaria de la época, usaban pseudónimos caballerescos ó trovadorescos; el uno se llamaba el *Gaitero del Llobregat,* el otro el *Coplero de Moncada,* el otro el *Juglar de Mallorca;* Balaguer usó también un pseudónimo, el *Trovador de Montserrat.* La poesía más frecuente por entonces era el romance á la española, octosílabo y asonantado, el género épico, la narración de

los antiguos hechos de nuestros reyes de Aragón, damas, caballeros, etc., ó el género popular, imitación de las viejas canciones del pueblo, subsistentes aún. Balaguer, más lírico, abandona en parte esas antiguallas y canta los grandes acontecimientos políticos contemporáneos: la libertad, el progreso, la era nueva, etc.

Otros dos poetas aparecen por el mismo tiempo, Francisco Pelayo Briz, que ha muerto hace pocos días, y Dámaso Calvet. Este inaugura con sus relaciones privadas la unión de los catalanes con los provenzales. Briz se parece á Balaguer, no como poeta, pero sí en el ardimiento y ciega intransigencia con que canta la patria y ansía para ella un porvenir de autonomía y de grandeza. Ha sido fecundo, genial, incansable y, como Balaguer, gran propagandista. También estudia é imita en alguna de sus obras la poesía provenzal, singularmente el poema *Mireya* de Mistral, y por aquí cunde y se renueva en las venas de nuestra poesía la savia popular y campestre, opuesta á la histórica y de crónica.

Entretanto, los Juegos florales van dando sus frutos de 1859 á 1864, celebrados anualmente, hasta que la sociedad barcelonesa fija ya en ellos su atención y se interesa por sus progresos. Otra tendencia surge entonces, y otra institución se funda: el teatro, la literatura dramática. Esta, que tiene ya antecedentes aislados y de escaso valor en el primer tercio del siglo, se consolida, aspira á tomar forma definitiva, pero aparece también con carácter opuesto á los Juegos florales, con genio visiblemente popular, ó mejor dicho, callejero, mofándose del lenguaje arcaico, y de los ideales románticos de los trovadores. Los principales dramaturgos se estrenan con sainetes, piezas en un acto, parodias, obras

satíricas y humorísticas pintando las costumbres del pueblo. Entre ellos Soler (Pitarra), el más fecundo de nuestros autores dramáticos, dotado de grandes condiciones para la parodia y la comedia de costumbres populares, da sus primeros y espontáneos ensayos en este género hasta que intenta introducir el catalán en el drama á competencia con Eduardo Vidal y Valenciano, que se le anticipa con un drama aplaudido, *Tal faràs tal trobaràs*. Estas tentativas (1864-65) luchan al principio con los mismos obstáculos que hubo de vencer Rubió en 1839. El público duda de que el catalán sirva para expresar graves pensamientos y sentimientos elevados en el teatro; considera que aquel lenguaje provincial, que se halla acostumbrado á usar sólo en familia, sirve únicamente para los usos triviales de la vida, y por consiguiente para la sátira, las costumbres populares, etc. etc. El hábito y el uso de la lengua oficial en el teatro son la causa de esta preocupación. Pero Soler triunfa como había triunfado Rubió, y el teatro catalán queda definitivamente fundado.

Otra manifestación del movimiento ya creciente surge al propio tiempo que los Juegos florales y el teatro, y aun adelantándose á una y otra: la música popular y catalana. Clavé, músico-poeta inspirado, renueva las canciones populares y funda las sociedades corales de obreros. La guerra de Africa (1860), y el bienestar material y prosperidad de que gozó transitoriamente España durante la unión liberal, fomentan todas estas manifestaciones, que favorece el éxito y el aplauso del público barcelonés, ávido de emociones nuevas y de diversiones. De modo que hasta 1868 (revolución de Septiembre) el renacimiento da un gran paso, aliado

confusamente con las aspiraciones políticas y sociales de la época, y capitaneado ó propagado por las tres personalidades que cité: Balaguer, que enardece los ánimos con su *Historia de Cataluña,* con criterio progresista; Soler con sus parodias y luego con sus dramas, y Clavé con sus delicadísimas é inspiradas canciones.

En 1868 se apodera del escenario una nueva generación, que es la que he alcanzado y conozco. Sus individuos, jóvenes, casi niños, hacen sus primeras armas, uno tras otro, en los Juegos florales, imitando á Balaguer, á Briz, y aun á los primeros autores de romances, pero con el tiempo adquieren originalidad y carácter propio. El renacimiento toma otro rumbo y se desarrolla con mayor vigor. La revolución de Septiembre, poniendo sobre el tapete la cuestión de federalismo en la esfera política, convierte ya la aspiración vaga de los primeros literatos en problema político discutible en los clubs, en la prensa, en el Congreso; el sueño del poeta encarna en las predicaciones del político. Sin embargo, ni entonces ni ahora han logrado confundirse y dar con un molde común. Los catalanistas sustituyen bien pronto á la palabra *federalismo* la de regionalismo.

Otro rasgo de la nueva generación es que aparece con el tiempo influída por el realismo contemporáneo; tras el ideal de belleza romántica de la Edad Media, viene, ó mejor dicho, se acentúa el amor á lo genuino, á lo característico: (todo lo característico es bello.) Por este camino adquiere mayor desarrollo lo popular, y en la imagen, en el estilo, en la inspiración, lo plástico, lo íntimo, lo sincero. Otro rasgo: el carácter positivo del catalán halla más que nunca en el cultivo de lo propio, en la observación inmediata de lo que tenemos á la

vista, una base más sólida de que partir. También por este otro camino adquiere mayor vuelo el cultivo de la prosa, historia, novela, artículos de costumbres. Se fundan las sociedades Folk-lóricas y de excursiones; se introduce el catalán en la prensa periódica (semanarios satíricos, revistas literarias y periódicos políticos) y en los estudios filosófico-sociales. Este es el período más brillante del renacimiento.

Voy ahora á apuntar los nombres de los principales escritores contemporáneos de 1868 á esta fecha, después de haber trazado estas líneas generales, demasiado generales, sin duda:

POETAS

Además de los indicados hasta 1868:

Jacinto Verdaguer, el más famoso, de alta inspiración, el más dulce y de imaginación poderosísima, autor de *La Atlántida* y el *Canigó,* poemas, de *Idilis y cants mistichs,* y de un tomo de poesías titulado *Patria.*

Angel Guimerá, director del periódico *La Renaixensa*, el más ardiente y avanzado regionalista, inspiradísimo, de gran imaginación, es el que representa de un modo más completo por su estilo y sus asuntos la tendencia nueva, verista. Un tomo de *Poesías* patrióticas, líricas, filosóficas, etc.

Francisco Matheu, inspirado y delicado, autor de rimas y canciones breves, eróticas é íntimas; *Lo Reliquiari* (El Relicario) y *La Copa* y varias poesías sueltas. Director de *La Ilustració Catalana.*

Dámaso Calvet, autor de un vasto poema en dos tomos: *Mallorca cristiana*

Joaquín Bartrina, poeta que escribió casi siempre en castellano, y singular en nuestra literatura; excéptico, pesimista, tierno, de inspiración también íntima y delicada.

Francisco Bartrina, su hermano, *Íntimas y quadrets,* colección de poesías breve, casi siempre descriptivas, de un estilo simple, natural, muy sentido.

Apeles Mestres, dibujante y poeta, autor de *Baladas*, poemas breves é idilios, con gran sentimiento de la naturaleza.

Jaime Collell, autor de varias composiciones de alta, viril, enérgica inspiración, como *La Gent del any vuyt* (los héroes de la guerra de la Independencia), *Lo Somatent,* etc. No ha coleccionado sus poesías, y ha escrito poco y es lástima.

Adolfo Blanch, notable; *Poesías catalanas.*

Aniceto Pagés de Puig, uno de los mejores por su inspiración y por su forma; no ha coleccionado sus poesías, no escribe ya en catalán; la balada del *Compte Arnau,* el *Cántico de Salomón,* etc., etc, son notables.

Se han distinguido, además, José Franquesa y Gomis, autor de bellísimas poesías no coleccionadas, Francisco Ubach y Vinyeta, autor de un Romancero catalán, y más notable como dramaturgo; Joaquín Riera y Bertrán, José Martí y Folguera, Isidro Reventós, Fernando Agulló, y otros inferiores á éstos.

Poetas valencianos.—Teodoro Llorente, jefe del movimiento en Valencia, autor de poesías diversas, entre las cuales sobresalen *La Barraca valenciana* y *Lo plor de la viuda; Llibret de versos.*

Vicente Venceslao Querol, uno de los mejores poetas de España; ha escrito poco en catalán, en castellano publicó un tomo de *Rimas,* notable.

Iranzo, Pizcueta, Llombart, Labaila, etc. En Valencia el renacimiento no ha tomado tanto vuelo como en Cataluña; se considera más anacrónico y extemporáneo que aquí, y el castellano ha penetrado más en las costumbres.

Poetas mallorquines.—Además de Mariano Aguiló, Tomás Aguiló y Jerónimo Rosselló, ya citados, los mallorquines, dotados de imaginación ardiente y risueña, manejando un dialecto dulce y gracioso, han dado al renacimiento excelentes poetas. Entre ellos basta citar Miguel Costa y Llobera, poeta superior, y que no vacilaría en poner á la altura de Verdaguer y Guimerá, á quienes á veces aventaja, aunque ha escrito poco, y Ramón Picó y Campamar, que vive en Barcelona, y es excelente y de extremado gusto artístico. Debe advertirse que los mallorquines, por circunstancias no bien explicadas hasta ahora, son de todos los escritores del antiguo reino, los más aptos para el cultivo del castellano. Don José M.ª Quadrado, historiador y crítico, y don Guillermo Forteza pueden pasar por autores clásicos. Allí, como en Valencia y más que en Valencia, ha medrado la oposición al cultivo del dialecto propio; muchos son los que escriben y versifican en castellano. Los baleares suelen tener gran sentimiento del arte; como los valencianos, son más dulces y correctos que los catalanes, pero no nos aventajan en vigor, en pasión interna y en energía de estilo.

Prosistas.—La prosa amena (novelas, artículos de costumbres, estudios del natural) no se cultivó con éxito hasta muy adelantado el renacimiento. Con la aparición del teatro popular, coincidió la publicación de semanarios y periódicos satíricos en catalán vulgar y

tomado de las clases bajas. En ellos, empezaron los artículos de costumbres á la manera de Mesonero, Larra, etc., pero con más realismo. Roberto Robert, otro escritor catalán que se distinguió en la sátira política en castellano, escribió también cuadros de costumbres locales de una gracia y colorido sorprendentes. En esto, como en todo, nuestras facultades de observación, han dado excelentes frutos. Se distinguían también al lado de Robert, Conrado Roure, Alberto Llanas, y el mismo Federico Soler, dramaturgo.

En la novela, la generación nueva se lleva la palma. Bofarull (Antonio) había escrito en el primer período del renacimiento una novela histórica, á la manera de aquel tiempo, *La orfaneta de Menargues*. Los novelistas modernos se han dedicado á la pintura de la vida contemporánea en la ciudad y en el campo. Cayetano Vidal y Valenciano con *La vida en lo camp* y *Rosada d' estiu*, Narciso Oller, con *La Papallona* (La Mariposa), *Vilaniu*, *L' Escanya-pobres*, obras vigorosas y llenas de verdad y de color, que le han valido una reputación en España y Francia; J. Pin y Soler con *La familia dels Garrigas* y *Jaume*, también excelentes; Martín Genís, con novelas y cuadros de costumbres de Vich, Carlos Bosch de la Trinxería, admirable y sentido pintor de la naturaleza rural y particularmente de la cordillera pirenaica, y algún otro de menos vuelo.

Como humorista observador de las costumbres locales barcelonesas (burguesía y pueblo) cabe citar á Emilio Vilanova, notabilísimo por su originalidad, por su humorismo y su gracia inagotable.

La prosa científica ó histórica se ha escrito más en castellano que en catalán, aún ocupándose en la historia

y ciencia de Cataluña exclusivamente y con criterio propio. Además de la *Historia de Cataluña* (en castellano) de Balaguer, y la *Historia civil y eclesiástica de Cataluña* é *Historia de la guerra de la Independencia en Cataluña*, ambas obras de Antonio Bofarull, y ambas en castellano, se ha desarrollado la afición á las monografías é historias locales. Don José Coroleu y don José Pella en colaboración han escrito sobre los fueros y constituciones de Cataluña. El último (don José Pella) acaba de publicar su *Historia del Ampurdán* escrita con criterio científico moderno, obra notabilísima.

En catalán ha escrito don Antonio Aulestia dos monografías: *Cuadros de costumbres catalanas en el siglo XVII* y *Noticia de los catalanes que intervinieron en el descubrimiento de América*, y además una *Historia de Catalunya*.

Don Salvador Sampere y Miquel ha escrito también varias monografías científicas é históricas: *Las Damas d' Aragó*, *Estudio de Toponomástica catalana*, *Origens y fonts de la nacionalitat catalana*, y otras.

Don Valentín Almirall, dando gran impulso al regionalismo, se ocupó en esta cuestión en una obra notable, *Lo Catalanisme*.

La prosa científica (monografías especiales) ha tomado también algún desarrollo, gracias á las sociedades de excursiones, que renovaron con criterio positivo y experimental el estudio de las antigüedades artísticas del país, y además de su flora, su fauna, su constitución geológica, sus tradiciones (folk-lore), etc. Los opúsculos sobre tales materias en catalán abundan, y casi todos son debidos á los miembros de aquellas asociaciones. Entre estos narradores de viajes y demás estudios, se

han distinguido Ramón Arabía y Solanas, que les dió desusado impulso, Celso Gomis (obras de folk-lore) y algunos otros, atentos á trazar guías é itinerarios completos del país.

En Lérida y Gerona principalmente hay quien se dedica á tales estudios. En Lérida don José Pleyán y Porta; en Gerona don Joaquín Botet y don E. Girbal.

Autores dramáticos.—Después de Federico Soler, que con Eduardo Vidal y Valenciano fundaron el teatro; después que el primero le ha dotado de más de cien obras de todos géneros (tragedia, drama histórico, drama contemporáneo, comedia, sainete, zarzuela, etc.), hay que citar los siguientes autores: José María Arnau (comedias), Conrado Roure, Pedro A. Torres, José Roca y Roca, Francisco Ubach y Vinyeta (tragedias y dramas), José Feliu y Codina y el poeta Angel Guimerá (tragedias), al cual puede darse el título de fundador de una escuela nueva, por su concisión en el diálogo y la verdad de los caracteres.

Periódicos: *La Renaixensa,* diario político, defensor del regionalismo avanzado; *La Ilustració Catalana,* semanario ilustrado, *La Revista Catalana,* mensual, *L' Avéns,* revista mensual, *La Esquella de la Torratxa* y *La Campana de Gracia,* semanarios satíricos y populares.

Se escriben en catalán algunos otros periódicos satíricos y políticos, ó carlistas ó federales, católicos ó librepensadores. Los partidos medios son opuestos al catalanismo.

ARTES

La pintura y la escultura catalanas cuentan con escasas tradiciones desde la época del Renacimiento al siglo XIX. Apenas podemos citar otro pintor verdaderamente notable y á la altura de los primeros, después de haber citado á Viladomat, (fines del siglo XVII). Entre los escultores, á principios de este siglo, figura Campeny, siguiendo la tradición pseudoclásica de aquella época.

Pero fundada aquí la Academia para el estudio de las Bellas Artes, se manifestó un movimiento paralelo al del renacimiento literario, con la pintura religiosa y de asuntos de la Edad Media, con criterio idealista, cristiano, prerrafaélico, que fomentó con sus enseñanzas el catedrático de estética don Pablo Milá y Fontanals, hermano del célebre profesor de estética literaria, don Manuel. Aquel movimiento dió obras que se juzgan hoy de poco valor. Otras corrientes han producido la actual escuela catalana: el estudio del natural, y la pintura de paisaje principalmente, debidos en gran parte al pintor don Ramón Martí y Alsina que revolucionó la Academia. Al propio tiempo, los hermanos Vallmitjana, con más intuición que conocimientos y estudios sólidos, inauguraron la escuela de escultura barcelonesa, de la cual han salido muy aventajados discípulos.

Entre los pintores modernos citaremos: Mercader, Caba, Urgell, Masriera (J.), Masriera (F.), Mas y Fontdevila, Baixeras, Rusiñol, Tamburini, Vayreda, Meiffren, Cusachs, Galofre, Llimona, Llovera, Fabrés, etc.

Escultores: Vallmitjana (Venancio), Vallmitjana (Agapito), Reynés, Puigganer, Atché, Fuxá, Gamot, Carbonell, Llimona (José), Roig y Soler, etc., etc.

Como centro editorial de España, y habiendo adquirido gran desarrollo las publicaciones ilustradas y de lujo, Barcelona cuenta también con los dibujantes más conocidos: Apeles Mestres, (que ya hemos citado como poeta), Pellicer, Gómez Soler, Cabrinetty y muchos otros, y dibujantes decoradores, como Pascó, que es también notable pintor escenógrafo.

En la escenografía, la existencia de teatros como el Liceo, el Principal y otros, y los grandes espectáculos que en ellos se ofrecen, ha dado lugar al desarrollo de la escenografía, en la cual se distinguen Soler y Rovirosa, Urgellés y Moragas, sucesores de otros escenógrafos notables.

Entre los arquitectos de la nueva generación, ávidos de novedad y originalidad y osados en sus concepciones, hay que citar á Domenech (Luís), Vilaseca, Falqués y algún otro.

Músicos compositores que siguieron la tradición de Clavé: Ribera, Rodoreda, Manent y otros.

Compositores modernos: Goula, que es además director de orquesta conocido en toda Europa, Martínez Imbert, García Robles, Rodríguez Alcántara y otros: todos de la escuela moderna.

Para concluir y dejar completa, en lo que cabe, y dentro de sus estrechos límites, esta breve reseña, mencionaremos algunos nombres de académicos de la de Ciencias, fundada en 1770 por Carlos III. En ella figuran actualmente personas tan ventajosamente conocidas en Cataluña y aún en España, como los señores

Domenech y Maranjes, Trémols, Rouviere, Vallhonesta, Montserrat y Archs, actual presidente, Almera, Mañach, Balari, Clariana, Bofill, etc. etc.

Estos son, señor Payno, los apuntes y noticias que me han parecido más convenientes para la importante obra de usted. Tal como fueron redactados á vuela pluma, los remito, como una muestra de gratitud por el interés que le merece nuestra patria.

Quedo su atento servidor y afectísimo,

J. YXART.

CONCLUSIÓN

La vida de las naciones es como la del hombre. Apenas se indaga su historia cuando se encuentra que un día de placer y de gloria es seguido de años de penas y contratiempos.

La España ha gastado su vida en combates con los árabes, con los turcos y con los franceses, y no es sino desde el año de 1815, cuando ha cesado la terrible lucha entre las dos naciones latinas, que de una manera ó de otra y por distintos caminos han propagado el culto cristiano y la civilización. Si se fueran á reunir y encerrar en cofres los tesoros que se han gastado, y á depositar en un gran estanque la sangre derramada en estas guerras fratricidas, quedaría el mundo lleno de horror y espanto.

Cuando se abre la historia y se camina con la imaginación en los campos de batalla, en las ciudades sitiadas, en los pueblos incendiados entre los patíbulos elevados en las plazas, en los hospitales llenos de apestados y en los campos yermos y talados, el alma dolorida experimenta un alivio y un grande consuelo cuando tropieza con una de esas grandes festividades donde reina la paz y donde entran en batalla, no los ejércitos armados de destructoras máquinas sino los

industriales, los artistas, los escultores, los pintores, los hombres de ciencia y de saber, mostrando al mundo la fuerza de su talento, y el gigantesco conjunto de su trabajo, dejando á las naciones reconciliadas, á los hombres como hermanos y al mundo todo absorto en la contemplación de tantas y tan increibles maravillas.

Regida España por una Princesa, ejemplo de madres amorosas y modelo de Reinas prudentes, sus prendas y virtudes privadas dan vigor y fuerza á su autoridad como Soberana. Rodeada de los hombres más esclarecidos de todos los partidos políticos, es de esperar que ese destello de vigor y de fuerza manifestado en la Exposición Universal de Barcelona, sirva de estímulo para apreciar los bienes infinitos de la paz, y como, en medio de ella, y mientras las discusiones no sean más que una muestra de los adelantos del *intelect* español, se podrá llegar con el concurso de las altas capacidades bien conocidas en el mundo, á la gloria, poder y prosperidad de otros siglos.

Doble es el placer con que se toma la pluma, y en más ó menos correcto castellano se pueden señalar los progresos de México, que coinciden felizmente con los de España y especialmente con los de la célebre é histórica Cataluña.

La hija predilecta, la que fué Nueva España, que acabó de reconciliar sinceramente con la madre patria el inolvidable general Prim, camina sin peligro de caer ya en nuevas revoluciones y trastornos guiada por la mano segura del general Díaz, que ajeno á los rencores y odio de los partidos, se ha rodeado de las personas más inteligentes, que han logrado apartar los peligros y colisiones con las naciones fronterizas, restablecer el

crédito al grado que los empréstitos mexicanos se han cubierto cinco veces, llenar el territorio de una red de caminos de hierro y de telégrafos, establecer la seguridad en las ciudades y en los caminos, y plantear los estudios para el adelanto de las ciencias naturales y el perfeccionamiento de la enseñanza primaria y superior, sin abandonar la organización y disciplina de un ejército limitado á las necesidades del vasto país y que ha dado y sigue dando pruebas de valor y de subordinación.

Ecos agradables que llegan desde el otro extremo del Océano y que proporcionan el escribir estas últimas líneas con la misma satisfacción con que se han escrito las que se refieren á la opulenta y simpática Barcelona y su Exposición Universal de 1888.

ÍNDICE



